

Amor con fecha de entrega

SILVIA GARCÍA RUIZ

zafiro

Índice

PORTADA
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO
BIOGRAFÍA
REFERENCIAS A LAS CANCIONES
CRÉDITOS
¡ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

¿Qué pasaría si la editora de un importante grupo editorial prometiera a una chica común y corriente leer su manuscrito a cambio de que ella ayude a Miss Dorothy, una afamada escritora de novela romántica, a terminar ese libro que tanto se le resiste?

Esto es lo que le ocurre a Samantha White, una humilde mecánica de un pequeño taller de reparaciones de Brooklyn que sueña con ser escritora. Pero las cosas no son tan fáciles como parecen, ya que Graham Johnson se cruza en su camino.

Graham es un escritor de novelas de intriga bastante irascible que saca de quicio a todos los que lo rodean. No cree en el amor y odia a las mujeres entrometidas. Y Samantha, sin duda, es una de ellas, por lo que Graham decide hacerle la vida imposible.

¿Qué harán estos decididos personajes cuando entre ellos surja el amor? ¿Sabrán pronunciar a tiempo ese «te quiero» que en ocasiones tanto necesitamos escuchar? ¿Conseguirá Samantha el último libro de Miss Dorothy en el plazo indicado?

Descúbrelo en esta historia de amor con fecha de entrega…

CAPÍTULO 1

¿Cómo llegué a convertirme en escritor? Es muy sencillo. Pienso que es algo que se puede resumir en apenas un capítulo.

Todo comenzó durante mi atormentada infancia. Para que me comprendáis mejor debo explicar cómo es mi familia… Entre otras cosas, está sustentada sobre una gran contradicción: mis padres. Mientras que él es un flemático y estirado inglés, mi madre, por el contrario, es una alocada escocesa que no deja de gritar a pleno pulmón cada uno de sus enfados.

A pesar de todo, forman una pareja que llevan más de treinta años casados, y aún hoy que soy adulto, me sigue sorprendiendo este hecho, ya que cada vez que vuelvo a visitarlos mi padre se esconde tras su periódico de la mañana mientras mi madre despotrica sobre un nuevo reproche.

Hasta ahí no hay nada fuera de lo normal en mi niñez, si no fuera porque tuve que compartir mi vida con las verdaderas inspiradoras de mi vocación, las que hicieron que todo un hombre como yo se dedicara al noble arte de la escritura, mis torturadoras particulares... mis queridas y adorables hermanas que, desde que yo era pequeño, no han hecho otra cosa que tocarme las narices una y otra vez, incansablemente.

Creo que eso suele ocurrir cuando uno es el hijo pequeño en una familia compuesta por numerosas chicas. En concreto, cinco hermanas que, por orden de nacimiento, son: Megan, Leslie, Nerys, Aila y Nessie. Con la más pequeña de ellas me llevo dos años, con la mayor, seis.

En esta complicada ecuación que es mi familia, también debemos contar con una abuela senil que a menudo encontrábamos desnuda en el jardín de los vecinos, y una tía chillona, soltera y acompañada, cómo no, de su siempre arisca gata que sólo bufaba a los hombres.

Aunque mi padre en su día a día intentó compensar este mar de estrógenos con su presencia y la de un viejo perro labrador, apenas lo consiguió. Y todo era un completo caos cuando «ese día del mes» se acercaba y todas acababan poniéndose de acuerdo para tener un humor de perros o llorar a moco tendido por cualquier estupidez.

Definitivamente, si yo me hubiera encontrado en la situación de mi padre, es muy probable que me hubiese ido «a comprar tabaco» para no regresar en la vida. Pero mi padre era un hombre honrado y yo demasiado pequeño para huir, así que simplemente aguantaba «esos días» rogando porque acabara pronto la semana, algo que para mi desgracia nunca ocurría.

Cuando uno es el hijo pequeño y tardío, la inesperada sorpresa que llegaba en el último momento, o siendo realistas, cuando uno es el resultado de ese día en que los padres olvidaron ser sensatos y se emborracharon para celebrar su aniversario, parecería que iba a ser ignorado por los hermanos mayores.

Pero no… Yo tenía que nacer con un bonito y angelical rostro, y además, ser el único en heredar los rojos cabellos de mi madre, por lo que pocas veces pude pasar desapercibido en mi alocada familia.

Para colmo, ser el menor tras cinco hermanas puede traer muchos quebraderos de cabeza, porque mientras los hombres nos vengamos con furiosas peleas llenas de airados gritos y algún que otro puñetazo, pero siempre de frente, las mujeres en cambio son ruines, rencorosas y lo hacen con malicia, con mucha malicia, y sin dejar de regodearse en ello ni un instante.

El primero de mis traumas lo sufrí con apenas diez años. Al ser el único hijo varón, era también el único que no compartía habitación con nadie. Por lo tanto, mi siempre pulcro y limpio lugar de descanso era el escogido por mis hermanas para esconder todas aquellas idioteces que no querían que viera nuestro estricto padre: desde algo que se habían comprado a escondidas, como un sugerente vestido, hasta un empalagoso peluche regalo de algún novio secreto… ésos eran los variopintos artículos que se acumulaban poco a poco en mi armario.

¡Y, claro está, las mujeres nunca tienen suficiente con un único armario!

Uno de esos días en los que mi ropero estaba casi repleto de estúpidos artículos femeninos, mi padre tuvo la maravillosa idea de irrumpir de improviso en mi habitación. Mientras yo intentaba ocultar desesperadamente ese mar de mierda color rosa que invadía mi espacio, mi progenitor entró alegremente en mi cuarto para enseñarme las entradas que había conseguido para el partido de fútbol que enfrentaba al Arsenal contra el Liverpool.

Él, muy emocionado con ese memorable encuentro, apenas se percató de lo que yo intentaba esconder, con más desesperación a cada momento que pasaba, hasta que una gran montaña de perturbadores objetos poco masculinos cayó sobre mí desde mi armario, dejando a mi padre un tanto anonadado.

Mi siempre imperturbable progenitor me miró asombrado desde su elevada posición mientras trataba de asimilar lo que allí ocurría, y como los hombres en este tipo de situaciones somos más tontos que las piedras, nos creemos lo peor.

Tras ayudarme a salir de aquella montaña de acaramelados osos de peluche, escandalosos vestidos, más que llamativos complementos y algún que otro horrendo sujetador con tanto relleno que hasta a mí me haría aparentar tener pecho, se sentó junto a mí en la cama y empezó su improvisado discurso.

—Graham, creo que en esta familia somos lo bastante abiertos como para que no tengas que esconder cosas como éstas. Si esto es lo que te gusta, creo que a partir de ahora tendremos que tomarte más en serio. Y que sepas que puedes hablar con cualquiera de nosotros sobre tus… peculiares gustos, que no te juzgaremos.

—Papá, ¡todo esto es de mis hermanas! —intenté explicar desesperadamente, viendo que las entradas para el partido se hallaban cada vez más lejos de mí.

—Sí, hijo, comprendo que alguien como tú, que no puede acceder a cierto tipo de artículos, sienta una curiosidad natural —dijo él, alzando con uno de sus dedos un wonderbra—. Pero ya sabes que siempre estaré aquí para que puedas hablar conmigo sobre cualquier tema… —finalizó, alejándose de mí con las preciadas entradas del partido.

Creo que ése fue uno de los peores momentos de mi vida. Alcé mi rostro dispuesto a convertirme en un chivato y gritar a los cuatro vientos los abusos a los que me sometían mis hermanas, cuando en el marco de la puerta vi cinco curiosas naricillas que me advertían con la mirada lo vengativas que serían conmigo si las delataba.

Así que, como todo buen hermano, guardé silencio. Eso sí, una vez que esas maliciosas arpías desaparecieron de mi vista, cogí una de las enormes bolsas de basura de la cocina y procedí a vaciar mi armario de todo objeto femenino invasor. Luego, diligentemente, la arrastré hasta el cubo de la basura.

A la mañana siguiente madrugué sólo para asegurarme de que el barrendero se llevaba consigo la maldición que representaba tener esos objetos junto a mí y lo despedí con una sonrisa mientras volvía a mi cuarto. Tremendo error, porque mi habitación había sido invadida por mis hermanas, que me miraban con reproche reclamando cada una sus pertenencias.

—¡Graham, ¿dónde están nuestras cosas?! —exigió con su chillona voz Megan, la mayor de todas, que debía dar ejemplo a las demás.

—Las he tirado. Ya estaba harto de que ocuparan sitio en mi armario. ¡Este armario es mío! —exclamé, haciéndome el machito. Algo que nunca debe hacer un hombre cuando tiene todas las de perder.

Mis hermanas me dirigieron una de sus malévolas miradas, mientras me advertían que decir una palabra más sin duda acarrearía consecuencias. Para mi desgracia, yo nunca he sabido cuándo callar, por lo que tomaron represalias en cuanto alguna que otra arrogante palabra añadida salió de mi boca.

—¡Y deberíais agradecerme que no me haya chivado a papá! ¡Además, por vuestra culpa ahora se cree que me gusta disfrazarme de mujer o algo peor! ¡Y por poco me quedo sin las entradas para el partido del Arsenal! —les recriminé, descontento con su egoísmo.

Debí haber huido en cuanto mis hermanas empezaron a mirarme con más detenimiento y en sus rostros comenzaron a aparecer malévolas sonrisas que delataban sus perversas intenciones.

Entre las cinco me arrastraron al cuarto que Nessie y Aila compartían y, después de atarme a una silla, se dedicaron a lo que ellas definían como un «cambio de imagen»... Me mortificaron incansablemente, haciéndome ver repetitivos y melosos capítulos de series que sólo eran aptas para deleite femenino.

En más de una ocasión, mientras era sometido a ese castigo, rogué quedarme ciego, o sordo, lo que antes ocurriera. Hubo momentos en los que estuve tentado de arrancarme un brazo a mordiscos, pero como el mejor soldado, aguanté cada una de sus torturas con gran dignidad.

Hasta que me pusieron a las Spice Girls… Ahí fui débil y quise aporrear mi cabeza contra la pared hasta quedar inconsciente y librarme de esa despiadada crueldad.

Finalmente, tras horas de condena, mi madre nos llamó para desayunar y yo quedé libre de mis malvadas hermanas que salieron del cuarto riendo tan maliciosamente como sólo sabe hacer una mujer cuando lleva a cabo su venganza.

Antes de marcharme de la habitación me miré en el gran espejo que había en ella y me quedé horrorizado ante lo que vi: la niña de rizos rojos más bonita que había visto nunca. Llevaba un delicado vestido blanco de volantes, un elaborado collar de perlas, una perfecta manicura y un intrincado peinado con innumerables lazos. Habría sido una hermosa imagen si no fuera porque esa primorosa niña era yo...

¡Aquello era lo último, la gota que colmaba el vaso de mi paciencia!

Antes de que mis hermanas desaparecieran por completo de mi vista corrí hacia mi habitación para coger mi adorado stick de hockey, regalo de papá, decidido a darle el mejor uso posible para aleccionar de una maldita vez a aquellas rencorosas arpías.

Por desgracia, esa mañana teníamos visita, y algún compañero de trabajo de mi padre fue testigo de mi vergonzoso comportamiento en la mesa del desayuno.

—¡Tengo cinco preciosas hijas y un fuerte muchacho! —estaba diciendo mi padre en ese momento mientras hinchaba el pecho, orgulloso de todos y cada uno de sus hijos.

Ése fue el momento en que mis hermanas invadieron la cocina corriendo como posesas, chillando pidiendo ayuda, algo que yo, como todo un valiente, me había negado a reclamar, pero que ellas, como taimadas criaturas, no dudaban en pedirle a nuestro padre.

Fui detenido por los fuertes brazos de éste, que me separaron de mis hermanas, mientras me miraba con gran disgusto, tanto a mí como a mi indumentaria. Luego, todos sin excepción, fuimos castigados en nuestras habitaciones bajo las furiosas amenazas de nuestro progenitor.

Antes de salir de la cocina, uno de los invitados me sonrió amigablemente y le comentó a mi padre:

—Sin duda, Wesley, la pelirroja es la más bonita de tus hijas.

Ante esa afirmación, mis hermanas rompieron en estruendosas carcajadas y yo fulminé al amigo de mi padre con una de mis más ofendidas y ultrajadas miradas.

—¡Yo soy su hijo! —grité indignado, asombrando a todos los presentes con mi afirmación.

Poco después de que todo el malentendido se aclarase y de que mi padre supiera por fin la magnitud del engaño de aquellas tramposas, increíblemente fui yo el castigado, quedándome sin las deseadas entradas para el partido que tanto ansiaba.

Según mi padre, los hombres nunca deben levantar la mano contra las mujeres, y menos aún con contundentes objetos como era mi stick de hockey. Así que de este inolvidable correctivo aprendí una valiosa lección: nunca se gana nada enfrentándose abiertamente a una mujer, y menos todavía si esas mujeres son tus hermanas.

Las desavenencias entre ellas y yo continuaron por muchos años, hasta que

llegué a la adolescencia y al fin descubrí su talón de Aquiles, lo que, sin saberlo, acabaría guiando mis pasos hacia la que sería mi gran vocación.

* * *

La familia Johnson era una de las más ruidosas de cuantas habitaban en una pequeña urbanización cercana a la ciudad de Londres. Mientras Wesley Johnson, el cabeza de familia, era un condecorado policía, su mujer, Meribeth Johnson, era una escandalosa ama de casa que en más de una ocasión había incurrido en algún que otro pequeño delito, como estacionar su vehículo donde le daba la gana y pelearse con algún tendero porque, según ella, la estaba estafando.

La hermana de tan atrevida mujer, Elsie, se podía igualar fácilmente en genio a ella, y el hecho de que fuera tres años más joven sólo hacía que las discusiones entre ambas por la soltería de Elsie no tuvieran fin y se oyeran por todo el barrio.

Si a esta singular familia le añadimos una anciana abuela bastante alocada, que cada dos por tres recorría la urbanización desnuda, cinco hijas igual de excéntricas que su madre y una arisca gata que atacaba a todo aquel que se cruzara en su camino y oliera a algo mínimamente masculino, tenemos la combinación perfecta para una casa de locos.

Lo único normal allí eran el hijo menor, Graham, y un perro un tanto comatoso que había superado con creces su expectativa de vida, llegando a los veinte años de edad.

Con este tipo de entorno, a Graham Johnson le era casi imposible conservar una amistad. A los doce años había perdido la simpatía de los hijos del vecino cuando a su madre se le ocurrió aparcar encima de las bicicletas de éstos. A los catorce, su mejor amigo, un chico recién llegado de las afueras de Londres, tuvo la brillante idea de quedarse a dormir una noche en su casa. Noche en la que fue torturado por cinco chicas con demasiado tiempo libre.

Por supuesto, huelga decir que Graham nunca volvió a invitar a ninguno de sus conocidos a pasar la noche en su casa.

A pesar de haber aprendido que con su familia era imposible tener amistad con nadie, el hijo menor de los Johnson lo siguió intentando: a los quince años invitó a sus compañeros del equipo de fútbol del instituto a una pequeña merienda.

En esa ocasión, su entrañable abuela, Adele, los recibió en el salón. Allí, la anciana había puesto con elegancia la enorme mesa del centro de la estancia, en la que había dejado varias bandejas repletas de pequeños emparedados, un pulcro juego de té bastante refinado, para seguir una antigua tradición que no se había perdido aún en el tiempo, y tantos refrescos que sin duda acabarían con la sed que los jugadores siempre tenían después de un encuentro.

Todo habría sido perfecto de no ser por un pequeño e insignificante detalle que hizo que todos los amigos de Graham corrieran hacia la calle gritando como posesos: su querida abuela, una vez más, se había vuelto a olvidar de ponerse ropa. Y que el primer cuerpo femenino desnudo que veían aquellos muchachos de quince años fuera el de la abuela Adele, resultó ser algo bastante traumático.

Después de conseguir que el equipo de fútbol del instituto jugara como el culo y perdiera durante toda la temporada, y que cada uno de sus miembros se viera obligado a ir a ver al psicólogo escolar, Graham decidió probar suerte una vez más, a sus dieciséis años, invitando a su casa a unos compañeros de clase que vivían lo bastante lejos como para no haber oído hablar del comportamiento de su alocada familia. Hasta el momento.

—Graham, ¿sigue en pie lo de esta tarde? —preguntó animado Giles, uno de sus nuevos amigos, que era un forofo de la liga inglesa de fútbol.

—¡Por supuesto! Me fastidió un montón tener que salir a cenar con mi familia por el cumpleaños de mi hermana Leslie y perderme ese estupendo partido. Por suerte, me dio tiempo de programar el vídeo para grabarlo antes de marcharme al restaurante y hoy por nada del mundo me lo pienso perder —anunció alegremente Graham, decidido a compartir ese memorable encuentro con sus amigos.

—¡Tío, aún no me puedo creer que mi padre me castigara sin ver al Arsenal contra el Manchester United! ¡Eso sin duda es maltrato infantil! —se quejó Harold, un nuevo integrante del equipo de fútbol, que, gracias a Dios, todavía no conocía la historia de cómo los otros habían acabado traumatizados.

—¡No me jodas, Harold! A ti por lo menos te castigaron en tu habitación. Yo me perdí el partido por ir de compras con mi madre, ¡y te puedo asegurar que eso sí es una tortura! —apuntó Giles, comparando qué trauma era peor, si el suyo o el de sus amigos.

Graham se limitó a guardar silencio cuando los otros comenzaron a explicarse sus desgracias, mientras iba pensando: «Si yo os contara...».

—Bueno, pero ¡gracias a este chico no tendremos de qué preocuparnos!

¡Podremos ver el partido! —exclamó alegremente Harold, mientras despeinaba efusivo la cabeza del joven Johnson.

Graham se disponía a entrar en el aula de Química poco antes de que sonara el timbre de clase, cuando el joven Matthew Sloan, de apariencia totalmente contraria a los estándares que él representaba, se interpuso en su camino: bajito, con gafas, vestido con despreocupación y escondido tras un pelo grasiento.

—Graham, ¿tienes un momento? —le preguntó dócilmente Matthew.

En un principio Graham pensó decirle que no, pero luego recordó que, para su desgracia, Matthew era el único amigo que todavía no había huido de su lado después de conocer a su familia. Aunque quizá no fuera la clase de amistad que Graham deseaba, sí era la única que había perdurado hasta entonces.

—Marchaos, chicos, yo tengo que hablar con Matthew —les dijo despreocupadamente a sus colegas, mientras se volvía algo enfadado hacia su persistente compañero, que, una vez más, lo atosigaba con algo que no tenía cabida en su ocupada vida de aguerrido deportista y estudiante de élite—. ¡Por enésima vez, Matthew: no pienso darte nada más para tu periódico! Aquélla fue una historia que escribí en broma y que presenté en el buzón de sugerencias de tu club de periodismo. Algo que, definitivamente, no volveré a hacer.

—¡Pero Graham, con ese texto las ventas del periódico han subido! ¡Incluso tienes fans que quieren leer más de tus historias! ¡Por favor! Sólo te pido un escrito cada semana, y si es mucho para ti, incluso uno cada mes… ¡pero vuelve a escribir algo para el periódico del instituto!

—¡No, no y no! ¿Por qué no le pides a alguno de tus colegas de periodismo que escriba alguna tonta historia y lo firmas con el seudónimo que yo me puse? Los estúpidos del instituto ni se darán cuenta.

—¡Porque no es lo mismo, Graham! Y créeme cuando te digo que esos estúpidos, como tú los llamas, sí se darían cuenta.

—Me da igual, Matthew, no pienso hacerlo y ésa es mi última palabra, ¡así que deja de perseguirme antes de que acabes con mi paciencia y decida meterte la cabeza en el váter! —le advirtió seriamente Graham, cada vez más decidido a llevar a cabo su amenaza si con ello conseguía librarse del engorroso problema que era tener a un pardillo siempre detrás de él.

* * *

Graham se sintió realmente impaciente durante las horas de clase. Sólo deseaba que terminaran para disfrutar delante de su gran televisor de un excelente partido con sus nuevos mejores amigos. Esa vez nada podía salir mal: sus hermanas estaban cada una ocupada en una actividad distinta, ya fueran trabajos de media jornada, clases de recuperación o alguna que otra ñoña actividad extraescolar que nunca servían para nada, tipo ballet, o tocar el violín cuando se carece de oído para la música, como le ocurría a su hermana Nessie.

Además, su madre y su tía habían ido de compras; su abuela estaba encerrada en su habitación junto a la vieja y amargada gata que siempre le bufaba, y él disponía por tanto de dos horas para ser un joven normal y corriente que disfrutaba de una de las delicias de la adolescencia, como era ver un simple partido de fútbol con unos colegas.

Cuando sus amigos llegaron, Graham sacó los emparedados de carne que había preparado, unas cervezas que en ocasiones escondía en la pequeña nevera de su cuarto, alguna que otra bolsa de grasientos y pocos sanos aperitivos que tanto les gustaban y finalmente pulsó el botón de *play* para mirar el partido que habían esperado impacientemente.

En la pantalla, el Arsenal y el Manchester United luchaban incansablemente por el balón. El primer tiempo fue emocionante. En el descanso, los equipos iban empatados, dejando al público en tensión, y esos jóvenes que se habían negado a ver cómo había acabado el partido para sumergirse en la pasión del mismo, tenían el alma en vilo por saber cómo finalizaría la lucha entre aquellos dos titanes.

Para simular que estaban viendo el juego en directo, dejaron incluso los anuncios y, mientras, comentaban las jugadas del primer tiempo. Tras decidir que, sin duda alguna, su adorado Arsenal ganaría, aunque estaba algo complicado, ya que la posesión del balón estaba repartida a partes iguales entre los dos rivales, los chicos miraron emocionados el comienzo del segundo tiempo.

Y justo después de que el árbitro pitara el inicio de esa segunda mitad y de que pusieran el balón en juego, la grabación del partido se cortó y en la cinta del vídeo del tan esperado partido, hizo su aparición un ridículo y empalagoso capítulo de *Melrose Place*, ese insufrible culebrón en el que todos se acostaban con todos y luego se sentían culpables.

Graham maldijo mil veces a sus hermanas, mientras pasaba con rapidez todo el maldito capítulo a ver si tenían suerte y podían ver los últimos minutos

del partido. Aunque sólo fuese eso. Pero fue imposible, ya que aquel drama parecía no tener fin.

Sus amigos aún permanecían boquiabiertos ante la pantalla del televisor.

Cuando finalmente se dieron cuenta de que el partido más importante de su vida se había quedado a medias, fulminaron a Graham con sus amenazantes miradas, situación de la que él consiguió librarse solamente gracias a que tenía alguna que otra lata de cerveza a mano, y porque finalmente Harold les informó de que su primo le había dicho el resultado del partido, que había sido una indudable victoria de su equipo.

Graham creía que al final todo saldría bien, que tras echar algunas risas ante la enorme trastada de sus hermanas, conseguiría quedarse con aquellos nuevos amigos. Pero todo se vino abajo de repente ante una peculiar visión: la débil y anciana abuela de Graham había conseguido salir de su habitación a pesar de que él se había asegurado de echar la llave. Como no les había dicho a sus amigos nada sobre ella, se sorprendieron un poco ante la súbita aparición de una anciana con un camisón blanco agitado por el viento y unos encanecidos pelos muy alborotados, que caminaba lentamente hacia ellos con los brazos extendidos y emitiendo algún que otro carraspeo, sin duda porque tenía seca la garganta, como si de una película de terror se tratase.

—¡Ah! Ésta es mi abuela... —dijo el joven Johnson, sin conceder la menor importancia a su presencia.

Pero para su desgracia, su amigo Giles tenía demasiada imaginación y no creyó sus palabras, o más bien las creyó a su manera.

—¡¿Tú también la ves?! —exclamó, señalando a la anciana aterrorizado, como si fuese un espectro. Y antes de que Graham tuviera la oportunidad de explicarle que su abuela estaba viva y que no era ningún fantasma, Giles corrió desesperado hacia la salida para no volver jamás.

Por suerte, Harold se rio mucho a costa de Giles y no pareció importarle demasiado la aparición de la octogenaria, hasta que ésta se puso a cantar una antigua canción inglesa. Algo que no habría sido para tanto de no haber ido acompañada de un bailecito que, antes de que a Graham le diera tiempo a detener a su abuela o de advertir a su amigo, pasó a ser traumatizante, ya que la anciana alzó su camisón para mostrar, como era su costumbre, su espléndida desnudez ante las visitas. Sin duda, otro que no volvería a pisar nunca la casa de los Johnson.

Después de que Graham acompañara a la anciana a su habitación, se dio

cuenta de que alguien le había dado la llave para que pudiera salir a su antojo. Tras preguntarle amablemente a su desvalida abuela quién había sido el genio al que se le había ocurrido semejante despropósito y tratar de explicarle una vez más por qué no podía desnudarse delante de las visitas, Graham obtuvo respuesta a sus dudas: como ya sospechaba, todo había sido obra de sus malvadas hermanas.

¡Pero como que se llamaba Graham Johnson que ésa sería la última vez que aquellas mujeres lo importunaban! El vil acto de hacer que se perdiera un importantísimo partido, y, lo que era más importante, haber espantado a sus nuevos amigos, eran la gota que colmaba el vaso de su paciencia. Ya era hora de que se vengara de todas las maldades con las que aquellas cinco «individuas» lo habían atormentado desde pequeño. Y si algo había acabado aprendiendo de las mujeres era que si la venganza es lenta se degusta mejor.

* * *

Graham esperó un tiempo hasta que su desquite estuvo elaborado a su gusto y preparado a conciencia, sin dejar ningún cabo suelto para las posibles represalias que pudiesen llevar a cabo aquellas arpías que tenían la desfachatez de hacerse llamar sus hermanas. Concretamente, planeó su venganza durante un mes, un tiempo aparentemente muy largo para responder a una sola trastada, pero Graham no trataba de resarcirse solamente por aquel partido de su equipo favorito que nada más pudo ver a medias, ni siquiera por la pérdida de sus nuevos amigos: sus acciones iban encaminadas a tratar de obtener reparación y desagravio por todos los años en que había sido torturado por cada una de las mujeres de la casa con alguna que otra vergonzosa tarea, como ser modelo de pruebas del vestido de una de sus hermanas, verse obligado a tragarse cientos de películas melosas, o tener que gastarse sus ahorros para regalarles algo a sus torturadoras particulares cada San Valentín, ya que si no lo hacía era vilmente amenazado por ellas...

Ese sábado, Graham se aseguró de que, después de desayunar, todas sus hermanas recibieran un bonito presente de su parte. Se trataba de algo que sin duda las complacería, ya que les gustaba leer.

Graham dejó cinco flamantes ejemplares del periódico de su instituto sobre cada una de sus camas y, apoyándose despreocupadamente en la pared del pasillo, esperó a que la bomba estallara y que sus hermanas se dieran cuenta de

qué iban aquellas tórridas historias que Graham había escrito y que estaban causando furor en su instituto.

—¡¡Tú!! —gritaron cinco chicas histéricas, intentando acorralarlo.

¡Qué pena que en esa ocasión eso no les fuera posible, ya que el joven Johnson era el único que mantenía el control absoluto de aquella situación que ellas mismas se habían buscado!

—¿Os referís a mí? —preguntó Graham, tan arrogante como sólo podía ser un joven en plena adolescencia.

—¡¿Cómo te has atrevido a hacer esto?! —chilló Megan, furiosa, avanzando hacia su hermano pequeño con el periódico retorcido en una mano.

—¡No me puedo creer que hayas relatado el momento tan vergonzoso de mi primer beso en esta basura! —lloriqueó Nessie, haciéndose la desvalida. Algo que con él no servía, ya que sabía cómo se las gastaba cada una.

—¿Cómo has conseguido esa información? —le preguntó Nerys a su sonriente hermano.

—Eso es secreto profesional. Un buen periodista nunca revela sus fuentes... —contestó él jactanciosamente, disfrutando como nunca de su merecida venganza.

—¿No lo veis? ¡Seguro que el muy cerdo ha leído nuestros diarios! —exclamó Aila, indignada, dando al fin con la verdad.

—¡No es justo! ¡Se lo vamos a contar todo a papá! —amenazó Leslie, muy segura de haber hallado la solución.

—¿Estáis seguras de que queréis hacer eso? —inquirió un presuntuoso Graham, mientras se apoyaba levemente en la pared y cruzaba los brazos por detrás de la cabeza—. Con toda seguridad, nuestro padre, como buen policía que es, querrá verificar que vuestras acusaciones son ciertas. ¿Le vais a dejar que lea vuestros diarios personales?

—¡Papá creerá lo que nosotras le digamos! —respondió Nessie orgullosa, convencida de saber cómo manejar a su adorable progenitor después de tantos años.

—Sin duda. Y yo le diré que mentís, vosotras insistiréis en que decís la verdad, gritaréis, lloraréis, y papá, para no ser injusto con ninguno, tendrá que comprobar la verdad. Por desgracia para vosotras, no hay otra forma de hacerlo que no sea leyendo vuestros diarios.

—¡Si crees que esto va a quedar así, estás muy, pero que muy equivocado! —amenazó abiertamente la mayor de todos sus problemas, Megan.

—Por si no os habéis percatado, el periódico del instituto suele salir cada semana, yo he conseguido publicar ocho relatos en total en lo que va de mes. Mi amigo Matthew me ha asegurado que puedo enviarle todas las historias que quiera, y creedme cuando os digo que tengo material para cientos de ellas. Si no queréis que en el periódico de esta semana ponga vuestros nombres en vez de las iniciales, ¡hacedme un favor y dejad de tocarme las pelotas de una vez! —finalizó Graham tajante, dando al fin con la solución al gran problema que era convivir con cinco conflictivas hermanas.

Éste fue el desencadenante que llevaría a Graham Johnson a interesarse por el noble arte de la escritura, aunque su objetivo en principio no fuese demasiado noble...

* * *

La historia más importante de mi vida no es la que trata sobre los desvaríos de mi traumatizada infancia, aunque fueron las molestas jugarretas de mis hermanas las que me llevaron a convertirme en el hombre que soy ahora.

No me gusta tratar con personas a las que detesto, no me gusta sonreír falsamente a nadie, no me gusta aguantar a gente despreciable, no poseo tacto alguno. Lisa y llanamente, no me gusta la gente. Y menos aún las mujeres, a las que utilizo sólo para dos cosas: la cocina y la cama.

Siendo realista, las personas son falsas y engañosas por naturaleza, así que yo decidí mantenerme alejado de ellas para que no se me pegaran sus defectos y, especialmente, porque carezco de escrúpulos a la hora de expresar lo que pienso, y, no sé por qué, eso suele ofender con mucha facilidad.

Pero tarde o temprano, hasta los hombres como yo caen un día ante ese complicado sentimiento que es el amor. Por eso, aún no me puedo creer que finalmente esté aquí, haciendo lo que siempre juré y perjuré que nunca haría: el ridículo más grande por culpa de una mujer.

Pero es que los hombres al parecer nos volvemos idiotas cuando nos enamoramos y, por desgracia, yo soy uno más de esos estúpidos que, pese a que prometen no enamorarse jamás, caen de la forma más embarazosa en las redes del amor.

No sé por qué lo hago, en realidad ella no es una mujer que destaque por su belleza o por sus dulces encantos. En una reunión de hermosas damas, sería la solitaria y anodina señorita que se esconde en un rincón procurando no hacerse

notar demasiado por miedo al ridículo. Y aunque en un principio parezca tímida, es increíblemente persistente y testaruda a la hora de conseguir lo que quiere. También es vengativa, pero muy inocente en algunos aspectos… Ella es, simplemente, la mujer que ha hecho que mi perfecto y estructurado mundo se tambalee con su sola presencia y, ahora que la he perdido, no puedo evitar gritar a los cuatro vientos que la amo.

No sé si podrá perdonarme todas las malas pasadas que le he hecho, ni si se apiadará de mis sentimientos y se dignará escucharme... Sólo sé que tengo que hacer todo lo que pueda para conseguir que vuelva a mi lado y utilizar todos los medios a mi alcance. Y si para ello tengo que humillarme en público… que así sea. ¡Bienvenido sea el ridículo por conseguir de nuevo lo único que vale la pena en esta vida: el amor de una mujer tan increíble como ella!

* * *

Pasear a mis anchas por aquel plató de televisión ante decenas de personas boquiabiertas fue divertido. Que la presentadora se quedara sin habla, me hizo sonreír, pero lo mejor de todo fue ver las caras que pusieron todos ante las primeras palabras que pronuncié, que eran en realidad un mensaje para mi testaruda enamorada.

—¡Lee el libro de una puta vez! —exigí furioso, dirigiéndome a la cámara.

Luego, simplemente, tomé asiento y esperé, y esperé… A ver lo que pasaba con mi historia de amor.

CAPÍTULO 2

Seis meses antes, Nueva York

Samantha White era una mujer de veinticinco años, de aspecto muy sencillo: pelo castaño y lacio, que casi siempre llevaba recogido en una coleta, de estatura media, y cuyos únicos rasgos destacables eran un rostro un tanto inocente y unos llamativos ojos de color violeta que hacían que la gente no pudiera olvidarse de esa alegre joven que los saludaba con una amable sonrisa en un sitio donde nadie se paraba apenas a saludar al vecino, y menos aún a un simple conocido.

Samantha vivía en la superpoblada ciudad de Nueva York, un lugar donde todo podía pasar. Allí cada día descubrían a una nueva estrella, ya fuera una dulce y melodiosa cantante, un fuerte e intrépido deportista o tal vez un talentoso actor. Por desgracia, los escritores buenos parecían escasear, o tal vez no se les daba suficiente publicidad.

A Samantha le gustaba escribir y, como miles de personas en aquella ciudad, tenía un manuscrito que presentaba una y otra vez a distintas editoriales esperando ser descubierta, pero al parecer las editoriales no querían descubrirla, así que, como cientos de jóvenes soñadores, trabajaba en algo que se le daba bien, mientras intentaba llevar a cabo su sueño, que no era otro que convertirse en una escritora tan talentosa y brillante como lo era aquella nueva promesa de las novelas románticas, cuyos libros causaban furor en todo el mundo.

Ella, como muchas otras mujeres, admiraba profundamente a Miss Dorothy, una anciana que había escrito una saga de libros románticos en los que los protagonistas pasaban por decenas de dificultades y su amor nunca llegaba a consolidarse, porque siempre había alguien que separaba a la pareja en el último instante.

Esa noble viejecita había conseguido que la mitad de la población la adorase por sus novelas, mientras que la otra mitad la odiaba por la desesperación de no saber nunca cómo acabarían sus turbulentas historias.

Miss Dorothy tenía un total de seis libros en el mercado, que habían sido publicados en todos los formatos posibles en los últimos años. Incluso se hablaba de la posibilidad de rodar alguna película, pero esa talentosa anciana hacía dos años que no publicaba nada y todas sus fans estaban impacientes, porque se rumoreaba que la siguiente novela sería la última de la intrigante saga y que, al fin, los protagonistas acabarían juntos a pesar de todas las adversidades.

Entre los cotilleos que publicaba la prensa se hablaba de una enfermedad de origen desconocido que afectaba a Miss Dorothy y que la mantenía aislada de todos y sin posibilidad de escribir. En todo el mundo, las miles de apasionadas lectoras que seguían sus historias rezaban para que se curara y finalmente pudiera concluir su gran obra antes de pasar a mejor vida.

Miss Dorothy era un ejemplo más de cómo muchos escritores consiguen publicar sus obras a edades tardías, con lo que disfrutan poco tiempo de la grandeza que alcanzan sus libros. Samantha estaba decidida a que eso no le pasara a ella, por lo tanto, era sumamente persistente: se apuntaba a decenas de cursos para mejorar su escritura, reescribía una y mil veces su obra sin llegar a estar nunca contenta del todo con esa novela que siempre daba vueltas en su cabeza; incluso mientras trabajaba, no paraba de intentar rehacer una y otra vez a esos personajes que tanto la acababan frustrando.

Trabajaba en el negocio familiar, ayudando a su solitario padre viudo. Pese a que Samantha llevaba allí prácticamente toda la vida, aún había muchos clientes de la zona de Brooklyn que no podían concebir que, cuando aquella delicada mujercita cambiaba sus femeninas ropas por el mono de trabajo, se convirtiera en un auténtico genio en todo lo referente a la reparación de vehículos.

Que el negocio familiar, llamado Los White, fuera un viejo taller en un antiguo edificio de la calle Union no era muy inspirador para desarrollar la idea de una elaborada historia romántica, pero aun así Samantha lo intentaba.

—Vale, papá, ¿y si el protagonista es un mecánico y ella una cliente y entre los dos surge el amor? —comentó animadamente Samantha, mientras pintaba el capó de un cuatro por cuatro.

—Me confundes, hija, ¿estás escribiendo una novela romántica o el guion de una película porno? —le preguntó jovialmente Jeremiah White, mientras disfrutaba de una merecida cerveza en un tiempo de descanso que pocas veces se

tomaba por dos razones: la primera, que a sus cuarenta y seis años era todo un chaval y no lo necesitaba, y la segunda y más importante, porque sus atolondrados empleados pocas veces lo dejaban en paz.

—¡Jo, papá! ¡No seas tan crítico con mis ideas! —se quejó ella infantilmente, intentando sacar una idea romántica de donde no había más que grasa y algún que otro tornillo suelto, tanto de los automóviles como del personal del taller.

—Sí, ya veo el primer diálogo de tu novela: «¿Quieres que te preste mi herramienta, nena?» —se carcajeó abiertamente Raúl Álvarez, el otro empleado del taller, mientras hacía un gesto bastante grosero con las caderas.

Jeremiah lo fulminó con la mirada. Las jocosas bromas eran una costumbre entre Samantha y Raúl desde que eran pequeños, pero él, un alocado joven de ojos negros y pelo oscuro, como siempre ignoró sus advertencias y siguió pinchando incansablemente a la adorada hija de Jeremiah.

—Si quieres, yo te puedo servir de modelo en la investigación para tus novelas —insinuó, alzando provocadoramente una ceja.

—Las escritoras no trabajamos así, Raúl. ¿O es que acaso te crees que Miss Dorothy, a su edad, puede permitirse hacer todo lo que pone en sus libros?

—Cariño, tú aún no eres una escritora, y lo único que has conseguido publicar es el anuncio, un tanto obsceno, todo sea dicho, de la tienda de perritos calientes de la esquina —señaló Raúl, intentando devolverla a la realidad.

—¡No es obsceno! Es pegadizo y la gente lo recuerda…

—«Tan grandes y calentitas, nunca habrás probado unas salchichas tan exquisitas» —recitaron al unísono y con sorna Jeremiah y Raúl, algo que siempre hacían cuando querían sacar de quicio a la dulce Samantha.

—¡Sois…, sois…! ¡Ah, os dejo por imposibles! ¡Ya veréis! ¡Algún día seré una famosa escritora y entonces no os daré ni la hora!

—Pero siempre nos quedará ese hermoso eslogan como recuerdo… —bromeó Raúl antes de entonar una vez más ese dichoso estribillo que a ella siempre la sacaba de sus casillas.

¡Maldito fuera el día en que se lo apuntó en una servilleta de papel a su vecino, el dueño del local de perritos calientes, como una simple broma! El sitio siempre estaba tan abarrotado que apenas necesitaba ningún reclamo.

—¡Ya veréis! ¡Algún día entrará una gran editora por esa puerta y me dirá que soy la nueva promesa de la escritura y que llegaré a ser tan famosa como Miss Dorothy!

Ante esas dignas palabras, el padre de Samantha y Raúl se miraron serios e hicieron lo único que podía hacer alguien en esas circunstancias: entonar una vez más la canción de las salchichas, lo que hizo que Samantha saliera airadamente del taller para tomarse un descanso. Por desgracia, el único local abierto a esas horas donde podría disfrutar de un almuerzo decente era el de su vecino y sus malditas salchichas.

* * *

La Editorial Violeta se había convertido en una de las más famosas, después de dar a conocer al público a la gran promesa que era Miss Dorothy. En pocos años, ésta había vendido millones de ejemplares en todo el mundo, con lo que ellos habían pasado de ser una pequeña editorial a una gran empresa que movía millones de dólares.

Habían publicado a otras grandes escritoras, pero ninguna llegaba tanto al público como Miss Dorothy. El problema que conllevaba esto era que esta famosa escritora no era como todos imaginaban. No era encantadora, ni de trato fácil y nunca, pero nunca, hacía caso a su editora.

Ésta, Natalie Wilson, tenía unos cuarenta años y una gran trayectoria profesional, y estaba hasta las narices de tratar con la prepotente escritora. Maldecía una y otra vez el día en que se le ocurrió publicarla, a pesar de todas las ganancias que había proporcionado a la editorial, sobre todo porque Natalie empezaba a sufrir de estrés, tenía una incipiente úlcera de estómago y se habían exacerbado sus instintos asesinos desde que trataba con la adorable Miss Dorothy.

Desde arriba la presionaban para que la autora terminara al fin su aclamada saga *Redes de amor*. Sus fans no hacían otra cosa que mandar miles de cartas y correos electrónicos a la editorial preguntando por qué la ancianita aún no había terminado de escribir su última novela, y a menudo querían saber si eran ciertos los rumores sobre la enfermedad de su adorada escritora.

En más de una ocasión, Natalie tenía ganas de contestarles que la única enfermedad crónica de Miss Dorothy era la vagancia... Dos años llevaba persiguiendo a esa maldita alimaña para que acabara ese libro que todos esperaban, y ella les iba dando largas una y otra vez. La había amenazado

incluso con hacer intervenir a sus abogados, la había perseguido hasta su escondrijo y enviado a cada uno de los empleados de la editorial para intentar convencerla de que terminara el libro… pero nada.

Natalie había llorado, implorado y suplicado y ya estaba desesperada, porque no sabía qué más hacer. Veía cómo las posibilidades de rodar una película sobre la saga, y los millones de ganancia que obtendrían, se les escapaban, y cada vez que su jefe la llamaba a su despacho, se imaginaba que pedía su cabeza en una bandeja de plata por no haber conseguido la maldita novela.

En ese momento, una vez más, Natalie se dirigía al despacho de su jefe sin saber qué nueva excusa ponerle ante el retraso tan prolongado de esa obra que parecía no tener fin. Entró intentando confundirse con el entorno y ver si su jefe estaba lo bastante ocupado como para que la dejara marchar con vida.

Por suerte, estaba hablando por teléfono, pero para desgracia de Natalie, la conversación era con su mujer, algo que últimamente no lo ponía de muy buen humor. En cuanto ella entró en la estancia, Brandon Reed, un hombre canoso de unos sesenta años, con una prominente barriga y un impecable traje siempre impoluto, le dirigió una fulminante mirada, mientras con una simple señal le indicaba que tomara asiento ante su poderosa presencia.

Tras concluir su charla, colgó el teléfono un tanto enfadado y dirigió toda su ira hacia la inocente empleada que no hacía otra cosa que intentar hacer su trabajo.

—Señorita Wilson, no estamos contentos con su trabajo. A día de hoy ya deberíamos haber publicado ese libro que usted nos prometió que conseguiría. Los fans de Miss Dorothy empiezan a impacientarse y, a decir verdad, nosotros también.

—¡Es maravilloso! Tengo el primer capítulo y le puedo asegurar que es espléndido: ¡nadie ha escrito nunca nada igual! —mintió Natalie, pensando que, efectivamente, ninguno de sus otros escritores se atrevería nunca a mandarle, bajo el título *El libro más triste del mundo*, doscientas páginas en blanco con la única excepción de tres palabras en la última: «Se murió» y «Fin».

—¡Estamos cansados de oír eso una y otra vez y de no haber visto aún ni una página de ese supuesto libro! He hablado con los demás directivos de la editorial y hemos decidido concederle un año para obtener la novela. Si no lo

hace, tendremos que despedirla. ¡No puede ser tan difícil conseguir un libro más de esa escritora! Si usted no está a la altura, tal vez no sea apta para quedarse con nosotros. Eso es todo, señorita Wilson.

Mientras salía del despacho, Natalie decidió que merecía un descanso, se tomaría su tardío almuerzo en ese mismo momento. Y mientras pensaba dónde narices comer a esas horas, maldijo mil veces a Miss Dorothy, a su jefe, que a saber por qué siempre hablaba en primera persona del plural cuando era el único que mandaba allí, y al vagabundo de la esquina, que le hizo pensar que muy pronto podría acabar compartiendo su cartón con él en la Quinta Avenida si la ponían de patitas en la calle.

Pero después de meditarlo un rato sonrió, porque si finalmente la despedían no tendría que volver a tratar con Miss Dorothy, su úlcera desaparecería y podría observar con una sonrisa cómo su jefe intentaba lo que era sencillamente imposible: que esa persona volviera a escribir un puñetero libro que contuviera más de cinco páginas en las que no transcribiera un programa de cocina, como había hecho en su último manuscrito.

Natalie Wilson cogió su caro deportivo, que se había comprado con mucho esfuerzo, y condujo sin rumbo hasta que su inquisitiva nariz oliera algo que le fuera meramente apetecible en aquel nefasto día. Tras conducir un rato, su coche se detuvo de repente cuando los puntiagudos escombros procedentes de una obra acabaron con sus neumáticos.

Natalie paró donde pudo y, al ver que tenía varias llamadas perdidas de su jefe, desistió de esperar una grúa y buscó directamente la dirección del taller de reparaciones más cercano. Por suerte, éste se hallaba junto a un local de perritos calientes con un eslogan horrible, por cierto, pero que olía deliciosamente bien. Así que, muy dispuesta a acabar con su dieta en uno de esos días en los que nada parecía salirle bien, Natalie apagó su móvil y se dirigió decidida hacia donde se hallaba su almuerzo alto en grasas y con alguna que otra caloría de más, que le haría recordar lo delicioso que era en ocasiones saltarse las reglas para tener una vida sana, pero insoportablemente insípida.

* * *

Mientras aporreaba sin piedad la abolladura de la carrocería de aquel coche familiar que, una vez más, había cogido el hijo menor de los Philips, pensaba seriamente cuándo llegaría mi oportunidad de darme a conocer.

Llevaba escribiendo desde los diez años y, aparte de alguna que otra palmadita en la espalda por parte de mis profesores, apenas había conseguido nada. No había ganado ningún premio en el instituto por mis redacciones, no había obtenido el reconocimiento de ningún certamen juvenil, y ahora que no cesaba de participar en algunos concursos para adultos, lo único que conseguía era darme cuenta de cuánto aumentaba la competencia a lo largo de los años.

Los cursos para escritores en los que me apuntaba en ocasiones me ayudaban a mejorar mi forma de redactar, pero otras sólo eran un timo para sacarle el dinero a los que queríamos hacernos un hueco en ese difícil mundo. Aun así, yo seguía insistiendo, enviando mis manuscritos a todas las editoriales, por correo y en persona.

Pero siempre recibía la misma respuesta: «No es lo que estamos buscando en estos momentos…». En ocasiones me preguntaba si mis novelas llegaban a ser leídas o si acababan directamente en la papelera.

Suspiré, resignada a seguir un día más con mi poco atrayente trabajo, con su grasa, su pintura y alguna que otra pieza de desguace, sin poder dejar de pensar en cómo sería mi vida si hubiera tenido la suerte de ser descubierta por una de esas fantásticas editoras que siempre publicaban libros que se convertían en el no va más... Si yo fuera como Miss Dorothy, esa noble anciana que había llegado a los corazones de todos con sus dulces palabras, sin duda no volvería a pisar el taller, pero por lo visto, mi talento sólo daba para un estúpido eslogan de salchichas.

Cabreada una vez más con el dueño de ese local por haberse apropiado de aquella servilleta y hacer de esa necia frase su lema, sin duda sólo para fastidiarme, seguí aporreando violentamente la abolladura de la carrocería. Tan absorta estaba descargando mi enfado en aquel trozo de metal, que por poco paso por alto la presencia de esa famosa editora a la que todo Nueva York conocía.

Natalie Wilson era una mujer de carrera que, después de descubrir a Miss Dorothy, había salido en todas las revistas femeninas y había sido alabada por su gran hazaña como empresaria. Y ahora, frente a mí, estaba su majestuosa figura de mujer que cuidaba tanto su mente como su aspecto. Era un ejemplo para cualquiera, y el caro traje de ejecutiva que llevaba demostraba lo alto que había llegado en su carrera.

Un rostro perfecto, melena corta, rubia y brillante, y una manicura impecable hacían que Natalie Wilson pudiera deslumbrar a todos en el pequeño

taller y, sin duda, el hecho de que estuviera allí, cuando hacía poco que yo había enviado uno de mis manuscritos a su editorial, no podía ser una mera coincidencia.

Mi padre y Raúl la miraron un tanto asombrados. Sin duda también la reconocieron, ya que yo les había enseñado decenas de veces aquellos artículos de las revistas femeninas que ellos nunca tocarían.

Rápidamente, solté mi herramienta de trabajo dispuesta a hacer que mi descubridora no se desesperara por mi ausencia y, tras limpiarme la cara y las manos con un trapo limpio, fui a presentarme a mi mecenas. Cuando nuestras miradas se cruzaron, yo hinché el pecho con expectación, esperando oír las palabras que me convertirían en una nueva estrella y acallaría las incesantes burlas de los que me rodeaban. Esas palabras que me lanzarían a la fama, que me proclamarían como una nueva promesa de la escritura, esas que…

—¿Podría cambiar las ruedas pinchadas de mi deportivo, por favor?

Esa simple frase me devolvió a la realidad y las carcajadas de mi padre y de Raúl me hicieron darme cuenta de que nada cambiaría en mi vida si yo no hacía algo para eso ocurriera, así que, decidida a cambiar mi futuro, cogí la grúa de mi padre y me dirigí hacia donde me indicó ella.

Estaba más que dispuesta a que Natalie Wilson leyera mi novela como fuera, y si para ello tenía que convencer a Raúl de que le cambiara las ruedas a paso de tortuga, no dudaría en recurrir a ello.

¡Como que me llamaba Samantha White que alguien leería mi jodido libro de una maldita vez!

* * *

Natalie Wilson llevaba cerca de una hora sentada en el viejo y raído sillón de tercera de una minúscula sala de espera. El pobre taller en el que había tenido la desgracia de entrar consistía en una pequeña zona de trabajo en la que apenas cabían cuatro coches. Las piezas de éstos y las herramientas estaban esparcidas de cualquier modo, y un pequeño mueble con un viejo televisor distraía a los trabajadores mientras realizaban su tarea.

Por suerte, Natalie se encontraba en una habitación contigua a un pequeño despacho, desde donde, a través de los cristales, veía todo lo que ocurría con su coche en esos momentos, sin tener que mezclarse con la grasa ni acercarse a todos aquellos productos que podían manchar su caro traje. Pero para su

desgracia, el mecánico que le cambiaba las ruedas era un joven de unos veintisiete años que, aunque debería ser rápido, era más lento que su abuela. En el buzón de voz se le iban acumulando mensajes de su jefe y la maldita Miss Dorothy no atendía sus llamadas. Y, para colmo, había dado con el único taller del mundo que tenía empleada a una mujer que se dedicaba a escribir novelas románticas.

Y, una vez más, ella tenía que ser la afortunada que descubriera a un nuevo prodigio de la literatura... Estaba harta de que cada dos por tres una peluquera, una camarera, una taxista e incluso la viejecita del puesto de flores de la esquina, se creyeran escritoras en potencia. Había una cosa de la que sin duda todas ellas carecían, eso que se llamaba «talento», y que por desgracia muy pocas personas tenían.

Bastantes problemas tenía ya con intentar no perder su trabajo por culpa de la maldita Miss Dorothy de las narices, como para fichar a otro bicho raro que le saliera igual de impertinente.

Finalmente, tras el último tono, decidió dejar un mensaje en el contestador a ver si en esa ocasión Miss Dorothy la escuchaba de una puñetera vez y se ponía en contacto con ella.

—¡Sal de una vez de tu maldita cueva! —le gritó Natalie a la única persona que permanecía aislada de todo el mundo, a pesar de que todo el mundo no dejaba de reclamarla con insistencia.

Luego, Natalie miró a aquella inocente joven de nombre Samantha y, resignada y sin tener nada mejor que hacer, prestó atención a sus animadas palabras.

—Me he inspirado en esa fabulosa escritora que usted descubrió —dijo una vez más la mecánica que no dejaba de atosigarla con su largo manuscrito.

Tras oír esas palabras, Natalie rogó por que no dijera el nombre maldito y que se hubiera inspirado en cualquier otra persona racional que no fuera ella…

—¡Miss Dorothy es la mejor escritora del momento! —alabó ilusionada la joven.

Natalie estaba a punto de decirle cómo era en realidad su idealizada autora. Que no era otra cosa más que un molesto grano en su trasero desde hacía dos años y que si no escribía nada era porque no le daba la gana a la muy hija de…, pero finalmente, tras mirar aquellos ojos de corderito degollado, no pudo decir nada.

Ella, que rechazaba todos los días a decenas de escritores, no podía

deshacerse de una simple joven; no se vio capaz de romper sus ilusos sueños y eso la llevó a pensar que nadie podría ignorar a aquella dulce mujer cuando ésta estaba decidida a conseguir algo. Natalie sonrió ladinamente ante la nueva idea que estaba tomando forma en su cabeza…

Sin duda alguna era una locura, no era nada profesional y sólo Dios sabría si podía llegar a funcionar, pero como las opciones para conseguir el libro se le acababan y la desesperación convivía con ella desde hacía dos años, Natalie se lio la manta a la cabeza y se lanzó a por todas.

—¿Te gustaría conocer a Miss Dorothy? —le preguntó a la joven, haciendo que los ojos se le abrieran llenos de ilusión.

—¡Sí, me encantaría! ¡Tengo tanto que preguntarle sobre sus novelas y sus comienzos!

—Si no te importa viajar, tal vez tenga un trabajo para ti. Si lo llevas a cabo satisfactoriamente, puede que consiga que alguien lea tu novela, y si es buena, quién sabe: quizá pudieras ser tú la próxima Miss Dorothy... —jugó vilmente Natalie, tentándola con un atrayente caramelo.

—¡Sin duda soy la idónea para ese trabajo, señorita Wilson! ¡Sobre todo si con ello llego a conocer a mi adorada escritora! —exclamó llena de felicidad la joven Samantha, haciéndola sentirse un tanto despreciable, pero dispuesta a pesar de todo a seguir adelante con su plan.

—Bien. Entonces te espero mañana a las ocho de la mañana en mi despacho. Ésta es la dirección —dijo Natalie, tendiéndole una de sus tarjetas.

Para su sorpresa, cuando la joven consiguió que ella la escuchara, el mecánico terminó en un santiamén de cambiar las ruedas de su automóvil. Luego Natalie pudo dirigirse hacia sus oficinas aún un poco inquieta por lo que estaba a punto de hacer. Tal vez más tarde le remordiese la conciencia o le pesara alguno de sus pecados, pero en ese momento era la desesperación la que guiaba sus pasos, así que en cuanto llegó a su despacho, llamó a su ayudante y le ordenó escribir una circular que todos en la oficina tendrían que memorizar para el día siguiente. El mensaje decía así: «Queda terminantemente prohibido hacer ningún comentario sobre Miss Dorothy. Desobedecer esta orden puede suponer el despido».

Nada ni nadie le iba a impedir recurrir a la última posibilidad que se le ocurría a su alocada mente para conseguir el libro de Miss Dorothy. Y si para ello tenía que sacrificar los inocentes sueños de una joven un tanto atolondrada,

que así fuera. Además, con eso tal vez Samantha aprendiera una valiosa lección: las personas a las que idealizamos no son nunca como nosotros las imaginamos.

CAPÍTULO 3

Esa mañana me dirigí hacia las oficinas de la Editorial Violeta con paso decidido, dispuesta a llevar a cabo mi sueño y segura de estar un poco más cerca de conseguirlo. Informé a mi padre del brillante futuro que me esperaba como escritora a partir de entonces y, una vez más, él suspiró, resignado a que abandonara de nuevo mi trabajo para intentar hacer realidad una ilusión que siempre se me escapaba.

Ya había faltado en otras ocasiones, ya fuera para entregar algún manuscrito o para ir a alguna entrevista en la que erróneamente me ofrecían un puesto de limpiadora o cosas así. A todas ellas acudía llena de optimismo, aunque al final volvía a casa totalmente deprimida y con el ánimo por los suelos.

Por suerte, mi padre siempre me esperaba con un gran bol de helado de chocolate y, aunque yo le insistía una y otra vez en que estaba a dieta, siempre acababa aceptándolo. Lo devoraba en unos pocos minutos, mientras no dejaba de contarle, llorando a moco tendido, todas mis penas, y él, como todo un hombre, aguantaba mis quejas para luego darme amorosamente alguna palmadita en la espalda y animarme a seguir escribiendo.

A pesar de tener veinticinco años y de haberme independizado, todavía seguía muy apegada a él. Especialmente porque vivía en el piso de al lado. Y es que a Jeremiah White no se lo podía dejar solo: estaba tan acostumbrado a que yo me encargara de las cosas de la casa desde que mamá murió que era imposible que sobreviviera más de una semana sin mi ayuda.

Mi padre era de ese tipo de hombres que se despreocupan totalmente de las tareas del hogar, ya sean limpiar, cocinar o simplemente tirar la basura. De no ser por las comidas que yo le preparaba a diario, estoy segura de que sería capaz de comer una y otra vez los insulsos platos precocinados de algún supermercado. Gracias a Dios que con los años había logrado enseñarle a ordenar un poco la casa y conseguir que no fuera un completo desastre.

Mientras Raúl me llevaba a las oficinas de la editorial en su tuneada moto, cuyos chillones colores morado y amarillo nunca pasarían desapercibidos, rogué porque Natalie Wilson no me viera llegar en ese vehículo que tanto destacaba

entre los elegantes coches y algún que otro caro taxi de los que timaban a los habitantes y visitantes de Nueva York.

Tras asegurarle por enésima vez a mi protector amigo que estaría bien y que lo llamaría en cuanto terminara para que pasara a recogerme, me dirigí a las elegantes puertas de aquel impactante e inmenso edificio. Cuando llegué a la distinguida recepción, que contaba únicamente con un amplio mostrador y un impoluto suelo de mármol blanco, mostré la tarjeta que me había dado Natalie y, emocionada, no pude evitar dejar caer que mi trabajo estaría directamente relacionado con Miss Dorothy.

La mujer de mediana edad que me guio hasta el ascensor parecía bastante simpática, por lo que no pude comprender la triste negación que hizo con la cabeza ni la mirada de lástima que me dedicó poco antes de que las puertas del ascensor se cerraran. Incluso me pareció oír que susurraba «pobrecita», antes de que comenzara a ascender hacia la décima planta, donde, sin duda, un alegre destino me esperaba.

* * *

Natalie Wilson ultimaba una vez más todos los detalles para que nada pudiera salir mal en esa ocasión. Todo estaba preparado y planeado con exactitud. La incauta joven a la que encomendaría aquella ardua tarea subía en esos momentos hacia su oficina. El billete de avión con destino a aquel recóndito lugar de las Tierras Altas de Escocia en donde se escondía Miss Dorothy, estaba dispuesto para el día siguiente, con las horas justas para que la chica no tuviera mucho tiempo de pensar sobre el trabajo que iba a realizar.

Natalie se había asegurado de que Miss Dorothy estuviera allí, dejándole caer a su ayudante, Liam, que en breve le llegaría un importante paquete que debería recibir en persona. El inocente Liam, con el que siempre hablaba últimamente, creyendo que se trataba de otro jugoso adelanto, le había confirmado el paradero de la reticente autora. Ahora Natalie sólo tenía que mandar el paquete y convencer a Samantha White de que no volviera hasta que hubiera conseguido el maldito libro.

Desafortunadamente, estaban pintando su despacho y como no quería tener que explicarle a su jefe qué hacía allí la joven, se resistió a pedir una de las salas de reuniones y prefirió que el encuentro se llevara a cabo en uno de los

numerosos y estrechos cubículos que había en aquella planta, concretamente en el de su ayudante, donde se podía oír todo.

Lo positivo de esa solución era que su jefe nunca pasaba por allí, sin embargo, había un pero: todos los empleados que trabajaban en esos cubículos sabían cómo era en realidad Miss Dorothy, así que Natalie esperaba que, por una vez, hubieran leído su última circular y no desobedecieran sus órdenes. ¡Porque como dijeran una sola palabra, estaba dispuesta a ponerlos de patitas en la calle!

Cuando le dijeron desde recepción que Samantha White estaba en el edificio, Natalie dirigió una última mirada amenazante a los empleados, mientras salía a recibir con una grata sonrisa a su pequeño milagro, que tal vez fuera la única que consiguiera hacer que el duro corazón de Miss Dorothy se ablandara un poquito.

—¡Me alegro tanto de que estés aquí! —exclamó efusivamente, dándole a la ingenua muchacha el abrazo de Judas.

—Gracias. Como te prometí, he venido para hablar de ese espléndido trabajo relacionado con Miss Dorothy —respondió Samantha muy alegre.

Tras esas inocentes palabras, se oyó de fondo algún que otro ahogo y varias toses procedentes de la multitud de cubículos. Natalie los amenazó nuevamente con su intransigente mirada, mientras dirigía a Samantha hacia el lugar de su reunión, para que tomara asiento y tuvieran un poco más de intimidad.

—Te comentaré de qué va el trabajo. Verás, hace unos años que Miss Dorothy tiene problemas para terminar su libro.

—Entonces, ¿ los rumores sobre su enfermedad son ciertos? —preguntó la joven, un tanto afligida.

—No verás, esto se debe a que…

—¡Es una vaga! —dejó caer, disimulándolo bajo una falsa tos, alguien a quien Natalie no pudo reconocer.

Por suerte, Samantha no lo oyó, sumida como estaba en la preocupación de que su heroína hubiera sufrido algún desgraciado percance.

—Lo que sucede es que Miss Dorothy ha perdido la inspiración, algo tremendamente triste para una escritora de su talla, y lo que quiero es que tú vayas a verla para recordarle por qué tiene que escribir esa última novela. Tal vez cuando vea a una de sus seguidoras en persona recupere las ganas de crear otra de sus maravillosas obras. Tu trabajo consistirá en ir a su casa y no volver aquí sin ese libro. No sé cuánto se prolongará tu estancia, pero seguro que Miss Dorothy te ofrecerá afectuosamente su hogar para alojarte.

Se oyeron unas apagadas risitas por toda la oficina, pero gracias a Dios, Samantha no se dio por aludida.

—¡No se preocupe! Con toda seguridad mi padre podrá encontrar a alguien que me sustituya en el taller durante un período de tiempo prolongado y, además, no creo que tarde mucho en convencer a esa dulce y amable anciana de que debe retomar su labor.

Lo que se oyó entonces fueron unas carcajadas que resonaron por toda la oficina, y ése fue el momento en que Natalie supo que, si quería que sus planes salieran bien, debía darse prisa.

—Entonces ¡trato hecho! Éstos son los papeles que debes firmar antes de irte, éste es el billete del avión, que sale mañana hacia Escocia, y ésta la dirección a la que debes ir una vez allí. ¡Y toma también mi número de contacto por si lo necesitas! —dijo Natalie rápidamente mientras conducía a Samantha hacia la salida.

—Entonces, mi manuscrito… ¿usted cree que Miss Dorothy me ayudará a terminarlo? —preguntó la joven, esperanzada.

—Sin ninguna duda. No podrá resistirse a ofrecerte su amable ayuda —respondió Natalie sin reparos, pese a saber lo crítica que podía llegar a ser en ocasiones Miss Dorothy—. ¡Y si consigues su novela, yo misma leeré la tuya! —anunció la editora, dispuesta a hacer lo que fuera si aquella chica lograba lo que a ella le había sido imposible conseguir en dos años.

—¡Tal como pensaba, Miss Dorothy es una de las personas más dulces y buenas que hay! —exclamó Samantha, muy contenta y emocionada.

—Sí, sí… Cuando llegues, si tienes alguna duda ponte en contacto conmigo. El ayudante de Miss Dorothy es un joven pelirrojo llamado Liam, que te puede ayudar a localizarla si por un casual no estuviera. Pero te puedo asegurar que ella siempre está en casa y recibe muy cordialmente a las visitas.

Cuando las risas contenidas volvieron a resonar en la oficina, Natalie introdujo rápidamente a Samantha en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja. En el momento en el que las puertas se cerraron, las carcajadas de los desaprensivos que trabajaban para ella inundaron el lugar ante la inocencia de la joven.

—Te deseo mucha suerte, Samantha. Sin duda la necesitarás —susurró Natalie en voz baja, sintiéndose culpable por lo que acababa de hacer, pero decidida a llevar a cabo su plan para salvar su empleo a toda costa.

—¡Sois lo peor! —gritó a continuación, exaltada, dirigiéndose a sus

empleados con la intención de aleccionar a algunos de ellos por su mal comportamiento.

Luego recordó que la que peor se comportaba era ella, ya que había conducido a una inocente joven hasta la guarida del lobo. Y que, sin duda, cuando Samantha llegara a Escocia, la dulce y amable anciana que ella esperaba en ningún momento la recibiría con amabilidad. Pero para entonces ya sería demasiado tarde, tanto para Samantha como para ella…

—¡Que sea lo que Dios quiera! —volvió a murmurar Natalie, resignada, sin saber qué más hacer para conseguir lo que todo Nueva York le reclamaba: el estúpido y fastidioso libro de la venerable Miss Dorothy.

* * *

Tras un vuelo de catorce interminables horas, con una escala de cinco en Ámsterdam, al fin llegué al aeropuerto de Inverness. Esta agradable y apacible ciudad es la capital de las Highlands, o Tierras Altas escocesas, y está situada justo en la desembocadura del río Ness.

A pesar de que eran unos paisajes dignos de verse, apenas pude entretenerme en mirarlos, ya que tenía que proseguir mi viaje. Así que alquilé un pequeño turismo y continué mi camino en la búsqueda de Miss Dorothy.

Con tres horas de diferencia horaria, un *jet lag* que me hacía desear llegar lo más pronto posible a mi destino para descansar y la contradicción de conducir por la izquierda, a lo que apenas había empezado a acostumbrarme, descubrí que mi vehículo resultó no ser muy buena elección, porque mientras la ciudad de Inverness se encontraba a tan sólo quince kilómetros del aeropuerto, y el pequeño y tradicional pueblecito escocés de Invermoriston, al que me dirigía, solamente se hallaba a unos cuarenta y cinco minutos de esa ciudad, la dirección que me habían dado era imposible de localizar con el navegador de mi coche.

Después de una hora de pelear con aquel GPS que me aconsejaba seguir recto cuando había un muro en mi camino, o girar a la derecha cuando allí sólo se veía un puñado de árboles y ningún sendero, desistí de hacerle caso a aquel cacharro suicida y decidí buscar por mí misma dónde narices se encontraba el dichoso lugar.

Las abruptas carreteras me hacían rebotar a cada instante y el almuerzo del avión era un mero recuerdo en mi estómago vacío, que no hacía otra cosa que protestar. Finalmente, harta de dar vueltas sin sentido, me detuve a un lado del

camino y rebusqué en mi bolso hasta dar con una suculenta chocolatina, que estaba más que dispuesta a saborear para acallar el ruido de mi estómago y calmar mi impaciente ánimo.

Mientras degustaba esa exquisitez de tres capas de galleta con cubierta de chocolate, rememoré la entrevista que había tenido con Natalie Wilson en sus oficinas. Mientras hablaba con ella, me había dado la extraña sensación de que estaba cayendo en una trampa y que sin duda me arrepentiría... Las continuas risitas, toses y comentarios un tanto inquietantes de sus trabajadores me hicieron pensar por unos instantes que tenían que ver con nuestra conversación.

Pero eso era imposible: ¡todo el mundo en las redes sociales conocía el afable carácter de Miss Dorothy, y una persona que escribía historias de amor tan hermosas, definitivamente no podía ser una mala persona!

Apoyada en el capó del coche de alquiler, decidí parar al primer vehículo que pasase para ver si el conductor tenía más idea de donde estaba que yo, o si estaría tan perdido como mi ridículo GPS, que aún insistía en que girara a la derecha en un sitio donde lo único que había era una extensa arboleda contra la que poder estrellarme.

Después de más de media hora sin que pasase nadie, al fin vi un moderno cuatro por cuatro un tanto descuidado. Me puse en mitad de la carretera, con la mano en alto, y, ante mi asombro, el hombre que conducía aceleró, dispuesto a apartarme de su camino. Pero como yo había ido allí dispuesta a encontrar a aquella noble anciana para ayudarla con su problema, lo miré con decisión y me mantuve firme hasta que el vehículo finalmente se detuvo y pude acercarme a él.

Cuando eché un vistazo al pelirrojo y furioso hombre de unos treinta y pocos años que conducía aquel armatoste, para mi sorpresa descubrí tres cosas: primera, que si arreglaba un poco su desaliñado aspecto y aquella barba de tres días, con sus bonitos ojos castaños, sus hermosos cabellos, su fuerte complexión y su atractivo rostro podía ser bastante apuesto; segundo, que era el hombre más grosero del mundo; y tercero, que no había parado su vehículo por amabilidad o por mi desafiante osadía, sino porque se le había calado y se había quedado sin batería.

—¡Señorita, en estos momentos estoy demasiado ocupado para prestarle atención! Además, no sé nada de mecánica, por lo que dudo que pueda ayudarla a usted si ni siquiera soy capaz de ayudarme a mí mismo —comentó irritado el pelirrojo, mientras maldecía una vez más su vehículo, que intentaba desesperadamente hacer arrancar.

—Por suerte para usted, yo sí sé de mecánica... —repliqué con una amplia sonrisa, decidida a llegar al corazón de aquel hombre que, sin duda y en agradecimiento por mi ayuda, me indicaría amablemente la dirección que debía seguir.

—Sí, claro. —Sonrió ladinamente mientras me recorría de arriba abajo con una irónica mirada con la que me decía: «Eso no te lo crees ni tú».

A pesar de sus groserías, estaba totalmente decidida a que alguien me indicara el maldito lugar donde se escondía mi amable y dulce escritora, así que tomé aire y conté mentalmente hasta diez antes de dedicarle otra de mis sonrisas y dirigirme hacia el maletero de mi vehículo, en donde, como me aconsejaba mi padre, llevaba un kit completo de reparaciones de emergencia en carretera, porque nunca se sabía cuándo podía pasarle algo a tu adorado coche, y más aún si éste era alquilado.

Después de estacionar mi vehículo frente al del hombre para que los cables de las pinzas de arranque llegaran sin problema, levanté el capó de mi coche y me acerqué a él, mostrándole con una sonrisa lo que llevaba en la mano. Luego le pedí que alzara su capó y él así lo hizo. Pero dispuesto a observarme de cerca, para sin duda señalarme algún posible error, se apeó y se apoyó en la puerta de su cuatro por cuatro sin dejar de seguir cada uno de mis movimientos.

Yo, como ya estaba más que acostumbrada a ese tipo de comportamiento por parte de algún que otro arrogante y machista cliente que no me creía capaz de trabajar en el taller simplemente por mi delicada apariencia, hice como siempre hacía y lo ignoré por completo mientras llevaba a cabo la tarea tan simple de recargar una desgastada batería que, sin duda, necesitaba un recambio.

Tras conectar los cables adecuadamente, me dirigí hacia su vehículo para arrancarlo. Él, apoyado despreocupadamente en la puerta del conductor, alzó jactancioso una ceja al tiempo que me abría burlón la puerta con una amabilidad de la que ambos sabíamos que carecía.

Después de arrancar el vehículo, me paseé orgullosa junto al individuo, hasta que sus crudos comentarios borraron la sonrisa de mi rostro.

—¡Vaya! Nunca me habría imaginado que el universal papel de dama en apuros en mitad de una carretera se invertiría, lo que me hace preguntarme qué demonios hacía usted parada en mitad de este solitario lugar si su vehículo está en perfectas condiciones. Eso me lleva a decirle que, si ha venido a buscar clientes, no creo que vaya a ganar mucho en esta zona. Pero bueno, por ser usted la contrato. ¿Cuánto por un trabajito rápido?

Ahí fue cuando se me abrió la boca de asombro, mientras me preguntaba qué parte de mi aburrida indumentaria —unos vaqueros negros, un jersey gris que me llegaba hasta las rodillas, una chaqueta de piel marrón forrada y una botas de piel de borrego—se podía confundir con las llamativas ropas de una mujer que vendía su cuerpo al mejor postor.

Me dieron ganas de desconectar las pinzas de la batería de su vehículo para conectarlas directamente a sus pelotas, tal vez así aprendería la lección y no incurriría en más errores como ése, pero en lugar de ceder a mis vengativos instintos, respiré hondo y le grité, bastante ofendida:

—¡Me he perdido y simplemente estaba esperando a que pasara alguien para que me indicara esta dirección! —dije, sacando el arrugado papel de mi bolsillo y poniéndolo delante de sus narices, para que esta vez no volviera a confundir mi actitud.

Él me lo arrancó de las manos y lo miró atento. Por unos instantes creí ver cómo fruncía el ceño algo molesto. Pero como luego simplemente me dirigió una sarcástica sonrisa antes de devolvérmelo, descarté que aquello lo hubiera importunado.

Tras guardarme el maldito papel en el bolsillo trasero de los vaqueros, desconecté los cables y los guardé. Cuando estaba empezando a apartarme del lado de ese grosero sujeto, él me retuvo cogiéndome de un brazo y, sorprendentemente, se disculpó con unos amables modales que no pensaba que tuviera.

—Siento haberla ofendido. Mi comentario ha estado fuera de lugar. Como disculpa voy a ayudarla. —Osadamente, metió la mano en el bolsillo donde yo había guardado el arrugado papel y enseguida me dibujó un mapa de la dirección que debía tomar, que por lo visto se hallaba en sentido totalmente opuesto a la que yo había seguido hasta entonces.

Tras conseguir lo que tanto deseaba, lo fulminé con una intensa mirada y me alejé de él antes de que decidiera volver a guardar la nota en su sitio, luego me aparté de su lado, más que decidida a no cruzarme nunca más en el camino de un hombre tan ofensivo como ese pelirrojo.

Para mi desgracia, debí sospechar del amable gesto de un tipo como ése, ya que cuando llegué al destino que me había indicado, me encontré ante una vieja y escandalosa posada, donde finalmente decidí pasar la noche para entrar en calor y borrar de mi mente al desaprensivo que me había tratado como a una idiota.

Al día siguiente todo sería distinto, me levantaría con renovadas energías y más que dispuesta a dar con Miss Dorothy, esa gran escritora que sin duda me ayudaría a hacer realidad mi sueño, mientras yo la ayudaba a ella a recordar cuál era el suyo.

Me dormí con esa hermosa idea en la cabeza… ¿Quién me iba a decir que todos mis sueños acabarían convirtiéndose en pesadillas cuando al fin encontrara a mi adorada heroína?

* * *

A la mañana siguiente, después de haber gastado gran parte del dinero para imprevistos que Natalie Wilson le había entregado, Samantha consiguió al fin que el amable dueño de la pequeña posada le diera las indicaciones correctas que debía seguir.

Desafortunadamente, nadie pudo informarla de quién era el desagradable pelirrojo que se había atravesado en su camino el día anterior, aunque sí le pareció volver a oír alguna que otra inquietante y burlona risita cuando empezó a explicar animadamente el trabajo que la había llevado hasta ese recóndito lugar, y eso empezaba ya a darle mala espina.

¿Qué narices pasaba con Miss Dorothy en realidad? ¿Es que la ancianita no era como todos pensaban en Nueva York? ¿Acaso tenía engañado a todo el mundo? Y si así fuera, ¿cuál era su verdadera personalidad y en qué lío se había metido ella al aceptar hacer aquel viaje sin pensar en las consecuencias?

No, todo el mundo no podía estar equivocado al considerar a Miss Dorothy una noble y trabajadora mujer, la única escritora que había conseguido llegar tan profundamente al corazón de las mujeres y hacerlas emocionarse e impacientarse con unos protagonistas a los que adoraban.

Alguien que escribía así no podía ser mala persona. Tal vez en su retiro, y con la frustración de su problema de salud, hubiera desarrollado un poco de mal genio. Pero sin duda, una mujer como ésa nunca podría negarse a verla. Y ella estaba allí para que la escritora abriera nuevamente su corazón al público que tanto la esperaba.

Samantha condujo con el maldito navegador desconectado, antes de que le volviera a aconsejar que embistiera otra hilera de árboles, mientras escuchaba la música en una emisora local y tarareaba alegremente las pegadizas canciones. Finalmente, tras adentrarse en un estrecho y apartado camino, encontró una vieja

y rústica casa de piedra y madera, bastante idílica en medio del esplendor de la naturaleza. Nada más verla, Samantha no tuvo ninguna duda de que era el hogar de la entrañable Miss Dorothy.

Aparcó cerca de la casa, cogió su enorme bolso, donde, entre otras cosas, guardaba su amado manuscrito, y, con los nervios a flor de piel porque en pocos minutos conocería a aquella talentosa mujer, llamó a la puerta impaciente.

Tardaban un poco en abrir, así que volvió a llamar y por fin oyó unos pasos que se acercaban. Sonrió emocionada, sin dejar de abrazar nerviosa su bolso contra su pecho, pero cuando la puerta se abrió, su sonrisa se borró por completo al ver que el desagradable hombre del día anterior aparecía ante ella.

El enorme energúmeno, con su casi metro noventa de estatura, su fuerte y poderoso cuerpo, sus hermosos ojos castaños y su llamativo pelo rojo, al que había deseado no volver a ver en la vida, la devoraba de nuevo con su ávida mirada, al tiempo que le dirigía una burlona sonrisa, sin duda vanagloriándose de su vil jugada.

Ese ultrajante sujeto debía de ser Liam, el ayudante de Miss Dorothy. El único problema era que a Samantha en ningún momento le pareció tan amable y formal como Natalie lo describió. En esos instantes se preguntó qué más le habría ocultado la responsable de la Editorial Violeta al endilgarle ese trabajo que ya no parecía tan maravilloso como en al principio.

—Veo que finalmente encontraste el camino —comentó él socarronamente, impidiéndole la entrada a la casa con su cuerpo.

—¡Me lo indicaste mal a propósito para que me perdiera! —lo culpó Samantha muy enfadada, señalándolo acusadora con un dedo.

—No, cariño, te guie hacia un lugar donde te recibirían con los brazos abiertos para pasar la noche, porque, créeme cuando te digo esto: aquí no eres bienvenida.

—Ni siquiera sabes para qué he venido... —replicó ella.

—Vamos a ver si me equivoco... —dedujo el pelirrojo, apoyándose en la puerta y cerrándola bruscamente para que ninguna cotilla naricilla curioseara lo que había en la casa—. Eres una nueva incauta que trabaja para Natalie Wilson y que ha venido hasta aquí para conseguir que Miss Dorothy termine el dichoso libro de una vez.

—¡No soy ninguna incauta! Y he venido hasta aquí decidida a hacer que esa encantadora anciana me escuche. Por lo tanto, ¡me niego a irme sin haber hablado con ella! —exclamó Samantha, insistiendo en ser escuchada.

—Esto se pone interesante —contestó burlón el desagradable sujeto, ampliando su irónica sonrisa—. Tú no trabajas para la editorial, ¿verdad? —añadió, sin duda para denigrar su posición.

—No… Natalie Wilson me contrató para que hablara con Miss Dorothy y solucionara sus problemas de creatividad. Y además me dijo que ella estaría encantada de ayudarme con mi propio manuscrito.

—¡No me jodas! ¿Eres una de esas desquiciadas fans? —inquirió el sujeto, ocultando con desesperación su rostro tras una de sus fuertes manos.

—No, sólo soy una persona a la que le gusta el trabajo de esa gran mujer que es Miss Dorothy. Y ahora, si me permites... —dijo Samantha, intentando pasar por su lado para llegar a su objetivo.

—Vamos a ver si tu insignificante mente femenina entiende lo que intento decir: te puedo asegurar al cien por cien que Miss Dorothy no piensa recibirte. Ni ahora ni nunca —aseveró él con crudeza, interponiéndose en su camino.

—¡Venga ya, pero si ni siquiera has entrado a preguntarle! —se quejó Samantha ante su insufrible arrogancia.

—Eso, preciosa, es por el privilegio de ser la persona que mejor conoce a Miss Dorothy en todo el mundo —replicó el hombre, alzando con una mano el decidido rostro de aquella joven, para mirar sus bellos ojos violeta—. No es necesario preguntar, porque sé en todo momento cuáles son los pensamientos de esa, como tú muy bien has descrito, «noble anciana». —Se rio cínicamente, sin que Samantha llegara a comprender dónde estaba la estúpida broma que al parecer sólo él entendía.

Luego, simplemente se metió en la casa y le cerró la puerta en las narices, dispuesto a dejarla fuera. Pero ella estaba más que dispuesta a convertirse en alguien importante en la vida de esa anciana que se había abierto camino en el corazón de tantas jóvenes escritoras.

* * *

Tras comunicarle a Natalie Wilson, en una llamada a cobro revertido, ya que sus fondos comenzaban a escasear, los problemas que tenía con el ayudante de Miss Dorothy, ésta sólo le dio un único y tajante consejo:

—No vuelvas sin esa novela.

«Vale, perfecto…» Samantha estaba perdida en el culo del mundo, sin dinero, con un billete de avión del que nada más le habían pagado la ida y preguntándose qué demonios hacía allí y por qué nada era como le habían prometido.

Pero como era una mujer decidida y no pensaba marcharse sin conocer a la anciana y ver si en verdad era un fraude o simplemente estaba siendo sobreprotegida por aquel mastodonte sin cerebro, Samantha hizo uso de sus escasos recursos y compró todo lo que su padre le había comentado en más de una ocasión que sería necesario para sobrevivir en cualquier situación.

Una vez cargada con esos pertrechos, se dirigió otra vez a la casa de Miss Dorothy y se sentó junto a la puerta con un saco de dormir y una mochila llena de provisiones. La anciana tendría que salir en algún momento y entonces Samantha hablaría con ella cara a cara y la convencería de que la escuchara…

Pero nadie salió de la casa en todo el día.

A la hora del almuerzo, el hombre se dignó echar un vistazo a través de la ventana para ver si Samantha seguía allí. Ella le devolvió una severa mirada y siguió devorando su bocadillo de carne, a la espera de que pronto se ablandara el corazón de la anciana y estuviera dispuesta a recibirla. Pero al parecer eso no ocurrió.

A las seis de la tarde, Samantha estaba ya bastante harta y también bastante desesperada por encontrar un inodoro, algo en lo que no había pensado al elaborar su perfecto plan. El hombre simplemente se rio ante su bailecito de «me lo hago encima» y, burlón, le señaló unos arbustos un tanto alejados.

—¡Ni de coña pienso hacerlo ahí! —gritó airadamente Samantha, a lo que el pelirrojo respondió encogiéndose de hombros y con unas sonoras carcajadas.

Cuando Samantha se debatía entre conducir hacia el pueblo a toda velocidad o usar los insultantes arbustos, recibió una llamada a su anticuado móvil, procedente de la causante de gran parte de sus problemas en esos instantes.

—¿Has conseguido ya hablar con Miss Dorothy? —preguntó Natalie—. Espero que no te hayas acomodado demasiado en esa casa y olvidado cuál es tu deber.

Ante estas palabras de reproche de la editora que la había engañado vilmente, la forma de tratarla de aquel neandertal que le negaba el paso y las irresistibles ganas de ir al baño, Samantha olvidó que estaba hablando con una mujer a la que admiraba y soltó todas sus preocupaciones sin tapujos.

—¡Sí, estoy la mar de cómoda en el frío y húmedo suelo de las Highlands, congelándome el culo a la puerta de la casa porque un energúmeno se niega a dejarme entrar ni siquiera para poder utilizar el baño, algo que te juro que necesito desesperadamente en estos momentos! Al parecer, nada de lo que me dijiste es cierto, Natalie: ni esto es fácil de encontrar ni ese maravilloso ayudante de Miss Dorothy es simpático o amable. ¡A ese hombre no se le podrían dar esos calificativos ni en un millón de años! ¡Sólo es un bruto arrogante al que te juro cada vez tengo más ganas de apedrear! ¡Estoy dispuesta a aguantarlo prácticamente todo por conocer a esa anciana, pero no sé si podré resistir siquiera unos minutos en la misma casa con ese tipo sin recurrir a la violencia!

—¡Espera! ¡Espera! Ese hombre que me estás describiendo no es Liam… —interrumpió Natalie su furioso discurso.

—Entonces, ¿me puedes decir quién narices es? —preguntó Samantha, perdiendo finalmente la paciencia con todo lo ocurrido hasta el momento.

—¡Llama ahora mismo a la puerta y dile que estoy al teléfono y que quiero hablar con él! —exigió la editora, irritada porque hasta el momento todo había sido una gran pérdida de tiempo.

—¡Cómo no! Pero no creas que ese tipo va a abrirme. ¡Llevo horas aquí fuera y no se ha dignado ofrecerme ni un puñetero vaso de agua!

—¡Oh, créeme, lo hará! —replicó Natalie Wilson totalmente confiada, porque sin duda sabía algo que a Samantha se le escapaba.

—¡Eh, tú, hombre obtuso, abre la puerta que tengo a Natalie Wilson al teléfono y quiere hablar contigo! —gritó Samantha, sabiendo que la ignoraría una vez más. Pero para su sorpresa, abrió la puerta, le arrebató el teléfono y volvió a cerrarla nuevamente en sus narices.

Samantha pensó gritarle sus quejas por su grosero comportamiento, pero ansiosa por averiguar qué narices pasaba allí, pegó la oreja a la puerta, tras la que podía oír algún que otro airado grito de protesta del individuo.

—¡Qué! ¡No me jodas, Natalie! ¿Se puede saber por qué le has dado sólo un billete de ida? —oyó Samantha claramente, junto con alguna que otra obscena maldición—. ¡No pienses ni por un instante que me voy a hacer responsable de ella! ¡Ven ahora mismo y llévatela de aquí! —ordenó furioso el pelirrojo, al parecer cada vez más desquiciado con la situación—. ¡Natalie! ¡Natalie! ¡No me cuelgues! ¡Joder! —volvió a protestar el despreciable sujeto, pero por lo visto la conversación había terminado.

Samantha se alejó un poco de la puerta para simular que no había

escuchado nada de esa extraña conversación. Cruzó los brazos, alegrándose de la reprimenda que sin duda él había recibido por parte de Natalie Wilson y disfrutó pensando en la que muy pronto recibiría de Miss Dorothy.

En el momento en que el irritado pelirrojo abrió la puerta de la casa y le devolvió bruscamente su móvil, Samantha lo miró orgullosa, esperando una disculpa que, al parecer, nunca llegaría, porque él simplemente le dirigió una de sus miradas inquisidoras y, tras olvidar su enfado, con una misteriosa y socarrona sonrisa dejó caer unas palabras que acabarían con todos sus preciados sueños en un solo segundo.

—Aún no lo has comprendido, ¿verdad? —le preguntó irónico, abriendo la puerta de la casa—. Yo soy Miss Dorothy —añadió despreocupado, deleitándose vilmente con el efecto que a ella le había causado su asombrosa revelación.

Y Samantha, ante los confusos pensamientos que se agolparon en su mente al conocer la impactante noticia que le confirmaba que aquel viaje había sido un gigantesco error, no supo qué hacer. Así que se limitó a correr hacia donde él le señaló que se encontraba el baño, para aliviar su vejiga, y por el camino intentó decidir qué narices hacer ahora que su sueño se había convertido en una auténtica pesadilla.

CAPÍTULO 4

Cuando Samantha salió del baño, buscó al hombre por toda la casa.

La idílica vivienda poseía bonitos suelos de madera y altos techos coronados por hermosas vigas con tallas antiguas. A pesar de que el exterior parecía bastante rústico, dentro se podía disfrutar de todas las modernas comodidades del siglo XXI, incluida la calefacción, que hizo que su helado cuerpo pronto volviera a entrar en calor.

Mientras recorría la casa, vio una habitación muy desordenada, con una gran cama sin hacer y con las sábanas revueltas, que sin duda pertenecía a aquel sujeto. Encontró además un baño bastante pequeño, un amplio salón y una cocina equipada con hermosas encimeras de madera.

Ya sólo le quedaban tres puertas por abrir. Al ver que una de ellas era un simple armario ubicado en el amplio pasillo, Samantha se adentró al azar en otra estancia, más que decidida a averiguar si las palabras del hombre eran ciertas o si se trataba sólo de una argucia para que lo dejara en paz.

Por desgracia, mientras intentaba dar con él, encontró un elegante despacho provisto de un enorme escritorio y su correspondiente silla acolchada de aspecto muy cómodo, además de un sillón de dos plazas situado en un apartado rincón junto a la ventana y algo alejado del resto, más una gran pantalla de plasma colgada de la pared y rodeada por estantes repletos de libros y de algún que otro videojuego.

No pudo evitar fijarse en las grandes repisas de detrás del escritorio, atestadas de libros, y en cuyas baldas estaban también las decenas de premios recibidos por Miss Dorothy. Acarició alguno de ellos con envidia y se preguntó cómo un hombre como aquél podía tener tan engañados a todos hasta el punto de hacerles creer que era una amable ancianita…

¡Dios! ¿Qué narices iba a hacer ahora? Un trabajo que en un principio le pareció que ni caído del cielo, en esos momentos se convertía en algo terrible. Y lo peor de todo era que si lo abandonaba renunciaría a la posibilidad de que alguien leyera su manuscrito. Las alternativas eran volver a casa con el rabo

entre las piernas y seguir intentando que alguna editorial le hiciera caso, o bien tratar de conseguir el libro por más que para ello tuviera que tratar con el insoportable pelirrojo.

Sopesó por unos momentos sus opciones y, como estaba convencida de que debía dar un giro a su vida, decidió quedarse a pesar de las penurias por las que seguro que la haría pasar el individuo para intentar deshacerse de ella. Porque, sin duda, le haría saber a cada instante que no era bienvenida en su casa. Bueno, todo era cuestión de recordarle a cada segundo cuál era la razón de que estuviera allí, así como asegurarle que por nada del mundo se marcharía hasta que hubiera conseguido su objetivo.

Tal vez mientras conviviera con él pudiera aprender algo de su experiencia, porque nadie podía negar que aquel desagradable sujeto sabía escribir. Por lo menos tenía la gran cualidad de crear obras asombrosas, unos libros que todo el mundo adoraba. En cuanto a sus defectos… ésos simplemente constituían un gran punto y aparte que era mejor no considerar por ahora.

Mientras Samantha estaba absorta en sus pensamientos, él entró en la estancia fumando un caro cigarrillo y tomando una copa de licor.

—¿Te convences al fin de que yo soy Miss Dorothy? —preguntó burlonamente, señalando el gran estante repleto de sus premios—. Toma, creo que lo necesitas más que yo —añadió despreocupado, tendiéndole la copa.

—No, gracias, no bebo. Y sí, al fin me he dado cuenta de que Miss Dorothy no existe y que bajo su amable fachada sólo hay… esto —respondió ella, señalándolo despectivamente, decidida a no negar la verdad que se presentaba ante sus ojos, por muy desagradable que fuera.

—Bien, entonces más para mí —contestó él alegremente, dando un largo trago a la bebida y sentándose detrás del inmenso escritorio de su despacho—. Bueno, cariño, entonces ya está todo arreglado: mañana por la mañana te llevaré a la ciudad y te compraré un billete de vuelta a Nueva York. Tú te vuelves a tu casita, yo me quedo solo en la mía, que es lo único que deseo en estos momentos, y todos seremos felices para siempre, etcétera, etcétera… —concluyó jocosamente, poniéndose los brazos tras la cabeza para disfrutar mejor de su victoria.

—No —negó Samantha con rotundidad, enfrentándose a aquella fría mirada que la recorría de arriba abajo midiendo su valor, o tal vez su grado de locura por haberle dado esa asombrosa contestación que no se terminaba de creer ni ella misma.

—Perdona, preciosa, pero creo que te he oído mal. —Se levantó un tanto molesto por su negativa, y, cuando llegó junto a ella, bajó la cabeza para enfrentarse directamente a aquellos retadores ojos que, asombrosamente, lo desafiaban.

—He dicho que no me pienso mover de aquí hasta que escribas ese maldito libro —confirmó Samantha, cada vez más decidida.

—¿Sabes siquiera con quién te estás enfrentando, preciosa? Mañana a estas horas me estarás rogando que te compre ese billete de avión. Había decidido ser benévolo y poner el dinero de mi bolsillo, ya que al parecer has venido a este recóndito lugar engañada por Natalie, pero ahora tendrás que ganártelo.

—Escúchame bien, ¿señor…? —preguntó Samantha, algo alterada porque ni siquiera sabía su nombre.

—Si quieres puedes llamarme Miss Dorothy... —se burló él de la joven incauta que una vez lo había adorado.

Evidentemente, eso fue antes de saber la verdad sobre lo que se ocultaba detrás de ese nombre de mujer.

—¡Por nada del mundo pienso llamarte Miss Dorothy! —replicó Samantha —. Sólo pensar que tú eres mi admirada escritora me da repelús, así que o me dices cómo te llamas o ya te pondré yo algún apelativo que sea tan insultante para ti como lo son tus «cariño» o «cielo» para mí, porque, para tu información, yo tengo nombre: ¡me llamo Samantha White! —concluyó bastante sulfurada.

—Vale «cielo», te diré mi nombre —respondió él, recalcando la palabra «cielo» con bastante énfasis, negándose en redondo a usar el nombre de ella—. Me llamo Graham Johnson, y perdóname si interrumpo tu elaborado discurso, pero te recuerdo que esta casa es mía y que no hay manera de que te permita quedarte aquí, sobre todo si vas a convertirte en el grano en el culo que sospecho que puedes ser, empeñada en que termine una historia que no tengo la menor gana de empezar a escribir.

»Te diré lo mismo que a Natalie: estoy tomándome un período sabático y volveré cuando me dé la gana. ¡A ver si le entra en la cabeza de una puta vez y deja de mandarme moscones que únicamente representan un maldito engorro en mi vida!

—Pues, para tu desgracia, es a mí a quien ha enviado, y tú y ese libro sois lo único que me separa de conseguir que alguien me haga caso como escritora. ¡Así que sí, me voy a convertir en un molesto grano en tu culo! ¡Y ten presente

una cosa: cada vez que me eches de tu casa, volveré, una y otra vez hasta que finalmente te des cuenta de que por nada del mundo me voy a marchar de aquí sin que termines la novela!

—Va a ser interesante comprobar cuánto aguantas a mi lado, cielo —dijo Graham, sujetando impertinentemente la barbilla de Samantha con una de sus rudas manos—. Porque tengo que decirte que, al contrario que tu querida Miss Dorothy, yo soy un hombre al que no le gusta demasiado la gente y que no se molesta en ocultarlo.

—¡Perfecto! ¡Como tú a mí me desagradas bastante, ya estamos a la par!

—Te informo de que tu estancia aquí no será gratuita, así que ya puedes pensar en la forma de pagar tu alojamiento. Si quieres, te puedo sugerir alguna que otra manera de hacerlo... —insinuó Graham, mientras acercaba su rostro al de Samantha hasta que sus labios casi se tocaron.

—¡Seré tu ayudante! —contestó Samantha precipitadamente, sin saber por qué su corazón se había acelerado tanto ante la cercanía de aquel sujeto que cada vez parecía más peligroso para ella.

—Perfecto… —susurró Graham sensual, antes de dejarla marchar—. Ésa será tu habitación —le indicó despreocupadamente a continuación, señalando una puerta cerrada—. Si quieres, puedes empezar a limpiarla. Tal vez te lleve algo de tiempo, pero seguro que eso no supondrá un problema que mi habilidosa ayudante no pueda solucionar.

Luego, antes de que Samantha se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, la condujo fuera del despacho y una fría puerta se volvió a cerrar delante de sus narices.

* * *

Bueno, al final había conseguido quedarse allí. Ahora sólo tenía que procurar no discutir mucho con él y recordarle cuál era su deber como escritor. Salió de la casa para recoger su equipaje e instalarse en aquella habitación que al parecer estaba algo desordenada. Pero ¿qué era un poco de polvo para una mujer que trabajaba todo el día entre grasa y aceites de motor? Sin duda no se le caerían los anillos por coger una escoba y un trapo.

Cuando Samantha llegó con su equipaje frente a la habitación que le había sido asignada, suspiró preparada para encontrarse una vieja cama destartalada y algún que otro mueble un tanto mohoso. Pero nada la había preparado para lo

que vio en el instante en el que abrió la puerta.

—¡Hijo de puta! —masculló ante la visión que le daba la bienvenida a su nuevo lugar de descanso.

Aquella habitación no podría ser habitable en la vida, sobre todo cuando parecía más un pequeño trastero que un confortable dormitorio. Estaba atestada por una montaña de cajas viejas repletas de papeles, libros y algún que otro objeto raro, como una gaita o una cabeza de alce.

Al fondo de la misma, Samantha creyó atisbar una vieja cama a la que no podía llegar por la innumerable cantidad de objetos que se interponían en su camino. Para lograr que ese lugar estuviera mínimamente decente, tendría que dedicar más de una semana de su vida a limpiar la basura, pero como estaba más que decidida a quedarse, se remangó las mangas del jersey y se puso manos a la obra.

Si ese hombre quería deshacerse de ella, tendría que utilizar algo más que eso para acabar con su determinación. Al parecer, la guerra había comenzado y sólo ganaría el más fuerte. Y éste, estaba segura de ello, no era un tipo que se ocultaba cobardemente tras la fachada de una adorable ancianita.

* * *

Desde mi despacho oía cómo aquella cosita tan dulce maldecía una y mil veces mi nombre. Samantha White era alguien a quien Natalie me había mandado, sin duda en la errónea creencia de que ablandaría mi corazón. ¡Qué pena que yo no usara de eso y estuviera más que harto de las impertinentes mujeres que rondaban por mi vida, incluida mi insistente editora, que no hacía otra cosa que recordarme a cada instante que yo era Miss Dorothy, algo que me cabreaba bastante!

Yo escribí el libro que se convirtió en el primer volumen de la famosa saga de novelas de Miss Dorothy como un simple entretenimiento. Lo hice imprimir y lo encuaderné, como hacía con muchas de mis obras, y luego lo dejé en un estante, olvidado, mientras seguía escribiendo cosas que me interesaban más, como eran mis novelas de intriga.

Esa novela romántica sólo fue una estúpida idea que rondaba por mi cabeza y de la que quise deshacerme lo antes posible pasándola al papel. Por desgracia, una de mis impertinentes hermanas se hizo con ella en una de sus visitas, la leyó

y no tuvo mejor idea que mandarla a la Editorial Violeta bajo el seudónimo de Miss Dorothy.

Cuando la editora quedó conmigo a través de un correo electrónico para hablar del contrato, yo pensaba que se trataba de alguno de los manuscritos que había enviado. Ambos nos sorprendimos bastante al encontrarnos cara a cara en un café: mientras ella se preguntaba quién coño era yo, yo intentaba recordar qué género de novela editaba su sello editorial.

En el momento en que al fin ambos caímos en la cuenta de la pesada broma que nos habían gastado, yo intenté huir, pero la tentación del dinero que ella puso sobre la mesa y la posibilidad de seguir manteniendo el anonimato bajo un nombre falso que tan sólo era una broma de una de mis hermanas, me convencieron y acepté.

Ahora que había ganado bastante dinero, sólo quería descansar y dedicarme al género que más me gustaba, la intriga, y no a aquellas estúpidas novelas de amor que sin duda eran una gran mentira. Pero al parecer, cuando uno le vende su alma al diablo, éste vuelve para reclamarla, y si uno firma un contrato con una editora, ésta no lo deja en paz hasta que tiene un nuevo éxito entre las manos.

Yo ya estaba quemado de tanta ñoñería romántica, y si bien me había divertido maliciosamente poniendo obstáculos a cada instante al amor entre mis protagonistas, no sabía cómo narices hacer que acabaran juntos y que al fin todo tuviera un final dichoso. Porque yo, el escritor más reconocido de novelas románticas del momento, no creía en los finales felices. Y eso, definitivamente, representaba un gran problema cuando tenía que escribir uno de ellos en un jodido libro que se me resistía. Y más aún si mi editora no dejaba de incordiarme a cada instante con molestas visitas que me importunaban.

A juzgar por la presencia de esa joven con ojitos de cordero y cara inocente en mi hogar, seguramente Natalie estaba desesperada. Pero si creía que esa vil argucia iba a funcionar conmigo, estaba muy, pero que muy equivocada. Si había acabado espantando a todos los miembros de esa persistente editorial con mi mal carácter, deshacerme de esa joven un tanto ingenua no iba a representar ningún problema para mí. Todo era cuestión de tiempo, y eso era algo que me sobraba en esos instantes en los que la inspiración me había abandonado.

Me había retirado a la pequeña casa de Escocia que me había cedido mi abuelo materno cuando falleció, hacía sólo unos años. Ese viejo viudo escocés pensaba que todos los hombres deberían tener un pequeño refugio donde

descansar del ajetreado mundo, sobre todo en mi caso, que era el menor de seis hijos después de cinco hermanas.

Desde pequeño, todos los veranos visitaba la casa de mi abuelo para escapar de mi escandalosa familia, y ahora que era adulto, al ver que todos mis intentos de huir en mi apartada casa de Londres no funcionaban, decidí establecerme allí por un tiempo. Y justo entonces que por fin estaba disfrutando de un merecido descanso, me surgía aquel pequeño problema que, aunque estaba más que decidido a deshacerme de él, representaba toda una tentación.

A pesar de ser una chica alta, para un hombre de mi envergadura, Samantha era algo pequeña, con su simple metro setenta y poco, lo que la hacía parecer un paquetito muy dulce y tentador para mis sentidos. Su angelical rostro de niña buena, algo a lo que yo no estaba habituado en absoluto, me tentaba a escandalizarla a cada instante con mis osados comentarios.

Su melena lisa y castaña podía parecer sosa, pero yo estaba loco por acariciar ese sedoso pelo y ver cómo quedaba en mi almohada, junto a mí. Aunque lo que sin duda más me atraía de esa mujer eran sus inquietantes ojos violeta que me desafiaban con dulzura a cada instante, insistiendo en ver en mí a la amable Miss Dorothy, alguien que en realidad nunca había existido.

Cuando salí del despacho preparado para escuchar los ruegos de la chica, que sin duda me imploraría volver a su casa, me quedé sorprendido: el dulce angelito que se había presentado ante mi puerta, estaba apaciblemente dormida en el gran y cómodo sofá de mi salón, cubierta con una amplia manta frente al acogedor fuego de la chimenea que había al fondo de la estancia.

Habría sido una escena conmovedora de no ser porque mis viejos manuscritos se habían convertido en el combustible que avivaba ese fuego, o por lo menos eso era lo que me indicaban los restos que se encontraban junto a alguna que otra caja vacía.

Sonreí irónico ante su atrevimiento y saqué otra manta del armario del pasillo, dispuesto a procurar que aquella cosita no cayera enferma, ya que al día siguiente me tomaría la revancha por todas sus descaradas acciones. Al parecer, aquella joven aún no sabía cómo se las gastaba Graham Johnson, pero sin duda no tardaría en comprender cómo era y por qué acababa ahuyentando a todos de mi lado.

—Buenas noches, dulzura. Parece que la guerra entre nosotros ya ha empezado... —murmuré sonriente por la novedad que constituía Samantha White para mí, que representaba todo un desafío.

Luego me dirigí hacia mi cálido dormitorio, calculando las horas que tardaría en apagarse el fuego de la chimenea y cuánto tiempo le llevaría al gélido clima de Escocia despertar de su grato sueño a aquel angelito. A continuación, desconecté la calefacción de todas las habitaciones de la casa salvo la mía.

* * *

En mitad de la noche, Samantha se despertó de un sueño que en realidad era una horrible pesadilla en la que ese hombre la arrojaba a uno de los helados lagos del bonito paisaje escocés. Cuando abrió los ojos, estaba tiritando ante el desolador frío del solitario salón. Las gruesas mantas que la envolvían no le servían de nada y cuando puso los pies en el suelo, a pesar de llevar dos pares de calcetines, sintió las tablas de madera como si estuviera caminando sobre bloques de hielo.

Samantha abandonó la idea de encontrar sus zapatos, que seguramente habría escondido Graham, y miró el fuego de la chimenea, que, al parecer, hacía horas que se había apagado. Intentó recordar dónde se hallaba el interruptor de la luz y a tientas en medio de la oscuridad dio con él, devolviendo aquella habitación a la vida.

Se preguntó por qué narices una casa que apenas unas horas antes era tan caliente y acogedora se había convertido de repente en una helada cueva por la que casi no podía caminar sin que las piernas le temblaran. Cuando al fin recordó dónde se hallaba el termostato que controlaba el circuito de calefacción, observó que el moderno sistema permitía decidir qué habitación recibía el privilegio de estar caldeada. Sin duda aquel hijo de… era el culpable de que se le estuviera congelando el culo.

Se dirigió hacia el panel de control, decidida a volver a entrar en calor en unos pocos segundos, cuando se dio cuenta de que todo funcionaba a través de un código que no conocía. Probó varios al azar, como el seudónimo de aquel mastodonte, el nombre del protagonista de su novela o su nombre de pila. Pero ninguno de ellos funcionó.

Cuando sus manos comenzaban a tornarse azules, Samantha pensó que lo mejor era probar con la chimenea, pero sus heladas dedos apenas le respondían y ya no quedaba leña, así que decidió hacer lo más sensato: buscar a aquel idiota y

obligarlo a salir de su calentita cama para que introdujera el maldito código de las narices que le evitaría convertirse en un muñeco de nieve en su segundo día en aquel hermoso pero helado lugar.

Al dar con la habitación de él, Samantha se vio envuelta por la calidez del ambiente y al fin dejó de tiritar.

—¡Eh, Graham! ¡Despierta y pon ahora mismo la calefacción si no quieres encontrar mañana un cadáver helado en tu sofá! —le dijo airadamente, mientras zarandeaba el enorme cuerpo de aquel hombre que se negaba a despertarse.

Él no se inmutó, se limitó a cambiar de postura y seguir roncando, ajeno a todo lo que no fuera su plácido sueño. Pero para su desgracia, Samantha estaba más que dispuesta a despertarlo, así que agarró su fuerte brazo con las dos manos para devolverlo a su postura inicial y así poder sermonearlo sin ser ignorada, cuando él, inesperadamente y aún medio dormido, cogió una de sus manos y, de un solo movimiento, tiró de ella y la metió en su cama, estrechándola con fuerza contra su cálido pecho al tiempo que proseguía con su apacible sueño.

Samantha se quedó paralizada por un instante por la sorpresa. Luego se sintió más que tentada de gritarle al oído o de apartarlo a patadas de su lado, pero Graham estaba tan calentito y ella tenía tanto frío, que decidió esperar unos minutos para volver a entrar en calor antes de separarse de él.

Desafortunadamente para Samantha, esos minutos se convirtieron en horas cuando la tibieza que la rodeaba y el cansancio del día la hicieron caer de nuevo en un inquietante sueño en el que aquel hombre era un tentador diablo que la pervertía tan sólo con el calor de sus suaves caricias.

* * *

Graham estaba teniendo un maravilloso despertar. Soñaba que tenía a una atractiva mujer en su cama y su erguido miembro se adaptaba de maravilla al pequeño trasero que se acomodaba junto a él, mientras sus manos acogían dos sensuales senos. La pega era que unas cuantas capas de ropa le impedían disfrutar del tacto de aquella sublime sirena que lo tentaba con su cálido cuerpo.

Nada que no tuviera fácil solución. Sus manos alzaron un poco el molesto estorbo que se interponía en su camino hasta dar con dos pequeños pechos envueltos en un tentador encaje. Los acarició lentamente, obteniendo dulces gemidos de placer de su imaginaria amante, y, guiándose por los encantadores

sonidos de esa voz femenina que invadía sus sueños, bajó con brusquedad el encaje de su sujetador para acariciar con deleite sus erguidos pezones, que torturó con leves caricias y pellizcos que la hacían retorcerse entre sus brazos. Y ya que ese sueño parecía tan real, Graham decidió seguir probando hasta dónde podía hacer que esa mujer gimiera de placer.

Mientras una de sus manos seguía jugando con sus tentadores pechos, la otra bajó lentamente por su cuerpo haciéndola estremecer. Y cuando se introdujo en sus braguitas, la halló húmeda y lista para el goce.

La empujó hacia su duro miembro y ella frotó su trasero contra su erección, mientras Graham le acariciaba el sedoso vértice de su entrepierna, esparciendo la dulce miel de su deseo hasta hacerla gemir de impaciencia. Cuando al fin introdujo un dedo en su interior, la mujer de sus sueños tuvo un increíble orgasmo que la hizo retorcerse entre sus brazos. Y aunque no dijo su nombre, sí gritó su agónico placer junto a su oído, haciéndole darse cuenta repentinamente de que aquello no era un sueño y de que sí, efectivamente, tenía una mujer al lado, pero una que sin duda alguna en unos segundos le cortaría los brazos u otra parte más valiosa de su anatomía.

En el instante en el que Graham abrió los ojos a la realidad, tuvo tiempo de deleitarse por unos momentos con el precioso cuerpo de la mujer y con el hermoso rostro todavía sumido en mitad del placer. Luego los ojos de ella se abrieron también y si en un principio lo miró confusa, luego simplemente lo culpó con una de sus intransigentes miradas, mientras de sus labios salía una fría orden que él no pudo negarse a cumplir.

—¡Quítame las manos de encima! —dijo lentamente Samantha, sin moverse ni un milímetro de la humillante postura en la que se encontraba, pero al parecer decidida a matar a aquel tipo y deshacerse de su cadáver.

Graham separó despacio las manos de su cuerpo, primero la que descansaba entre sus muslos y luego la que tan plácidamente acogía uno de sus senos. A continuación, las levantó, indicando que no estaba armado, aunque su entrepierna dijera lo contrario.

—¡¿Qué narices hacías metiéndome mano?! —gritó Samantha furiosa, levantándose de la cama y alejándose unos pasos para enfrentarse con sensatez a la locura que le había ocurrido con ese hombre.

Por desgracia, eso no pudo ser, porque si bien la pasada noche no se había percatado de ello, ahora sí podía afirmar con toda seguridad que él dormía sin ropa, o por lo menos así lo sugería el desnudo pecho que quedaba expuesto ante

ella y las leves sábanas que ocultaban el resto de su cuerpo, ya que las gruesas mantas habían sido arrojadas a un lado durante los momentos de pasión que ahora Samantha se negaba a recordar, aunque todavía los tenía muy presentes en su memoria.

—¿No crees que debería ser yo quien te preguntase a ti qué narices hacías en mi cama? —preguntó el pelirrojo, alzando interrogante una de sus impertinentes cejas, mientras cruzaba sus fuertes brazos delante de su pecho, intentando reprender a la intrusa que no había terminado de cumplir sus dulces sueños.

—¡Tú sabes muy bien qué hago aquí! ¡Ésta es la única habitación de la casa que tiene calefacción! Creía que lo hacías sólo porque eres un cabrón, ¡pero ahora sé que era para llevarme a la cama! —gritó airada Samantha, dispuesta a dejarle muy claro que ella no era otra de sus conquistas y que por nada del mundo se acostaría con un hombre como él.

Pero ante su asombro, Graham echó la cabeza hacia atrás y soltó las más estruendosas carcajadas que había oído nunca. Cuando se calmó un poco de su ataque de risa y su mirada volvió a encontrarse con la de ella, esta vez Samantha lo miraba, además de con odio, un tanto ofendida por su respuesta.

—Cariño, créeme cuando te digo que no me hace falta ningún truco para llevarme a alguien a la cama. Sí, quité la calefacción de todas las habitaciones excepto de la mía, como suelo hacer todas las noches, pero en ningún momento esperé que fueras tan directa como para meterte en la cama conmigo. Con respecto a lo que ha pasado, yo estaba teniendo un placentero sueño y, al parecer, tú también, ya que me has respondido, o por lo menos lo ha hecho tu cuerpo. Y no creo que debas ser tú precisamente la que esté furiosa, porque mientras yo te he complacido gratamente, tú no has hecho nada por mí —concluyó sarcástico, apartando las sábanas que tapaban su evidente excitación—. Ahora, si me perdonas, tengo que darme una ducha helada y disfrutar de un delicioso y nutritivo desayuno que, sin duda, mi ayudante tendrá listo en unos minutos —añadió, recordándole a Samantha cuál era su sitio, mientras pasaba tan tranquilo junto a ella completamente desnudo, sin que el frío afectara a ninguna de las partes de su cuerpo en su camino hacia el cuarto de baño.

—¡Eres un cerdo y por nada del mundo me acostaría con un hombre como tú! —gritó Samantha furiosa a aquel trasero desnudo que se alejaba por el pasillo.

La inquietante respuesta de él fueron de nuevo unas sonoras carcajadas de

deleite que hicieron que ella se plantease en qué lío se estaba metiendo. ¿De verdad todo aquello valía la pena?, se preguntaba mientras se dirigía hacia la cocina. Y la respuesta se la dio ella misma cuando su sueño de convertirse en escritora volvió a su mente.

—Sí, vale la pena —se dijo para darse ánimos, preguntándose qué otros obstáculos pondría aquel arrogante hombre en su camino.

En el momento en que Samantha volvió al gélido salón y lo oyó cantar alegremente bajo la ducha, no dudó en ayudarlo a cumplir sus deseos de esa mañana, y entrando con decisión en la cocina, apagó el calentador eléctrico mientras le deseaba una feliz y helada ducha matutina.

* * *

Mientras cantaba en la ducha, reflexioné sobre mi situación, intentando encontrar una solución que mantuviera a aquella enervante chica lejos de mi hogar y a mí nuevamente contento con mi soledad y mi alejamiento del ajetreado mundo que tanto me molestaba. Pero una vez más, mi mente comenzó a divagar y volví a entonar bajo la ducha aquella machista canción escocesa que seguramente le molestaría.

La verdad era que por más que intentaba olvidarme de todo lo que había ocurrido hasta ese momento con ella y borrarla de mi mente, como hacía siempre con los impertinentes individuos que me mandaba Natalie, no podía hacerlo. Y eso sólo se debía a que no conseguía quitarme de la cabeza los excitantes sonidos que habían salido de sus labios esa mañana.

Mis manos todavía recordaban el tacto de su cuerpo y esa imagen de ella llegando al orgasmo entre mis brazos había quedado grabada en mi memoria para pasar a formar parte de mis sueños más eróticos.

Mi miembro se alzó de nuevo ante los gratos recuerdos, un tanto insatisfecho todavía por la interrupción. Pero yo no soy el tipo de hombre que se aprovecha de una situación como ésa, a pesar de lo que algunos creen. Y más aún con una mujer que me había mirado tan confusa como asustada. Luego lo hizo con odio y bastante ofendida, pero su primera respuesta fue la que me llevó a apartarme de ella.

Sin duda, involucrarme con la dulce Samantha era algo que no debía hacer. Entre otras cosas porque ella era de las que se enamoran, y yo no soy de ésos: mientras los hombres como yo saben separar el sexo del amor, algunas mujeres

todavía no han aprendido a hacerlo. Y, para mi desgracia, la atractiva joven que había irrumpido en mi vida, indudablemente era una de éstas.

Miré cómo mi impaciente miembro, aún erecto, me reclamaba un alivio y empecé a acariciarme rememorando los cautivadores gemidos de Samantha. Recordé lo poco que había podido atisbar de su desnudo y hermoso cuerpo sonrojado por el placer, e intenté imaginar qué habría pasado si su mirada hubiera sido de deseo y yo no hubiese sido un hombre con escrúpulos.

Cuando la cosa comenzaba a ponerse interesante en mi imaginación, un chorro de agua fría me devolvió a la realidad. Mi mente se olvidó de la sensual imagen de esa bruja que me había dejado tremendamente insatisfecho y además había conseguido helarme las pelotas. Me sequé rápidamente y me puse el albornoz que tenía detrás de la puerta. En ese momento llegué a dos conclusiones: una, que esa mujer era muy peligrosa para mi paz mental y mi entrepierna; y dos, que tenía que deshacerme de ella como fuese. Así que salí del baño dispuesto a olvidar todo lo ocurrido y a poner de nuevo a prueba su paciencia.

CAPÍTULO 5

Samantha preparó casi sin pensar un sano desayuno consistente en frutas variadas, un nutritivo zumo de naranja y café fuerte. Todo lo que, según publicaba la revista femenina *Woman*, era el desayuno preferido de Miss Dorothy.

Sólo cuando hubo finalizado su tarea cayó en la cuenta de que aunque Graham fuera Miss Dorothy, tal vez todas las respuestas dadas por éste a la prensa formaran parte de la gran mentira que lo rodeaba, y si bien antes de decidirse a aceptar ese trabajo había creído tener ventaja al conocer todos los gustos y deseos de Miss Dorothy, seguramente todo eso ahora no le serviría para nada.

Fuera como fuese, no estaba dispuesta a hacer nada más por ese energúmeno hasta que no volviera a encender la calefacción, así que se sentó en uno de los taburetes que había junto a la barra de la cocina para disfrutar de su café calentito. Y mientras se lo tomaba, no pudo evitar divagar sobre lo ocurrido esa mañana. Sus mejillas se sonrojaron al recordar el placer que había hallado entre sus brazos.

¿Cómo había podido volverse tan desinhibida en un sueño como para caer en las garras de aquel embaucador? Lo más preocupante de todo era que, mientras se abandonaba al placer de sus caricias, realmente estaba soñando con él.

¿Qué le había pasado? Era un hombre rudo, arisco y muy desagradable a la hora de preservar su intimidad. Su físico no estaba mal: era fuerte y, por lo que podía recordar, tanto sus brazos como su torso estaban bien torneados. Sin duda hacía ejercicio cada día.

Tenía unos hermosos ojos castaños y un pelo pelirrojo un tanto llamativo. Pero su rostro, oculto bajo una descuidada barba, era algo que aún no podía definir con precisión. Sin duda, el hecho de ocultarlo sólo podía significar que era poco agraciado, que tenía cicatrices, verrugas o tal vez arrugas o simples manchas de nacimiento.

Un sinfín de posibles faltas pasaron por su mente, lo que la hizo sonreír complacida por cada uno de los defectos que imaginaba en ese hombre que no se merecía otra cosa que ser tan horrendo por fuera como lo era por dentro. Además, eso también le servía para desalentar al recóndito lugar de su mente que la había llevado a tener un sueño erótico con un desconocido.

Todos sus maliciosos pensamientos sobre su fealdad se vinieron abajo cuando lo vio aparecer recién afeitado, con unos viejos vaqueros y un horrendo jersey y, después de poner amablemente la calefacción, se dirigió hacia ella en busca de su desayuno.

Samantha se quedó boquiabierta al ver la verdadera cara de Graham. Después de que aquella horrorosa barba hubiera desaparecido, vio que era el hombre más guapo que había tenido el placer de contemplar en toda su vida. Y eso que, en Nueva York, a cada instante se mostraban en los enormes soportes publicitarios de la ciudad anuncios de algún nuevo modelo. Evidentemente, Graham Johnson no tenía nada que envidiarle a ninguno de ellos.

Frunció el ceño ante la nueva imagen de ese enervante individuo que se presentaba ante ella. Porque, sin duda alguna, ese atractivo sólo representaba un peligro para su misión, ya que si él midiese un poco sus duras palabras, sería capaz de conquistar a cualquier mujer que se le pusiera por delante. ¡Qué pena que fuera un grosero y que ella estuviera demasiado preocupada por su trabajo como para caer bajo su influjo!

Pero lo más inquietante de todo era que, aunque lo quisieran negar, entre ellos había una fuerte atracción. Una atracción ante la que Samantha nunca se rendiría, porque por muy guapo que fuera Graham, tenía un carácter odioso y se notaba a la legua que era de esos para los que una mujer sólo significaba una muesca más en su cama. Y por nada del mundo se convertiría en la siguiente de su lista.

Sobre todo, porque desde pequeña había soñado con encontrar un amor tan bonito como el de sus padres y tan idílico como el de las hermosas novelas que leía, y no se conformaría con menos. Una tórrida aventura nunca podría igualarse a su sueño, y acostarse con aquel hombre que en aquel momento miraba con bastante desagrado su desayuno, sólo podía ser un error que no estaba dispuesta a cometer.

—¿Qué es eso? —preguntó Graham, señalando la comida como si de algún terrible veneno se tratase.

—El sano desayuno que más deleita a Miss Dorothy —sonrió Samantha

maliciosamente, tomando un sorbo de café.

—¡Salchichas, beicon y huevos revueltos: eso es un desayuno! Esto es… —dijo Graham, moviendo airadamente las manos, sin saber qué calificativo darle a aquella comida con la que no aguantaría ni hasta media mañana.

—¿Sano? —apuntó burlona su nueva ayudante.

—Sí, lo que tú digas —replicó él, saliendo por la puerta, mientras cogía las llaves del coche de alquiler de Samantha de la mesita que había junto a la entrada, donde a ella se le había ocurrido dejarlas la noche anterior—. Yo me voy a tomar algo decente al pueblo. Y dado que mi coche está sin batería, te cojo el tuyo prestado. ¡Ah! En mi despacho tienes una lista de tareas para llevar a cabo, ya te dije que tu alojamiento no será gratuito. Una última cosa: ¡por nada del mundo toques mis papeles! —concluyó jugueteando con las llaves, sin darle opción a rechistar.

—Pero ¿y el desayuno que he preparado? ¿Y el manuscrito? ¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Samantha en un susurro, mirando cómo él se alejaba de la casa. No sabía si lo hacía para fastidiarla o sólo para distanciarse de ella ofreciendo el espacio que en esos momentos ambos necesitaban.

Después de desayunar tranquilamente y de cotillear por toda la casa, Samantha se decidió finalmente a entrar en el despacho. Tras ver la interminable lista de tareas que el muy cabrón le había preparado, no tuvo duda de que su alejamiento de ese día solamente se debía a que iba en busca de inspiración para hacer su estancia en ese lugar un poco más incómoda y joderle la vida de mil maneras distintas.

Tomó asiento en la cómoda silla que había tras el escritorio de cualquier escritor que pudiera pagársela y, recostándose plácidamente en ella, empezó a rebatir con bastante malicia cada una de las tareas que él estaba dispuesto a endosarle para ahuyentarla.

¡Qué lástima para Graham Johnson que ella fuera de ideas fijas y que sólo estuviese dispuesta a marcharse de allí con un libro entre las manos que le demostrara al mundo que Miss Dorothy había vuelto a triunfar, y que ella finalmente sería escuchada!

* * *

Cuando Graham entró en la taberna El Trébol de la Suerte, Hamish, el dueño de mediana edad que siempre los saludaba a todos con una sonrisa, no tardó en hacerle sitio en la barra, donde, sin que él se lo pidiera, le sirvió un sustancioso desayuno digno de un rey.

«¡Esto sí es comida!», pensaba Graham mientras rebañaba el plato y recordaba la escasa alimentación con la que aquella necia mujer había pretendido alimentar su robusto cuerpo. Mientras saboreaba el fuerte café que siempre servía Hamish, no podía dejar de pensar en cómo deshacerse de la chica, que no les traería más que problemas tanto a él como a su esquiva inspiración.

La lista de tareas que le había dejado preparada estaba llena de insultantes ocupaciones, casi todas meramente femeninas en su opinión. Con ello intentaba hacerle comprender que no era bienvenida en su hogar, algo que, al parecer y pese a sus sencillas palabras, aún no le había quedado claro a aquella cabezota.

Seguramente, cuando volviera a casa, le arrojaría a la cara la insultante lista y se marcharía de allí ofendida con la actitud tan machista que Graham había mostrado… Qué pena que nada de eso fuera cierto, porque, gracias a sus hermanas y a la esclavitud a que lo habían sometido hasta su adolescencia, Graham era ahora todo un hombre hecho y derecho que sabía coser, cocinar, planchar e incluso hacer una manicura mejor que algunas mujeres, y eso, incluso a sus treinta y un años, era algo que le seguía molestando.

Por si Samantha era demasiado idiota para su bien y tardaba algo más de la cuenta en captar sus indirectas, Graham decidió pedirle algún que otro consejo al eterno psicólogo del bar, el hombre que se encontraba detrás de la barra y que siempre le daba una solución a sus problemas o lo ayudaba a ahogar éstos en cerveza. Algo que después de la helada ducha de esa mañana indudablemente necesitaba, porque a pesar de lo fría que estaba el agua, su deseo por la impertinente dueña de aquel cuerpecito que tanto lo tentaba no había disminuido en absoluto, y eso empezaba a inquietarlo.

—Hamish… ¿cómo te desharías de una mujer que no capta las indirectas? —preguntó dándole alguna que otra vuelta a su humeante taza de café.

—¡No me digas que te ha salido una acosadora! —bromeó el tabernero, mientras limpiaba el mostrador.

—Sí, una que tú me mandaste al indicarle cómo llegar a mi casa... Por cierto, muchas gracias —gruñó Graham, un tanto molesto, pensando que si ella no hubiera dado con su hogar, ahora él no estaría metido en ningún problema.

—¡Vamos, Graham! Esa cosita tan mona no puede ser tan terrible…

Además, me miró con esos enormes ojos violeta de una manera que no pude resistir, y tarde o temprano habría dado con tu casa, con o sin mi ayuda.

—Te perdono porque en eso tienes razón: es tan insistente que no habría parado hasta encontrarme, con tus indicaciones o sin ellas. Pero dado que tienes parte de culpa en esta molesta situación, ya puedes ir pensando en una idea para hacerme salir de ella.

—¿Acaso es otra molesta empleada de la editorial que insiste una vez más en que termines la dichosa novela?

—No, peor: es una escritora novata a la que le han prometido lo imposible si consigue que termine mi libro —contestó Graham, frunciendo el ceño al recordar que, una vez más, una mujer permanecía a su lado sólo por interés, ya que él era un medio para que Samantha pudiera llegar a cumplir sus sueños.

—Creo que siendo tú mismo pronto lo conseguirás. ¿O es que no has espantado a todos esos trajeados individuos que la editorial ha mandado en tu busca, ya fueran hombres o mujeres? —le recordó despreocupadamente Hamish, prosiguiendo con su labor.

—Para mi desgracia, aunque parece la cosita más dulce que he visto en mi vida, esa mujer es más difícil de ahuyentar de lo que me creía. Y algo me dice que es bastante cabezota y muy capaz de devolverme cada una de mis jugarretas.

—Entonces parece interesante, ¿cuál es el problema? —preguntó con optimismo el propietario del bar, seguro de que la chica acabaría finalmente con el aburrimiento del famoso escritor.

—Que Samantha White es de las que se enamoran, y ya sabes que yo no juego con ese tipo de mujeres —respondió abiertamente Graham, dando un largo trago del fuerte café que lo ayudaría a despejar su mente de todo lo que tuviera relación con aquella molesta jovencita.

—Vale, ya está, ¡ya tengo la solución! ¡Escribe ese maldito libro de una vez y así la gente dejará de venir a darte la lata! —exclamó irónicamente Hamish, algo molesto porque Graham no acabara de poner fin a la saga que los tenía, tanto a él como a su esposa, totalmente enganchados. Aunque eso nunca lo diría en voz alta, ya que tenía una reputación que mantener ante sus parroquianos.

—Eso es demasiado difícil.

—Pues entonces quédate con ella hasta que se harte de tu mal humor, como nos pasa a todos en un momento u otro.

—Demasiado peligroso.

—Pues lo único que se me ocurre es que metas a otra mujer en tu casa para

que espante a ésta.

—Hummm… Eso podría servir.... —murmuró Graham pensativo, acariciándose la barbilla mientras reflexionaba sobre una nueva maldad—. Pero ¿dónde podría conseguir una mujer?

—¿Estás de broma? Si la mitad de las solteras del lugar no paran de hacerte ojitos a pesar de tu mal genio. Y May, mi camarera más bonita, no cesa de saltar prácticamente en tu regazo cada vez que te ve... ¡Eso sí: este maravilloso plan solamente funcionará si esa mujer está interesada en ti! Y, para serte franco, creo que por cómo te has comportado con ella hasta ahora, sólo le interesan tus libros.

—Puede ser, pero me gustaría ver qué hace con un tipo de sorpresa como ésa. Y yo, con toda seguridad, puedo hacer que la situación se convierta en algo tan incómodo y perturbador que ella huya despavorida.

Tras reflexionar un instante, Graham se dirigió a la empleada de Hamish:

—¡Tú! ¡Dame tu teléfono! —le exigió rudamente a la exuberante May cuando ésta pasó junto a él portando una bandeja.

Increíblemente, entre risitas, May se lo dio, con una mirada insinuante.

—En serio, no sé cómo puedes ser autor de novelas románticas... —comentó Hamish, arrepentido de haberle dado la idea a aquel hombre que en ocasiones podía ser bastante maquiavélico.

—Yo tampoco —coincidió Graham, acabándose el café de un trago y dejando el dinero en la barra—. Por eso lo he dejado —añadió, haciendo que Hamish rechinase los dientes al verse privado del final de aquella inquietante historia que estaba loco por terminar.

—¡Maldita Miss Dorothy! —susurró en voz baja el dueño de El Trébol de la Suerte, sintiéndose estafado por el famoso autor que se negaba rotundamente a terminar su trabajo.

Y, mientras volvía a su tarea, tras la marcha de Graham, a Hamish le pareció oír algún que otro susurro de sus clientes habituales, que maldecían también la figura de aquella amable ancianita que todos por allí sabían que era más falsa que un trébol de dos hojas.

* * *

Sin duda, Hércules, con sus doce pruebas y todo, era una nenaza a mi lado, ya que ese hombretón no tendría que enfrentarse nunca con Graham Johnson... Una vez más, repasé la insultante lista que había tenido la indecencia de

dejarme, antes de tachar de ella cada una de las tareas que ya había finalizado.

Friega los platos (sin usar agua caliente, que acabas con la que tengo para mi uso personal).

—¡Qué hijo de puta! ¡Usar agua fría en las Highlands es como meter las manos en el congelador!

Limpia la casa (hasta que se pueda comer en el suelo).

—¡Oh, sí señor! Después de lo que he encontrado en ese cuarto lleno de trastos, vas a poder comer como deseas…

Ordena los libros del salón.

—¡Será malnacido! No he visto en mi vida unos estantes más repletos y más desordenados que ésos...

Haz mi cama (tómate todo el tiempo que quieras para esta labor, y si me quieres esperar dentro, y desnuda, mejor).

—Eso es algo que, definitivamente, nunca volverá a ocurrir.

Limpia los baños (quiero poder ver mi culo reflejado en las baldosas).

—Egocéntrico de las narices… ¿quién es el estúpido que quiere mirarse el culo mientras se ducha?

Prepara el almuerzo (algo que se pueda definir como «comida aceptable», nada de lechuguitas o verduras al vapor. Lo verde para las vacas).

—Sí señor, nada de verduras, todo jugosa carne… ¡A ver si tienes cojones de hincarle el diente a eso después de cómo te lo he cocinado!

Cose mis calcetines y emparéjalos (quiero volver a poder ponérmelos todos).

—El muy anormal por supuesto no tenía ni un calcetín junto a su pareja, así que he decidido juntarlos a mi manera…

Limpia mi coche a fondo (que cuando lo vea no lo reconozca).

—Definitivamente, ésta es la tarea que más me ha gustado: no vas a reconocer a tu coche ni en un millón de años.

Ponte el uniforme que te he dejado en mi despacho para realizar las tareas (sin duda te será más fácil moverte por la casa).

Eso último estaba escrito más como una sugerencia que como una orden, y el muy cabrón había colocado sobre la mesa de su despacho un provocativo disfraz de criada que consistía en unas braguitas negras con un encaje blanco bastante sugerente, un delantal minúsculo y un sujetador, si es que eso merecía tal nombre, porque los pechos sólo quedaban mínimamente tapados por los extremos de un lazo negro. Por supuesto, el traje incluía una perfecta cofia y un

bonito cuello de encaje blanco para aumentar la fantasía del pervertido que lo hubiese comprado. Me pregunté de dónde narices habría sacado él una cosa así y para qué lo guardaba... Decidí que era mejor no pensar mucho en ello.

Bueno, mientras Graham se decidía a volver yo ya había hecho todas las tareas de la lista, pero claro, a mi manera, ya que en ningún momento él había especificado que tuviese que hacerlas bien. Un tremendo error que sin duda lamentaría.

Esa niñería me había servido mucho para desahogar mi mal humor tras leer la infame lista y después de lo ocurrido esa mañana. ¡Cómo había podido caer tan estúpidamente en los brazos de ese hombre!

Sin duda porque creía que todo formaba parte de un calenturiento sueño y porque yo no tenía citas desde el instituto... ¿Quién demonios le va a pedir salir a alguien que está todo el día rodeada de grasa y aceite de motor, y qué hombre se atrevería a ir al apartamento de una cuando su padre se presentaba de improviso, advirtiéndole al invitado que él vive en el piso de al lado y que las paredes son muy finas, a la vez que sostiene en las manos una gruesa llave inglesa?

¡Joder! ¡Mi vida privada había fracasado antes de empezar, en el momento en que alquilé ese viejo apartamento junto al de papá! Pero cada vez que intentaba decirle que me mudaba, me miraba con sus tristes ojos castaños y empezaba a relatar anécdotas de mi madre cuando era joven. Y así era como yo había acabado siendo una solterona de veinticinco años, con una experiencia sexual mínima, y cuyas historias de amor sólo existían en el papel que daba vida a mis novelas.

Aunque aún no me había rendido ante la posibilidad encontrar a ese hombre que me hiciera estremecer de pasión y cambiara mi mundo con su sola presencia, como hacían siempre los protagonistas de las historias que tanto me gustaban. Me limitaba a dejar ese tema a un lado mientras intentaba desesperadamente que los personajes de mis libros, cuyas aventuras sin duda eran más interesantes que mi propia vida, llegaran a ver la luz, para que todas las mujeres comprendieran que se podía hallar el amor donde menos se esperaba, algo que en ocasiones me repetía a mí misma hasta la extenuación, para autoconvencerme, aunque esto nunca llegaba a pasar.

Quizá por eso había sido una presa fácil para Graham Johnson: la frustración, la falta de amor y el hecho de que, aunque fuera insufrible, él me resultaba atractivo, eso era, con toda seguridad, lo que me había llevado a gemir apasionadamente entre sus brazos, mientras tenía uno de los orgasmos más

placenteros de mi vida. Porque aunque fuera odioso e imposible de tratar, había que admitir que sabía cómo tocar a una mujer para hacer que ésta se rindiera al placer.

Si tan sólo se comportara como el protagonista de sus novelas… sería el hombre perfecto para cualquier mujer, y no la pesadilla que en esos instantes era para mí.

A pesar de que mi cuerpo se sintiera tentado de caer en su cama, y más ahora que había descubierto lo apuesto que era bajo aquella desastrosa barba, no tenía ninguna duda de que, mientras estuviera despierta, podría resistirme a él. Sobre todo si abría su insultante bocaza y decidía comportarse con su habitual grosería, que espantaría hasta al mismísimo diablo.

El húmedo sueño de esa mañana sólo fue un hecho aislado que no volvería a ocurrir, porque por nada del mundo volvería a permitirme dejarme llevar por sus caricias, que aunque pudieran parecer tremendamente dulces y placenteras, eran tan taimadas como su falso nombre y su estúpida identidad.

Después de pasar casi seis horas fuera de casa, al fin Graham volvió, en busca de un gratificante almuerzo y para revisar que hubiese hecho todas las tareas. Qué lástima que no fuese a encontrarse con lo que esperaba…

En cuanto entró por la puerta, le arrebaté mis llaves de sus fuertes manos y las sustituí por la lista en la que había tachado todas las humillantes tareas que había finalizado y que él había tenido la osadía de ordenarme para ofenderme como mujer. Era una pena que mi orgullo femenino no se molestara tan fácilmente, y más aún después de relacionarme continuamente con hombres que creían que «una cosita tan linda» como yo nunca daría la talla para trabajar como mecánico de un taller.

Para demostrarle mi disconformidad con su lista, le había dejado una notita junto a cada una de las tareas finalizadas, y sonreí bastante satisfecha mientras salía por la puerta, a la espera de que Graham Johnson recibiera su merecido.

—Ahora me toca a mí —susurré, jugueteando con las llaves de mi coche de alquiler y dirigiéndome a la posada para almorzar y para disfrutar de unas cuantas horas de descanso, que definitivamente me merecía, después de haber acabado los trabajos de la infinita lista con mi pequeño toque de venganza personal.

* * *

Cuando llegué a casa esperaba encontrar a mi nueva esclava agonizando, con las tareas a medio hacer, o muerta de cansancio derrumbada en el sofá. Pero por el contrario, Samantha me sonrió maliciosamente mientras se hacía con las llaves de su vehículo y se marchaba dejándome allí solo. Por suerte, antes de entrar en casa había podido sacar del maletero de aquel turismo alquilado, un coche nada adecuado para un lugar como las Highlands, la batería que había comprado. La dejé junto a la entrada, dispuesto a cambiarla más tarde, algo básico que afortunadamente sabía hacer y así evitar que un viejo mecánico me cobrara un ojo de la cara.

Sonreí cuando ella me entregó la impertinente lista que le había dejado y la observé atentamente, dándome cuenta de que cada una de las tareas estaba tachada con un chillón rotulador rojo. Dispuesto a criticar lo que había hecho, repasé una por una las cosas que le había encargado.

La primera de ellas, que sólo consistía en fregar los platos sucios de la noche anterior, tenía al lado un post-it que decía: «Uf, lo siento, pero he acabado con toda el agua caliente». ¿Cómo narices se podía acabar con un depósito de treinta litros sólo para lavar tres puñeteros platos? Sin duda Samantha lo había hecho para tocarme las narices…

Bueno, segundo punto de la lista: limpiar la casa.

Había que admitir que la casa estaba impecable, incluso le había sacado brillo al suelo. Pero mientras revisaba los pasillos, me di cuenta de que se había tomado algunas cosas al pie de la letra, sobre todo cuando vi mi cena presentada hábilmente en un cuenco para perros en el suelo, junto con sus respectivos cubiertos y un vaso de agua sobre un bonito salvamantel. Esta vez el post-it decía: «Siento no haber encontrado otro cuenco para el agua, pero tal como me has pedido, sin duda ahora podrás comer en el suelo».

El humor un tanto ácido que ella había demostrado hasta el momento, me llevó a observar con más atención lo que Samantha había hecho, con lo que me percaté de que otro punto de la lista había sido realizado con la misma ironía que los anteriores: mi almuerzo, que consistía en un magnífico filete de solomillo de ternera de lo más jugoso y apetecible que se puede llegar a conseguir, estaba demasiado hecho, hasta tomar un color negruzco, imposible de digerir. Lo peor de todo era que por dentro seguía crudo… ¿Cómo podía aquella mujer cocinar peor que yo?

Tomé nota mental de no permitir que Samantha volviera a acercarse a la cocina, mientras tiraba aquella abominación junto con otra de sus impertinentes

notitas, que en esta ocasión sólo decía «¡MUUU!», y seguí repasando la maldita lista, que me estaba agriando el buen humor que antes tenía.

El siguiente trabajo era ordenar los libros de las repletas estanterías que había en el salón, junto a mi hogareña chimenea. En eso no se puede meter mucho la pata, a no ser que los libros se ordenasen como lo había hecho esa bruja, por colores, en vez de alfabéticamente o por temas, como es lo normal, razonable y habitual en cualquier biblioteca. Esta vez su comentario me tocó un poco las pelotas: «¿A que queda bonito?».

Me pregunté qué más sorpresas me esperaban, cuando fui a mi dormitorio. Por suerte, éste no había sufrido sabotaje alguno. El antiguo armario de madera y la cómoda que habían pertenecido a mis abuelos estaban impolutos, y en mi lecho sólo había una nota que me retaba: «Ni en tus sueños volverá a pasar…». Eso me hizo sonreír y darme cuenta de lo mucho que la había afectado nuestro encuentro de esa mañana.

El baño estaba impecable, con la única pega de que había sacado decenas de fotocopias de una foto mía y las había pegado por toda la ducha, junto con la típica e impertinente notita adosada, en la que comentaba alegremente: «¡Hala, así ya puedes verte el culo!».

Cuando llegué al salón y abrí el cesto donde estaban mis puñeteros calcetines, ese molesto lugar donde siempre acababa metiéndolos todos, y que, a saber por qué, siempre acababan sin su pareja, me sorprendió la forma en que Samantha los había juntado: cuando cogí uno de ellos, los demás lo siguieron perfectamente unidos, ya que la muy arpía había formado una inusual cadeneta con ellos. Esta vez sólo había un impertinente «Como puedes ver, todos están perfectamente emparejados» en la consabida nota.

Sus continuas jugarretas me llevaron a preocuparme un poco por la penúltima de las tareas, la de limpiar mi coche. Pero ¿qué podía hacerle esa cosita tan dulce a mi coche que no fuera arañarlo o alguna de esas estúpidas niñerías? Luego recordé vagamente que, en algún momento de la noche en que nos conocimos en aquella desolada carretera, me había dicho que era mecánica. Sin duda una broma, pero por si acaso corrí hacia el garaje y entré en él un tanto alarmado, rezando porque esas palabras que habían salido de su boca fueran falsas.

Evidentemente, había infravalorado a aquella mujer una vez más, ya que encontré mi querido cuatro por cuatro totalmente desmontado, pieza por pieza. Eso sí, cada una de ellas estaba reluciente y, una vez más, la provocadora notita

me anunciaba irónicamente: «Estoy segura de que no lo reconocerás, pero te aseguro que esto es tu coche…».

—¡¡Hija de …!! —maldije furioso y dispuesto a deshacerme de una vez por todas de la bruja que había invadido mi casa.

Fui a mi despacho, decidido a hacer buen uso del número del teléfono que había conseguido de la atractiva camarera de El Trébol de la Suerte, que siempre se me insinuaba, y vi la última nota de Samantha. Esta vez, por desgracia, sus palabras no me hicieron enfadar y apagaron un tanto mi mal genio: «Llevo parte de ese maldito uniforme» rezaba el insinuante post-it, y, cuando acabé de revisar el sugerente conjunto, me di cuenta de que la cofia y las bonitas bragas de encaje habían desaparecido.

Sólo con imaginármela usando esas dos prendas me hizo tener algún que otro pensamiento bastante calenturiento, con el que seguramente Samantha se habría escandalizado, así que decidí recordarlos para susurrárselos más tarde al oído y tomarme así una pequeña venganza haciéndola avergonzarse. Después miré mi impaciente miembro, que me exigía un alivio, y fui a marcar, cada vez más decidido, el número de teléfono que me haría olvidarme de Samantha y tal vez vengarme de una vez de todas sus jugarretas.

Desgraciadamente, mi revancha tendría que esperar, ya que me había devuelto mi gesto, dejándome sin coche, tan aislado y aburrido como yo la había dejado a ella por la mañana.

La única diferencia era que, mientras Samantha seguramente sólo pensaba en mí para maldecirme, yo no podía quitármela de la cabeza. Y mis pensamientos en ningún momento abandonaron la cama donde me había retado al decirme que nunca volvería a pasar nada entre nosotros. Algo que indudablemente ocurriría si seguía compartiendo mi casa y mi lecho.

Mientras la esperaba en el salón, sin saber qué hacer, a los pies del sofá vi un manuscrito abandonado. Y dispuesto a hacer pasar el tiempo lo más rápido posible, me puse manos a la obra, sin saber que con este simple gesto estaba cumpliendo uno de los sueños de aquella alocada mujer, que puede que más tarde se convirtiera en uno de mis mayores errores.

CAPÍTULO 6

Cuando Samantha llegó a casa del molesto pelirrojo, después de disfrutar de un exquisito almuerzo en la posada, lo último que esperaba encontrarse era a él leyendo, bastante interesado, el manuscrito que, a pesar de llevarlo siempre con ella a todas partes, esta vez había dejado olvidado.

Sin saber cómo, su obra había llegado a las manos de Graham. Samantha se sintió tentada de arrancárselo, hasta que recordó que en realidad él era Miss Dorothy, una famosa escritora que ya había dado algún que otro buen consejo a escritoras noveles un tanto perdidas.

Samantha observó cómo aquel individuo que aún seguía siendo una de sus más admiradas escritoras, hojeaba tranquilamente su texto, mientras fumaba un cigarrillo.

Cuando Graham alzó su rostro y encontró a Samantha junto a él, observándolo, no pudo evitar que en sus labios apareciera una sarcástica sonrisa.

—Si prometes volver a dejarme el coche como estaba, leeré atentamente tu obra y te señalaré con rotulador rojo algunos fallos antes de devolvértelo —propuso Graham, intentando llegar a un término medio en la incesante lucha para ver quién tenía el poder.

Samantha dudó de sus intenciones, porque hasta ese momento no había mostrado ni un ápice de bondad en toda su cerrada persona, y le exigió tendiendo una mano que le devolviera su preciada pertenencia. Graham no se opuso. No obstante, introdujo alguna que otra duda en su cabeza cuando le preguntó:

—¿Acaso no era éste uno de los objetivos que tenías al venir hasta aquí?

Eso era verdad: uno de sus mayores sueños siempre había sido que un escritor tan prestigioso como Miss Dorothy le diera su opinión acerca de su obra, y que él fuera un machista redomado, careciera de modales y tuviera un terrible mal humor no cambiaba el hecho de que posiblemente se trataba del mejor escritor del momento. Si de alguien podía aprender a mejorar en sus escritos, sin duda era de él.

Reticente, Samantha le tendió el manuscrito, esperando que ese gesto fuera un símbolo de la paz que tanto necesitaban en aquella extraña relación.

—Bien, ahora arréglate mientras hago una llamada. Vamos a salir a cenar, ya que me niego a que vuelvas a entrar en esa cocina, y yo no tengo ganas de preparar nada —decidió Graham, entrando en su despacho para guardar el manuscrito de Samantha y reservar en un restaurante del lugar, dedujo ella, mientras corría hacia sus maletas en busca de algo adecuado para llevar a su cena de reconciliación.

Después de todo, aquel hombre no debía de ser tan irracional como aparentaba si su simple toque de atención lo había hecho darse cuenta de que necesitaba bajar las armas y hablar pacíficamente con ella, que pensaba plantearle razonablemente la simple petición de que acabara la novela que todos esperaban con impaciencia.

* * *

Para desgracia de Samantha, al final de la noche descubrió que Graham Johnson no era sólo irracional, sino el mismísimo diablo disfrazado. Pero ¿qué se podía esperar de un tipo que se escondía tras el seudónimo de una ancianita que nunca había existido, sólo para no tratar con la gente que tanto lo adoraba?

Samantha, emocionada, se había puesto la mejor ropa que tenía, que por desgracia no era mucha ni demasiado elegante. Tras meter rápidamente su equipaje en el baño, ya que su habitación aún no era habitable, sacó un vestido de lana negra cerrado hasta el cuello pero que dejaba la espalda al aire, haciéndola parecer lo bastante elegante como para asistir a un restaurante fino. Acompañó su atuendo con unas botas altas de tacón, un tanto incómodas para aquel escarpado terreno, pero perfectas para exhibirlas en algún bonito lugar.

Acabó aplicándose un poco de maquillaje, se dejó la melena castaña suelta, dándole un poco de volumen con los dedos, y cogió su gruesa chaqueta forrada de piel de borrego, algo imprescindible para el clima del lugar.

El hombre que la esperaba con impaciencia en la entrada apenas había cambiado su aspecto. Samantha se preguntó si no habría cometido un error con su indumentaria, hasta que Graham la vio, y, tras devorar su cuerpo con una ávida mirada, le tendió una de sus fuertes manos sonriendo pícaramente ante su repentino cambio de imagen.

—Veo que ya estás lista —dijo, agarrándole con fuerza la mano.

—¿No me he arreglado demasiado? —preguntó ella, un tanto confusa ante el despreocupado atuendo de él: unos pantalones vaqueros, un simple jersey y un abrigo de lana forrado.

—No para lo que tengo en mente. Para esta velada estás perfecta —sonrió lobuno el atractivo pelirrojo, haciendo que Samantha comenzara a preocuparse por lo que le depararía finalmente esa velada—. ¿Me dejas las llaves de tu coche? —le pidió Graham, amable por primera vez desde que se conocieron, aumentando con ello sus sospechas y sus reservas.

Samantha retuvo las llaves contra su pecho, algo reticente, hasta que él alzó una ceja, y, ofendido por su desconfianza, rebatió todos los argumentos que ella había pensado para no soltar las preciadas llaves de su vehículo de alquiler.

—No creo que puedas conducir con esos tacones. Además, no sabes adónde vamos a ir a cenar, así que será mejor que conduzca yo, Samantha —dijo, pronunciando su nombre por primera vez, y ganándose así un poco de su confianza.

¡Craso error confiar en el diablo! Pero eso, desgraciadamente, ella lo averiguaría más tarde.

El restaurante no era un caro local con calefacción, como Samantha había imaginado, pero se sintió muy a gusto en un ambiente tradicional escocés, un tanto cargado, que incluía a gente ruidosa y canciones propias del lugar como fondo, mientras los comensales reclamaban platos típicos del lugar.

Dejó a Graham pedir la cena, lo cual no fue nada acertado, porque alguien como él sólo podía escoger el plato menos apetitoso para su paladar, algo que no supo hasta que lo tuvo delante...

Era algo que, según Graham, se llamaba *haggis*, y consistía en un gran e hinchado estómago de un animal, en cuyo interior, según la alegre camarera que servía orgullosa el plato más típico del lugar, se habían hervido asaduras de oveja, cerdo y vaca mezcladas con sebo, cebolla, avena y otros aderezos que Samantha prefirió no saber por su propio bien.

Mientras ella miraba su comida, sin saber cómo comenzar a degustar aquella cosa amorfa que tenía en el plato y que en algunos momentos parecía moverse, vio cómo Graham se carcajeaba de ella. Así que, bastante decidida, lo pinchó con el tenedor y lo rajó con el cuchillo, haciendo que todo el vapor concentrado de la comida, junto con su olor, salieran hacia el exterior.

Y en el preciso instante en que su nariz topó con toda esa mezcla de olores, su cara se tornó verde. Graham pareció apiadarse de ella entre estruendosas

carcajadas, y le cambió finalmente su filete de ternera con guarnición por el *haggis*, haciéndole la velada un poco más aceptable.

De hecho, todo habría sido perfecto, de no ser porque a cada instante Samantha recordaba que esa cosa que él degustaba con sumo placer era algo que había pretendido que ella engullera.

—¿Demasiado delicado para un paladar acostumbrado a perritos calientes y hamburguesas? —preguntó Graham, mientras se deleitaba con el fuerte sabor de aquel elaborado manjar.

Samantha quiso decir algo, pero qué replicar cuando sus palabras eran verdad.

—¿Me equivoco? —insistió él, alzando burlón una ceja.

—No, pero en mi defensa tengo que decir que ésos son los platos típicos en las calles de Nueva York cuando no tienes más que unos pocos dólares en el bolsillo.

—Así que eres una mecánica de automóviles de Nueva York, que quiere convertirse en una nueva promesa literaria de esa ciudad —apuntó Graham irónicamente, mientras la medía con una de sus escrutadoras miradas—. ¿Y cómo fue que os encontrasteis Natalie y tú en una ciudad tan grande? —preguntó luego con interés.

—Se le pincharon las ruedas del coche cerca de mi taller y yo acudí en su ayuda.

—Y seguramente no dejaste de meterle tu manuscrito por las narices ni un solo instante, ¿verdad? —preguntó él con sarcasmo, sabiendo lo desesperados que podían ser los principios de cualquier escritor.

—¡Yo sólo quiero escribir y que alguien le dé una oportunidad a lo que he creado! —se defendió Samantha, algo ofendida por el tono del famoso novelista.

—Bonitas palabras, Samantha, pero tú, como todos, lo que quieres es poder ganarte la vida haciendo lo que te gusta. Por desgracia, la vida de un escritor, al contrario de lo que todo el mundo cree, no está llena de sueños y facilidades. ¿Sabes cuánto escribí antes de que alguien decidiera ofrecerme mi primer contrato? Y te puedo asegurar que éste no es el género en el que hubiera esperado que todos llegaran a conocer mi nombre, ni mucho menos. De hecho, aparte de la gente de mi editorial y de algún que otro conocido, nadie sabe que yo soy Miss Dorothy.

—Pero ¿no te gusta que la gente lea y espere con impaciencia tus libros, que se pregunte cómo terminará esa historia que has creado, que sea fiel a cada

palabra que escribes y le dé una nueva oportunidad al amor? —preguntó ella, decidida a sacar a relucir la verdadera personalidad de aquel hombre solitario que no podía ser tan malo si creaba obras tan hermosas.

—Claro que me gusta que la gente disfrute con mis libros. Pero creo que el amor sólo es una mentira necesaria para crear un ambiente adecuado entre dos personas —dijo él despreocupadamente, mientras daba un largo trago a la cerveza con la que acompañaba su comida.

—¿No crees en el amor? ¿No crees en lo que escribes? Entonces, ¿cómo puedes concebir algo tan romántico si nunca lo has experimentado?

—Muy fácil: miento como un bellaco. Como hacen la mayoría de los escritores, ni más ni menos.

—¡Ah, entiendo…! ¡Por eso no puedes encontrar tu final! ¡Por eso no puedes escribir una novela en la que tus protagonistas al fin se queden juntos a pesar de las adversidades! ¡Es porque no crees en ello! —dedujo Samantha, percatándose finalmente de las verdaderas razones de Graham para negarse a escribir esa última obra que todos esperaban con anhelo.

—¡Eso es ridículo! Yo puedo escribir esa novela cuando me dé la gana... Se trata, simplemente, de que no quiero —declaró, molesto con su impertinente invitada.

—Entonces, ¿a qué esperas? ¡Hazlo y así yo podré irme a casa y tú podrás volver a tu querida soledad de ermitaño! —replicó Samantha, decidida, mientras lo señalaba amenazadora con su cuchara de postre después de degustar un sabroso plato escocés, un *cranachan*, que consistía en una sabrosa mezcla de crema batida, miel, whisky y frambuesas frescas, con avena tostada remojada la noche anterior con un poco de whisky. Algo que, al contrario del *haggis*, estaba saboreando con gran placer.

—¿Crees que convencerme va a ser así de fácil? Soy un escritor que se está tomando su tiempo para crear otras obras de distinto género. ¿O acaso crees que sólo sé escribir ese tipo de ñoñerías romanticonas? Es algo que le dije en su momento a Natalie y que al parecer aún no ha comprendido: escribiré esa novela cuando yo quiera, no cuando ella me lo exija, y por más gente impertinente que me mande, este hecho no cambiará. Así que desiste y vete a casa, Samantha.

—No —negó rotundamente ella, molesta con aquel hombre obtuso que se negaba a recapacitar—. Has tenido dos años para dedicarte a tus otras novelas. Creo que ya es hora de que te pongas manos a la obra para no decepcionar más a

los millones de personas que esperan ese maldito final; yo misma soy una de ellas, por cierto.

—¡Por favor! ¡No me puedo creer que Natalie me haya enviado a una fan con aires de escritora! —exclamó Graham, pasándose las manos con frustración por sus rojos cabellos—. ¿No te ha decepcionado ya bastante descubrir quién es realmente Miss Dorothy? ¿Acaso no te estoy haciendo la vida imposible para que te marches? ¿Es que no sabes captar las indirectas?

—Siento decirte que no sabes echar indirectas, más bien al contrario: no te cortas nada a la hora de ser grosero y expresar lo que quieres sin ningún tacto. Y aunque esté totalmente impactada tras descubrir la verdad sobre Miss Dorothy, no te vas a deshacer tan fácilmente de mí, por dos motivos sobre todo: uno, quiero leer el final de esa historia; y dos, ¡alguien va a leer mi puñetero libro de una maldita vez, aunque sólo sea para decirme que es basura! —exclamó ella con enojo, levantándose bruscamente de su asiento y dejándole la cuenta.

—Samantha, te lo advierto, aún no sabes lo cabrón que puedo llegar a ser… ¿Por qué no te marchas ahora, antes de que te haga daño? —la previno Graham, mientras impedía que se marchase de aquel acogedor lugar reteniéndola por un brazo.

—Alguien como tú nunca podría llegar a hacerme daño, Graham Johnson —replicó ella, decidida, soltándose de su agarre y dirigiéndose a la salida.

—Tú lo has querido, preciosa —susurró Graham, negando con la cabeza y suspirando frustrado ante su reacción, resignado finalmente a comportarse como el mismísimo diablo si hacía falta, con tal de deshacerse de ella.

Tras pagar la cuenta de aquella pacífica cena que no había resuelto ninguno de sus problemas, Graham decidió volver a convertirse en el perfecto canalla que era y no tener piedad de aquella molesta señorita que se había entrometido en su vida sólo para fastidiarla, sin saber en realidad en lo que se había metido al aceptar ese trato con su ávida editora.

Una editora bastante insistente, que no sabía cuándo rendirse o reconocer una derrota, a pesar de que ésta la hubiera golpeado de frente un montón de veces; no había más que ver los numerosos fracasos obtenidos con cada una de las personas que había mandado llamar a su puerta con la intención de hacerse con su novela, y que siempre habían vuelto con el rabo entre las piernas.

La señorita Samantha White, sin duda, sería otra de ellas. Sólo que ésta tal vez duraría un poco más, porque a pesar de parecer bastante simple, Samantha tenía el suficiente arrojo como para aguantar su malicioso carácter. Qué pena que

este hecho sólo le hiciera más entretenido el hecho de jugar con ella, pensaba Graham, a la vez que sonreía con malicia y seguía a Samantha hacia su coche, reflexionando sobre su próximo movimiento para alejarla definitivamente de su lado.

* * *

Mientras volvíamos a casa, Graham se detuvo en una pequeña y desolada gasolinera para, según él, asegurarse de que el depósito de nuestro único vehículo estuviera lleno. Debería de haber sospechado de su amabilidad, y más después de su súbita advertencia en el restaurante, pero como la velada hasta entonces se había desarrollado sin ningún contratiempo, no pensé que sería tan jodidamente retorcido.

Yo había bebido demasiada cerveza en la cena, así que, ilusamente, decidí arriesgarme a ir al baño de ese siniestro lugar, ya que no sabía si aguantaría hasta llegar a la casa. Cuando conseguí que el empleado me entregara las llaves, fui con ellas en la mano hasta la parte trasera, donde se encontraban los baños. Por el camino vi a Graham poner gasolina con una maliciosa sonrisa en su rostro. En ese preciso momento debería haber desistido de ir al baño, pero como mi vejiga estaba a punto de estallar, entré decidida a desahogarme rápidamente y volver al calentito coche, antes de que el frío helador de las Highlands hiciera mella en mí con mi escasa vestimenta.

Tras hacer malabarismos con la puerta del baño para que no se abriera mientras yo procuraba tocar lo mínimo posible aquel cochambroso lugar, me lavé las manos con agua helada y volví al sitio donde un par de segundos antes estaba mi coche. Para mi desgracia, ahora sólo había una pequeña estela de humo y un apenado empleado que me miraba con lástima, mientras me tendía, un tanto abatido, un sobre con una nota y algo de dinero.

—Lo siento, señorita, pero creo que su novio la ha dejado —comentó el pobre infeliz, al que seguramente Graham le habría contado una melosa historia para metérselo en el bolsillo, y su curiosidad, sin duda, lo había llevado a mirar lo que había en el sobre, que me entregó abierto.

Guardé el dinero en el bolsillo de mi chaquetón, ya que aquel indeseable se había llevado mi bolso, que estaba en el asiento del copiloto, y leí detenidamente la nota, decidida a vengarme de la manera más retorcida que se me ocurriera de cada una de las palabras de ese estúpido neandertal.

Por lo pronto, iba listo si quería volver a ver su coche de una pieza. Más tarde ya se me ocurriría alguna idea lo bastante perversa como para torturarlo. Intenté ser positiva y pensar que habría tenido una buena razón para olvidarse de mí en aquel recóndito lugar, después de todo, nadie podía ser tan malvado. Pero cuando leí la nota, todas mis buenas intenciones se esfumaron y deseé que Graham se hallara a mi lado en ese momento para golpearlo con fuerza en las pelotas con mis queridas botas de tacón de aguja, que ya estaban empezando a molestarme. La insultante nota decía así:

Tengo una cita, así que esta noche no vuelvas a casa. Si a pesar de todo lo haces y ves un calcetín en la manilla de la puerta, es que estoy teniendo un poco de ese tórrido sexo que tú no practicas.

Posdata: no me molestes, ¡quiero follar!

—¡Sí señor! ¡Un mensaje ejemplar, lleno de una finura y una educación sólo dignas de ti, Graham Johnson! —murmuré airada, mientras arrugaba el trozo de papel entre mis manos, dispuesta a hacérselo tragar en cuanto lo viera.

El muchacho de la gasolinera me miró un tanto apesadumbrado e intentó animarme con dulces palabras… A saber qué le habría contado Graham a ese joven en plena adolescencia, con el rostro lleno de granos, para que me mirara con aquella cara de lástima y aquellos ojitos llenos de compasión.

—No se preocupe, señora, ¡hay muchos peces en el mar!

Fue entonces cuando me puse furiosa, dispuesta a sacar a aquel idiota de su rotundo error, pero como me invitó a un humeante café, que era algo que necesitaba en esos instantes para no congelarme, decidí dejar las aclaraciones para más tarde. Aclaraciones en las que le dejaría bien claro a ese joven entrometido que el hombre que me había abandonado como a un perro en una desolada gasolinera no era nada mío ni nunca lo sería. ¡Yo nunca sería la clase de mujer tan loca o necia como para salir con ese sujeto, por muy tentador que éste pudiera llegar a parecer!

Tras terminarme el café, me dispuse a preguntar por el número de teléfono de algún servicio de taxis que me llevara a la posada más cercana o a la maldita dirección que muy pocos conocían, pero que yo había memorizado después de perderme en la primera ocasión, suponiendo acertadamente que era algo fundamental para mi supervivencia.

En el momento en el que Kenzie, el joven con acné que todavía me miraba con lástima, me tendía el teléfono, entró en la tienda de la gasolinera un hombre de unos cincuenta años, algo regordete, de pequeños ojos negros que ocultaba

detrás de unos grandes anteojos y con una calvicie bastante avanzada.

Su presencia me llamó la atención, ya que llevaba un traje de segunda mano de color marrón oscuro un tanto fino, sin duda muy poco adecuado para el clima de las Highlands. Tras entrar tiritando de frío y pedir un café, el hombre se sentó junto a mí y preguntó una dirección a la que apenas le presté atención, ya que mi llamada al fin estaba siendo atendida.

Pero cuando oí el nombre del individuo al que buscaba, no pude evitar colgarle a la operadora, mientras me volvía con una maliciosa sonrisa en los labios, más que dispuesta a ayudar a aquel sujeto.

—¿Ha dicho que está buscando a Graham Johnson? —pregunté, dispuesta a utilizar a ese hombre para volver a casa.

—Sí, ¿sabe usted dónde vive? Yo soy Payton Smith, su editor. Graham es un escritor que apenas está empezando, pero posee un gran talento. Debo encontrarlo para tratar de unos asuntos que nos atañen —respondió orgulloso el señor Smith, sacando un libro del viejo maletín que llevaba y dejándome un tanto sorprendida cuando me mostró la portada con la imagen de una pistola en medio de un charco de sangre y el título *Instinto criminal*. Cuando le di la vuelta a la novela, pude ver la verdadera biografía y rostro del autor, y no una falsa foto de a saber qué viejecita.

Así que ése era el tipo de libros que Graham Johnson quería escribir y el motivo por el que se había retirado del ajetreado mundo hasta aquel apartado lugar.

—Lo vengo siguiendo desde Londres—continuó el editor—; ésta es la única dirección que he conseguido, después de molestar a todos sus parientes. Con suerte, podré dar hoy con él. No sé por qué últimamente se niega a atender mis llamadas, y la verdad, estoy un tanto preocupado por su aislamiento.

—Al parecer ha tenido usted mucha suerte, porque yo sé dónde vive —anuncié feliz a ese sujeto, dispuesta a llevarle a Graham una sorpresita.

—¡Es usted mi salvación! Espero no meterla en un problema por esto —dijo con algo de preocupación Payton, que por lo visto conocía el carácter del irascible pelirrojo.

—No se preocupe. Podría decirse que somos íntimos, ya que después de todo, vivo con él... —afirmé, dispuesta a que el pequeño hombre que me acompañaba cayera en el engaño que insinuaban mis palabras.

Mientras conducía el todoterreno de Payton Smith, que claramente había tenido más cabeza que yo a la hora de alquilar un coche, me di cuenta de un

detalle que podría ser una importante arma para mi lucha contra Graham, y era que aquel hombre que no paraba de elogiarlo en la misma medida en que lo menospreciaba con alguno de sus comentarios, no sabía que en realidad el autor con el que trataba a diario era la famosa Miss Dorothy.

Eso me hizo sonreír con malicia mientras intentaba imaginar qué sería capaz de hacer Graham para que ciertas personas no conocieran la verdadera identidad de la noble ancianita. Con una nueva arma entre mis manos, un incauto a mi lado, al que sin duda podía manejar, y un nuevo e infalible plan para conseguir lo que quería, me adentré de nuevo en aquel escarpado terreno que llevaba al hogar de Miss Dorothy, más que dispuesta a sacarle de una vez por todas el maldito libro que todos querían.

—Y dígame una cosa… como editor, ¿qué piensa usted de esa famosa escritora llamada Miss Dorothy? —pregunté con una ladina sonrisa a mi hablador acompañante mientras me aseguraba de su ignorancia al respecto.

* * *

¡Bien! Todo estaba preparado a mi gusto. Después de abandonar a aquella arpía en la gasolinera, había pasado a recoger a May a la salida de su trabajo, y tras tomar algunas copas de un fuerte whisky escocés, el ambiente romántico que tan poco me gusta utilizar, pero que tanto les agrada a las mujeres para caer rendidas, consistente en música lenta y unas bonitas velas, estaba listo para ser utilizado.

Tras encender las velas y la música, May, esa exuberante pelirroja, se tumbó en mi sofá, destacando cada una de sus curvas con el escueto vestido que llevaba. A pesar de que hacía algún tiempo que no tenía sexo, y de que lo necesitaba con desesperación, ya que hasta aquella joven que había invadido mi casa empezaba a parecerme atractiva, mi libido no se vio afectada ante la visión del suculento postre que era May.

De hecho, tuve que pensar en una pequeña incordiadora de retadores ojos violeta para poder excitarme, y eso realmente me preocupó, porque nunca me había pasado algo parecido. En mi vida las mujeres siempre han sido descartables: me acostaba con ellas y luego, en ocasiones, ni las volvía a llamar. Siempre procuraba tener relaciones con las que entendían que no conseguirían de mí más que alguna que otra noche de diversión, ya que yo no soy un hombre adecuado para relaciones de cualquier tipo.

Intenté borrar a la alocada Samantha de mi mente, mientras me quitaba el jersey y la camisa, arrojándolos al suelo con despreocupación. Luego me aproximé decidido a aquella pelirroja que comenzaba a bajarse los tirantes del vestido, y, no sé por qué, en mis pensamientos se interpuso la imagen de una desolada joven abandonada en una gasolinera.

¡Mierda de conciencia que tenía que aparecer justo en el momento más inoportuno!

La descarté de un plumazo cuando la mujer que tenía frente a mí me mostró una atractiva ropa interior de encaje. Me tumbé sobre ella y devoré su boca, pero a mi mente acudieron en ese momento los recuerdos de los gemidos de otra mujer que se había derretido entre mis brazos aquella misma mañana, y la inquietante idea de que quería averiguar cómo era el sabor de sus labios.

Decidido a borrarla de mi cabeza, profundicé la pasión de ese beso. Por desgracia, sólo me excité al imaginar que besaba a otra. May se retorcía entre mis brazos y yo, como un perfecto canalla, me pregunté una vez más si estaba dispuesto a utilizarla para borrar el recuerdo de Samantha, cuando unos alarmantes golpes resonaron en mi puerta.

Intenté ignorarlos pensando que sería ella, pero tras oír los gritos de un hombre que reclamaba mi presencia, un pesado del que no sabía cómo narices había conseguido finalmente dar conmigo, dejé a May sola unos instantes, dispuesto a deshacerme del editor que yo sabía que no se movería de mi entrada hasta asegurarse de que estaba allí.

Cuando abrí la puerta, a punto de desahogar con Payton todo mi mal humor, irritado por no poder deleitarme con el cuerpo de una hermosa mujer por culpa del recuerdo de otra, hallé ante mí a la culpable de mis problemas, más molesta que nunca.

Samantha me miró furiosa mientras me arrojaba el calcetín de la puerta a la cara, y luego, ante mi sorpresa, simplemente me apartó a un lado y pasó junto a la pelirroja, que la miraba anonadada.

—¡Tú a lo tuyo! —exclamó Samantha, señalándome despreocupadamente el sofá, desde donde una cada vez más ofendida May me miraba enfadada—. Yo me voy a la cama, que éste ha sido un día muy largo —declaró antes de encerrarse en mi habitación, imposibilitándome utilizarla, salvo que quisiera hacer un trío, algo que seguramente ninguna de las dos mujeres aprobaría.

Ante mi asombro por lo que estaba ocurriendo, May comenzó a vestirse, mientras el necio de Payton, que no sabía captar las indirectas, se había sentado

junto a ella en el sofá, e, ignorando que estaba en medio de una cita, empezó a relatarme sus problemas.

—Graham, tenemos que hablar sobre las ventas de tu libro y…

—Payton, ¿no ves que en estos momentos estoy un tanto ocupado? —Señalé a May, bastante pasmado con la ineptitud del sujeto. ¡Y luego me sorprendía de lo mal que iban las ventas de mi novela!

—¡Ah, perdón! Creía que esa otra era tu novia —respondió él, señalando la puerta cerrada de mi habitación y haciendo con estas palabras que May se levantara del sofá muy indignada.

—No es mi novia —negué con rotundidad, mientras seguía a May, que comenzaba a buscar su abrigo.

—Pero vivís juntos, ¿no? O eso me ha dicho ella antes… —dejó caer ese estúpido en el momento más inoportuno, tras lo que la furiosa pelirroja cruzó los brazos a la espera de mi respuesta.

—Sí… —mascullé entre dientes, confiando en que el insensato de mi editor no volviera a abrir la boca.

—¿Y dormís juntos? —volvió a inquirir Payton, ganándose una de mis furiosas miradas, mientras May me observaba cada vez más ofendida con la situación y muy dispuesta a marcharse a pesar de no disponer de vehículo.

—Sí, ¡pero eso sólo es un error: yo no soy su novio! —grité bastante ultrajado. Pero nadie me creyó.

—Bueno, como veo que estás ocupado, me marcho en busca de un lugar donde pasar la noche —comentó Payton, dándose finalmente por aludido—. ¿La llevo a alguna parte, señorita? —preguntó luego, haciendo que me diera cuenta de que el único idiota en esos momentos era yo.

—Sí, por supuesto… ¡Por lo visto aquí estoy de más! Graham, hazme un favor y pierde mi número de teléfono —sugirió ella desdeñosa, echándose femeninamente la melena hacia un lado y cogiéndose del caballeroso brazo que Payton le ofrecía.

—Nos veremos mañana por la mañana para hablar de negocios. Pero no muy temprano... —añadió serio el idiota que se largaba con mi cita, al tiempo que observaba detenidamente a su acompañante y ésta soltaba alguna que otra estúpida risita.

Cuando desaparecieron de mi vista, me percaté de que May sólo iba detrás de mi dinero, y, al parecer, la muy ilusa creía que el pobretón de Payton Smith era mejor partido que yo. Sin duda se desilusionaría cuando viera que éste se

hospedaba en una habitación barata y pedía la comida más sencilla que se pudiera pagar.

Me reí satisfecho ante la idea de haberme deshecho de una fémina como ella y sonreí malicioso al pensar que la mujer que no había dejado de atormentar mi calenturienta mente todo el día al fin estaba en mi cama.

Y se había metido en ella sin que yo hiciera nada…

—¡Oh! Aún no sabes lo que has hecho, Samantha —murmuré, mientras me frotaba las manos con deleite y de mi mente desaparecían todos los códigos de honor que me exigían que nunca me aprovechara de una situación como aquélla.

Y es que aquella exasperante joven conseguía que me olvidara de todo lo que no fuera ella misma...

CAPÍTULO 7

Como Samantha no quiso salir a ver lo que pasaba con esa exuberante pelirroja con la que Graham debía de haber acabado haciendo el amor en el sofá, se quitó el vestido y las molestas botas, que arrojó violentamente a un lado, mientras rebuscaba en los armarios de él algo de ropa de abrigo con la que acurrucarse en la cálida cama de la única habitación que al final de la noche dispondría de calefacción.

Al fin, tras rebuscar un poco, halló una sudadera gigante de una universidad y unos pantalones de deporte que le quedaban enormes. Luego se acurrucó en un lado del cálido lecho, sin poder evitar dar decenas de vueltas, mientras se preguntaba si aquella pelirroja era realmente el tipo de mujer que le gustaba a Graham y por qué.

Bueno, para determinar el porqué no tuvo que pensar mucho, ya que las exuberantes curvas de ella hablaban por sí solas. En cuanto a su tipo de mujer, después de su comportamiento de esa misma mañana con ella, dedujo que todas eran bienvenidas.

Sin entender por qué, se sintió molesta al concluir que había recibido las atenciones de ese sujeto únicamente porque era la que tenía más a mano, y se enfureció al pensar que no podía hacer nada por interrumpir su encuentro con la pelirroja, ya que ése no era su problema.

Mientras a su mente acudían mil y una formas de vengarse de él, y algún que otro malévolo pensamiento sobre la voluptuosa mujer que lo acompañaba en el sofá, Samantha se dio cuenta, espantada, de que seguramente aquello eran celos.

¿Cómo demonios podía tener celos de cualquier mujer que se relacionara con aquel irritante personaje, a no ser que Graham le interesara? ¡No! ¡Eso no podía ser verdad! Seguramente era el hecho de haber descubierto que él era su adorada Miss Dorothy lo que la tenía embrujada, y no aquel energúmeno que sólo sabía amargarle la vida desde que llegó a ese recóndito lugar de Escocia con la idea de que la esquiva autora a la que tanto admiraba terminara de una vez por todas su esperado último libro.

La sorpresa de hallar ante ella a un hombre de las características de Graham, que en nada se parecía a la dulce ancianita que a todos cautivaba en Nueva York, la dejó en estado de *shock*, y sin duda continuaba en ese estado si su mente había llegado a la extraña conclusión de que, en algún momento, él podía llegar a atraerla.

Samantha seguía cavilando sobre lo que sentía por el irritante pelirrojo, cuando lo oyó entrar en la habitación. O Graham era muy rápido o su cita, ante el panorama que se le presentaba, había huido.

Sonrió maliciosa ante esta última perspectiva y se acurrucó en su lado de la cama, donde, en la oscuridad de la noche, él no vería su cara satisfecha, y se deleitó con el placer de haberle arruinado los planes a Graham Johnson.

Oyó cómo se desvestía y pensó decirle que se pusiera algo de ropa antes de meterse en la cama, pero luego consideró que lo mejor que podía hacer era fingir que estaba dormida e ignorar a ese idiota durante toda la noche.

Para su desgracia, él no la ignoró en absoluto y Samantha sintió cómo pegaba su robusto cuerpo a su espalda, sin duda para mostrarle con su dura erección lo insatisfecho que se había quedado con la resolución de esa noche.

—Samantha, ¿estás despierta? —susurró sensualmente en su oído, mientras ella seguía intentando hacerse la dormida.

»Seguro que estás fingiendo que duermes para ignorarme...

«¿Cómo lo sabe?», pensó ella, acurrucada en el calentito lecho, sin prestar atención a las sandeces de ese sujeto.

—Sabes que es muy fácil averiguar cuándo una mujer está dormida o simplemente está fingiendo, ¿verdad? —comentó perversamente Graham, atrayéndola contra su pecho e introduciendo una mano por dentro de la sudadera, acariciando lentamente su piel—. Las mujeres dormidas no se ofenden cuando las tocas —reveló burlón, a la vez que le mordía pecaminosamente la oreja y rozaba con suavidad uno de sus pechos, poniendo fin a su pequeño teatro cuando ella no pudo evitar revolverse entre sus brazos para enfrentarse abiertamente a su descaro.

—¡No vuelvas a tocarme, esté dormida o no! —exigió, muy dispuesta a acabar con su hombría si osaba desobedecer sus advertencias.

Graham apartó las manos, mientras observaba sus furiosos ojos violeta, que bajo la luz de la luna, parecían más reprobadores que nunca.

—¿No crees que merezco una compensación por lo que me has hecho? —preguntó irónico, recordándole cómo había acabado su cita en cuanto ella había entrado por la puerta de su casa reclamando su cama.

—¿Que tú mereces una compensación? ¿Y yo qué? ¡Me has dejado en la gasolinera, abandonada como un perro! —le recordó Samantha, ultrajada por el recuerdo de lo sucedido.

—¡Oh, cielo, te resarciré como tú quieras! —ofreció Graham, tumbándola bajo su cuerpo y enfrentándose a sus temperamentales y preciosos ojos de aquel inusual color que tanto lo tentaba.

—¡Sólo quiero una cosa de ti y es que escribas ese maldito libro para poder así largarme lo más rápidamente posible de tu lado!

—Eso no va a poder ser. ¿Tienes alguna otra petición que sea un poco más razonable? —preguntó Graham, negándose a dejarla escapar de la prisión de sus brazos.

—Sí, ¡que te quites de encima y me dejes dormir! —exclamó Samantha furiosa.

—Vale… Dame un beso de buenas noches y lo haré —replicó él muy sinvergüenza, acercando sus tentadores labios a los de la atractiva mujer que había invadido su cama.

—¡No me jodas, Graham! —gritó Samantha, ofendida con sus insinuaciones.

—Eso lo haremos en otro momento. Ahora sólo quiero un beso.

—¡Me niego! —dijo ella, totalmente decidida, mientras apartaba su rostro hacia un lado.

—Bien. Entonces, ya que quieres ser escritora, descríbeme cómo sería un beso entre nosotros y te dejaré dormir sin importunar tus sueños.

—Un beso entre nosotros sólo sería una leve presión de nuestros labios, porque ni tú ni yo sentimos amor —declaró Samantha, más decidida que nunca a dejar de lado cualquier tentador pensamiento que pudiera tener respecto a ese hombre que no hacía otra cosa que atosigarla.

—Primera lección de todo escritor de novelas románticas: cualquier historia de amor puede empezar con un simple beso, porque los besos demuestran ternura… —aclaró Graham, besando con dulzura una de las manos, que intentaba alejarlo—, anhelo... —continuó explicando, mientras proseguía con un recorrido de tentadores besos a lo largo del cuello de Samantha, algo que la hizo estremecer y olvidarse de que estaba intentando resistirse a sus encantos—,

deseo… —añadió, besándole seductoramente un hombro, que quedaba expuesto bajo su holgada ropa, sin olvidarse de marcar levemente su piel con los dientes —, y pasión —finalizó, apropiándose al fin de la boca de ella, haciéndole imposible resistirse a sus besos, que jugaban una y otra vez con la dulzura de sus labios a la vez que la torturaban con sutiles mordiscos.

Cuando consiguió que por fin de su boca surgiera un placentero gemido, Graham probó su sabor con su traviesa lengua y le enseñó los extremos a los que podía llegar un simple beso, que ella tan rápidamente había descartado. Graham alzó el cuerpo de Samantha con sus fuertes manos hasta que estuvo pegada al suyo, haciendo evidente su deseo en ese tórrido momento que parecía no tener fin.

Ella, olvidándose de toda su prudencia, agarró entre sus delicadas manos los rojos cabellos de Graham y se perdió en la bruma que envolvía sus cuerpos, algo que nunca había creído que pudiera llegar a ser posible con ese sujeto. Pero por suerte, la realidad la golpeó cuando él finalizó su demostración apartándose de ella despacio, como si ese momento no hubiera sido más que un leve desahogo. Luego le deseó buenas noches con un último y sutil beso que apenas rozó sus labios y susurró junto a su boca antes de apartarse:

—Pero todos esos besos, sólo en alguna ocasión excepcional demuestran amor.

—Sí, pero ésos son los que nunca se olvidan... —declaró Samantha, decidida a no cambiar nunca su opinión sobre el amor.

Tras estas palabras, Graham esbozó una ladina sonrisa mientras la miraba, resignado a no saber nunca lo que pensaba. Y cumpliendo con su palabra, le dio la espalda en la enorme cama donde dos cuerpos se atraían irremediablemente hacia la locura de lo que podía empezar a llamarse deseo.

* * *

A la mañana siguiente me levanté algo confusa por lo ocurrido la noche anterior. En sólo tres días de conocer a aquel insufrible sujeto había conseguido que me atrajera y lo odiara por igual, y me pregunté cómo sacudiría mi mundo haber conocido a Miss Dorothy.

Finalmente, sin apenas darme cuenta, los días fueron pasando y, a pesar de mi insistencia, mis súplicas no parecían hacer mella en Graham, que estaba decidido a ignorarnos a mí y a mis motivos para haber hecho aquel maldito

viaje.

Cuando ya se cumplían dos semanas de mi estancia en la casa sin obtener ningún resultado respecto al ansiado manuscrito, me levanté una mañana resuelta a conseguir esa novela, que era la única oportunidad que tenía para llevar a cabo mi sueño de ser escritora. Para ello, decidí levantarme antes que él y hacer que se atragantara con un espléndido desayuno, que prepararía sólo para demostrarle que lo que le había preparado los días anteriores como almuerzo, el solomillo calcinado y servido en un bol de perro, y otras «delicias», eran un castigo que se tenía merecido.

Para mi desgracia, él se me adelantó, algo que no me extrañó en absoluto, después de pasarme buena parte de la noche en vela, recordando cada uno de los besos que Graham Johnson podía dar. Por lo visto, él llevaba levantado algunas horas, ya que yo me había apropiado de toda la cama y dormía a pierna suelta. Una cama que seguíamos compartiendo, porque él se negaba rotundamente a encender la calefacción en otra habitación que no fuera la suya, y aunque cada uno permanecía en un extremo del colchón, entre nosotros seguía presente la abrasadora pasión de aquel primer encuentro.

Cuando me aseguré de que no estaba esperándome en el pasillo para dedicarme alguno de sus ácidos comentarios, corrí hacia el baño con mi ropa y no tardé en saber que él aún estaba molesto conmigo, ya que el agua pasaba de manera intermitente de un calor abrasador a un frío intenso.

Salí un tanto mosqueada de la ducha y mi mal humor terminó de activarse cuando lo vi ante mí esbozando una de sus astutas sonrisas, mientras me servía un delicioso desayuno que tenía mucho mejor aspecto que cualquier cosa que yo fuese capaz de preparar. Para terminar de fastidiarme, no había tenido mejor idea que ponerse un delantal negro con unas chillonas letras rojas que decían: «Besa al cocinero». Todo ello, sin duda alguna, con la única intención de recordarme cada uno de los besos que me había robado aquella maldita noche de dos semanas atrás, que yo era incapaz de olvidar.

Me senté decidida a ignorarlo, en tanto que él, la mar de sonriente, servía aquel perfecto desayuno, mirándome con una de aquellas maliciosas sonrisas que siempre lo acompañaban. Mientras disfrutaba del delicioso y crujiente beicon, miré hacia todos lados para que mis ojos no se encontraran con los del hombre que había invadido mis sueños más íntimos sólo con la promesa de un beso.

Y así fue como vi el lugar donde ese indeseable había dejado mi preciado

manuscrito: en la papelera. ¡El muy cabrón había tenido la cara dura de prometerme que leería mi novela y me señalaría algunos fallos con rotulador, para luego depositarla en la papelera sin el menor remordimiento! ¡Seguro que ni siquiera se había tomado la molestia de pasar de la primera página antes de arrojar mi obra a la basura!

—¡¿Qué hace mi manuscrito en la papelera?! —grité airadamente, mientras recuperaba mi pertenencia de mayor valor.

—He encontrado un sitio bastante apropiado para él —comentó despreocupadamente degustando despacio su desayuno, sin apartar sus críticos ojos de mí tras tan tremendo insulto.

—¿Cómo te atreves a hacerme esto? ¡Seguro que ni siquiera has pasado de la primera página! —lo acusé, limpiando con delicadeza de mi libro los restos de basura que lo mancillaban.

—Lo he leído de principio a fin y, si te fijas detenidamente, te he señalado los fallos. Tal como te prometí.

Hojeé el manuscrito y me di cuenta de que el círculo rojo que rodeaba el título no era una mancha, sino la absurda respuesta de aquel hombre a mi arduo trabajo de toda una vida.

—Escríbela de nuevo, desde el principio. Es floja y aburrida, la historia no tiene coherencia y las escenas de sexo, si es que a eso se le puede dar el apelativo de sexo, son cansinas y cargantes. Vamos, que prefiero clavarme un tenedor en un ojo antes que volver a leer algo como eso. El primer capítulo tan sólo describe un puñetero paisaje… ¿para qué coño quieres diez páginas para hablar hasta de las motitas de color de los ojos del pájaro del vecino de tu protagonista?

—¡Pues las editoriales a las que lo envié no me lo rechazaron tan rudamente como tú! —me enfrenté a él, muy indignada con su opinión, mientras abrazaba con fuerza el libro contra mi pecho.

—A ver si adivino lo que te contestaron: «Querida señorita White, aunque su obra es bastante original e interesante, no es lo que estamos buscando en estos momentos. Gracias por pensar en nosotros y blablablá…» y demás mierda de despedida —recitó Graham, acertando casi palabra por palabra el mensaje que en efecto había recibido varias veces a lo largo de mi vida—. Cariño, te presento el mensaje estándar de cualquier editorial a la hora de deshacerse de alguien. No

serás la primera escritora que lo recibe, ni tampoco la última —finalizó tan despreocupadamente como siempre, sin importarle lo más mínimo mis sentimientos.

—¿Por qué tienes que ser tan cabrón? —pregunté irritada, mientras lágrimas de frustración y dolor asomaban a mis ojos.

—Intento que veas la realidad de este mundo que te has imaginado como un lecho de rosas —respondió Graham, secando las lágrimas que comenzaban a rodar por mis mejillas—. ¿Cuántas veces crees que recibí ese mensaje antes de aprendérmelo de memoria? ¿Cuánto crees que vendería si todos supieran quién es en realidad esa ancianita tan bondadosa a la que idolatran? Estar en el lugar indicado en el momento preciso sólo es cuestión de suerte y mientras ese instante llega, lo único que puedes hacer es seguir escribiendo para tratar de mejorar tu obra.

—¿Es eso lo que haces mientras te escondes de la fama? —señalé airadamente, un tanto resentida por la sinceridad de sus palabras, a la vez que sacaba de mi bolso uno de sus libros de intriga, que le había comprado a Payton para ver otra de las caras de ese escritor.

—¡Vaya, éste no lo recordaba! —dejó caer él despectivamente cogiéndolo de mis manos y dedicándomelo con el mismo rotulador rojo con el que había osado insultarme.

Le arranqué con violencia el libro de las manos cuando me lo tendió como si de una ofrenda de paz se tratase y, llegando a mi límite por toda aquella absurda situación, grité una estúpida amenaza que finalmente pareció hacer mella en él y que podría obligarlo a hacer lo que yo deseaba.

—¡Si no escribes hoy, aunque sólo sean unas líneas de tu libro como Miss Dorothy, llamaré a Payton para revelarle la otra cara de su querido escritor! ¡A ver si tienes lo que hay que tener para evitar que la lengua de ese hombrecillo proclame a los cuatro vientos quién es en verdad el autor al que representa!

—¿Y qué pasa con el contrato de confidencialidad que firmaste con Natalie?

—¡Ahí está el quid de la cuestión: con las prisas de ella para que viniera a buscarte, aún no he firmado ninguno! Yo no formo parte de la editorial, así que sólo mi buena fe te mantiene apartado del mundo, algo que, después de esto, ha comenzado a tambalearse. —Sonreí irónica mientras le mostraba mi manuscrito.

Y al fin pude ver, gratamente satisfecha, cómo se cumplía mi pequeña venganza cuando él entró en su despacho maldiciendo mi nombre, pero decidido

a darme algo para que guardara silencio.

Me mantuve unas horas alejada de él, leyendo uno de sus libros de intriga, que, aunque no me atraía tanto como los de Miss Dorothy, también enganchaba al lector a su manera.

Intenté no mirar la dedicatoria que me había escrito Graham en él, ya que seguro que sería algo grosero que me haría enfurecer, pero finalmente, tras otra media hora, no lo pude evitar y me dispuse a leerla. Conociéndolo como ya lo conocía, sería un mensaje destinado sólo a mí.

Creía saberlo todo de aquel hombre que a primera vista era muy simple, pero en realidad todavía no lo conocía lo suficiente: su mensaje me sorprendió a la vez que me hizo reflexionar sobre sus consejos, ya que en las palabras que me había dedicado hallé un atisbo de mi adorada Miss Dorothy, a la que tanto admiraba:

Todos los escritores creemos que nuestras obras son las mejores. Por desgracia, siempre habrá alguien en esta vida que sea mejor que nosotros. Pero no lo dejes: solamente rehazte…

Ésas eran las sabias palabras que siempre llegaban al corazón de las personas cuando leían algo de Miss Dorothy.

Posdata: practica más sexo. Las escenas de amor son malísimas. Yo me ofrezco voluntario para enseñarte.

Y ése, sin duda, no era otro que el grosero Graham Johnson, al que siempre tendría ganas de patear en la entrepierna.

Como sus palabras no me habían hundido en la miseria como yo esperaba, decidí llevarle un tentempié como ofrenda de paz y tal vez escuchar alguno de los consejos de un hombre que tenía mucha más experiencia que yo en ese mundo que no era tan maravilloso y de color de rosa como yo había imaginado.

Entreabrí la puerta despacio, dispuesta a no molestar a un escritor en mitad de su proceso creativo, y entonces vi que lo único que estaba haciendo era jugar online con algunos de sus amigos, que tenían estúpidos nicks como *Rompebragas, Eskila-ojetes o Manco_amasno_ poder35*. Para no quedarse atrás, Graham se había apodado *Dios*.

El juego era una simulación de guerra en la que uno se dedicaba a masacrar al vecino y a hacerse con todas sus armas hasta ser el único que quedaba en pie. Como todos los hombres obsesionados con sus maquinitas, Graham tenía en su estudio una gran pantalla plana desde donde seguía atentamente los movimientos de sus compañeros de juego. Un mando inalámbrico que no cesaba de mover y unos auriculares con micrófono a través de los que conversaba con sus amigos o enemigos, a saber lo que eran en esos momentos, completaban su equipamiento.

Después de adentrarme silenciosamente en el estudio, de hacerme con el mando del televisor y de colocarme en un punto muerto donde Graham no me viera, estaba más que dispuesta a esperar el momento adecuado para apagar la televisión, justamente en la parte decisiva de la partida, cuando de sus labios salieron unas palabras que me hicieron desistir de mi maldad.

—Sí, Stephen, ya te he dicho que esa mujer me vuelve loco. Es insoportable, pero gracias a ella he podido terminar un capítulo de mi novela. Tal vez debería agradecérselo llevándola a cenar o algo así… Sí, esta vez prometo no dejarla abandonada en la carretera. A pesar de todo, Samantha se ha convertido hoy en mi musa.

Tras oír estas palabras, me acerqué emocionada al ordenador, donde el archivo en el que había estado trabajando Graham aún permanecía abierto. Y sin que él se percatara de mi presencia, decidí echarle una ojeada a su nueva novela de amor, preguntándome qué personaje de esa historia sería yo. Después de todo, nunca había sido la musa de nadie. Eso realmente me conmovió… hasta que empecé a leer el capítulo de ese libro que, sin ningún género de duda, no pertenecía a Miss Dorothy, sino al burdo y patán Graham Johnson.

Un capítulo en el que se deshacían de una forma bastante violenta de una mujer con mis características, sólo para que su paranoico marido volviera a estar solo y pudiera recuperar su querido y solitario hogar... No sentí ni un atisbo de remordimiento cuando, justo antes de que Graham consiguiera deshacerse del último rival, apagué la televisión privándolo de su victoria.

Gritó frustrado mientras golpeaba el mando con violencia, creyéndolo culpable de la pérdida de su memorable partida, a la vez que maldecía una y otra vez a sus compañeros, que por lo visto estaban saqueando su cadáver en ese estúpido simulacro de combate.

Cuando se dignó volverse y se percató de mi presencia, yo le señalé con el mando del televisor su escritorio, y, bastante molesta, le ordené volver inmediatamente al trabajo.

—¡Tú! ¡A escribir! —decreté impertinente.

Y tras observar cómo me dirigía una fulminante mirada, visiblemente enfadado, especifiqué:

—¡Y nada de novelas criminales por hoy! Escribe algo romántico, ¡y por el amor de Dios, nunca más vuelvas a utilizarme como tu musa! —exigí. Algo totalmente inútil, porque cuando devoró mi cuerpo con una de sus miradas, esta vez llena de deseo, supe que volvería a ser la protagonista de una de sus novelas.

Mientras le confiscaba la consola de juegos, decidida a apartarlo de cualquier situación que pudiera distraerlo, me pregunté por qué me inquietaba más que pensara en mí para inspirarle una escena de sexo que para una de asesinato. Y, finalmente, cuando estuve lejos de él, mi alarmada mente me confirmó mis más temidas sospechas: todo se debía a que las apasionadas escenas de sexo que Graham escribiría conmigo como inspiración, cada día que pasaba estaban más cerca de convertirse en realidad.

* * *

Samantha decidió dejarle un poco más de tiempo a aquel autor que se empecinaba en hacer el vago en lugar de escribir, antes de decidirse a irrumpir nuevamente en su estudio y reclamarle una vez más un capítulo de su dichosa novela. Mientras esperaba a que la imaginación de él se activara, preparó un nutritivo almuerzo para que recuperase fuerzas y para demostrarle que en realidad sí sabía cocinar.

Después de colocarlo todo en una bandeja, se dirigió hacia el estudio donde, sorprendida, encontró a Graham atareado, moviendo ágilmente los dedos sobre el teclado del ordenador. Sonrió complacida, sintiéndose orgullosa de haber sido la primera persona en conseguir que Miss Dorothy volviera a dedicarle unas palabras al mundo.

Dejó en silencio la bandeja a su lado y curioseó por encima de su hombro las primeras palabras de aquella maravillosa obra de la literatura romántica:

¡¡¡TÚ NO SABES UNA PUTA MIERDA DE FÚTBOL!!!

Eso era lo que había escrito, con unas llamativas letras mayúsculas, el irracional autor que todo ese tiempo no había hecho otra cosa que discutir con unos forofos del Arsenal sobre el último partido de éstos. Cuando al fin Graham se percató de la presencia de Samantha, miró su irritado rostro, y, sin importarle demasiado su descontento, comentó:

—¿Qué? No estoy escribiendo ninguna novela de crímenes...

—¡Pero tampoco una romántica! —exclamó ella, de nuevo molesta con su reticencia—. ¿Eso es lo que has estado haciendo hasta ahora? —le recriminó, dispuesta a tirar su almuerzo a la basura si eso era cierto.

—No. Finalmente he hecho lo que tú querías y he escrito una escena para la dichosa novela. Lo único que ocurre es que tengo que pasarla a limpio y decidir dónde introducirla —explicó Graham, mostrándole unos papeles escritos a mano que se hallaban junto al ordenador.

—Bueno, ¿por qué no me lo lees? —preguntó Samantha, un tanto escéptica ante la veracidad de ese hecho.

—Siéntate en mi regazo y lo haré —propuso atrevidamente el ladino escritor.

—¡Por nada del mundo pienso sentarme en tu regazo, Graham! —replicó Samantha, ofendida, reprendiéndolo por su lascivo comportamiento con una mirada.

—Vale, entonces lo tiraré a la basura... —dijo él despreocupadamente, empezando a arrugar los papeles.

—¡No! —gritó Samantha, alarmada, viendo cómo lo poco que había conseguido de ese hombre se podía perder por culpa de un simple capricho—. ¡Está bien! Me sentaré en tu regazo, ¡pero como intentes algo, te corto ese órgano que utilizas demasiado y que tú y yo sabemos que no es tu cerebro!

—¿Y por qué no llegamos a un término medio y me cortas las manos? —preguntó burlón el consentido escritor, alejándose del escritorio para que ella pudiera cumplir su palabra.

—Porque escribiendo eres demasiado bueno para tu bien —comentó Samantha, resignada a atender sus caprichos.

—Bueno, empecemos —dijo Graham serio, despistando por unos instantes a la mujer que se sentaba rígidamente sobre él y que se negaba a relajar ni un músculo de su cuerpo mientras estuviera en esa comprometida situación.

—Esto es lo que he escrito hasta ahora… —añadió Graham antes de comenzar su lectura.

»«Cuando él consiguió que ella al fin se sentara en su regazo, logró convencer al rígido cuerpo de su reticente amante de que se recostara sobre él, susurrando en sus oídos el pecaminoso relato de una escena de amor» —leyó

sensualmente al oído de Samantha el principio de su historia. Lo que sólo consiguió que la rigidez de ella aumentara y que se alejara de él echándose hacia delante para evitar su contacto, a la vez que apoyaba las manos en el escritorio.

»«Al principio, sus insinuaciones sólo consiguieron alejarla de él» —siguió susurrando Graham, mientras apoyaba su pecho contra la erguida espalda de ella, a la vez que enlazaba sus fuertes manos con las suyas para que no pudiera escapar.

»«Pero cuando él le confesó, muy excitado, los pecaminosos deseos que rondaban su mente mientras ella no podía escapar de sus palabras, la mujer que permanecía atrapada entre sus brazos comenzó a excitarse.»

—¡Eso no pasará nunca! —protestó Samantha, mientras se empezaba a ruborizar por sus atrevidas palabras, que, aunque intentara negarlo, comenzaban a encender su deseo.

—¡Chisss…! Que estoy leyendo... —la reprendió Graham, demasiado cerca de su oído—. «Ella quiso protestar, pero él, hábilmente, acalló cada una de sus palabras. Y mientras sus manos estaban atrapadas con fuerza contra la mesa, él recorrió su dulce y delicado cuello con suaves y tentadores besos» —siguió leyendo su sensual historia, con los labios tan cerca del cuello de Samantha que era como si cada palabra fuera una sutil caricia.

Ella intentó apartarse del escritorio para escapar de aquel hombre que estaba consiguiendo que empezara a excitarse con ese extraño relato que tanto se parecía a la realidad, pero Graham apretó sus manos con fuerza y no se lo permitió. Luego, simplemente continuó leyendo su historia de la misma atrevida manera, exigiéndole su atención:

—«El deseo de ambos estaba presente desde el primer momento en que sus miradas se encontraron en una desolada carretera, y despertó a la realidad en el instante en que sus cuerpos compartieron las cálidas caricias de un sueño lleno de pasión que siempre los perseguiría hasta que éste se hiciera realidad. Él…»

—¡Basta, Graham! ¡No quiero saber más de esa estúpida historia! ¡Haz lo que quieras con ella! —protestó Samantha, intentando alejarse nuevamente de las palabras de ese hombre.

—No —se negó él con firmeza, cogiendo con una de sus manos la barbilla de ella para hacer que se enfrentase a su mirada llena de deseo, mientras con la otra mano le impedía marcharse—. Porque esta historia no ha hecho más que comenzar —declaró, tomando los labios de Samantha en un apasionado beso que exigía respuesta.

Graham devoró su boca sin darle tiempo a pensar en lo que estaba haciendo. Jugó con sus tentadores labios y saboreó su dulce objeción. Ella intentó resistirse, pero muy pronto se rindió a lo inevitable, ya que esa irresistible pasión que ahora se manifestaba había estado presente entre los dos cada una de las noches que habían dormido el uno junto al otro en la inmensa cama, y en cada uno de sus sueños, donde sus deseos se volvían realidad. Finalmente, Samantha igualó la pasión de sus besos, y cuando la lengua de ella buscó la suya, Graham no tuvo dudas de que entre ellos las palabras habían finalizado.

Graham se recostó contra la silla, mientras la atrevida mano que permanecía en la cintura de Samantha la empujaba contra su duro cuerpo, haciendo que su trasero notara su evidente erección.

Esa mano bajó por la cintura de ella, en un recorrido de dulces caricias, hasta llegar a la cintura de sus pantalones. Jugueteó con el cierre de éstos hasta conseguir que se retorciera en su regazo, avivando su erección, y cuando al fin su mano se introdujo dentro de sus braguitas buscando su húmedo interior, Samantha gimió buscando el placer que sus dedos le prodigaban.

La mano que hasta entonces acariciaba el rostro de ella, la guio hasta hacerle recostar la cabeza contra el ancho pecho de él. Luego trazó un camino de ardientes caricias con el leve roce de la yema de sus dedos, desde el cuello hasta la atrayente curva de los pechos.

El jersey que Samantha llevaba se abría por delante, por lo que Graham sólo tuvo que desabrochar los botones para poder ver su hermosa ropa interior. Luego, simplemente se libró de ella bajándole con brusquedad el sujetador.

Mientras pellizcaba los rosados pezones, la hizo gritar en el preciso instante en que uno de sus dedos se hundió en su interior, a la vez que las caricias en sus senos se volvían más atrevidas y sus labios besaban lánguidamente su cuello haciéndola estremecer.

Samantha al fin se rindió al placer que su cuerpo reclamaba y alzó las manos cogiéndose con fuerza del cuello de Graham, mientras se movía audazmente sobre su regazo. Él incrementó el placer de sus caricias cuando otro de sus dedos invadió su húmedo interior. Y sin dejar de acariciar hábilmente el clítoris de Samantha, hizo que ella se abandonara a la dicha que su cuerpo buscaba y gritó mientras se convulsionaba, llena de goce, llegando al éxtasis.

Graham no dio tiempo a que ni un solo pensamiento se interpusiera entre ellos: la levantó bruscamente de su regazo y, haciendo que Samantha se

doblegara ante sus deseos y que apoyara las manos en el duro escritorio, se deshizo deprisa de los pantalones y de las delicadas braguitas que tanto le estorbaban.

Mientras sus temblorosas piernas sostenían a Samantha en esa vergonzosa postura, Graham le besó la nuca y la delicada espalda, haciéndola estremecerse de placer. Fue entonces cuando una de sus fuertes manos se entrelazó nuevamente con la suya, poco antes de que su duro miembro penetrara en ella con una ruda embestida.

Sus cuerpos se movieron al compás del goce que ambos buscaban.

Ella lo reclamó, exigiéndole más, y él aceleró sus embates buscando su propia liberación. En el instante en que Samantha volvió a gritar su nombre, presa del orgasmo, Graham se derramó en su interior, hallando el alivio que su miembro tanto le había reclamado desde que la había conocido en aquella desolada carretera.

Cuando Samantha se derrumbó un tanto abatida sobre el escritorio, Graham sonrió, mientras, sin salir de ella, la arrastraba a una postura más cómoda en su silla.

—Y a esto, cielo, se le llama sexo. Ahora ya puedes escribir en condiciones una escena de este tipo —bromeó, devolviéndola a la realidad de lo que había hecho.

Samantha se quedó helada ante esas palabras.

—¡Suéltame! —exigió, sintiéndose utilizada por un desaprensivo que, sin duda alguna, no tenía corazón.

Graham apartó las manos y dejó que se alejara de él para vestirse. Luego se levantó de su silla y caminando hacia ella como si el mundo le perteneciera, le tendió los papeles de la calenturienta historia, que habían arrugado en la pasión del momento. Ella no pudo resistirse a cogerlos, porque estaban escritos por una persona a la que admiraba.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Graham, creyéndose vencedor en esos momentos.

—¡Cuando termines tu historia! —replicó ella, enfrentándose a la sonrisa con la que su rival celebraba su victoria, demostrándole que ésta no era tal.

—¡Vamos, Samantha! Tú y yo sabemos que no aguantarás aquí tanto tiempo... Vete ahora, antes de que esto se complique y salgas lastimada. En verdad no quiero que acabes llorando, pero eso es lo que pasará si te relacionas

con un cabrón como yo... —le advirtió Graham mientras se arreglaba despreocupadamente la ropa.

—¡No me vas a echar de aquí hasta que tenga esa historia en mis manos! Y no voy a llorar porque sé separar perfectamente las apasionadas palabras de Miss Dorothy de las del cabronazo de Graham Johnson. Y quien me ha seducido y hecho gritar de placer ha sido mi adorada Miss Dorothy —aclaró ella, sonriendo complacida al ver la expresión molesta de él ante sus frías palabras, que, indudablemente, habían dañado su varonil orgullo.

—¡Miss Dorothy y yo somos la misma jodida persona! —rugió furioso Graham, sintiéndose ofendido.

—Qué pena que muy pocos lo sepan, ¿verdad? —preguntó ella irónica, mientras trataba el arrugado papel que sujetaba entre sus manos como si de una reliquia se tratase—. De todas formas, me siento más orgullosa de haberme acostado con Miss Dorothy que de haberlo hecho con un hombre como tú —añadió antes de marcharse dignamente de la habitación, con parte del primer capítulo de la nueva obra, dejando el orgullo de aquel hombre por los suelos.

Graham intentó ignorar a la intrusa que acosaba su mente sin cesar y en tres grandes zancadas se acercó de nuevo a su escritorio y se sentó ante éste, decidido a borrar de su mente todo lo que había pasado sobre él hacía unos pocos minutos. Abrió el archivo de la novela de intriga en la que estaba trabajando.

Después de más de media hora de observar la misma página en blanco, golpeó con fuerza el teclado de su ordenador con sus puños mientras gritaba furioso su enfado hacia la mujer que más odiaba en la vida y de la que aún no podía librarse.

—¡Maldita Miss Dorothy!

Después de expresar su frustración, volvió a divagar sobre por qué la mujer que más lo conocía y a la que más deseaba en esos momentos había preferido una parte de su persona que sólo era una vaga ilusión, un invento, en vez de al verdadero Graham Johnson.

La respuesta era muy simple: él era un cabronazo, algo que no le había importado hasta el momento, pero que ahora sí empezaba a molestarle, después de que la joven que había gritado su nombre en medio del éxtasis prefiriera a una adorable ancianita a la que por lo visto todos adoraban.

¡Qué pena para todos que Miss Dorothy nunca hubiese existido!

CAPÍTULO 8

Avergonzada, me escondí en el único lugar de aquella casa donde Graham nunca entraría, en el garaje, ya que él no sabía una mierda de mecánica, lo que se demostraba con la batería que había comprado para su coche: la peor del mercado.

Habituada a mantener las manos ocupadas en algo mientras mi mente divagaba, me cambié de ropa y empecé a reconstruir el coche de Graham, sin dejar de querer golpearme la cabeza una y mil veces contra el capó cuando estuviera colocado en su sitio, por lo estúpida que había sido al caer en los brazos de aquel seductor hijo de…

¿Cómo narices había podido dejarme embaucar por unas palabras que había creado sólo para manejarme a su antojo? Ese hombre era lo peor, y cuando hablaba con él nunca sabía si saldría a relucir esa parte tierna que conquistaba a todos o la otra, la ruda, que me hacía desear patearle las pelotas.

El sexo había sido maravilloso. Había tenido varios orgasmos y mis piernas habían acabado tan temblorosas como las de las protagonistas de aquellas fantásticas novelas de amor. La única pega era que no había significado nada, ya que aquel tipo no me amaba, y lo peor de todo era que yo empezaba a sentir algo por él, algo que me confundía y me desorientaba, algo que no sabía cómo definir, ya que me negaba rotundamente a creer que ese complicado sentimiento que me atormentaba fuese amor…

Deseo, pasión, tal vez locura transitoria, pero definitivamente, nunca sería amor. Yo sería una estúpida si acababa enamorada de un sujeto como ése, aunque, de hecho, ya era una completa idiota por haber acabado acostándome con él. Graham se había aprovechado de mí, me había utilizado vilmente sólo para que escuchara su advertencia y para que me rindiera de una vez y desistiera en mi insistencia para hacerle acabar su trabajo.

La rabia acumulada por lo ocurrido me sirvió de mucho a la hora de apretar con fuerza las piezas del coche, que en ocasiones se me resistían. No sabía cómo tratar con Graham a partir de ese momento. ¿Debía esconderme cada vez que

nuestras miradas se encontraran y rememorásemos ese tórrido momento? ¿O debía pegarle un puñetazo cada vez que recordara cómo me había engañado para que cayera en sus brazos?

Si hacía lo primero, sólo lograría que él sonriera satisfecho, y como no tenía demasiada fuerza para pegarle una paliza en condiciones, y golpearlo con la llave inglesa repetidamente en la cabeza tal vez se considerara asesinato, me lo tomé con calma. Catalogué ese momento en mi mente como un hecho aislado que no volvería a pasar y decidí hacer lo que seguramente más le molestaría a Graham: ignorar cada una de sus acciones como si de un niño malcriado se tratase.

Después de descansar unos minutos de mi arduo trabajo, bebí un gran trago de la botella de agua que me había llevado al garaje, y, tras limpiarme las manos, leí el apasionante primer capítulo de la última novela de Miss Dorothy.

Tras terminar las primeras líneas, las mismas que Graham tan apasionadamente había susurrado en mi oído, proseguí, muy interesada, con la descripción de aquella intensa escena llena de deseo. Y me quedé asombrada al leer que los protagonistas hacían el amor justo de la misma forma en la que Graham me había tomado en su despacho.

Las únicas diferencias entre ellos y nosotros eran que en su caso sentían algo el uno por el otro, y que el protagonista masculino de esa escena no era un cabrón consumado que jamás en su vida diría una sola de las bonitas palabras que el hombre confesaba a su pareja, entregándole su corazón. Más que nada porque Graham Johnson no tenía corazón.

Una vez más me sorprendí de cómo alguien como él era capaz de escribir como los ángeles, cuando en verdad era el mismísimo diablo. Lo maldije unas cuantas veces antes de terminar mi trabajo en el garaje por ese día y de dirigirme hacia la cocina en busca de un tardío almuerzo del que disfrutaría yo sola, ya que no estaba dispuesta a volver a verle la cara a ese indeseable en lo que quedara de día.

Cuando salía de la cocina con un sándwich de pollo frío en las manos, decidida a volver a mi tarea, oí una conversación de negocios que estaba teniendo lugar en el salón entre Graham y su molesto editor, que por lo visto, no paraba de atosigarlo.

Entreabrí la puerta de la estancia y escuché ese diálogo que, a juzgar por sus secas contestaciones, estaba sacando a Graham de sus casillas. Y me regodeé al saber que no era la única con problemas a la hora de pretender ser escuchada

en el mundo de la literatura, ya que mientras Miss Dorothy era adorada en todas partes, Graham Johnson apenas era conocido como un pequeño y modesto escritor.

—Graham, las ventas no van demasiado bien. Es que las novelas de intriga ahora mismo no están en auge… ¿Por qué no cambias a otro tipo de género donde puedas ser más leído? ¡Como los libros de pilates, por ejemplo! ¿Sabes algo de eso? ¡Últimamente están muy cotizados! ¿Por qué no cambias tu estilo y escribes uno de pilates? ¡Ya he conseguido colocar en dos grandes plataformas de venta a dos de mis autores que escriben sobre ello! Si tú…

—¡Por enésima vez en lo que va de día, Payton: no pienso escribir un maldito libro de pilates! —rugió furioso Graham, mientras yo contenía a duras penas la risa para no ser descubierta—. ¡Si ése era el mensaje tan importante que tenías que darme, ya puedes ir saliendo por la puerta! —añadió fríamente, señalándole la salida al pobre Payton.

—No, no era ése… Como estaba convencido de que tu respuesta sería justo ésta, vengo para decirte que… ¡te he programado una semana de gira a distintos lugares de los alrededores para firmar, presentar y promocionar tus libros! —reveló el editor, emocionado ante esta idea, mientras Graham sólo dejaba salir de su boca el humo de su cigarrillo.

—Sí, ya recuerdo tus ferias y promociones de mis otros libros... ¡Me niego! —dijo al fin, algo que no llegué a comprender, ya que aquel estrafalario hombrecillo que era Payton parecía poner todo su empeño en sacar a Graham a la luz como un nuevo escritor.

—¡Vamos Graham! Según tu contrato no puedes negarte a aparecer en algunos actos promocionales, a no ser que coincidan con tu trabajo, estés enfermo o tengas algún problema personal de gran relevancia —le recordó Payton, creyendo que esa vez tenía las de ganar.

—Sí, y también, según mi contrato, hace tiempo que debería haber cobrado y recibido los informes de las ventas de mis novelas, lo cual aún no ha pasado —replicó bruscamente Graham, apagando con furia su cigarrillo y señalándole una vez más la salida a Payton.

—Ha habido unos pequeños retrasos en la empresa y…

—¿De cuatro años? —preguntó él irónicamente, cortando con ello las protestas del otro.

—¡Vamos, Graham, no me hagas esto! ¡Que ya está todo programado! —suplicó Payton, al que sólo le faltó ponerse de rodillas.

—Adiós, Payton, tengo un esguince en una uña del pie, así que creo que no podré asistir a ninguno de esos actos —lo cortó Graham tajante, abriendo la puerta de su casa y mostrándole la calle a su pobre editor.

—¡Ojalá fueras más racional! ¡Por una vez en la vida, me gustaría representar a una escritora tan amable y bondadosa como Miss Dorothy, por ejemplo! —dijo el editor, sabiendo que nunca podría hacer entrar en razón a aquel obtuso sujeto.

Tal vez, si no hubiera estado escondida, le habría podido advertir a Payton de que aquél no era el mejor momento para pronunciar ese nombre, pero para ser sincera, prefería continuar escondida para ver lo que pasaba, mientras esbozaba una sonrisa cada vez más satisfecha ante la divertida situación.

—¡Fuera! —gritó airadamente Graham, y por un momento creí que iba a coger al hombrecillo y arrojarlo fuera. Gracias a Dios, Payton entendió que razonar con ese sujeto era imposible, y finalmente desistió, marchándose de casa de Graham para dejarlo a solas con su mal humor.

Cundo la visita hubo concluido, no pude resistir ni un segundo más y mis estruendosas carcajadas resonaron por toda la casa. Graham no tardó mucho en descubrir mi escondite y, después de abrir la puerta, me recibió con una de sus miradas enfadadas que tanto intimidaban a otros, pero que sobre mí no tenían ya el menor efecto.

—Por lo visto, Payton también prefiere a Miss Dorothy —dije entre risas que no podía parar a pesar de que él me miraba bastante irritado.

Después de mis palabras, simplemente cerró con rabia los puños a los costados y se dirigió hacia su estudio. Mientras se alejaba, me pareció oír que murmuraba una y otra vez: «¡Maldita Miss Dorothy!», algo ante lo que no pude evitar reírme de nuevo, porque sólo Graham Johnson podía ser tan irracional como para tener celos de sí mismo.

* * *

Graham permaneció todo el día encerrado en su estudio en busca de inspiración, algo que en esos momentos lo esquivaba. Y especialmente mientras trataba de evitar las múltiples y acosadoras llamadas de su insistente editor, que no cesaba en su empeño de hacerle cambiar de opinión.

Después de horas de escuchar el obstinado timbre del teléfono de su hogar sonando una y otra vez, Graham lo descolgó y disfrutó de la paz del silencio que lo envolvía. Hasta que fue su teléfono móvil el que comenzó a molestar, así que lo metió en un cajón antes de salir airadamente de su estudio en busca de las llaves del coche de Samantha, que por lo menos no lo incordiaba tanto como su tozudo editor.

Mientras jugaba con las llaves que ella había dejado junto a la entrada, Graham la miró tumbada plácidamente en el sofá, ensimismada en la lectura de uno de sus libros.

—¿Adónde vas con las llaves de mi coche? —preguntó Samantha, preocupada por lo que pudiera hacer con un vehículo de alquiler que era su responsabilidad.

—A escapar de Payton antes de que aparezca por esa puerta y me amargue el día —aclaró Graham, sin pararse ni un minuto en su huida.

—¡Voy contigo! —dijo apresuradamente Samantha, mientras se ponía deprisa los zapatos para seguir los acelerados pasos de él hacia la salida.

—No te he invitado a venir —soltó Graham, molesto, queriendo deshacerse de todo incordio posible en esos momentos en los que quería estar solo.

—Yo tampoco te he prestado mi coche —le recordó ella, reclamando sus llaves.

—¡Pero sí que te has divertido desmontando el mío! —le reprochó Graham, aún molesto por la terrible ofensa a su automóvil.

—No te quejes tanto, que te lo estoy montando de nuevo. Incluso te haré una puesta a punto gratis, sólo por lo agradable que eres... —ironizó Samantha, a lo que Graham respondió con un simple gruñido.

—No hables, no me molestes y, sobre todo, no te metas en mis asuntos. Hoy sólo quiero disfrutar de un día tranquilo —cedió al final el obtuso escritor, abriéndole amablemente la puerta del copiloto, resignado a llevarla consigo antes de que Payton apareciera de nuevo para incordiarlo.

Si Samantha creyó que Graham utilizaría esos instantes a solas para impresionarla, o incluso para seducirla e intentar repetir los apasionados momentos de esa mañana en su estudio, no podía estar más equivocada: Graham la llevó a uno de aquellos escandalosos bares de deportes con pantallas gigantescas para mostrar hasta el más mínimo detalle de las jugadas.

Las mesas y la barra estaban repletas de hombres vestidos con las camisetas de sus equipos, y no cesaban de animar a sus jugadores y de abuchear o insultar

a los del equipo rival, según el humor que tuvieran y el número de cervezas que llevaran encima.

Tanto las mesas como la barra estaban pegajosas por las bebidas que se derramaban constantemente sobre ellas cuando alguno de los presentes se sorprendía o molestaba por una jugada. La gente se agolpaba observando en todo momento el interesante partido, y las cancioncillas de ánimo o las rimas pegadizas inventadas por algún forofo no cesaban de sonar.

Graham encontró un sitio vacío lejos de la barra, apenas presentable. Colocó a Samantha en un rincón, puso una cerveza frente a ella y en toda la tarde no apartó los ojos del partido de fútbol o de su bebida. En ningún momento salió una sola palabra de su boca que no fuera un insulto, una maldición o una celebración por una repentina jugada que acabara en gol... Tras los noventa minutos de rigor, más los cuatro de descuento, Graham se dignó a dedicarle al fin unas palabras, que no fueron en absoluto las que cabía esperar cuando una mujer acompaña a un hombre. Aunque, tratándose de Graham Johnson, no fueron para nada una sorpresa.

—Esta vez pagas tú, ¿no? —dijo, pasándole la cuenta.

—Hasta que no termines ese libro, Natalie no me abonará ni un centavo. Así que lo siento, pero no puedo pagar ninguno de tus caprichos —se escaqueó ella, devolviéndole la nota.

—¡Duncan, apunta a mi pareja! ¡Se llama Samantha! —gritó Graham, haciéndose oír entre el ruido del gentío moviendo en el aire su factura.

El hombre que estaba tras la barra pareció oírlo, porque afirmó con la cabeza e hizo un gesto de conformidad con su pulgar. Samantha quedó asombrada ante ese raro gesto, pero Graham no tardó en explicarle qué era y para qué era precisa su intervención.

—Bien, entonces lo haremos de esta manera: Duncan, el dueño de este pub, celebra un concurso cada vez que gana el Arsenal. En él participan sus clientes y el que gana se libra de pagar —la informó Graham con una maliciosa sonrisa, algo que hizo sospechar a Samantha sobre qué tipo de concursos se realizarían en aquel local.

—¿De qué van esos concursos? —preguntó, sospechando de sus intenciones.

—De cosas variadas: algunas veces son concursos de comer, otras veces de beber, de eructos, de pulsos… No tengo ni idea de qué va el de hoy. Sólo sé que como tú no has pagado nada hasta ahora, te toca intentarlo —explicó Graham,

dándole una camiseta blanca con el logotipo del bar.

—¿Para qué es esto? —preguntó Samantha, un tanto confusa.

—Te la tienes que poner para poder participar. Te aconsejo que no lleves nada debajo por si tienes que ensuciarte con una guerra de globos llenos de pintura o algo así —respondió él despreocupadamente mientras le señalaba el baño de señoras.

A pesar de que Samantha no dejó de recelar de sus intenciones en todo momento, le pareció injusto no haber podido pagarse ninguno de sus gastos hasta ese momento, así que finalmente se quitó el grueso jersey de lana y se puso aquella ancha camiseta blanca. Observó que no se transparentaba ni se pegaba a su cuerpo. Menos mal, porque con las prisas había olvidado ponerse sujetador, algo que con unos senos pequeños apenas necesitaba.

Cuando salió del baño, le tiró su jersey a Graham, dispuesta a ganar el concurso para hacerle saber lo mucho que valía. Cuando dijeron su nombre, subió a un pequeño escenario desde donde todos los asistentes podían ver bien a los participantes del estúpido juego de ese día. Se extrañó al ver que los rivales que compartían el escenario con ella eran sólo mujeres, la mayoría muy bien dotadas, por lo que las camisetas les quedaban demasiado ceñidas, no como a ella. Seguramente el dueño del establecimiento sólo tenía camisetas de una talla.

Contándola a ella eran cinco. A cada una le pusieron una pulsera con el número de su mesa en la muñeca y las colocaron en fila. Por lo visto, Samantha era la primera en participar, aunque aún no le habían dicho de qué iba el juego. Se limitaron a colocarla sobre una marca que había en el suelo y donde supuestamente tenía que esperar. Pero… ¿esperar qué?

Lo supo en el instante en que el hombre de detrás de la barra dirigió la manguera del grifo hacia ella, mojándole toda la delantera con agua helada. Y, delante de decenas de personas, la camiseta que momentos antes la ocultaba de miradas indeseadas, atraía ahora todas y cada una de ellas, ya que el tejido se había vuelto totalmente transparente y se pegaba a sus pequeños pechos como una segunda piel, mostrando sus erguidos pezones.

Ante esa fría sorpresa, Samantha gritó, ofendida por lo ocurrido, y se tapó los senos con las manos. Pese a lo ruidosos que eran los abucheos y a pesar de la ávida agitación del público, Samantha los acalló a todos con una sola de sus furiosas miradas. Luego, cruzando sus brazos a la altura del pecho, bajó del escenario y se dirigió hacia donde se encontraba el culpable de su humillación pública.

Graham la esperaba sentado despreocupadamente a la mesa, el muy cabrón había sabido en todo momento que el concurso del día sería de camisetas mojadas. Samantha decidió recompensarlo cómo se merecía: alzó una mano, ya que con la otra se tapaba los pechos, y de una sola bofetada le cruzó la cara a aquel hombre que tanto se había merecido ese brusco gesto de su parte desde el mismo momento en que se conocieron.

—¡Cielo, nunca creí que te tomaras mis palabras al pie de la letra! ¡Podrías haberte dejado puesto el sujetador! —bromeó Graham, esbozando una ladina sonrisa ante su violento golpe, que apenas le había hecho cosquillas.

Samantha lo observó, muy molesta por su alegre reacción, y le indicó con un dedo que se agachara para susurrarle al oído la venganza que llevaría a cabo contra él, pero al tenerlo tan cerca cambió de opinión rápidamente, y sujetando sus fuertes hombros, le susurró:

—Te lo mereces, por cabrón...

Luego alzó con violencia la rodilla hacia su entrepierna y lo dejó retorciéndose en el suelo. Después pasó sobre él para coger su jersey como si aquel hombre fuera sólo un pequeño obstáculo en su camino.

Mientras se cambiaba de ropa en el cuarto de baño, sonrió satisfecha. Al fin había podido llevar a cabo uno de sus más deseados sueños desde que conoció al maravilloso autor: golpearlo con gran precisión en las pelotas, para que alguien como él nunca osara intentar reproducirse.

Cuando salió del baño, el concurso parecía haber finalizado, ya que todos los hombres habían vuelto a sus respectivos sitios y ya no había nadie en el pequeño escenario. Increíblemente, Graham la había esperado, aunque no sabía si era porque estaba arrepentido o porque le dolían demasiado las pelotas como para moverse en un buen rato. Samantha se decantó por lo último, ya que él se levantó con algo de dificultad de su silla.

—Por si te interesa saberlo, has ganado —le dijo él, todavía algo afectado.

—Lo dudo —comentó ella irónicamente al recordar lo bien dotadas que estaban sus rivales.

—Creo que te han dado algún que otro punto por tu originalidad a la hora de acabar con mi descendencia —añadió Graham, mientras la seguía renqueante hacia la salida.

Samantha se volvió airadamente hacia él para hacerle una última advertencia:

—¡Algo que se volverá a repetir como me acabes haciendo otra jugarreta

como ésta! No sé el tipo de chicas que has conocido hasta ahora, ¡pero no me compares con ninguna de ellas! ¡Si te he dicho que no me moveré de tu lado hasta que acabes esa dichosa novela, eso es exactamente lo que haré! ¡Y por más que te empeñes en librarte de mí, no lo conseguirás! ¡Así que haznos un favor a los dos y acaba ese puto libro de una maldita vez antes de que tú y yo acabemos en una guerra sin fin! —Y tras estas palabras, se alejó furiosamente sin esperar a que él la siguiera. Aunque Samantha tenía muy presente que Graham no se apartaría de su lado, ya que en esos instantes era ella quien tenía en su poder nuevamente las llaves del coche de alquiler.

* * *

Después de aquel dolor tan insufrible, que sin duda me tenía bien merecido por ser tan canalla con ella, decidí hacer las paces con Samantha invitándola a cenar.

Tras asegurarle una decena de veces de que no la abandonaría en el restaurante, que no me escabulliría por la ventanilla del baño dejándole la cuenta o alguna estupidez por el estilo, finalmente, aunque algo reticente, aceptó cenar conmigo.

Que cada una de las palabras que salían de la boca de esa mujer me hicieran parecer un miserable sin escrúpulos me hizo darme cuenta de lo mal que me había portado con ella. Pero lo que más me impresionó fue que su opinión comenzara a importarme, cuando en verdad nunca me había interesado lo que otros pudieran pensar sobre mí o mi mal carácter.

La presencia de Samantha en mi vida empezaba a afectarme, y aún no sabía si era para bien. Verla en aquel escenario, tan perdida y desvalida, por unos instantes me había hecho querer protegerla de todas aquellas indecentes miradas y no podía perdonarme haber sido yo quien la había metido en esa situación.

Pero una vez más, ella me había sorprendido, y sus ojos violeta me habían mirado desafiantes mientras se dirigían hacia mí para darme mi merecido. Con su gesto había logrado acallar a la escandalosa multitud, y cuando se acercó a mí como una altiva y vengativa diosa, deseé por primera vez en mi vida decir que una mujer me pertenecía.

Pensé en disculparme con ella, pero ¿cómo decir nada después de lo que había hecho? Parecería un gesto tan vacío e inútil que renuncié a ello, así que me comporté de manera tan arrogante como siempre.

Luego, simplemente la seguí fascinado, preguntándome una vez más qué coño estaba haciendo esa mujer con mi vida, porque estaba claro que me estaba volviendo loco, y eso era algo que en esos momentos no necesitaba.

Antes de dirigirnos al restaurante en el que había reservado mesa ante la atenta mirada de Samantha, que todavía dudaba de mi palabra, decidí pasarme por una librería para comprarle alguna bonita ofrenda de paz, ¿y qué mejor regalo para una ávida lectora que un nuevo libro para su colección? Por supuesto, ella no dudó en arrastrarme hacia uno de los de Miss Dorothy, el último de ellos. En una nueva edición de tapa dura con una actualizada ilustración.

Increíblemente, ese maldito libro que tanto detestaba, pero que me daba de comer, permanecía aún entre los más vendidos. Le permití que lo cogiera, a pesar de que deseaba arrojarlo a la basura, y ya me dirigía hacia la cola para pagar el dichoso regalito cuando Samantha, con una inmensa sonrisa, me señaló los diez libros más vendidos. Y yo, anonadado, vi que el libro de Miss Dorothy había quedado relegado al segundo puesto, compartiendo estante con uno titulado *¡Aprende Pilates con Johann!*, que, asombrosamente, ocupaba el primer puesto.

No pude remediarlo y mi mal genio se hizo patente ante tan tremenda ofensa para un escritor. Detuve al primer empleado con el que me crucé y le pregunté un tanto amenazante:

—¿Cuánto por quitar ese libro de entre los más vendidos? —dije, señalando mi obra, dispuesto a que no compartiera espacio con un manual de cómo mover el culo sobre una esterilla.

—Señor, en general me preguntan lo contrario —contestó el joven, bastante sorprendido con mi reacción—. No obstante, ese libro no se puede quitar de ese estante a no ser por requerimiento expreso y por escrito del autor o de la editorial, y como no le veo ninguna acreditación de la misma, y estoy seguro de que usted no es Miss Dorothy, siento no poder ayudarlo, pero el libro se queda donde está.

Cuando el muchacho escapó de mí, dejándome molesto con todo aquel lamentable asunto, Samantha no dudó en aprovechar el momento y poner el dedo en la llaga.

—¡Vaya por Dios, otro que no te reconoce! —susurró burlona junto a mi oído, mientras se dirigía alegremente hacia la caja con su preciada nueva adquisición, dando algún que otro leve saltito de deleite por el camino.

Y esa frase que en otra ocasión me habría molestado, ahora sólo hizo asomar una sonrisa a mis labios, ayudándome a olvidar ese mal trago. Porque así era ella: yo nunca sabía con lo que podía sorprenderme: podía ser una diosa vengativa, una fan ilusionada, una mecánica experta, una guardiana persistente, una mujer apasionada… y lo peor de todo, es que a mí empezaban a gustarme todas y cada una de las caras que podía mostrar.

CAPÍTULO 9

Ante la incredulidad de Samantha, Graham finalmente había cumplido su promesa y la había llevado a cenar a un selecto y caro restaurante. Si hubiera sabido que lo único que necesitaba hacer para que se comportara como un caballero era llamar su atención con un contundente golpe, sin duda lo habría pateado mucho antes.

Samantha creyó que no los dejarían pasar de la puerta, ya que su ropa de diario, consistente en unos vaqueros y un simple jersey, no se podía igualar a los elegantes trajes y vestidos de diseño que inundaban el lugar. Pero para su asombro, el *maître* los hizo pasar delante de una elegante pareja y los llevó hasta un lugar reservado para ellos.

Les sirvieron un delicioso vino de importación y los agasajaron con unos entrantes que no estaban en la carta. Luego los dejaron a solas para que pudieran elegir la comida con calma y sostener una tranquila y pacífica conversación, algo que necesitaban con urgencia, ya que las palabras cruzadas entre ellos hasta ese momento eran o bien gritos o bien insultos pronunciados con bastante malicia.

Tal vez si disponían de un tiempo a solas pudiesen dedicarse a conocerse mejor y Samantha fuera capaz de entender por qué aquel obtuso escritor se negaba a hacer lo que tan bien se le daba: escribir otra entrañable historia de ese amor en el que no creía.

—Bueno, ¿me revelarás al fin por qué narices te niegas a escribir la novela? Después de todo, me debes una compensación por haber hecho que muestre mis encantos ante una decena de borrachos. ¡Y quiero saber la verdad, no las excusas baratas que me has dado hasta ahora! —dijo, dándole algún que otro lánguido sorbo a un delicioso vino que sin ningún género de dudas nunca en su vida volvería a probar, ya que su sueldo de mecánica no le permitiría ni siquiera pasar de la entrada de un lugar tan elegante como ese restaurante—. Tú y yo sabemos que puedes escribir ese tipo de historias con los ojos cerrados, y si has publicado durante estos años varios de tus libros de intriga, significa que has trabajado a la

vez en los dos géneros sin que ninguno de ellos afectara al otro. Entonces, ¿por qué este repentino retiro? ——indagó Samantha, intrigada por la historia que se ocultaba detrás de ese escritor.

—Verás, yo antes trabajaba como reportero, y en ocasiones me enviaban a países un tanto… conflictivos —confesó Graham, afligido, mientras se pasaba una mano por los revueltos cabellos y proseguía con su triste historia—. Mi prometida me acompañó a uno de esos peligrosos viajes y se vio envuelta en un tiroteo. Murió delante de mis ojos sin que yo pudiera hacer nada y…

Samantha lo miró con ojos suspicaces cuando su historia comenzó a parecerse demasiado a la de uno de los personajes de los libros de Miss Dorothy. Aun así, pensó que podía ser cierta, ya que algunos escritores incluían en sus novelas algo de la realidad que rodeaba sus propias vidas, pensamiento que fue rápidamente descartado cuando vio cómo Graham intentaba ocultar su maliciosa sonrisa tras una mano.

—Esa historia es muy similar a la de Philip Moris, el reportero de una de tus novelas que se enamora de la protagonista en la primera parte de *Redes de amor* —respondió Samantha jugando con su copa, un tanto aburrida de escuchar las excusas de ese hombre, que cada vez eran menos coherentes.

—Vale. Mi esposa murió hace dos años en un accidente de tráfico por culpa de un conductor borracho que… —intentó mentir él de nuevo.

—Eso pasaba en la tercera parte de *Redes de amor* —lo interrumpió Samantha, ignorándolo mientras leía con atención la carta y decidía el carísimo plato que se pediría para desinflar un poco la cartera de aquel mentiroso.

—Bueno, la verdad es que fue en un accidente de avión y…

—Segunda parte. Historia lacrimógena que cuenta el abogado del protagonista para hacerse con su cliente… ¿Por qué no pruebas simplemente a decirme la verdad? —replicó furiosa, mientras cerraba la carta tras decidir pedirse la langosta más grande que hubiera.

—No tengo ni idea de cómo escribir esa novela… —confesó Graham, alzando su rostro, en el que esa vez se reflejaba la veracidad de sus palabras—. A mí me apasionan las historias de intriga que, por lo visto, no soy demasiado bueno escribiendo y en las que aún nadie me reconoce. Ésas son novelas que me resultan fáciles de hacer. Pero las historias de amor en las que tanto destaco son una pesadilla para mí. La verdad es que no sé cómo me las he ingeniado para escribir seis, y todavía no sé cómo voy a apañármelas para hacer esta última y que no sea una enorme decepción para la gente que adora a Miss Dorothy.

Samantha lo miro incrédula por la sinceridad que desprendían sus palabras. Después de esto, él se comportó como si no hubiese dicho nada y se terminó de un solo trago la copa, mientras, sin esperar ninguna respuesta ante su revelación, pedía la cena de ambos dejando por unos instantes de lado el tema que tanto los traía de cabeza a los dos: la última y definitiva novela de amor de Miss Dorothy.

Increíblemente, la velada fue pacífica y encantadora hasta los postres, cuando la curiosidad de Samantha no pudo evitar volver a sacar a relucir el tema del maldito libro.

—Podrías empezar leyendo alguna de las opiniones de tus lectoras y ver lo que más les gusta y lo que menos de tus libros. Tal vez eso te inspire.

—Samantha, te voy a dar un consejo como escritor: nunca, pero nunca jamás, te dejes guiar por lo que opinan tus lectores. Porque lo que a unos les gusta otros lo odian, y así te vas a encontrar con decenas de comentarios contradictorios. Si creas una obra guiándote por ellos, algo que es básicamente imposible, vas a acabar escribiendo una mierda en vez de algo que te guste. Siempre que escribas, hazlo para ti y no para el mundo. De lo contrario acabarás escribiendo sobre…

—¿Pilates? —sugirió ella burlona, rememorando lo furioso que se había puesto Graham con el insultante encargo de su editor, logrando obtener una sonrisa del pelirrojo al recordar ese vergonzoso momento.

—La vida de un escritor no es fácil —comentó él, mientras degustaba el postre que acababa de llegar.

—No me digas, Miss Dorothy —replicó Samantha irónica, recordándole la fama y el dinero que obtenía ese nombre en todo el mundo.

—Miss Dorothy fue un gran golpe de suerte y si lo acepté fue sólo para que mis libros de intriga salieran a la luz. Graham Johnson, por el contrario, es un escritor que lo tiene muy difícil para darse a conocer en el duro mundo de la literatura.

—Si tanto quieres conseguirlo, ¿por qué te niegas a realizar esa gira? —quiso saber Samantha, por una vez más interesada en la vida de Graham Johnson que en la de Miss Dorothy.

—Porque en mis primeros e ilusionantes años ya hice muchas de esas giras que Payton me organizó, y ya sé cómo acaban: ferias pequeñas, casetas donde apenas cabes tú y dos o tres de tus libros, horas sin que aparezca un alma para

que le firmes algo, presentaciones a las que sólo van tus vecinos, y eso siempre y cuando los sobornes luego con unas copas… Esos eventos, la verdad es que más que ayudarme me deprimieron.

—Así que, según tú, eso es lo que me espera como autora...

—No. Cada editorial trabaja como puede. Las más pequeñas carecen de los recursos de los grandes sellos editoriales. Aunque hubo algunas presentaciones en pequeñas librerías que me gustaron, donde pude mostrarme muy cercano con la gente, eso sin duda no lo podría hacer en una sala llena de personas en un gran acto promocional.

—¿Y por qué no le presentas tus novelas de intriga a Natalie Wilson? Ahora que su editorial ha ganado tanto dinero y prestigio contigo, tal vez pueda promocionarte como escritor de intriga, con tu propio nombre y no escondido bajo el seudónimo de una ancianita.

—Cielo, eso fue lo primero que hice cuando terminé mi primera novela —explicó Graham, sonriendo irónicamente—. ¿Quieres saber cuál fue la respuesta de Natalie? Me mandó una de esas molestas cartas estándar donde me rechazaba con mucho tacto y delicadeza, sin ni siquiera recordar mi nombre… A ella sólo le interesa Miss Dorothy. Creo, de hecho, que a nadie le importa un bledo Graham Johnson.

—A mí empiezas a interesarme... —confesó Samantha, un tanto avergonzada por reconocer una verdad a la que se había resistido hasta ese instante.

—No te enamores de mí, Samantha. Soy un verdadero canalla y no soportaría ver que sales herida por mi culpa —declaró Graham condescendiente, mientras limpiaba con un dedo los restos de chocolate que habían quedado en los labios de ella, para luego llevarse el dedo a la boca—. Tan delicioso como tú —señaló, mientras le hacía recordar los momentos que habían pasado juntos y que ella nunca podría olvidar, por más canalla que fuera ese hombre.

—¿Y cómo se las apaña Natalie para excusarte en todos esos actos de promoción en los que no puedes aparecer? —preguntó Samantha para cambiar el rumbo que estaba tomando la conversación, y bastante interesada en conocer esa respuesta, para saber cómo se las ingeniaba Natalie Wilson para engañar día tras día al mundo con la invención de una adorable ancianita que nunca había existido.

—Eso es problema de ella —contestó Graham, al tiempo que en su rostro volvía a aparecer la malévola sonrisa que siempre lo acompañaba y que le

indicaba a Samantha que, seguramente, se divertía con los miles de problemas que tendría su editora al tratar de encubrir la verdadera situación de Miss Dorothy.

* * *

—Señorita Wilson, nos gusta mucho tenerla con nosotros en este programa. Pero nos agradaría mucho más poder contar por una vez con la presencia de Miss Dorothy, algo que su editorial siempre nos promete para luego negarnos en el último momento —comentaba, en un plató de televisión repleto de fans un tanto alteradas, la famosa presentadora de veintiséis años April Davis, conocida en todo Nueva York por ser una arpía de cuidado.

Natalie, acostumbrada en los dos últimos años al acoso de personas que se estaban empezando a hartar del fenómeno Miss Dorothy, hizo lo que siempre hacía: sonrió amablemente como si fuera idiota, cuando lo único de lo que tenía ganas era de matar a su jefe por haberle hecho aceptar esa entrevista, y tirarle del moño a aquella jovencita desquiciante que se hallaba en la cúspide de la fama y que nunca tendría que tratar con un personaje tan exasperante como su maldita autora.

—Lo lamento una vez más, pero Miss Dorothy se dirigía hacia el plató cuando ha vuelto a recaer de sus problemas de salud. Ha tenido un severo ataque y ha sido trasladada al hospital hace unas horas, por lo que no podremos disfrutar del placer de su compañía esta noche —explicó Natalie, mostrando un afligido rostro ante todas las fans de Miss Dorothy.

«¡Bien, se lo han tragado!», pensó Natalie orgullosa cuando oyó cómo el público, consternado, susurraba alguna que otra palabra de ánimo hacia la escritora. Después de eso, llegó a la conclusión de que debería haber sido actriz en vez de editora. Seguro que esa carrera le hubiera dado menos dolores de cabeza y nunca habría tenido la desgracia de toparse con Miss Dorothy.

—Sí, todos estamos muy turbados por esta mala noticia —comentó despreocupadamente la presentadora, restándole importancia a la trágica historia que Natalie se había inventado—. Pero también nos preguntamos: ¿qué rara enfermedad tiene Miss Dorothy que siempre le impide mostrarse en público?

Ante esa inesperada pregunta, Natalie se limitó a sonreír, mientras rogaba por que se le cayera un foco en la cabeza a la presentadora, acabando así con aquella molesta entrevista y sus impertinentes preguntas.

—Miss Dorothy no quiere que los medios hablen de su enfermedad, por lo que yo tengo que respetar los deseos de mi autora.

—Sí, por supuesto. Comprendemos que, en los últimos años y debido a «su enfermedad», Miss Dorothy no haya podido presentarse a ningún acto de los que tenía programado —señaló burlonamente la joven presentadora, que estaba empezando a sacar a Natalie de sus casillas—, pero nos preguntamos por qué motivo nunca hemos podido ver a Miss Dorothy antes de eso.

Natalie le sonrió de nuevo, deseando patearle los riñones con sus tacones de aguja, y un tanto crispada de que tuviera la misma dichosa costumbre que su jefe de hablar de sí misma en primera persona del plural. Natalie mostró el amable gesto que siempre adoptaba ante su superior cuando él hacía eso, intensificó su sonrisa y, tal como estaba acostumbrada a hacer, mintió, mintió y volvió a mentir a todo el mundo sin que apenas se notara.

—Cuando empezamos a publicar las novelas de Miss Dorothy, nuestra adorada autora ya tenía una avanzada edad, por lo que supimos que no podría hacer acto de presencia en muchas de las actividades de promoción que le programamos. Poco antes de publicar su primer libro, Miss Dorothy tuvo conocimiento de la grave enfermedad que la afectaba y es entonces cuando comenzó su lucha a vida o muerte.

«¡Toma ya! ¡Rebate eso, zorra!», pensó, mientras se metía al público en el bolsillo y sacaba alguna que otra lágrima de alguna de las espectadoras.

—Entonces, ¿me está usted diciendo, Natalie, que empezaron a publicar una saga que no sabían si la autora podría llegar a terminar? —preguntó la presentadora, echándole encima a los cientos de ávidas lectoras que minutos antes estaban de su lado.

«¡Jodida hija de…!», maldijo Natalie, pensando seriamente en desmayarse o representar algún síntoma del ficticio malestar de Miss Dorothy para poder decir en el plató de aquella arpía que la enfermedad de su escritora era contagiosa, a ver si la presentadora sabía qué hacer cuando el pánico inundara su programa. Gracias a Dios que recibió en ese momento la llamada que había acordado anteriormente con su ayudante, y la atendió enseguida, ignorando la mirada de reproche que le dirigía la presentadora por haber dejado encendido su teléfono durante la entrevista y, además, tener la osadía de coger una llamada en mitad del programa.

Mientras su joven becario, con gran aburrimiento, le contaba a través del teléfono noticias deportivas o del tiempo que a Natalie la traían sin cuidado,

cumpliendo así con su encargo para sacarla del aprieto, ella mostraba un alegre semblante, como si acabara de recibir la mejor noticia del mundo, cuando en verdad su ayudante en ese momento le estaba cantando el eslogan de un anuncio de bebidas.

En mitad de la tercera estrofa, Natalie cortó la llamada dispuesta a despedir a un nuevo becario y anunció contenta al público la repentina recuperación de Miss Dorothy y cómo ésta reclamaba su presencia junto a su cama del hospital, por lo que tenía que marcharse.

Ante la atónita mirada de la presentadora, que aún tenía que llenar quince minutos de programa, Natalie se fue despidiéndose de todos con cordialidad y prometiendo tener pronto el próximo libro de la maravillosa autora que pondría fin a la saga que tanto adoraban. Les recordó también que la editorial había dejado algunos regalos de promoción para el público, lo que hizo que se emocionaran y se revolvieran un poco ante el deseo de tenerlos ya en sus manos.

Mientras salía del plató, se regocijó con la idea de ver si aquella famosa y joven arpía que tanto la había atosigado tenía lo que había que tener para confesarle a su revoltoso público que no había regalos para todos sin que éstos se le amotinaran.

* * *

Tras la cena, Graham llevó a Samantha a casa. A pesar de lo desagradable que se había presentado la tarde ante la insistencia de Payton, no tuvo queja del resto del día. Aún podía recordar los suaves gemidos que salieron de su boca mientras pronunciaba su nombre cerca del éxtasis y se preguntó si podría convencerla una vez más para que cayera en sus brazos esa noche, cuando su cálida cama acogiera sus cuerpos.

Sin duda era un canalla por pensar de nuevo en acostarse con Samantha, cuando sabía que ésta siempre buscaría ese amor con el que soñaba, mientras que él solamente deseaba la aventura de una noche, pero no podía resistirse a esa mujer que no dejaba de rondar su mente una y otra vez.

Samantha era la única con la que había hablado seriamente sobre su vida de escritor, la única que conocía sus dos caras ante el mundo que tanto lo atraía y repelía a la vez. La única que lo comprendía en parte, y la única que tenía el valor de reaccionar a sus sucias jugadas e incluso de enfrentarse a su mal humor cuando éste se desbordaba.

Graham estaba empezando a acostumbrarse a la presencia de esa mujer en su hogar, y eso era algo que lo asustaba, porque él no era un hombre de relaciones duraderas, ni de creer en un «para siempre» o en un «nosotros». A él le gustaba la soledad y se preguntaba una y otra vez por qué se sentía tan vacío cuando pensaba que Samantha abandonaría su vida en cuanto él terminara ese libro que cada vez se resistía menos a escribir, ya que su sola presencia lo inspiraba para crear un final en el que todos creyeran en el amor, a pesar de no haber experimentado nunca por su parte tal locura pasajera.

En el momento en que llegó a la puerta de su casa, todas las expectativas de pasar una agradable noche intentando seducir a Samantha desaparecieron rápidamente devolviéndolo a su siempre malhumorado carácter en cuanto vio a Payton, de nuevo irrumpiendo en su vida de una forma un tanto molesta.

Al parecer el hombre finalmente se había decantado por dar lástima para que se compadeciera de su lamentable situación: estaba sentado en el suelo, junto a la puerta de su hogar y envuelto en una triste manta, roncando de una forma ensordecedora y haciendo imposible que a nadie le pasara desapercibido en aquel silencioso lugar.

Graham pensó en saltar sigilosamente por encima de él y proseguir con su planeada noche de seducción, pero Samantha, una vez más, sacó a relucir el único defecto que tenía y que tanto le desagradaba en ocasiones: su amabilidad.

—No pensarás dejar a este hombre aquí solo y helándose de frío, ¿verdad? —lo reprendió, mientras le dirigía una de sus inquisitivas miradas ante su rudo comportamiento.

—Yo no le he dicho que me esperase —replicó Graham, haciendo precisamente lo que Samantha había previsto que haría: abrir despacio la puerta y pasar por encima de su editor como si de un bulto en su camino se tratase.

—¡Graham, está helado! —dijo ella, mostrando una gran preocupación, después de tocar con suavidad la fría cara de Payton.

—Créeme, Samantha, este hombre tiene más vidas que un gato. Y ha dormido en sitios más incómodos que éste —replicó él, recordando algunas de las veces que se había acabado emborrachando con su editor y durmiendo en algún que otro extraño lugar de aquel helado país.

—Pero Graham… —pidió lastimeramente Samantha, mirándolo con aquellos grandes y hermosos ojos violeta que tanto lo hipnotizaban.

Y finalmente, él, como cualquier otro idiota, cedió ante los deseos de una mujer. Zarandeó bruscamente a su molesto editor hasta que éste se despertó, un

tanto alterado, de su plácido sueño, y le dijo con brusquedad:

—Entra.

Luego, Graham no esperó a ver si alguno de los dos impertinentes personajes que últimamente habían invadido su vida lo seguían. Se limitó a adentrarse en sus dominios intentando que sus inoportunas visitas recordaran que aquél era su hogar.

* * *

—Gracias —dijo Payton, sonriendo amable a la mujer que le tendía una bebida caliente.

El editor miró detenidamente a aquella hermosa joven de llamativos ojos que tanto parecía afectar a Graham, y, aunque aún no sabía qué lugar ocupaba en la vida de aquel gruñón escritor al que representaba, sin duda alguna se estaba convirtiendo en una buena influencia para él, ya que hacía sólo unos días Graham lo hubiera dejando morirse de frío junto a su puerta, sin molestarse siquiera en arrojarle una manta.

Ahora, sin embargo, se encontraba deliciosamente abrigado, junto a un fuego, bajo el calor de varias mantas y disfrutando en ese momento del placer de un cálido y dulce chocolate preparado por las hábiles manos de una bonita mujer. Payton pensó que había debido de mirar con demasiada insistencia a Samantha, porque Graham no tardó en volver a gruñirle reclamándole que se fuera de su casa, algo que no podía hacer, ya que había gastado el ínfimo presupuesto de que disponía en intentar que aquel maravilloso autor se diera a conocer, pero las pequeñas editoriales como aquélla en la que Payton trabajaba tenían pocos recursos y pocas veces conseguían que alguna gran superficie se interesara por libros de nuevos autores representados por ellos. Sólo conseguía colocar en sus repletos estantes algún que otro repetitivo volumen de autoayuda, o de pilates, como había hecho en esa última ocasión.

Siempre que Payton intentaba introducir una nueva novela en el mercado, recibía la misma respuesta: sólo les interesaba tener expuesto lo que se vendía, y un autor desconocido no vendería nada, aunque sus libros fueran los mejores de todos los tiempos.

Por ese motivo, Payton había tenido que patearse una por una las pequeñas librerías donde las ventas no lo eran todo, y aunque la fama que otorgaba aparecer en ellas era menos notoria, los libros de sus autores ya empezaban a

sonarle al gran público.

De todos sus autores excepto los de aquel hombre, porque, aunque al principio había estado encantado de acompañarlo a sus viajes de promoción, ahora Graham no salía de su aislada casa y no había forma de introducir a un escritor en el mercado si éste no se movía y se preocupaba de vender su obra.

Aunque en cierta medida Payton también temía que Graham apareciera en las promociones de sus obras, porque su desagradable carácter sólo podía servir para espantar a los pocos lectores que disfrutaban de sus libros…

En fin, había decidido arriesgarse de nuevo a promocionar a aquel escritor que tanto le gustaba y para ello había corrido ilusionado desde su pequeña editorial, ubicada en Londres, hasta Escocia, para hallarlo más gruñón que nunca y con una imborrable negativa en sus labios, lo que lo hacía llevarse las manos a la cabeza cada vez que pensaba en todo el dinero que había desperdiciado en él.

—¡Vamos, Graham! Te prometo que estos viajes no serán como los del principio: ¡los he programado todos con gran cuidado y no ocurrirá nada imprevisto! —insistió una vez más, cruzando mentalmente los dedos para que sus palabras fueran ciertas.

—No me fío de ti, Payton. Salí más que escarmentado de mis primeros viajes de promoción contigo, y me gasté más dinero del que gané, con todas esas estancias y viajecitos a recónditos y perdidos lugares que ni siquiera recuerdo que estén en el mapa.

—¡Ahora será distinto, te lo prometo! He preparado un itinerario que discurre por bonitos y conocidos lugares de Escocia, donde serás muy bien aceptado. Sólo tendrás que gastarte algo de dinero en estancias, dietas y gasolina, pero nada más —anunció Payton, aumentando la desconfianza de Graham hacia la gira propuesta.

—Puede ser divertido —sonrió amablemente Samantha, convirtiéndose en la salvadora del pobre hombre que rogaba un milagro para convencer a aquel obtuso sujeto de que eso era lo mejor.

—¿Sí? ¿Tú crees? —ironizó Graham, dedicándole una de sus maliciosas sonrisas, y aunque Payton quiso advertir a Samantha, luego pensó que tal vez ésa fuese la única oportunidad que tendría de hacerlo cambiar de opinión. Así que, simplemente, guardó silencio.

—¿Quieres conocer de primera mano lo difícil que es la vida de un autor? ¡Perfecto! Acompáñame a uno de esos viajes y sabrás el porqué de mis quejas —la desafió. E, increíblemente, Samantha aceptó.

—Te acompañaré a todos los lugares de tu gira —anunció sin inmutarse ante sus provocaciones.

—¡Bien, estupendo! Y ahora, como tendré que pagar todos tus gastos además de los míos, tú deberás trabajar para cubrirlos… Tengo el puesto perfecto para ti: serás….

«¡Por favor, que no diga una burrada que la haga desistir!», rogó Payton para sus adentros; cada vez se veía más cerca de cumplir el objetivo que lo había llevado hasta aquel apartado lugar de Escocia.

—¡Mi secretaria! —finalizó Graham, y Payton dio las gracias a su ángel de la guarda por no haber mirado hacia otro lado ese día, como siempre parecía hacer cuando por la mañana todo empezaba mal y acababa aún peor.

—De acuerdo —aceptó razonablemente Samantha, estrechando con firmeza la mano que Graham le tendía para cerrar su trato.

—De hecho, ya tengo preparado tu uniforme. Por si quieres verlo, está en el primer cajón de mi escritorio... —sonrió Graham con picardía. Samantha no pudo resistir la curiosidad y se dirigió hacia allá para ver la sorpresa que le tenía reservada.

Payton aprovechó ese momento de suerte en su desastrosa mañana para ultimar los detalles con él y marcharse antes de que algún desastre irrumpiera en su vida o de que Graham se arrepintiera.

—¿Tienes aún algún ejemplar guardado de tus primeras ediciones? —preguntó el editor, emocionado por su repentina aceptación.

—¿Crees que éstos serán suficientes? —replicó Graham irónico, abriendo la puerta de un armario y mostrando decenas de libros apilados en su interior.

—Ése fue un muy mal año —contestó Payton un tanto avergonzado.

—¡No me digas! —replicó bruscamente su autor y, antes de que tuviera tiempo de cambiar de opinión, Payton le entregó el itinerario del viaje y salió raudo por la puerta.

De camino hacia su coche, Payton oyó un ofendido grito de mujer, pero ése ya no era su problema, así que se marchó, esperando que el nuevo trabajo de la joven no fuera tan difícil como parecía, aunque tratándose de ese sujeto, dudaba mucho de que eso fuera posible.

Cuando accedí a ese viaje con Graham, es evidente que no estaba pensando con claridad. La primera muestra de que mi precipitada decisión había sido un error fue ver el «uniforme» que me había preparado.

Si en algún momento el atrevido uniforme de criada que Graham dispuso

para mí en el pasado llegó a ofender mi dignidad como mujer, esa cosa que todavía descansaba en su envoltorio me hizo desear que mi primera tarea como secretaria fuera graparle las pelotas: un nuevo y atrevido atuendo, probablemente comprado en algún pecaminoso *sex-shop*, se hallaba entre mis manos.

Esta vez en la foto se podía observar cómo quedaría ese inusual uniforme sobre la mujer que lo llevara. La ropa consistía en un extraño sujetador que no tapaba nada, ya que eran unas simples tiras de tela que alzaban los pechos, aunque eso sí, unos cuantos post-its habían sido estratégicamente colocados para tapar los pezones. Por otro lado, el tanga que incluía era totalmente transparente, y cuatro post-its más lo adornaban, cubriendo apenas nada. Lo mejor, y lo único que tenía algo de tela, era un ridículo cuello con una seria corbata.

Salí furiosa de la habitación, dispuesta a hacerle tragarse aquella estúpida lencería y no tuve que ir muy lejos para hallarlo, ya que él me esperaba sonriendo con su ladina sonrisa, mientras devoraba mi cuerpo con una de sus ardientes miradas.

—Veo que ya has encontrado tu uniforme —se burló, cogiendo el ofensivo conjunto de mis manos antes de que se lo arrojara a la cara.

—¡Eres un pervertido! ¿Se puede saber de dónde narices has sacado esto? —dije, señalando ofendida el denigrante atuendo que por nada del mundo me pondría.

—¿Cuántas personas, antes que tú, crees que ha mandado Natalie a mi casa? —preguntó Graham, poniéndose serio unos instantes.

—¿Y eso qué demonios tiene que ver? —grité bastante enfadada, señalándole la atrevida ropa que tenía en las manos.

—¿Cuántas personas, tanto mujeres como hombres, crees que salieron huyendo cuando les pedí muy seriamente que se pusieran este uniforme?

—¡Que cabrón eres! —exclamé asombrada, comprendiendo por fin la finalidad de aquel extraño juego.

—Ya te lo he advertido: yo soy así, Samantha, y no pienso cambiar. Por muchos viajes que hagamos o por más tiempo que pasemos juntos —me advirtió de nuevo, borrando de mi mente los buenos momentos que había pasado con él ese día, y haciéndome recordar sólo cada una de sus canalladas.

—Yo no quiero que cambies, ¡sino que escribas un libro! —le recordé, dejándole las cosas claras antes de dirigirme hacia su habitación, lugar donde pensaba pasar toda la noche durmiendo sin interrupciones de ningún tipo, ya que, por primera vez, me atreví a dejarlo fuera echando el pestillo.

Después de esto, me apoyé contra la puerta y me llevé las manos a la cabeza llena de frustración al pensar que ese día, durante unos instantes, había deseado realmente que Graham cambiara y se convirtiera en el hombre encantador que en ocasiones dejaba entrever tras su áspera personalidad.

A ése cualquier mujer lo amaría, pero no al brusco neandertal que siempre conseguía ofender a todo el mundo. Para mi desgracia, yo, a pesar de ser una mujer racional, estaba empezando a enamorarme de las dos caras de ese hombre. Y eso sería un terrible error que no podía cometer, porque esa relación siempre tendría un plazo para su finalización: el día en que Graham entregara su libro. Ése sería el momento en el que yo volvería a mi vida y él a su absoluta soledad.

Sin duda, la única que sufriría con todo eso sería yo, así que lo que tenía que hacer era distanciarme de él para no enamorarme, e insistirle en que hiciera su trabajo lo más rápidamente posible. Algo bastante difícil cuando yo, como toda una idiota, había prometido acompañarlo en un viaje de varios días, durante el que estaríamos los dos a solas. Aunque por lo menos no compartiríamos la misma cama fuera de aquella casa.

Suspiré resignada a mi suerte, mientras me tumbaba en una cama que todavía conservaba un olor que me recordaba las veces que había caído en unos brazos que me hacían olvidarme de todo, salvo de aquel atractivo hombre que tantos problemas me acarreaba.

CAPÍTULO 10

Samantha se sorprendió esa mañana al encontrarse a Graham todavía dormido en el sofá, cuando normalmente él era el primero en levantarse. Por lo visto, había decidido respetar sus deseos la noche anterior y no aporrear la puerta ni invadir sus sueños con sus persistentes quejas en el instante en que ella lo dejó fuera de su propia habitación.

Haber pasado la noche en ese sofá seguramente no mejoraría para nada su habitual mal humor, porque, aunque el sofá era bastante grande, no lo era lo suficiente como para un hombre de su talla.

Lo dejó descansar mientras preparaba el desayuno, y no pudo evitar echarle algún que otro vistazo, ya que Graham parecía incapaz de hallar la postura correcta en tan minúsculo espacio. Mientras se removía con una pequeña manta como único abrigo, no cesaba de murmurar alguna que otra maldición, lo que hizo esbozar más de una satisfecha sonrisa a Samantha. Finalmente, en uno de sus inquietos movimientos, Graham acabó cayéndose al suelo y así fue como se despertó.

Ni que decir tiene que el mal carácter que lo caracterizaba se agravó con la falta de sueño y su dolorido trasero, que había topado tan bruscamente con el suelo en medio de un plácido sueño. Por unos instantes, Graham pareció perdido, sin saber dónde se encontraba, hasta que dirigió una mirada furiosa al sofá y otra a ella y, declarándolos a ambos culpables de su malestar, le arrebató a Samantha el plato del desayuno de las manos y se dirigió hacia su estudio.

—¡Me voy a escribir! —gruñó, con el recuerdo de una incómoda noche que aún perduraba en su dolorido cuerpo.

Tras estas palabras, se encerró en el lugar donde elaboraba sus maravillosas obras e, increíblemente, estuvo trabajando durante todo el día. Samantha rogó para que esa vez fuera en la novela de Miss Dorothy que tanto los unía y que, a la vez, los alejaba a cada página que Graham escribía.

Por la tarde, Natalie Wilson contactó con ella y Samantha esperaba poder darle alguna que otra buena noticia acerca de cómo iba el libro de su reticente autor, o eso era al menos lo que deseaba poder hacer cuando atendió la llamada

de tan ajetreada mujer.

—¿Cómo va esa novela? —preguntó Natalie decidida, sin saludarla siquiera.

—Yo estoy bien, gracias por preguntar, ¿y tú? —ironizó Samantha, recordándole lo que eran los modales.

—Sí, sí… lo que tú digas. ¿Y el libro? ¿Se ha puesto ya Miss Dorothy a ello o aún está remoloneando? —insistió Natalie, desechando toda conversación superflua que no formara parte de su trabajo.

—Graham está en ello —contestó Samantha, sin entender por qué la irritaba tanto que Natalie se refiriera a él con ese ridículo seudónimo, en vez de con su verdadero nombre—. Hoy ha empezado el capítulo dos, lleva toda la mañana trabajando—añadió Samantha, tremendamente orgullosa de lo que había conseguido.

—Y tú, por supuesto, lo habrás dejado a solas en su estudio para que se distraiga a sus anchas —la reprendió Natalie.

—Graham no tiene ninguna distracción en su estudio, me he encargado personalmente de confiscarle sus juegos y de esconder el mando de la televisión. Además, es un adulto totalmente responsable que sabe cuándo debe hacer su trabajo. Lo único que necesitaba era un poco de inspiración —lo defendió Samantha, algo molesta, sin saber aún por qué Natalie creía que Graham necesitaba una niñera.

—Ajá… ya te has acostado con él, ¿verdad? —preguntó impertinente su jefa, que a Samantha empezaba a caerle cada vez peor.

—¡Eso no es de tu incumbencia!

—Sí, claro… Pues te diré que no eres la primera que cae ante sus embaucadoras palabras, ni tampoco serás la última. Y esas ilusiones que te haces de que esté trabajando, sólo forman parte de tus sueños, ¡a ver si despiertas ya y te das cuenta de que él no es como sus libros: es un ser inmaduro, que se distrae con el simple vuelo de una mosca!

—¡Graham no es así! Está trabajando duramente...

—Sí, claro… A ver si es verdad y al final del día me entregas algo que pueda presentar. De momento no estoy nada contenta con tu trabajo, Samantha —la reprendió, molesta porque aquella ilusa chiquilla defendiera a su adorado escritor.

—¡Pues yo tampoco estoy contenta con mi jefa, que no me informó de nada antes de enviarme a este recóndito lugar!

—Se te están pegando las impertinencias de Miss Dorothy, con lo mona y buena que eras cuando te contraté. Sabes que con tus palabras te estás jugando tu futuro, ¿verdad? Porque si yo muevo un dedo, nadie leerá una palabra tuya, aunque sea lo mejor del mercado —la amenazó Natalie, recordándole quién llevaba las riendas en ese trato.

—Sin duda, tu percepción de mi persona deja mucho que desear, ya que yo siempre he sido así. Además, no perderé nada si no llego a ser conocida, pero tú… ¿cuánto tiempo seguirás en tu elevada posición si Graham no entrega su último libro? Y ahora mismo la única persona que ha conseguido que escriba una sola palabra soy yo, ¡así que no me amenaces, Natalie! —se le enfrentó Samantha, muy irritada ante su abierta amenaza y harta de aquella loca situación.

—Perdona, Samantha, pero llevo mucho estrés encima y conozco las jugarretas de ese hombre lo bastante bien como para saber que ahora mismo lo último que estará haciendo es escribiendo —se disculpó Natalie, arrepentida por haber pagado sus problemas con la persona menos indicada—. Hazme un favor: entra en el estudio e interrumpe su holgazanería, y, si hace falta, dale un tirón de orejas o una patada en el culo, lo que prefieras. ¡Pero por Dios, consigue que se ponga a trabajar de una vez!

—Voy a entrar ahora mismo sólo para demostrarte que estás equivocada y que, sin duda, esta misma tarde te informaré de la finalización de otro de los capítulos de la obra.

—Espero que estés en lo cierto, Samantha, y que por una vez yo me equivoque. Pero conociéndolo como lo conozco, no deberías confiar demasiado en él —le advirtió Natalie poco antes de colgar, resignada ante la devoción de Samantha por alguien que, sin duda alguna, no se la merecía, ya que el único punto bueno de Graham era la creación de unos increíbles personajes a los que no se parecía en absoluto.

Tras poner fin a la llamada, Samantha arrojó el móvil sobre la mesa del salón, enfadada con aquella intromisión que sólo había conseguido ponerla de mal humor. A pesar de que Graham fuera desesperante, después de su promesa de la pasada noche de acompañarlo en su gira, y tras la sincera conversación que habían tenido en la cena, llegó a la conclusión de que él al fin había decidido tomarla en serio y ayudarla en su propósito.

Resuelta a demostrarle a Natalie que sus dudas eran infundadas y que Graham había cambiado, Samantha entró silenciosamente en el estudio para no interrumpir su tarea. Allí lo encontró concentrado en su ordenador, moviendo el

ratón sobre la pantalla con un gesto algo molesto. Seguramente alguna parte del maravilloso texto que acababa de terminar no lo convencía del todo, de ahí su enfurruñada mueca hacia lo que tenía delante.

Sigilosamente, Samantha se colocó detrás de él para observar de cerca el problema, pero en cuanto oyó su absurda queja, se dio cuenta de que Natalie Wilson siempre conocería a ese hombre mucho mejor que ella.

—¡Malditas bolas de las narices! ¡Nunca vienen del color que necesito! —gruñó Graham entre dientes, sin percatarse en ningún momento de la presencia de Samantha, que se hallaba a su espalda, viendo al fin lo que el sublime escritor estaba haciendo.

—¡Espero que no sea eso lo que has estado haciendo durante todas las horas que llevas aquí encerrado, Graham Johnson! —lo reprendió severamente, haciendo que él se volviera repentinamente, con un mal movimiento que lo llevó a perder su partida.

—¡No estoy haciendo nada malo! Simplemente, como mi editora me ha aconsejado en alguna que otra ocasión, estoy publicitando mis libros y relacionándome con mis lectoras. ¿Lo ves? Ahora mismo estoy metido en mi perfil de Facebook —explicó, señalándole la imagen de la pantalla que mostraba a la adorable ancianita que siempre ocupaba la contraportada de sus libros, convirtiéndolos en todo un engaño hacia el mundo.

—Sí, ya veo cómo te relacionas con tus lectoras: tienes el chat desconectado y estás jugando a un estúpido videojuego, en vez de hacer mención en tu muro de algunas de las novedades de tus novelas.

—Ya les he dado toda la publicidad posible —replicó Graham, dejando al fin aquel estúpido juego en el que había estado ocupado innumerables horas sin lograr pasar de pantalla.

—¡Mira esto! Es un reclamo que nunca falla... —comentó burlón el despreocupado autor, que parecía no tomarse nunca nada en serio.

Y Samantha, inocentemente, cayó una vez más en sus patrañas. Asomó su naricilla curiosa para mirar en la pantalla del ordenador una de las ultimas burradas que se le habían ocurrido. En ella aparecían dos fotos: una de unos amorosos gatitos rodeando su último libro, algo que la enterneció, y otra que en cambio la ofendió tanto que deseó hacerle tragar toda la saga de sus novelas en la tapa más gorda que hubiera, ya que un enorme escote de mujer acunaba entre sus dos grandes pechos su última novela.

—Tetas y gatitos… ¡Es algo que nunca falla! —dijo Graham divertido,

riéndose de su expresión ante la última de las imágenes, que tanto la enojaba.

—Dudo mucho que poner tu libro entre las tetas de una mujer te haga vender algún ejemplar.

—¿Qué quieres que te diga? Es la foto de una admiradora, y yo no me puedo resistir ante dos poderosas razones como ésas. Además, mira los «me gusta» que ha recogido esa fotografía.

E, increíblemente, ciento cincuenta «me gusta» aparecían debajo de la foto, mientras que la mimosa imagen de los gatitos sólo había recibido diez.

—¡Hombres! —exclamó Samantha, ofuscada, mientras llegaba a la conclusión de que, si su amigo Raúl y su padre veían esa foto, sin duda estarían de acuerdo con las ideas publicitarias de Graham—. Tetas y gatitos… —murmuró, aún molesta por las denigrantes ideas que se le ocurrían, y no tardó demasiado en volver a ponerlo en su lugar—: ¡A escribir! —le ordenó, justo antes de apagar el wifi, evitándole así toda distracción, ya fueran imaginativos reclamos publicitarios o adictivos juegos de bolitas.

Después de eso, y sabiendo que no podía dejarlo solo y confiar en que redactara más de una página sin distraerse con cualquier estupidez, se tumbó en el sofá que había en una esquina de la habitación, acompañada por uno de sus libros, totalmente decidida a vigilarlo muy de cerca y cumplir la promesa hecha a Natalie.

Al final del día, Graham escribiría ese maldito capítulo, aunque tuviera que hostigarlo durante toda la mañana y no quitarle los ojos de encima. ¡Como que se llamaba Samantha White que ese hombre sería responsable por una vez en su vida, incluso si para ello tenía que noquearlo con uno de los libros más gordos de la estantería para recordarle que era escritor!

* * *

Observar de cerca cómo trabajaba en la creación de una de sus maravillosas novelas un autor tan famoso como Graham me dejó bastante confusa y asombrada a la vez. Mi lectura era constantemente interrumpida por maldiciones hacia la pantalla y continuos y violentos golpes de su cabeza contra el teclado, al tiempo que murmuraba una y otra vez:

—¡Inspírate! ¡Inspírate! ¡Inspírate! ¡Jodido hijo de…!

No sabía si esos insultos iban dirigidos hacia sí mismo o hacia el ordenador de última generación que apenas sabía manejar. Por unos instantes, creí que se había vuelto loco, aunque ese individuo no era muy racional que dijéramos. En pocos momentos pasó de golpearse la cabeza contra las teclas a mirar hacia el infinito, ensimismado, y luego empezar a teclear como un loco lo que había acudido a su mente.

De vez en cuando, hacía una breve pausa y susurraba: «Esto no puede ser» o «Esto no es así», y luego seguía escribiendo como un maníaco, totalmente perdido para el mundo, sin que nada más le importara, porque estaba sumergido en su propio universo, dando vida a sus complejos personajes.

Graham pasó horas delante del ordenador mientras yo, sin querer interferir en el proyecto que finalmente había decidido llevar a cabo, pero preocupada por él, le preparé un sándwich para el almuerzo y le llevé una cerveza que ni siquiera agradeció antes de engullir, ya que en esos momentos yo no existía. Creo que si me hubiera paseado desnuda delante de él no me habría dirigido ni una sola de aquellas ardientes miradas que tanto me escandalizaban. Tal vez, si me ponía el insinuante traje de secretaria, compuesto por unos cuantos post-its colocados estratégicamente sobre mi cuerpo, conseguiría algo de su atención, pensé burlona, mientras sonreía satisfecha con lo que había conseguido ese día.

A pesar de saber que si me marchaba del estudio Graham seguiría enfrascado en su trabajo, volví a mi lugar en el cómodo sofá de dos plazas, ya que verlo trabajar era un espectáculo mucho más interesante que el libro que tenía entre las manos.

Sonreí satisfecha y, dispuesta a llamar a Natalie para presumir ante ella de mi gran logro, me coloqué detrás de Graham para leer en la pantalla las atrayentes palabras que siempre introducían a los lectores en el excitante mundo de los personajes de Miss Dorothy.

Al fin Graham estaba escribiendo ese segundo capítulo que daría paso al tercero y que era el principio de la deseada obra, esa novela que estaba tomando forma en la mente de su autor y que era trasladada directamente al ordenador, donde cada palabra que daba vida a la historia estaba quedando grabada para nosotros, sus fieles lectores.

Todo era tan perfecto… hasta que tropecé torpemente con un cable que se interpuso en mi camino y puse fin con bastante brusquedad a la historia que se desarrollaba ante mis ojos.

—¡Nooo…! —gritó Graham desesperado, llevándose las manos a la

cabeza. Luego, por primera vez desde que comenzó su trabajo, se dio cuenta de mi presencia junto a él y me dirigió una terrible mirada que, sin duda, me sentenciaba a muerte o reclamaba alguna espeluznante tortura para mi persona.

—En mi defensa diré que ese cable no debería estar ahí —comenté con un hilillo de voz, intentando salvarme de su mal humor.

—¡Fuera! —gritó Graham, furioso, señalándome la puerta.

Y mientras me alejaba, observé que volvía a poner el trasto en marcha, mientras le hacía más de una dulce promesa a su ordenador si había guardado algo de la historia. Por primera vez oí palabras de ese tipo en su boca. Qué pena que ninguna de ellas fuera dirigida a una mujer.

* * *

A pesar de todas las jugarretas que me había hecho esa mujer, ésa fue la primera vez que no pude dejar de maldecir su nombre una y otra vez, mientras confiaba desesperadamente en que hubiera quedado algo de mi historia en aquel moderno trasto que podía guardar toda la basura que pasara por él excepto mi novela.

Gracias a Dios existía la función de autoguardado y así pude salvar algo de lo que había escrito ese día. Leí lo que había hecho hasta el momento y partí desde el último párrafo que aparecía, intentando recordar lo que faltaba. Finalmente, tras horas de intensa concentración sin permitirme ninguna interrupción, incluidos los molestos toquecitos en la puerta para ofrecerme algún sustento, pude mirar con orgullo los tres primeros capítulos de la nueva obra de Miss Dorothy…

Estiré mi entumecido cuerpo a la vez que me levantaba de la silla, que, aunque pudiera ser la más cómoda del mercado, seguía siendo una simple silla que no obraba ningún milagro con mi espalda.

Tras mirar desde otra perspectiva aquella historia que últimamente tanto me había resistido a escribir, llegué a la conclusión de que aquél era el momento para hacerla y entregársela a mi editora y que dejara de atosigarme con más impertinentes visitas.

Samantha había sido toda una sorpresa que nunca había esperado encontrar en mi vida. Pensé que, con su dulce rostro y su cálida sonrisa, aquella muchacha huiría rápidamente ante mis canalladas, pero había sido la única persona que se había atrevido a hacerme frente de decenas de maneras distintas, y la verdad era

que, en esos momentos en los que mi cuerpo la deseaba a cada instante, se trataba más de una distracción que de un aliciente para mí a la hora de crear el maldito libro.

Pero ¿cómo decirle, sin que se ofendiera, que su tentador cuerpo me distraía a cada momento y que mientras estaba frente a mí en aquel pequeño sofá de dos plazas, intentando pasar desapercibida, no lo conseguía en absoluto? Sólo me inspiré en el momento en que imaginé que mi reticente Samantha era la protagonista de algunas de las escenas de la novela. Entonces fue cuando mis dedos volaron por el teclado, haciendo posible toda la historia, y Miss Dorothy volvió a salir de donde la tenía encerrada para que no molestara.

No me gustaba escribir esas patrañas llenas de amor, pero a pesar de que me desagradara, de vez en cuando mi mente me exigía crear una de esas novelas, y así era como Miss Dorothy había acabado publicando seis libros, cada uno más famoso que el anterior. Samantha me había vuelto a hacer entrar en el romántico mundo que yo tanto detestaba, y estaba claro que no me dejaría marchar hasta que la novela estuviera acabada.

Quise desconectar de aquel ajetreado día jugando a alguno de mis violentos videojuegos o hablando con algún amigo, pero dado que mi consola había sido confiscada y como, según la «señorita reproches», había desatendido demasiado a mis lectoras en los últimos años hasta el punto de que decía que me acabarían olvidando, conecté el wifi y decidí darme un paseo por las redes sociales donde se me mencionaba tanto a mí como a mi último libro, publicado hacía dos años.

La mayoría de las críticas eran buenas y me arrancaron más de una sonrisa con sus halagos. Como autor me encantaba que la gente disfrutara leyendo lo que yo escribía, aunque sólo fueran obras demasiado sentimentales para mi gusto. Pero a medida que iba leyendo, viendo más y más comentarios, me di cuenta de que aquello era un error, porque mientras algunas de las palabras de mis lectores me hicieron reflexionar, otras sólo sacaron a relucir mi mal genio cuando trataban mis libros como si fueran críticos expertos, siendo ellos sin duda escritores frustrados o personas que simplemente no se molestaban en darle la menor importancia al trabajo que suponía crear un libro.

Entre todos los chismes que leí, encontré desde personas que me adoraban, hinchando bastante mi ego, hasta algunas que me odiaban hasta el extremo de querer quemar mis libros.

Un tanto saturado por tantos comentarios contradictorios, decidí activar mi chat y conversar con mis olvidadas admiradoras, algo que en ocasiones me había

recomendado mi editora para aliviar mi carga.

¡Maldito fuera el momento en el que le hice caso! Porque nada más entrar en Facebook recibí decenas de requerimientos en los que me pedían, gratuitamente por supuesto, algunos de mis libros. Algo que no creí justo conceder, cuando cientos de miles de personas habían hecho el esfuerzo de comprárselos, así que, con la elegancia y educación que caracterizaría a una dulce ancianita de la edad de Miss Dorothy, los rechacé todos.

Después de eludir hábilmente a esos interesados lectores, llegó el turno de los acosadores. En general hombres de distintas edades que me preguntaban si en mis libros había escenas de sexo, y si éstas estaban basadas en hechos reales y dudas por el estilo.

¿Para esto encendía el chat? Me dieron ganas de revelarles a esos idiotas lo bien dotado que estaba y que me tiraba a una tía distinta a diario para escribir las escenas de sexo, a pesar de que eso no fuera cierto, ya que yo «follaba» y mis personajes «hacían el amor».

¡Por Dios! ¿Cómo podían los hombres estar tan desesperados como para acosar a una pobre ancianita? Definitivamente, por internet pululaba mucho enfermo.

No tardé mucho en hartarme de todo eso y en cerrar mi sesión en todas las redes sociales en las que había decidido echar un vistazo. Luego, antes de apagar el ordenador, decidí revisar algunos agradables comentarios sobre mi libro para no marcharme con un mal sabor de boca. Craso error.

Algunos de los ofendidos lectores a los que no les había proporcionado mi libro como regalo, lo habían puntuado con una estrellita sobre un máximo de cinco, cuando ni siquiera lo habían leído, añadiendo un comentario diciendo que era lo peor.

Eso me molestó bastante.

Posteriormente, al ver la gran cantidad de páginas de descargas ilegales que había, donde se podía conseguir gratuitamente mi obra a pesar de todas las medidas que tomaba la editorial para tratar de evitarlo, me hizo pensar que escribir era una pérdida de tiempo.

Y lo que ya acabó tocándome las narices fue ver uno de esos sitios web de descarga ilegal donde, además de hacerme críticas desagradables como si fueran expertos en la materia, difamar y desprestigiar mi libro, terminaban agregando junto a esa horrible opinión, una vil observación: «Y ahí al lado tienes el enlace, por si quieres descargarlo».

¡Oh, eso me enfureció de tal manera que quise darles una respuesta a la manera de Graham Johnson, olvidándome de ser la amable y adorable Miss Dorothy a la que todos amaban!

Así que simplemente me puse manos a la obra. A ver si cuando terminara con ellos se atrevían a volver a escribir una sola palabra.

* * *

Horas más tarde, después de su gran metedura de pata, Samantha volvió a intentar entrar en el lugar del que había sido expulsada de tan malas maneras por el apreciado autor, aunque en realidad se lo merecía. Cada vez que pensaba en lo que había hecho se le encogía el alma: había acabado con parte de la maravillosa obra de Miss Dorothy cuando apenas había comenzado a desarrollarse.

A lo largo de las horas, fue tratando de ofrecer tentadoras muestras de paz a Graham en su estudio, pero éstas no llegaban a pasar de la puerta, ya que cada vez que pedía permiso para entrar en la habitación era rechazada con una contundente y seca negativa que la hacía retroceder.

Pero cuando cayó la noche sin que él hubiera salido de su encierro, Samantha decidió entrar por más negativas bruscas que recibiera. Después de traspasar la puerta sin preocuparse siquiera de llamar, lo encontró bastante atareado aporreando con brusquedad el teclado. Pero si mientras creaba sus obras se lo veía preocupado y en ocasiones sonriente, ahora sólo podía apreciar en él un gran enfado que lo estaba llevando a sacar a la luz su horrendo carácter.

Samantha se acercó, esta vez con mucho cuidado de no pisar o enredarse con ninguno de los mal colocados cables de su ordenador, y observó cómo Graham estaba destruyendo el buen nombre de Miss Dorothy con un comentario tan grosero que nadie dudaría en pensar que aquella ancianita no estaba en sus cabales.

Él, sin percatarse de su presencia, siguió mascullando entre dientes sus protestas, mientras las iba escribiendo bajo el apartado de «Comentarios». Gracias a Dios que aún no le había dado tiempo a poner tan burdas palabras en la boca de una anciana a la que todos adoraban, así que Samantha interrumpió su furioso monólogo con la intención de impedir que arruinara la reputación de la escritora, ya que cuando Graham Johnson estaba enfadado no atendía a razones y expulsaba bien lejos a la mujer que más lo molestaba: la dulce viejecita que él había inventado.

—«¡Si mi novela es de lo peor, no la lean, cotillas resentidas! ¿Y qué narices esperan encontrar en una novela erótica? ¿Que los protagonistas se den palmaditas en la espalda? ¡Pues claro que hay mucho sexo en ellas, porque son realistas! ¿Qué esperan que ocurra cuando los protagonistas llevan años sin verse? ¿Que se den un simple y casto besito en la mejilla? ¡Pues yo les diré lo que ocurre: que, como cualquier persona en esa situación, follan como conejos! Creo que eso es algo que hace tiempo que ustedes no hacen. Atentamente, Miss Dorothy» —finalizó Graham, sonriendo satisfecho ante lo mucho que había desahogado su mal genio con unas simples palabras, muy bien redactadas por cierto.

—Graham, no pensarás publicar eso, ¿verdad? —lo reprendió severamente su nueva conciencia, que no osaba separarse de él, a pesar de haber sido expulsada de su lado y haber recibido a lo largo de la tarde alguna que otra dura advertencia.

—¿Qué haces aquí? ¿No te he dicho que tienes absolutamente prohibida la entrada en mi estudio? —preguntó él, aún molesto porque la perturbadora presencia de aquella joven que tanto lo alteraba irrumpiera nuevamente en su vida.

—Estaba preocupada por ti, pero después de ver eso, me preocupa más lo que pasará con el prestigio de Miss Dorothy si mandas ese mensaje.

—¡Oh! ¿En serio? ¿Te has preocupado por Graham Johnson y no por esa maldita novela? —sonrió suspicaz, mientras atraía a Samantha hacia él poniéndola delante de la pantalla del ordenador.

—No has comido nada desde el almuerzo, y tampoco has salido de esta habitación. Llevas un montón de horas pegado al ordenador y eso tiene que ser malo para cualquiera —señaló ella, algo avergonzada por mostrar preocupación por aquel desvergonzado sujeto que, al parecer, ahora que había finalizado su trabajo, sólo tenía ojos para ella, ya que estaba repasando su cuerpo con una de aquellas ardientes miradas que tanto la afectaban.

—¿Qué me recomiendas para dejar atrás mi estrés y descansar un poco? —preguntó sugerentemente mientras se levantaba y acorralaba a Samantha contra su mesa con su imponente cuerpo.

—¿Ejercicio? —propuso ella, nerviosa ante la idea de caer de nuevo bajo sus encantos.

—¿Y qué tipo de ejercicio? —volvió a preguntar Graham, sensualmente, junto a su oído.

Samantha intentó retroceder y evitar la lujuriosa mirada que tantos pecaminosos recuerdos traía a su mente. Finalmente, Graham acabó con su huida cuando con una de sus fuertes manos le alzó la barbilla y sus labios le robaron un ardiente beso que la hizo derretirse entre sus brazos.

Las manos de Samantha se resistieron a responder como deseaba hacer, reteniéndolo junto a ella, y las dejó firmemente apoyadas sobre la mesa para evitar caer de nuevo en el pecado.

Graham acogió su rostro con delicadeza entre sus palmas, y con la ternura de sus besos sedujo su boca hasta que ésta se abrió y su lengua buscó el sabor de la de ella en un atractivo juego que llevó a Samantha a gemir su nombre.

—Samantha, vas a ser mi perdición... —susurró Graham, resignado, cuando finalizó el beso y se apartó bruscamente.

Ella no comprendió sus palabras hasta que vislumbró que el insultante mensaje que Graham en realidad no había tenido la menor intención de mandar, ya había sido enviado. De hecho, sus manos, que se apoyaban sobre el teclado, eran las únicas culpables de ese percance.

Miró escandalizada la pantalla del ordenador y, desesperada, intentó hallar una solución. Pero no lo logró, porque las ofendidas receptoras no tardaron en acribillar masivamente a la autora; parecía que, aunque ellas podían emitir tan libremente su opinión sobre las novelas de Miss Dorothy, ésta no podía decir lo que pensaba de verdad sobre las críticas que le hacían. Por lo visto, ésa no era una opción aceptable para ninguna de las mujeres que con tanta amargura habían dado su ligera y poco útil opinión.

Samantha miró a Graham, aterrorizada por su nueva metedura de pata de ese día. Él le sonrió burlón y agravó su estado de pánico al tenderle el teléfono, que hacía unos instantes había comenzado a sonar con bastante insistencia.

—Creo que es para ti —dijo perversamente, lanzándoselo a las manos y despreocupándose por completo del problema que se le presentaba: uno muy grande y enfadado, que destacaba en la pantalla táctil del teléfono con el nombre de Natalie Wilson.

Samantha miró horrorizada el teléfono y se atragantó con los miles de explicaciones que tendría que darle a aquella mujer, acerca de cómo había ocurrido ese lamentable incidente. Suspiró, decidida a suplicar por su vida, y justo cuando estaba a punto de coger la llamada, Graham le arrebató el teléfono y, antes de que pudiera decir nada, contestó con su habitual brusquedad.

—Sí, lo he hecho… porque me ha dado la gana... Arréglalo —sentenció,

poniendo fin a la llamada de su escandalizada editora.

Y mientras le sonreía maliciosamente a su móvil, saliendo del encierro de su estudio, Samantha se preguntaba si en verdad Graham había cambiado o esa parte amable de él, que la había ayudado en esos momentos, siempre había estado ahí.

Tal vez ésa fuera la afable Miss Dorothy que se mostraba en tan pocas ocasiones, y que sólo salía a relucir en los románticos libros que él tanto detestaba, pero que el mundo tan entusiastamente había acogido entre sus brazos, dándole una cálida bienvenida, ya que todos necesitamos pensar alguna vez en el amor.

CAPÍTULO 11

En las tres ajetreadas semanas que siguieron a la visita de Payton, Samantha ayudó a Graham a organizar su programa de viaje, en el que irían a distintos pueblos de las Highlands para promocionar esos libros de intriga que tanto emocionaban al autor. Mientras él se concentraba en escribir aquella gran obra que se le resistía, Samantha al fin pudo limpiar el cuarto de invitados que le había asignado y alcanzar finalmente aquella cama que la alejaría de sus brazos, sólo para darse cuenta de que estaba incompleta y que era una simple estructura sin colchón.

Empezó a preguntarse si alguna vez dormiría sola en aquella casa o si debía resignarse a compartir el cálido lecho de Graham durante todo el tiempo que durase su estancia allí. Cada vez que intentaba alejarse de él y dormir en el sofá, amanecía en su cama, enlazada a su cuerpo. Dado que no era sonámbula, llegó a la conclusión de que apenas caía rendida por el sueño, Graham la llevaba a su habitación.

A pesar de que todas las noches compartieran el dormitorio, él no había intentado nada más después del apasionado beso que se dieron en su estudio. E, increíblemente, Samantha echaba de menos sus impertinentes palabras y sus insinuantes juegos de amor.

Cada vez que él salía de casa librándose de ella con la excusa de la búsqueda de inspiración, Samantha se preguntaba, un tanto molesta, si no habría quedado una vez más con la pelirroja que una vez había adornado lascivamente su sofá. Siempre que pasaba eso, ella, con una furiosa sensación que podía describirse como celos, se metía en el garaje para hacer algún que otro cambio al vehículo de Graham y, dependiendo del humor que tuviera en ese momento, podía ser desde un simple cambio de aceite hasta una imaginativa modificación en los sistemas del automóvil, de forma que, por ejemplo, la calefacción generara una helada temperatura muy cercana a la de las Highlands.

Una de esas tardes, mientras ponía a punto el vehículo a la vez que se preguntaba dónde narices estaba él, al fin pudo conocer al famoso Liam, el amable ayudante del que le había hablado Natalie al principio de su viaje y con

el que hasta entonces no había coincidido.

Samantha estaba cambiando la batería del coche, con la cara llena de grasa y vistiendo únicamente unos raídos y sucios vaqueros, una vieja sudadera y unas sucias botas, cuando un sonriente pelirrojo de unos veinticinco años entró alegremente en el taller llamando a Graham a viva voz. El muchacho apenas pudo ocultar su sorpresa al ver a una mujer en los dominios de tan solitario ermitaño como era Graham Johnson, y no desaprovechó la ocasión de indagar el motivo de su presencia en un lugar que, simplemente, estaba prohibido para todos.

—¡Eh, tú no eres Graham! —comentó el alegre joven, repasando su sucio cuerpo con una sonrisa.

—Soy su mecánico. Me llamo Samantha —respondió ella orgullosa, mostrándole una de sus herramientas de trabajo al joven, cuya sonrisa no parecía desaparecer en ningún momento de su rostro.

—Yo soy Liam, el ayudante de Graham —anunció él, mientras le tendía una mano sin preocuparse por manchársela de grasa—. ¡Vaya! ¡No sabía que existieran mecánicas tan bonitas! Definitivamente, tengo que preguntarle a Graham el nombre de su taller... —la agasajó Liam, negándose a dejarla ir cuando al fin consiguió tener una de sus delicadas manos entre las suyas.

—Te vas a manchar de grasa —le advirtió Samantha, un tanto sonrojada por recibir esas alabanzas que nunca nadie le había dirigido mientras llevaba sus sucias ropas de trabajo.

—No me importa si con eso logro retener junto a mí algo tan hermoso como tú, Samantha —dijo Liam, soltándole finalmente la mano.

Ella se las limpió, un tanto nerviosa, en los desgastados vaqueros, al tiempo que informaba a Liam de la ausencia de su jefe.

—Graham ha salido hace una hora, según él «en busca de inspiración».

—¡Vaya, no me puedo creer que al fin vuelva a escribir! —exclamó alegremente Liam, sorprendiéndose con la noticia de que Miss Dorothy hubiese vuelto a su tarea—. Entonces, ¿tú eres de la editorial? —preguntó pensativo, acariciándose la barbilla.

—Más o menos. La editora de Graham me envió para que ayudara a la adorable Miss Dorothy con su novela. Ya puedes imaginarte mi sorpresa al encontrarme con un hombre bastante irritante en su lugar…

—¡Espera, espera! ¿Me estás diciendo que llevas más de un día en esta casa? —quiso saber el chico, sorprendido por su respuesta, ya que ninguna

persona, aparte de él, había aguantado mucho tiempo junto a aquel trastornado al que tanto le gustaba airear su mal genio.

—Sí, llevo aquí unas cinco semanas —contestó Samantha, orgullosa de haber conseguido poco a poco derribar las barreras de aquel hombre que sólo quería su soledad.

—¡Oh, eso hay que celebrarlo! ¡Te invito a unas cervezas en la taberna de Hamish!

—La verdad es que no sé si debería aceptar, ya que no sé cuándo volverá Graham y podría preocuparse si no me encuentra aquí —comentó Samantha, pensando en cómo había cambiado él desde que lo conoció.

—¡No te preocupes! Seguro que también está en El Trébol de la Suerte, coqueteando una vez más con May, como ha hecho a lo largo de toda esta semana. Le habría dejado esto en el bar, pero sé que prefiere recibir la correspondencia en casa —dijo Liam, mostrándole un sobre bastante abultado y alguna que otra carta que constituían el correo de aquel idiota, un hombre que, después de todo, Samantha veía que no había cambiado nada en absoluto.

—¿Puedes esperar un poco a que me ponga presentable? —preguntó, decidida a divertirse por primera vez desde que emprendió aquel desastroso viaje que sólo le había traído decenas de preocupaciones.

—Tarda lo que quieras, preciosa: yo no tengo prisa —replicó alegremente Liam, tomando asiento en el sofá del salón.

Samantha se dirigió decidida hacia el baño, para eliminar la mugre que la cubría y a demostrarle a Graham Johnson lo que se perdía cada vez que iba «en busca de su inspiración», seguramente pelirroja y de grandes tetas.

Como decía su padre: «De vez en cuando hay que desconectar del trabajo para que éste no se convierta en un enorme grano en el culo». Y como su irritante grano en el culo esta vez se encontraba fuera pasándoselo en grande, Samantha no vio problema alguno en divertirse con un hombre alegre y encantador, que era todo lo contrario de Graham, hasta que consiguiera olvidar quién era realmente Miss Dorothy y por qué narices había empezado a gustarle.

* * *

Graham intentaba olvidarse una vez más de la mujer que había invadido su casa y que tanto lo tentaba últimamente. Todas las noches la llevaba a su cama porque no podía dormir tranquilo sin saber que ella estaba abrigada en su cálido

lecho. Y como él se negaba en redondo a volver a dormir en aquel molesto e incómodo sofá, esperaba a que Samantha estuviera profundamente dormida para cogerla en brazos y meterla entre sus sábanas.

Cuando la trasladaba desde el minúsculo sofá, apretada contra a su pecho, ella suspiraba medio dormida y se apoyaba amorosamente en él, pronunciando su nombre. Eso lo complacía a la vez que lo preocupaba, porque este hecho sólo demostraba que había comenzado a sentir algo por él.

Normalmente ése sería el momento perfecto para alejarse, ya que él no era el hombre adecuado para ninguna relación, pero esa vez no podía hacerlo, porque por culpa del maldito libro, ella lo perseguiría allá donde fuese.

Tenerla siempre en su mente y no poder olvidarse de su presencia ni un solo instante lo asustaba, por eso había intentado poner distancia, tanto alejándose de ella como finalizando lo más rápidamente posible aquella novela que lo atormentaba en todo momento. Pero cada palabra que escribía, cada frase que terminaba, cada página que acababa, era inspirada únicamente por Samantha.

Quién podía imaginarse que encontraría a su musa en una mujer que tanto lo alteraba. Cada vez que se sentía demasiado tentado de volver a tocarla, de hundirse una vez más en su dulce cuerpo que tan fácilmente caía ante el engaño de sus palabras, se iba de su casa, huía de su cercanía e intentaba olvidarla coqueteando con otra mujer, algo que luego no ocurría, porque llevaba el nombre de ella grabado en su mente y tan sólo pensar en acostarse con otra para olvidar su rostro lo dejaba frío e inútilmente vacío.

Así que, al final, se limitaba a sentarse a la barra de la vieja taberna a beberse sus penas y a intentar comportarse como el caballero que nunca sería, alejando de sí a una mujer que podía llegar a amarlo y quedar terriblemente decepcionada cuando descubriera que no era uno de esos hombres que se enamoran y traen consigo un bonito final de cuento de hadas.

Graham se bebió su tercera cerveza mientras le echaba una nueva ojeada a la delantera de aquella insinuante pelirroja que en alguna ocasión anterior lo había animado mucho, pero que en esos instantes lo dejaba indiferente ante la perspectiva de una nueva conquista.

Y miró una vez más el fondo de su vacía jarra de cerveza, preguntándose si ya sería hora de volver a su casa o aún podía embotar un poco más sus sentidos antes de enfrentarse de nuevo a la inocente joven que lo incitaba a comportarse como un canalla.

Lo más probable era que Samantha estuviera aburrida en su solitario hogar

y que se hubiera decantado por acabar con su hastío con uno de los libros de su estantería, o manipulando de nuevo su coche, que, sin duda, nunca volvería a brillar con el mismo esplendor después de haber pasado por las manos de ella.

Se levantó, dispuesto a marcharse y a pasar algún tiempo encerrado en su estudio para trabajar, cuando vio asombrado cómo una belleza de pelo castaño acompañaba a Liam hacia una de las mesas más alejadas de la barra, donde, de vez en cuando, las parejas buscaban algo de intimidad.

Graham se deleitó viendo cómo la pequeña y exquisita mujer se despojaba de su abrigo dejando al descubierto unos ceñidos pantalones negros que deberían estar prohibidos y una grácil figura que, aunque no estaba tan bien dotada como la de May, era digna de admiración. Cuando los parroquianos habituales vieron el ceñido jersey blanco que llevaba y que dejaba expuestos unos bellos hombros y un delicioso y tentador cuello, más de uno silbó admirando la hermosura de la dama.

Y en el momento en que Graham cayó en la cuenta de que sus curvas eran muy conocidas para él, ya que estaban grabadas a fuego en su mente, se enfureció olvidándose por completo de sus buenas intenciones y de lo de ser un caballero, porque sin haber visto aún su rostro, ya sabía a quién pertenecía aquel impertinente trasero que se bamboleaba sensualmente sobre unas altas botas con un pecaminoso tacón de aguja, dirigiéndose hacia las oscuras mesas que solían compartir las parejas, algo que en esta ocasión sólo ocurriría por encima de su cadáver.

* * *

Samantha se sentó contenta en el lugar que Liam le había indicado. Aunque se hallaba un poco apartado, no quiso quejarse ante las buenas intenciones del joven que tan amablemente la había invitado a disfrutar de unas cervezas.

Se fijó en el jovial ambiente que la rodeaba, donde los hombres disfrutaban con sus amigos de unas copas, mientras compartían sus anécdotas del día y todos ellos saludaban con simpatía al conocido dueño, que servía sus bebidas tan tranquilo ante sus socarronas bromas.

La pequeña taberna, llamada El Trébol de la Suerte, tenía gran fama entre los turistas debido a que parecía una de esas ancestrales cantinas de la época medieval. Tanto su arquitectura exterior como la interior parecían antiguas. No obstante, se podía disfrutar de todas las comodidades de la era moderna, ya

fueran la adorada calefacción o los entretenidos juegos de dardos que había a un lado. O la cara cerveza de importación que tenían entre las manos los que no eran capaces de aguantar el fuerte brebaje de las Highlands.

Vigas de madera, suelos adornados con alguna original alfombra, paredes de piedra y algún que otro llamativo adorno, como grandes espadas de lejanas épocas, o gaitas, eran la interesante decoración que atraía a tanta gente a ese pequeño refugio, donde se podían dejar los problemas de lado, sumergirse en el festejo y disfrutar con los amigos de una buena bebida.

Al no ver a Graham por allí, Samantha suspiró aliviada.

Después de calmar un poco su genio, vio que su enfado era algo irracional, ya que ellos no tenían ninguna relación que no fuera la que los unía para finalizar aquella endiablada novela. Que se hubieran acostado no significaba nada, sobre todo para un hombre que sólo utilizaba a las mujeres. Aun así, a Samantha le molestaba bastante la idea de haber sido sustituida tan deprisa por otra chica, cuyos encantos básicamente eran una bonita delantera.

Mientras miraba sonriente al joven que trabajaba para Graham llevándole a su apartada casa la correspondencia y haciéndole algún que otro recado cuando ese solitario ermitaño se negaba a abandonar su hogar, pensó en lo distinto que era ese agradable pelirrojo de profundos ojos verdes que siempre sonreía, del furioso hombre que siempre la recibía con un amargo gesto, grabado en su rostro de forma perenne.

Decidió que esa tarde disfrutaría de un buen descanso con alguien que, para variar, la hacía reír con sus agradables bromas. Todo lo contrario que Graham, que sólo conseguía irritarla con cada uno de sus ofensivos comentarios.

Pero su jovial sonrisa no tardó mucho en desaparecer de su rostro cuando precisamente Graham colocó su cerveza con brusquedad en la mesa y se sentó enfrente de ella sin pedir permiso, dedicándole una de sus furiosas miradas, que revelaba lo mucho que lo exasperaba su presencia en ese lugar.

—Veo que tienes tiempo para divertirte... —la acusó, señalando a Liam, que aún estaba charlando con el hombre que servía las cervezas.

—Que yo sepa, trabajar para ti no me convierte automáticamente en tu esclava —respondió aguerrida Samantha, sin dejarse amilanar por aquella mirada que había aprendido a reconocer.

—Creo que no leíste la letra pequeña del contrato —comentó Graham irónico, burlándose de su audacia—. Si quieres que termine ese maldito libro, tienes prohibido salir con otros hombres. No quiero que mi secretaria se distraiga

por nada del mundo y que no pueda llevar a cabo sus funciones como tal.

—Sí, claro… pero mientras tanto, tú puedes distraerte todo lo que quieras, ¿verdad? —preguntó Samantha sarcástica, señalando a la pelirroja de grandes pechos que ya había tenido el placer de contemplar desnuda bajo el cuerpo de Graham en una ocasión.

—No me distraigo, sólo he venido a despejarme un poco la mente y a buscar inspiración. Donde lo haga y con quien lo haga, definitivamente, no es tu problema, ya que tú sólo estás interesada en ese libro. ¿O es que yo también te intereso? —se burló Graham, acercándose al retador rostro de aquella mujer que aún lo seguía cuestionando.

—Pues lo mismo digo: ¡yo también puedo encontrar inspiración en quien me dé la gana! —señaló Samantha, dirigiendo su pícara mirada hacia el jovial hombre que se les acercaba—. En cuanto a eso de interesarme por ti, nunca sería tan idiota como para cometer tal error. Ya que sé que tú no eres una débil ancianita, a pesar de que muchos piensen lo contrario, Miss Dorothy —declaró, acercándose a Graham hasta que sus labios estuvieron separados por unos pocos centímetros, y sus tentadores alientos representaban una caricia que ninguno de los dos quería rechazar.

Algo que no obstante hicieron cuando Liam llegó con las bebidas, interrumpiendo sus acaloradas palabras con una de sus bromas.

—¡Graham! ¡Qué raro verte en una de estas mesas y no junto a la barra en busca de… inspiración! —comentó burlonamente el chico, señalando con las manos a cierta camarera, mientras permanecía de pie a la espera de que su jefe le devolviera su silla.

—Ya he encontrado la inspiración que buscaba —replicó Graham, sin apartar ni un solo instante los ojos de los de Samantha—. Lo malo es que ella se niega a volver a casa conmigo —finalizó, cediéndole finalmente la silla a Liam.

—Entonces, ¿qué piensas hacer, amigo? —curioseó Liam, golpeándole amistoso la espalda.

—Hacer que cambie de opinión —sonrió Graham, malicioso, mientras se dirigía a su apartado lugar junto a la barra, desde donde no dejaba de observar a la feliz pareja, esperando el momento adecuado para recuperar a su musa, que tan ligeramente había escapado de su lado.

* * *

Mi cerveza permanecía en la barra, pasando desapercibida para mis ojos, mientras perdía la cuenta de las que ella tomaba. Cada vez que miraba hacia la amorosa parejita, que no cesaba en sus bromas, me sentía más irritado. En algún momento de la velada, más de uno de los habituales clientes de Hamish se unieron a las bromas de Liam, convirtiendo finalmente aquella cita en una divertida reunión.

Algo que debería haber supuesto un alivio para mí, de no ser porque Samantha se convirtió en el centro de atención de un grupo de solteros que, sin duda alguna, buscaban pareja. Cinco hombres la rodeaban buscando ser el que más la hiciera reír y divertirse en esos momentos y por las risitas nerviosas de ella era indudable que Samantha se lo estaba pasando en grande, mientras que yo únicamente la observaba, bastante irritado, pensando que en esos instantes los dos deberíamos estar encerrados en mi estudio buscando mi inspiración.

Tras el típico juego de taberna con los chupitos, ese de «a ver quién bebe más antes de caer trompa», en el que ella no dudó en participar, le tocó el turno a tirar los dardos, donde ni uno de ellos hizo una diana o llegó a aproximarse siquiera. Luego, los pretendientes de Samantha tuvieron la maravillosa idea de cantar alguna picante canción de las Highlands, mientras Liam le enseñaba a ella cómo eran los bailes típicos de lugar. Por muy poco no acabaron los dos golpeando el suelo con su trasero.

Esa idea me hizo sonreír con malicia, hasta que Samantha tropezó y acabó cayendo en los brazos de Liam. Cuando vi ante mí una de esas melosas escenas que yo mismo escribía, en las que la pareja acababa besándose después de un resbalón de ese tipo, no pude contener mi rabia y me levanté bruscamente de mi taburete, dispuesto a impedir que eso pasara, porque Samantha estaba allí sólo por mí y, por lo tanto, era mía.

Un pensamiento del todo irracional, pero como yo no soy de la clase de tipos que le dan demasiadas vueltas a las cosas, fue una excusa perfecta para poner mis pies en marcha hasta el lugar donde se encontraba la mujer a la que tanto deseaba.

Como aquello era la vida real y no una empalagosa novela, Samantha acabó apartándose de los brazos de Liam y sin duda de esta manera lo libró de la ira de mis puños, que en esos momentos se volvían a cerrar con furia cuando ella tuvo la genial idea de enseñarles alguno de los bailes típicos de Nueva York a

aquellos estúpidos para mostrarles su agradecimiento. Para ello, seleccionó una animada canción en la vieja máquina de discos de Hamish, a la vez que movía su sensual cuerpo de una forma que los hizo babear a todos.

En el preciso momento en que sacudió pecaminosamente su larga melena castaña, haciéndonos pensar en eróticas fantasías, no tuve dudas: esa mujer sería mi perdición. Pero cuando la oí proponerles alegremente a los hombres que la rodeaban que bailaran con ella, estuve seguro de que esa noche tendría una pelea si alguno de ellos tenía la estúpida idea de aceptar.

Los fulminé a todos con una de mis más terribles miradas, mientras pasaba entre ellos hacia la mujer que había conseguido que mis buenas intenciones de permanecer alejado se esfumaran en un solo instante, precisamente en el mismo momento en el que comenzó a menear su trasero frente a mí.

Sin decir ni una palabra, me la cargué sobre el hombro y debía de estar bastante borracha, ya que ni una sola queja salió de sus labios cuando le eché el abrigo encima y cogí su bolso de las manos de Liam, que me sonreía alegremente, sin importarle demasiado que pusiera fin a la velada arrebatándole a su cita.

—¿Es que nunca te han enseñado a no tocar las cosas que son de otro? —increpé bastante molesto a mi fastidioso amigo, que siempre me recibía con una sonrisa.

—¡Pero yo no soy tuya…! —intentó intervenir Samantha, alzando un poco la cabeza que caía sobre mi espalda.

—¡No interrumpas las conversaciones de los hombres! —la corté enfadado, palmeando su trasero con una de mis fuertes manos, mientras intentaba sostener con la otra su frágil cuerpo, que seguía revolviéndose sobre mi hombro, un tanto inquieta. Al parecer, la advertencia de mi mano la hizo entrar en razón, porque dejó de moverse, evitando así una brusca caída, y simplemente resopló resignada ante mi mal humor.

—No sabía que te pertenecía —contestó Liam, atrevido, ampliando su sonrisa.

—Pues ahora lo sabes, ¡así que procura mantenerte alejado de mi nueva ayudante!

—Creía que era tu mecánica.

—Digamos que es simplemente mía... —dije, poniendo fin a las indagaciones de mi impertinente amigo.

—¿Y ella lo sabe? —se burló Liam, al oír los resignados suspiros de

Samantha, que, al parecer, no estaba de acuerdo con mi afirmación.

—Lo sabrá —sentencié, dispuesto a hacerle saber a Samantha que el tiempo que estuviéramos juntos me pertenecía sólo a mí.

Luego acallé sus ofendidas protestas con otro fuerte azote y me la llevé de la animada reunión todavía cargada sobre mi hombro, ante el asombro de todos y alguna que otra risita de los que me conocían y sabían que yo nunca había hecho el idiota por una mujer. Hasta entonces.

Pero es que esa mujer tenía algo que hacía que no me pudiera resistir a sus encantos. Para mi desgracia, algunos de los allí presentes comenzaban a pensar lo mismo que yo, cuando Samantha alzó su rostro y se despidió de todos lanzándoles besos y «te quieros» con bastante indiferencia, sin importarle demasiado su poco digna posición.

Me enojé un poco con sus desprendidas muestras de cariño, pero me resistí a golpear sus nalgas de nuevo para llamar su atención, así que oculté mi atrevida mano por debajo del grueso abrigo que la tapaba y acaricié su atrayente trasero como había querido hacer tras su sensual bailecito.

—¡Graham! —gritó alterada, volviendo a forcejear conmigo y mirándome escandalizada por mi comportamiento, pero cesando al fin sus amorosas despedidas.

—Samantha... —respondí sensualmente, dirigiéndole una de mis sugerentes miradas, que siempre la hacían darse cuenta de lo mucho que la deseaba.

Y tras enfrentarse a mis ojos, me ordenó que la llevara a casa, un tanto acalorada, porque ambos sabíamos cómo terminaría esa noche en la que los dos habíamos intentado evitar algo que no podíamos negar: la atracción de nuestros cuerpos, que nos reclamaba revivir el recuerdo del placer que ya habíamos experimentado el uno en brazos del otro, y que nunca sería olvidado por ninguno de los dos.

CAPÍTULO 12

Conducir hacia su casa y llegar intacto se le estaba haciendo imposible, con la «señorita tentación» sentada junto a él, poniendo la radio a todo volumen y cantando cada una de las canciones que encontraba. Se las supiera o no, Samantha las interpretaba con gran emoción. ¡Qué pena que los oídos de Graham no tuvieran el mismo entusiasmo por oír sus delirantes y desafinados berridos!

La tercera vez que puso fin a ese ensordecedor ruido apagando la radio, Samantha intentó encenderla de nuevo, momento en el que Graham retuvo junto a él su delicada mano. Pero si creyó que con eso conseguiría silenciarla, estaba muy equivocado, ya que, por lo visto, ése fue el momento elegido para que Samantha añorara su casa y comenzara a entonar la famosa canción *New York, New York*, de una manera tan lamentable, que, sin duda alguna, si Frank Sinatra estuviera vivo, le patearía su hermoso trasero sin clemencia alguna.

El dolor de cabeza, que en un principio había comenzado como una leve punzada en su sien derecha, ahora se había convertido en algo bastante insoportable. Y más cuando aquella loca no dejaba de aullar junto a su oído una canción de la que sólo se sabía el estribillo.

Graham se detuvo unos instantes en un apartado y oscuro lugar alejado del camino, decidido a amordazarla con su camiseta o a meterla en el maletero con tal de acallar aquel irritante sonido que lo estaba poniendo de los nervios.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Samantha, confusa, al ver que Graham no apagaba el motor del vehículo.

—No. Hemos parado un momento para tomarnos un descanso —contestó él, mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad y rebuscaba en la guantera un bote de analgésicos y una botella de agua que había dejado antes.

—Ya sé lo que está pasando, ¡te quieres aprovechar de mí! —exclamó Samantha, desabrochándose también el cinturón.

—No, eso no es lo que estoy…

—¡Ya era hora! —interrumpió ella sus explicaciones, colocándose sobre su regazo y poniendo fin a la búsqueda de un alivio para su malestar que no fuera ella misma.

Graham puso sus manos en la espalda de la mujer que se retorcía insinuante encima de él, sin dejar de besar su rostro con dulzura, tentándolo a abandonarse a la locura.

Decidido a comportarse como un caballero, probó a hacerla razonar, pero la confesión que salió de su boca, esas palabras que él nunca había oído, lo hicieron olvidarse de todas sus buenas intenciones y sucumbir una vez más al pecado, arrastrándola con él hacia el placer que tanto los deleitaba.

—Samantha, estás borracha… no quiero que hagas algo de lo que mañana te puedas arrepentir —dijo firmemente Graham, alejándola por unos instantes de él para que cesara en sus desmedidas muestras de afecto y comprendiera lo que estaba haciendo.

—Te he echado de menos, ¡todas las noches te echo de menos! —confesó ella, aún en su regazo. Y tomando una de sus fuertes manos, hizo que le acariciara la cara, mientras proseguía con la revelación de sus más profundos sentimientos—: Añoro tus gruñones comentarios, tu ácido humor y tu perversa sonrisa —declaró feliz, besando la mano que al fin la volvía a tocar—. Tus embaucadoras palabras, que sólo saben tentarme, y tus fuertes brazos, que en sueños me retienen contra tu cuerpo… —continuó dulcemente, abriendo al fin los ojos y enfrentándose a la sorprendida mirada del hombre al que había comenzado a amar—. Añoro tus palabras como Miss Dorothy y también las bruscas pronunciadas como Graham Johnson, que salen de tu boca confundiéndome por igual. Pero lo que más echo de menos son tus caricias, con las que me demuestras que, a pesar de que tus labios lo nieguen, sientes algo por mí que no sabes cómo definir. Y eso te asusta… —declaró Samantha, mientras le acariciaba los labios con uno de sus delicados dedos—. Estamos tan cerca, pero a la vez tan lejos, Graham... —finalizó, llegando a un lugar de aquel hombre al que nunca nadie había llegado: su corazón.

Graham no pudo ser el caballero que hacía recapacitar a la confusa mujer que tanto lo tentaba de que aquello era un gran error. No pudo convertirse en ese hombre de novela rosa que ella admiraba, porque los hombres de verdad no

tenían tanta fuerza de voluntad como para alejar lo que más codiciaban. Y él tenía entre sus brazos su mayor anhelo: una mujer que lo conocía por completo y que, aun así, lo deseaba.

Por primera vez en su vida, se dejó llevar por lo que su loco corazón le dictaba y, tras besar tiernamente la mano de ella, que todavía descansaba sobre sus labios, la llevó hacia su cuello y se apoderó de su boca, haciéndole ver a Samantha lo mucho que él también había añorado la unión de sus cuerpos.

Ella se dejó guiar en ese tórrido beso que tanto deseaba y se abandonó a las caricias de aquel hombre que tanto amor le mostraban. Graham devoró su boca, besando con exquisita delicadeza sus labios, para luego mordisquearlos con ternura y lograr que algún que otro gemido escapase de Samantha, aprovechando el momento para que su lengua se adentrara en su boca para jugar con la de ella, mostrándole la dulce pasión de un beso.

Las fuertes manos de Graham vagaron por el cuerpo de Samantha, y alzó poco a poco el jersey que lo había estado tentando toda la noche. Ella levantó los brazos por encima de la cabeza y Graham se los retuvo con la nívea prenda, que usó para sus tentadores juegos de seducción: cogió con brusquedad el jersey que mantenía aprisionadas las manos de Samantha y lo echó hacia atrás, haciendo que ella se recostara contra el volante del coche.

A la vez que con una mano la mantenía prisionera, con la otra le acariciaba la cintura, haciéndola estremecer con cada uno de sus mimos. Graham subió lentamente hacia el sujetador y se lo desabrochó. Luego, sin más, lo apartó de su camino cuando sus labios decidieron deleitarse con el dulce sabor de Samantha.

Devoró sus pequeños senos, haciendo que sus pezones se irguieran impacientes. Su lengua recorrió con lentitud cada uno de ellos y sus dientes jugaron tentadores con sus pechos. Cuando Samantha suplicó más, Graham simplemente retiró la boca y, después de brindarle una de sus perversas sonrisas, sopló sobre ellos, haciéndola temblar.

La mano de él descendió lentamente por su cintura hasta el borde de los pantalones y se introdujo dentro de ellos, llegando hasta su más recóndito lugar. Ella se removió inquieta, buscando las caricias de un hombre que siempre sabía complacerla, y cuando introdujo varios dedos en su húmedo interior, sin dejar de rozar su clítoris con otro, Samantha no pudo evitar gemir de placer, incitándolo a seguir con cada una de sus cautivadoras acciones.

Mientras se movía inquieta sobre el regazo de Graham, notó la evidencia de lo mucho que aquel hombre la deseaba y le rogó que le liberara las manos,

atrapadas por el jersey, para poder tocarlo. Graham simplemente desoyó sus súplicas y la sujetó más fuerte, a la vez que su ávida boca volvía a devorar los turgentes senos, llevando su cuerpo a la cúspide del goce.

Samantha, sintiendo el placer de sus labios junto al de las caricias de sus manos, no pudo evitar entregarse a un desgarrador orgasmo, durante el que gritó el nombre del hombre que tanto confundía su cuerpo y su mente. Se desplomó saciada contra el volante del automóvil, haciendo sonar el claxon.

Él se rio ante el ensordecedor ruido que los sorprendió a ambos y antes de que Samantha pudiera reaccionar de alguna manera, la tumbó en el asiento del pasajero, desnudándola rápidamente: el jersey fue arrojado a un lado, liberando al fin sus manos, y él se despojó del suyo, mostrando la desnudez de su pecho. Luego se bajó los pantalones para, a continuación, colocarla de nuevo sobre su regazo, entrando esta vez en su húmedo interior de una profunda embestida que los hizo gemir a ambos, deleitándose con el placer de la unión de sus cuerpos.

Graham sujetó la cintura de la apasionada mujer que lo montaba, marcando el ritmo que exigía su cuerpo, y ella se dejó guiar mientras sus delicadas manos sujetaban los fuertes hombros del hombre que la tentaba.

Samantha no tardó en volver a excitarse cuando la boca de Graham volvió a agasajar sus pechos y él incrementó su ritmo, haciéndola delirar de placer cuando sus labios susurraron en su oído las bellas palabras que en verdad él nunca reconocería. Ése fue el momento en que Samantha se estremeció ante un nuevo orgasmo, dejándose llevar hasta el éxtasis.

Él la acompañó, llevando inclemente su cuerpo hasta el límite del placer, donde los dos gritaron el nombre de la persona que más los irritaba y complacía en todo momento.

Samantha se derrumbó sobre él, que la abrazó con un cariño que nunca demostraba. La retuvo contra su cuerpo, acunándola entre sus brazos hasta que el frío de las Highlands comenzó a hacer su aparición. Entonces se vistieron con prisa y volvieron a emprender el camino sin decir una sola palabra sobre lo ocurrido, porque en realidad ninguno de los dos sabía si lo que sentían el uno por el otro podía definirse como amor.

* * *

A la mañana siguiente me levanté con la mayor resaca de mi vida. Y eso que estaba más que acostumbrada a beber, ya que, cuando salíamos, mi amigo Raúl siempre me retaba a ir a un bar donde el juego de moda era participar, totalmente trompa, en el concurso estilo Trivial que el dueño exponía en la gran pantalla de plasma del local. Los que sabían poco, acababan sabiendo aún menos, pero si acababas ganando, las copas te salían gratis durante toda la noche.

Yo, por suerte, casi siempre ganaba. Aunque cuando volvía a casa siempre me encontraba la mirada reprobadora de mi padre, que sostenía una gran taza de café muy cargado, que me hacía reflexionar sobre por qué había fallado la penúltima pregunta del juego si apenas veía doble...

En ese momento eché de menos a mi amoroso padre y su espléndido remedio para la resaca que siempre me hacía sentirme como un despojo a la mañana siguiente. Y los eché de menos, muy especialmente, cuando el resultado de mi locura fue despertarme desnuda junto a aquel indecente hombre y su espectacular trasero.

Él dormía boca abajo, ocupando casi toda la cama, mientras uno de sus fuertes brazos me retenía contra su cuerpo, haciéndome imposible huir sigilosamente y aparentar que nada de eso había ocurrido. Traté de apartar su brazo de mí, despacio, pero él murmuró algo ininteligible, al tiempo que se removía inquieto hasta volver a abrazarme. Así que, después de intentar mi huida varias veces y acabar con él más enlazado a mi cuerpo, desistí de ello y decidí tratar de recuperar poco a poco los recuerdos de lo ocurrido la noche anterior, hasta que Graham al fin se despertara y me permitiera escapar de sus ansiosos brazos que no se apartaban de mí ni un solo instante.

Bien, veamos: yo había ido a una acogedora taberna con el sonriente y agradable Liam, luego hizo su aparición Graham y lo más lamentable de todo era que había acabado la noche con el escritor gruñón… Definitivamente, mis hormonas estaban muy mal para preferir a aquel detestable hombre en vez de a uno que todo el rato me hacía reír.

Más recuerdos… Después de unas cuantas cervezas, había conocido a unos amigos de Liam, todos encantadores y solteros, que no paraban de halagarme. Y una vez más me pregunté por qué había acabado en la cama de un hombre que desconocía el significado de la palabra «amabilidad».

Bueno, creo que lo que me llevó a coger la cogorza de mi vida fueron los chupitos de un fuerte brebaje fabricado en las Highlands que era puro alcohol.

Creo recordar que alguien me sacó a bailar. Luego yo bailé como me había enseñado mi vecina la estríper y después sólo sé que alguien me cargó sobre su hombro como un saco de patatas y me llevó a…

¡Oh, Dios mío! Ahora que me había calmado un poco y que mi mente comenzaba a estabilizarse, me acordé de mi confesión a Graham, los insinuantes besos que le di y todas las veces que mi cuerpo había gozado de sus caricias...

¡Mierda! ¡No sólo lo habíamos hecho en mitad del camino en un pequeño coche de alquiler, sino que cuando llegamos a su casa probamos todas las habitaciones excepto el dichoso cuarto de invitados, que seguía siendo inhabitable!

El sofá había sido el primero. Después la mesa de la cocina, el suelo del pasillo, la ducha y al final caímos rendidos en la cama, sin poder mover ni un músculo de nuestros cuerpos, que únicamente nos reclamaban unas cuantas horas de sueño.

Vale… ¿y ahora cómo salgo de ésta? ¿Le digo que no recuerdo nada y lo mantengo alejado de mí, o le recrimino su comportamiento ante una desvalida y embriagada mujer que no sabía lo que hacía?

No, ésas eran vanas excusas que con él no servirían de nada. Además, había sido yo quien había buscado sus caricias, así que haría caso a los sabios consejos de mi padre para responder ante cualquier nefasta situación: mantendría la cabeza bien alta, sonreiría y diría siempre la verdad, ya que los dos éramos adultos y yo no tenía nada de lo que avergonzarme.

Mientras pensaba en las palabras más acertadas para hacerle entender a Graham que aquello no volvería a pasar, noté que la fuerte mano que me retenía había comenzado a acariciarme, así que me volví hacia él y me encontré con su pícara sonrisa y sus penetrantes ojos castaños que devoraban mi desnudo cuerpo, sin duda, dispuesto a repetir alguna de las hazañas de la noche anterior.

—La cama no llegamos a probarla... —musitó sensual en mi oído, haciéndome desear caer una vez más en la tentación.

Pero yo, firmemente decidida, lo aparté de mi lado y me alejé de la cama arrastrando la sábana conmigo, ocultando mi cuerpo a sus ojos e intentando dejarlo todo claro entre nosotros.

—Graham, esto no volverá a pasar. Yo sólo he venido para que termines ese libro. Y cuando todo esto finalice, me marcharé.

—¿Y por qué no podemos divertirnos en el proceso? —propuso ladino, acomodándose en el lecho sin importarle lo más mínimo mostrarme su

espléndida desnudez.

Yo, resuelta a decir toda la verdad, me acerqué todavía envuelta con mi protectora sábana, y cuando nuestros labios estuvieron tan cerca que nuestros alientos se tocaban, le expliqué cuáles eran mis sentimientos.

—Esto no volverá a pasar, Graham Johnson, porque yo hago el amor, no follo —expliqué con unas palabras tan rudas como las que eran habituales en él. Luego, no pude evitar darle un beso de despedida y me largué hacia el baño, llevándome la sábana enrollada en torno a mí como si del vestido de alguna diosa griega se tratase.

Por primera vez desde que nos conocimos, dejé a mi admirado y reconocido autor sin palabras, y me sentí orgullosa de ello, porque eso sólo significaba que él estaba tan perdido como yo en esos momentos en los que ninguno de los dos sabíamos por qué habíamos acabado en brazos del otro en aquella enorme cama en la que siempre tendríamos presente nuestro primer encuentro.

* * *

Cuando Graham decidió salir al fin del cálido lecho en el que se encontraba, que hacía horas que había dejado de ser placentero al carecer de la presencia de la mujer que tanto lo tentaba, halló a Samantha preparando un apetecible desayuno, mientras desafinaba una de las escandalosas canciones que había tenido la desgracia de aprenderse la noche anterior con aquella panda de granujas amigos de Liam.

Por lo visto, su resaca no había durado demasiado, ya que se movía alegremente por la cocina y el olor de la comida no la molestaba. Graham se sentó en uno de los taburetes sin poder dejar de admirar cada uno de sus sensuales movimientos, y decidió que, sin ningún género de dudas, tenía que volver a tener a aquella mujer en su cama. Que ella sólo deseara volver allí cuando ambos sintieran algo llamado «amor» era un problema en el que pensaría más tarde. Si fuera un buen hombre, tal vez permitiría que Samantha se alejara de él, tal como ella deseaba, y que hallara en otro ese amor con el que soñaba. Pero como nadie podría definirlo jamás con esas palabras, Graham simplemente hacía lo que quería.

Y en esos momentos, lo que más anhelaba era volver a tenerla entre sus brazos para demostrarle que no tenía que sentir ese estúpido sentimiento para poder disfrutar del buen sexo que ellos compartían.

Graham degustó lentamente su desayuno sin dejar de observarla ni un solo instante, ni de rememorar en su calenturienta mente cada uno de los momentos de la noche que habían pasado juntos. Mientras no dejaba de idear descabellados planes para que volviera a caer entre sus brazos, la inspiración que siempre acudía a él cuando Samantha lo acompañaba se adueñó de su mente y lo hizo volver a sus historias, en las que sus protagonistas siempre conseguían tener sexo con la mujer que deseaban.

Si todo fuera tan fácil como en una de esas novelas que escribía, Samantha no saldría de su habitación en una semana, y ese estúpido sentimiento que todos llamaban «amor» no se interpondría en su camino para conseguir a la mujer que más deseaba.

Samantha se había sentado frente a él y Graham se disponía a utilizar todos sus trucos para hacerla caer de nuevo con sus tentadoras palabras, cuando un impertinente y molesto personaje interrumpió su momento osando llamarla a su teléfono móvil, y ella contestó con una jubilosa sonrisa.

—¿Diga…? —dijo ella alegremente.

Sus siguientes palabras hicieron que Graham volviera a sacar a relucir su conocido mal humor, porque si ya era bastante malo que la mujer que había tenido entre sus brazos la noche anterior gritando su nombre le negara su cuerpo a la mañana siguiente, era aún peor que riera tontamente con las bromas de otro hombre que tal vez sí le podría dar lo que Samantha buscaba, esas dos palabras que ilusionaban tanto a las mujeres y que muy pocas veces tenían la importancia que ellas les daban, ya que un «te quiero» pronunciado despreocupadamente no significaba nada.

—¡Sí, Liam, estoy de maravilla…! ¡No te preocupes, se lo recordaré! Yo también me lo pasé genial y…

La conversación de Samantha finalizó en el preciso instante en que Graham le arrebató el teléfono y simplemente colgó. Luego la miró bastante molesto.

—Como mi secretaria que eres, tienes mucho trabajo que hacer organizando todos los detalles de mi viaje. Como mi niñera enviada por esa adinerada editorial, ni siquiera has empezado a cumplir con tu deber, y como mi ayudante, para pagar tus gastos de alojamiento dejas mucho que desear, ya que todavía no has sido capaz ni de terminar de montar mi coche. Que sepas que no tienes tiempo para divertirte. ¡De hecho, todo tu tiempo en estos instantes me pertenece! —reprendió severamente Graham a la mujer que tanto lo había alterado con el simple juego de risitas que había compartido con otro.

—Si no fuera porque es imposible en alguien como tú, juraría que estás celoso—comentó Samantha suspicaz, intentando recuperar su teléfono, algo del todo imposible cuando un hombre del tamaño de Graham decidía ponerlo fuera de su alcance.

—¡No seas ridícula! ¡Yo no he sentido celos en mi vida! —replicó Graham, devolviéndole el móvil bruscamente por haberse atrevido a decir tal cosa—. ¿Qué quería ese hombre de ti? —indagó a continuación, sin darse cuenta de que su pregunta hacía que la afirmación de Samantha pareciera cada vez más acertada.

—Sólo preguntarme cómo estoy y recordarme que te dé el correo que te trajo ayer, cuando tú habías ido en busca de «inspiración» —contestó, haciendo bastante hincapié en el tipo de inspiración que había ido a buscar a esa taberna.

—Y que finalmente encontré... —sonrió el escritor con malicia, devorando el cuerpo de Samantha con la mirada.

—Gracias, Graham, pero no me gusta ser tu musa en ninguna de tus novelas: ni en las de intriga, ni mucho menos en las de amor —replicó Samantha irónica, consciente de la forma en que se inspiraba, mientras le tendía a Graham el abultado sobre que había recibido el día anterior.

Él se lo arrebató de las manos y después de ver la dirección del remitente, sonrió como si de una broma se tratase y lo abrió sin prisa, sacando de él una película que aún no había sido lanzada al mercado y que todo el mundo esperaba con gran impaciencia.

Entre sus manos, Graham tenía el último estreno del maravilloso actor Stephen James, una joven promesa de esas comedias románticas que tanto atraían a todas las mujeres. De hecho, Samantha había reído, llorado y disfrutado con cada una de las actuaciones de ese hombre, convirtiéndose en una acérrima seguidora de cada una de sus películas.

Y esa que Graham tenía en sus manos era una de sus favoritas, y la que más deseaba volver a ver después de haberla disfrutado en el cine, pero por desgracia no saldría a la venta hasta al cabo de unos meses. Entonces, ¿cómo narices podía poseer él ese preciado tesoro?

No pudo resistir la tentación de arrancársela de las manos, pensando que a él, sin duda alguna, le desagradaría ese género, ya que en su extensa colección de DVD sólo había *thrillers*, películas de asesinatos y alguna que otra de suspense o terror.

—¡Es el último DVD de Stephen James! —gritó Samantha emocionada,

mirando detenidamente la bella portada en la que destacaba el hermoso perfil del actor, un atractivo moreno de ojos azules, cuyo rostro podía ser la perdición de cualquier mujer.

—Esto no es tuyo —dijo Graham, arrebatándole violentamente la película de las manos y llevándosela consigo, así que ella lo persiguió por toda la casa, para ver dónde ocultaba ese bien tan codiciado.

Se quedó anonadada cuando vio que Graham se dirigía hacia la parte trasera de la casa, donde junto a la ventana había sido colocado un imaginativo artilugio para espantar a los pájaros que sobrevolaban el lugar. El ingenioso invento consistía en unos brillantes adornos hechos con unos simples DVD que colgaban de hilos de pescar, creando deslumbrantes destellos que espantaban a las insolentes aves que osaban acercarse.

A ella no le parecía mal, ya que era una solución bastante buena, que utilizaba recursos desechables que de otro modo acabarían en la basura. Pero lo que le pareció un sacrilegio fue que Graham colocara junto a ellos, con una gran sonrisa, el DVD de esa nueva película que tantas mujeres deseaban poseer y luego, encima, el muy cabrón le hiciera una insultante fotografía que seguramente mandaría a alguno de sus amigos.

—¡Ni se te ocurra bajarlo de ahí! —ordenó Graham, en un tono bastante más brusco de lo habitual.

—¡Pero ésa es una de mis películas favoritas! —gimió Samantha, desesperada por alcanzar el DVD.

—¡Cómo no! Alguien como tú tenía que ser una fanática seguidora de ese idiota... —le reprochó Graham, molesto con ella, porque intentaba por todos los medios alcanzar la película.

—¡Stephen James no es un idiota! ¡Tiene mucho talento, y por los reportajes que se pueden ver en la tele sobre él, es un hombre con mucho carisma! —defendió Samantha a su adorado actor de las rudas palabras de aquel fastidioso hombre.

—Sí, claro… Y según todo el mundo, Miss Dorothy es una dulce y adorable ancianita —le recordó Graham irónicamente, señalándole uno de sus mayores defectos: su ingenuidad.

—Sí, pero todo el mundo no es como Miss Dorothy —señaló Samantha burlona, sin abandonar sus intentos de apoderarse de un objeto que podía convertirse en una de sus más preciadas posesiones.

—No, cariño, yo soy único —sonrió Graham, alzando la barbilla de

Samantha y atrayendo sus labios hacia un dulce beso que la hizo olvidarse de por qué admiraba tanto a otro hombre que no fuera su exasperante escritor.

Cuando él finalizó el beso, dejándola un tanto aturdida, volvió a mostrar su perversa personalidad colgando el disco en la parte más alta de su ingenioso artefacto.

Samantha lo maldijo una y otra vez, mientras Graham se alejaba hacia el interior de su confortable hogar y ella se quedaba dando estúpidos saltitos con la esperanza de alcanzar alguna de las películas de su actor preferido, porque ahora que se fijaba con más atención, todos los DVD que colgaban ante sus ojos como si de unos tentadores caramelos se tratasen, eran de su amado Stephen James. Todos y cada uno de ellos. ¡Qué narices le pasaba a Graham para odiar tanto a ese actor! Y lo más importante: ¿por qué tenía el privilegio de recibir con antelación sus películas si era algo que simplemente desaprovechaba?

* * *

Después de una semana, Samantha continuaba sin poder echarle mano a esa película que tanto adoraba. Le había mostrado su descontento a Graham en más de una ocasión, pero él se limitaba a sonreírle malicioso y se negaba absolutamente a descolgar el objeto de la ventana.

También lo había atosigado con impertinentes preguntas sobre los motivos por los que gozaba del privilegio de conseguir antes que nadie esas películas de estreno, y más aún si él simplemente las desperdiciaba utilizándolas como espantapájaros, algo a lo que el pelirrojo de nuevo le había contestado con una de sus enigmáticas sonrisas, mientras le advertía que no era asunto suyo.

Al final de cada día, Samantha observaba preocupada cómo el DVD comenzaba a estropearse por las inclemencias del tiempo, e intentaba descolgarlo sin que Graham se diera cuenta, porque seguramente ese energúmeno se lo arrebataría antes de que pudiera ver la película y lo volvería a colgar en ese denigrante lugar.

Todos sus intentos hasta el momento habían sido infructuosos: por la mañana, Graham le encargaba decenas de tareas, y cuando se encerraba en el estudio para escribir, la arrastraba con él, diciéndole que, al ser su musa, debía quedarse a su lado para que la inspiración surgiera. Entonces, la hacía sentar en el sofá del estudio con uno de sus libros y le prohibía rotundamente moverse de

su sitio, sin poder evitar echarle un vistazo cada dos por tres para observar si continuaba en el lugar que le había sido asignado, impidiéndole así hacer ningún movimiento hacia su amada película.

Pero ese día, que había amanecido algo lluvioso, sería el último, ya que Samantha estaba más que decidida a hacerse con ese tesoro, por más obstáculos que aquel desquiciante sujeto pusiera en su camino. Aprovechó el momento en que Graham estaba en la ducha, para coger una destartalada escalera del garaje y unas tijeras, y marchó decidida hacia la parte trasera de la casa.

Cuando al fin se hallaba a un solo paso de conseguir su premio, alguien interrumpió su momento de gloria llamando al timbre, por lo que se vio obligada a dejar de lado sus impetuosas acciones, si no quería que Graham la descubriera. Así que bajó corriendo la desvencijada escalera, con tan mala suerte que uno de los peldaños se rompió, haciéndola caer sobre el barro del abrupto terreno que rodeaba la casa.

Al intentar ponerse de pie, resbaló un par de veces, cayéndose sobre el lodazal en que se había convertido el jardín de Graham por la lluvia, empeorando aún más su ya de por sí lamentable aspecto. Como toda su ropa estaba sucia, se limpió las manos en ella y se dispuso a abrir la puerta principal, antes de que aquel mastodonte se percatara de lo que estaba haciendo y la desterrara nuevamente al sofá.

Así pues, enlodada y un tanto furiosa, se adentró en la casa y se dirigió hacia la entrada. No tenía ganas de recibir ninguna visita con aquellas pintas, pero por suerte, los invitados de Graham nunca serían famosas estrellas o prestigiosas celebridades, y no importaba demasiado el aspecto que ella tuviera.

La persona que llamaba ansiosamente en esos momentos a la puerta de Miss Dorothy sólo podían ser el incordio de Payton o el alegre Liam, quienes tal vez se burlaran de ella, pero comprenderían el motivo, ya que conocían demasiado bien el carácter de Graham y sus innumerables jugarretas a la hora de fastidiar a la gente para evadirse de su eterno aburrimiento.

Samantha se recompuso un poco la ropa y corrió hacia la puerta, decidida a deshacerse de la molesta visita lo más rápido posible, para luego poder ducharse sin que Graham se burlara demasiado de su triste situación.

Abrió la puerta justo cuando cesaba el ruido de la ducha. En el momento en que Samantha vio al visitante inesperado, no pudo evitar gritar de asombro ante la sorpresa que tenía delante, y, un tanto asustada, volvió a cerrar la puerta en las narices de aquel hombre que le había regalado una de sus más bellas sonrisas.

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclamaba Samantha, sin saber qué hacer con su lamentable aspecto, mientras tenía en la puerta al hombre más maravilloso de todos, el que era sin duda el más cálido sueño de cualquier chica.

—¿Se puede saber qué mierdas estás haciendo? —rugió la pesadilla de cualquier mujer, envuelto sólo con una minúscula toalla.

—No puedo, no puedo, no puedo… —repetía ella, sin prestar atención a las furiosas palabras de Graham.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —insistió él, confuso por su absurdo comportamiento, mientras se dirigía a la puerta para abrirla.

Pero Samantha se interpuso en su camino, decidida a que no espantara a aquel delicado hombre con su rudo comportamiento.

—¡No puedes! ¡Es Stephen James! —exclamó como si de un dios se tratase.

—¿Y? —preguntó Graham irónicamente, alzando una ceja.

—¡Que no puede verme así! —gritó histérica, mostrándole su mugrienta apariencia.

—En primer lugar… ¿por qué estás así? No habrás vuelto a intentar bajar ese maldito DVD, ¿verdad? —la reprendió con severidad.

—Es que… —intentó excusarse Samantha, bajando su rostro un poco avergonzada.

—¡Abre la maldita puerta de una vez! —ordenó Graham, bastante furioso.

Algo que ella hizo un tanto reticente, viendo cómo el atractivo actor al que tanto admiraba la saludaba con una de esas brillantes sonrisas que sólo dedicaba a sus seguidoras en la gran pantalla.

—¡Hola! —dijo amablemente Stephen James, dejándola sin palabras a la hora de excusar su mal comportamiento.

Samantha sólo pudo retroceder un tanto ensimismada, y tropezó cayendo al suelo, a los pies de su admirado actor. Terriblemente avergonzada, se levantó, sujetándose a lo que tenía más a mano, que no era otra cosa que la toalla de Graham.

Cuando acabó de incorporarse, miró la toalla que tenía entre las manos, al hombre furioso y desnudo que la miraba y a su admirado actor, que se reía a carcajadas a su espalda, y no pudo hacer otra cosa que correr a esconderse en el agujero más cercano que hubiera, que en esa ocasión resultó ser el cuarto de baño.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Stephen James, muy interesado en la

nueva adquisición de su amigo.

—Mi ayudante —contestó Graham muy seco, dirigiendo una dura mirada a la puerta tras la que Samantha permanecía encerrada.

—¿Y cuáles son sus funciones? ¿Desnudarte? —bromeó Stephen, señalándole su carencia de ropa.

—¡Qué más quisiera yo! —suspiró resignado, decidido a comentarle a su amigo los problemas que le acarreaba su nueva y molesta situación.

—Entonces, ¿se puede saber qué hace esa preciosidad en tu vida si no ocupa un hueco en tu cama? —preguntó algo confuso el famoso *playboy*.

—Por lo pronto, fastidiarme el descanso, desde que vino a alterar mi merecida soledad...

—Si quieres deshacerte de ella, yo puedo hacerte ese favor... —comentó pícaramente el sensual actor, mirando con gran descaro la puerta donde su próxima posible presa se escondía.

—Te lo advierto, Stephen, ¡no permitiré que juegues con Samantha! —lo avisó Graham serio.

—Entonces, ¿podemos decir que al fin te has echado novia? —indagó el actor, muy interesado por su respuesta.

—Sabes que yo nunca mantengo una relación seria con ninguna mujer —replicó Graham, descartando las palabras de su amigo, sin querer que preguntara más por la confusa relación que tenía con Samantha, porque, a pesar de haber declarado imprudentemente días antes que era suya frente a una decena de testigos, todavía se negaba a admitir ante cualquier otro lo que sentía por esa mujer.

—En ese caso, amigo mío, siento decirte que lo que yo haga con esa preciosidad sólo será asunto mío y de esa belleza a la que aún no has reclamado... —declaró Stephen James, resuelto a disfrutar más que nunca de la visita que le hacía anualmente, tan sólo para fastidiarlo.

—Voy a vestirme… —gruñó Graham entre dientes, decidido a cambiar de tema antes de que su mal humor se intensificara y acabara arrojando al actor por la ventana sin molestarse en abrirla siquiera.

—¡Oh, realmente me voy a divertir en esta visita! —sonrió Stephen James complacido, cuando su amigo desapareció de la estancia mientras él se tumbaba en el sofá, esperando a ver cuál podría ser su próximo movimiento para despertar los celos de su testarudo amigo, que no parecía darse cuenta de que estaba enamorado.

CAPÍTULO 13

Cuando salí del baño, después de darme una ducha bastante larga con la que intenté esconder mi vergüenza ante el peculiar recibimiento que le había ofrecido a ese hombre al que idolatraba, corrí hacia la habitación de Graham, donde estaba mi ropa, envuelta tan sólo en una toalla.

Para mi desgracia, él estaba allí, terminando de ponerse las botas, y al observar mi escasa indumentaria, decidió hacerlo con bastante más lentitud. Yo, por mi parte, agarrando con fuerza la minúscula toalla que había encontrado en el baño y que, gracias a Dios, tapaba todo lo necesario, traté de encontrar en mi maleta con qué cubrir mi desnudez, algo realmente complicado cuando una sólo puede utilizar una mano, debido a que la otra la tiene ocupada impidiendo quedarse desnuda ante la ávida mirada de un pelirrojo que estaba tardando, a propósito, más de lo necesario para atarse unos puñeteros cordones. Al fin, harta de que se demorase tanto con tal de intentar verme de nuevo desnuda, fui a increparlo para que se marchara. Gesto que, definitivamente, nunca funcionaría con un sujeto como él.

—Si ya has terminado... —dije, señalándole cordialmente la puerta e indicándole que saliera de la habitación.

—Sí, ya he terminado —respondió él, y se dejó caer con gran despreocupación sobre su lecho, colocando sus fuertes manos detrás de su cabeza, mientras sus ojos no se apartaban de mí ni un solo instante.

—¿Podrías marcharte para que yo pueda vestirme? —le pedí, indicando de nuevo la salida, molesta por su desvergonzado comportamiento.

—¿Por qué? No ocultas nada que no haya visto ya —respondió Graham, recordándome que él y yo habíamos sido amantes, aunque yo ahora lo rechazara.

—Haz lo que quieras... —repliqué, cansada de intentar razonar con un sujeto que carecía de consideración alguna.

Así pues, sujetando la toalla contra mi cuerpo, rebusqué desesperadamente en mi maleta hasta dar con algo de ropa: unos viejos vaqueros y un amplio jersey azul fueron lo primero que encontré. También hallé un conjunto de ropa interior,

para mi desgracia, el más atrevido que llevaba conmigo, y a Graham se le iluminaron los ojos en cuanto lo vio, como si de un juguete nuevo se tratase.

—¡Esto no lo había visto! —exclamó, sujetando el excitante tanga negro con un dedo—. ¿Te lo vas a poner para él? —preguntó con una sonrisa falsa, dejando entrever con ello cuánto lo molestaba esa posibilidad.

—No, me lo voy a poner porque es lo primero que he encontrado —contesté bruscamente, arrebatándole mi tanga y poniéndomelo delante de él sin dejar de sostener la toalla.

—Si piensas ponerte esto también sin soltar la toalla será un espectáculo digno de ver —se burló de mí, jugando esta vez con mi delicado sujetador de encaje negro.

—Eso puedes quedártelo. Después de todo, no lo necesito —le espeté, poniéndome el ancho jersey que me tapaba hasta los muslos y dejando caer finalmente la toalla—. Mira tú por dónde, esto sí lo voy a hacer por él... —bromeé, intentando sacarlo de quicio, cosa que nunca debí haber hecho, porque Graham se incorporó de repente y, sin decir ni una sola palabra, me agarró y me tumbó violentamente sobre la cama. Luego se colocó sobre mí y me miró con sus serios ojos, exigiéndome algo que ni él mismo sabía reconocer.

—¿Por qué tienes que admirar a otro hombre que no sea yo? ¿Por qué tienes que reírte con otro y pensar en otro si me tienes aquí delante? —dijo, mostrándome que, verdaderamente, las veces que nos habíamos acostado habían significado algo para él—. Yo te puedo dar todo lo que desees... —insinuó sugerente, subiendo una atrevida mano por mi muslo, haciéndome estremecer, mientras se acercaba peligrosamente al borde de mi tanga—. ¿Para qué necesitarías a otro si sólo yo logro hacerte enloquecer de pasión? —susurró sensual en mi oído al tiempo que su mano seguía acariciando mi cuerpo.

—Porque tú no me amas —dije, sorprendida por su abrupta confesión, pero todavía necesitada de unas palabras que siempre había deseado escuchar.

Graham cesó en sus caricias y se incorporó, dejándome libre del encierro de sus brazos.

—Y él tampoco lo hará, sólo jugará contigo. Como siempre hace con todas las mujeres —me advirtió serio, mirando la puerta que nos separaba de la presencia de su amigo.

—No lo conozco, pero no me pienso dejar engañar ni por él ni por nadie —afirmé, decidida a serenar sus miedos, porque, al parecer, yo le importaba más de lo que dejaba ver.

—Pero tú caes tan fácilmente ante las palabras de un hombre… y él sabe fingir tan bien... —declaró Graham, preocupado, revolviéndose el pelo, nervioso, con una mano.

—No soy tan ingenua como crees —repliqué, resuelta a calmar su inquietud acercándome hasta donde estaba sentado, a los pies de la cama.

—Entonces, ¿por qué siempre que quiero consigo llevarte a la cama? —me reprochó, molesto por mi afirmación.

—Porque cuando leí por primera vez uno de tus libros, me enamoré de alguna manera de esas palabras, y cuando te conocí, aunque no te parecías en nada a la escritora que tanto admiraba, la persona tierna y sensible a la que pertenecen esas palabras se hallaba allí. Cada vez que me rindo a tus brazos es porque en esos instantes veo al hombre del que me enamoré, que vuelve a surgir para recordarme que aún existe en tu interior, aunque tú lo sigas negando —confesé, abrazándolo por la espalda y haciendo que se pusiera rígido ante mi cariñosa muestra de afecto.

—¿Y te atreves a decirme que no eres una ingenua? —inquirió seriamente, deshaciéndose de mi abrazo y levantándose para enfrentarse a mí con sus fríos ojos castaños.

—Sólo te he explicado por qué soy tan idiota como para caer en tus brazos, Graham. Y ahora te revelaré por qué me resistiré a amarte: en primer lugar, no pienso hacerlo porque entregarte mi corazón sería un desperdicio, ya que no sabrías qué hacer con él. En segundo, porque aunque sientas algo por mí nunca me lo dirías y mucho menos mostrarías en público algo de ese cariño. Y en tercer lugar, porque tú, Graham Johnson, no eres de los que gritan su amor al mundo y yo necesito a mi lado a alguien que me recuerde que el amor sobre el que tanto he leído existe. Algo que definitivamente tus personajes pueden hacer, pero que tú nunca harás en la realidad —señalé, decidida a no volver a ser tan idiota como para rendirme ante los encantos de un hombre que nunca me daría lo que yo necesitaba.

—Las palabras de amor son tan fáciles de decir… y la gente las pronuncia tan a la ligera, que hoy en día apenas tienen valor. Aunque no crea en el amor, me niego a decirlas si no son ciertas —manifestó Graham, mirándome con firmeza y dejándome claro que nunca sería capaz de amarme.

—¿Lo ves? Aquí está el hombre al que a veces amo… —dije, sin poder evitar que algunas lágrimas inundaran mis ojos cuando la respuesta de él fue la brusquedad con la que cerró la puerta, una que ahora nos separaba más que nunca.

Tras secarme las lágrimas y acabar de vestirme, me miré al espejo y, tal como mi padre me recomendaba hacer cada mañana, me enfrenté con una sonrisa a un nuevo día. Tal vez en el momento más inesperado hallaría el amor que tanto anhelaba, pero mientras tanto, disfrutaría de lo que la vida me deparase, que en esos momentos no era otra cosa que un apasionado escritor por el que sentía algo más de lo necesario, y un galardonado actor al que estaba impaciente por conocer. ¿Qué más podía pedir una chica como yo para disfrutar de esa mañana?

Tal vez la película que tantas ganas tenía de volver a ver. Y también que un escritor bastante obtuso terminara otro capítulo de aquella maldita novela suya que me desesperaba. Lo malo de obtener este último deseo era que, cuando Graham la acabase, la única relación que teníamos finalizaría, ya que él no me amaba y yo no estaba dispuesta a recibir menos de un hombre.

Pero aunque nos separásemos, siempre me quedarían los libros de Miss Dorothy, donde cada una de sus frases me recordaría al hombre del que una vez me había enamorado.

* * *

Cuando Samantha salió de la habitación, dispuesta a sorprender a Stephen con sus habilidades culinarias, encontró a Graham a cargo de la cocina. El temperamental escritor no cesaba de gruñirle a su amigo alguna que otra protesta por lo mal que llevaba a cabo su función de ayudante. Stephen, sin hacerle ningún caso, cortaba lentamente las verduras que Graham había decidido añadir al pollo que freía en una enorme sartén con algunas especias, un plato que, en definitiva, la hacía desear que cocinara más a menudo.

—Que tú seas un as en la cocina no significa que yo lo haga tan mal —se quejó penosamente Stephen, mientras seguía cortando pimientos lo más rápido que podía.

—Sí, significa justo eso... —respondió Graham con brusquedad, apartándolo y cortando él rápidamente las verduras, antes de unirlas al sazonado pollo, que olía maravillosamente bien.

—¡Eh! ¡Que yo no tengo la culpa de no haber tenido hermanas que me enseñaran a cocinar!

—¿Enseñarme? —se indignó Graham, fulminándolo con la mirada—. ¡Me obligaron a aprender para servirles como esclavo!

—¿Tienes hermanas? —intervino Samantha en ese momento, interrumpiéndolos, muy interesada al descubrir otra de las caras ocultas de aquel hombre que la intrigaba.

—Graham tiene la inmensa suerte de contar con cinco preciosas hermanas mayores. No como yo, que soy un lamentable hijo único... —dramatizó el actor, sentándose en uno de los taburetes de la cocina e invitándola a acompañarlos.

—¡Suerte! —suspiró Graham despectivo—. ¡Di más bien maldición! ¡Esas mujeres son unas brujas que no cesan de entrometerse en mi vida! ¿Por qué narices crees que estoy escondido en este recóndito lugar?

—Yo nunca huiría de unas hermosas señoritas como tus hermanas, más bien las convencería con algunas de mis palabras —contestó el actor, mientras besaba galante la mano de Samantha, como todo un caballero.

Graham se puso rígido ante la escena que se desarrollaba delante de él e incluso estuvo a punto de quemarse, por lo que exigió con brusquedad la ayuda de aquella mujer que lo afectaba tanto que hasta hacía que se olvidara de lo que estaba haciendo en esos momentos.

—¡Samantha! ¡Ayúdame con la comida! ¡Que yo sepa, esto es algo que deberías estar haciendo tú! —rugió furioso, mientras le ordenaba que preparase una ensalada.

—¡Sí, Miss Dorothy! —bromeó ella, ejecutando un impecable saludo militar y corriendo a ocupar su lugar en la cocina.

—¡Ah! Veo que sabes quién es Graham. No creía que fuese capaz de decírselo nunca a una chica. Es un secreto que mantiene bien guardado, después de que aquella nefasta arpía intentase chantajearlo —comentó Stephen, revelando sin darse cuenta parte del pasado del famoso escritor, que éste ocultaba a todo el mundo.

—Samantha es de la editorial, o al menos la ha contratado esa persistente bruja que no me deja ni a sol ni a sombra —informó Graham, cortando de golpe las confesiones de su amigo sobre su vida privada.

—¿Qué hiciste cuando esa mujer te chantajeó? —preguntó Samantha, un poco avergonzada, ya que ella había hecho lo mismo, aunque sus motivos en esos momentos le parecieron menos egoístas.

—Le dije que contara lo que le diera la gana. Después de todo, nadie la iba a creer... —contestó Graham tranquilamente, mientras seguía cocinando.

—Eso es verdad. Hay que admitir que Natalie Wilson ha hecho un trabajo tan estupendo, que si no conociera tu forma de escribir desde hace años creería que Miss Dorothy existe —apuntó alegremente Stephen, picoteando de la ensalada—. Y la foto de la ancianita es tan espléndida y adorable que nos llega a todos al alma.

—Sí, lo sé —sonrió Graham con melancolía, haciendo pensar a Samantha que esa foto no había sido escogida al azar.

—¿Quién es la mujer que sale en tus libros? —preguntó muy interesada en la respuesta.

—Era Yvaine Callaghan, mi abuela escocesa y os puedo asegurar que nunca fue una adorable ancianita. Tenía un temperamento endemoniado, pero mi abuelo la adoraba. Murió años antes de que yo llegara a publicar el primero de esos ñoños libros. Cuando la editorial decidió poner alguna estúpida foto en la contraportada, en vez de dejarla en blanco como yo les dije en su momento, les envié la foto de mi abuela que más le gustaba a mi abuelo. Me negué a cambiarla, aunque ellos deseaban una foto moderna y en color. —Tras unos segundos de reflexión, Graham continuó—: A pesar de lo poco que me agradan algunas de esas estúpidas historias de amor, siempre me alegra ver la foto de mi abuela en los libros.

Samantha se quedó sin palabras ante su confesión, y sus tiernas palabras le recordaron por qué se había enamorado de un hombre como él. Aunque eso tal vez llegara a ser su perdición, se trataba de algo que simplemente no podía evitar.

—Bueno, ¡basta de sentimentalismos! —concluyó Graham, sirviendo el almuerzo y poniendo fin a esos escasos momentos en los que permitía a los demás vislumbrar un poco más de sí mismo.

* * *

Cuando acabó el almuerzo, Graham intentó arrastrar a su musa con él hacia el solitario estudio, donde no serían interrumpidos por las sandeces de su amigo. Pero Stephen fue más rápido y sacó de su pequeña maleta la película que en esos momentos Samantha consideraba un pequeño tesoro.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Es *Sonríe, mi amor*, tu última película! —gritó emocionada y dando pequeños saltos alrededor de su ídolo, que miraba a Graham con una radiante sonrisa, declarándose vencedor.

—Si quieres, tú puedes ir a trabajar. Ya sé cuánto te molestan este tipo de películas, Graham. Y en compañía de Samantha dudo que yo pueda aburrirme —declaró Stephen con una pícara sonrisa, mientras movía tentador la película frente a los ojos de su fervorosa fan.

Graham pensaba que las palabras de Stephen habrían sido otras de no ser por la presencia de Samantha, ya que cada vez que su molesto amigo interrumpía su merecido descanso, lo obligaba a ver decenas de veces sus películas, hasta que ambos acababan casi enfermos por tanta estupidez romántica. Puesto que Stephen opinaba lo mismo que él sobre el amor, cada vez que los protagonistas salían en la pantalla, ambos se dedicaban a tirarles palomitas sin dejar de gritarles a viva voz que el amor no existía.

—¡No, sin mi musa no puedo crear nada! —declaró implacable, intentando arrastrar a Samantha hacia el encierro de su estudio.

—Por favor... —suplicó ella, mirándolo con esos hermosos ojos violeta, ante los que no podía negarle nada.

—Entonces ve a preparar palomitas... Me niego a ver ese bodrio sin tener nada que llevarme a la boca… —ordenó Graham, dejándola libre de su principal obligación, que no era otra que él mismo.

—Pero tú no tienes por qué verla con nosotros si no quieres. Viendo el espantapájaros que cuelga de tu ventana, imagino cuánto te desagradan sus películas. Aunque, siendo tu amigo, no lo comprendo… —comentó Samantha un poco confusa, rechazando su compañía.

—¡Ah, preciosa! Eso sólo es una broma entre nosotros —explicó alegremente el actor, levantándose del sofá en el que se había acomodado, para acercarle a Samantha las fotos de las bromas que ambos se gastaban—. Mira: éste es el lugar que ocupan sus libros en mi casa —dijo Stephen, a la vez que le mostraba una foto en su moderno móvil de última generación.

En ella se podía ver un viejo sillón que apenas se mantenía en pie, equilibrado con los adorables libros de Miss Dorothy. Al mirar el resto del moderno mobiliario que decoraba la casa del famoso actor, Samantha no tuvo dudas de que había guardado ese vetusto mueble únicamente con la intención de bromear con las obras de ese maravilloso escritor que podía llegar a ser en ocasiones Graham Johnson.

Igual que no le gustó la pesada broma de Graham con las películas de Stephen James, que le encantaban, la irritó mucho que el actor despreciara así los libros que tanto le gustaban.

—¿Cómo puedes hacer eso con las novelas de Miss Dorothy? —preguntó muy enfadada. Luego apartó aquella insultante imagen de su vista y se dirigió a la cocina, pensando que ya sabía por qué aquellos dos hombres eran amigos: sin duda alguna, ambos estaban completamente chiflados.

Graham pasó junto a Stephen esbozando una amplia sonrisa de satisfacción, porque Samantha lo admirara a él más que al actor. Después ocupó un sitio privilegiado en el sofá, ya que no estaba dispuesto a dejar ni por un segundo a la mujer que tanto lo alteraba cerca de los encantos de su embaucador amigo. Samantha era sólo suya. Si no para siempre, ya que Graham no creía en los finales felices, sí al menos hasta que completara la endiablada novela.

* * *

Samantha se demoró un poco en la cocina, pensando cuál de los dos hombres que admiraba era más decepcionante: si el escritor, cuyas palabras sobre el papel eran extremadamente conmovedoras, pero que nunca saldrían de sus labios, o el actor, que parecía tan serio y sincero ante las cámaras, pero que, con toda seguridad, era un mujeriego de la misma calaña que su amigo.

Indudablemente, los dos se comportaban como niños pequeños, haciéndose fastidiosas jugarretas y compitiendo para ver cuál de ellos llamaba más su atención. Porque, en serio, ¿suponían que ella no se había dado cuenta de las miradas retadoras que se lanzaban a cada instante o de la satisfacción que surgía en sus rostros cuando le dedicaba algún halago a uno de ellos, haciéndolo creerse superior al otro?

Sin duda, Samantha contaría los días que quedaban para que la inesperada visita desapareciera y Graham dejara de atosigarla con sus infundados celos.

A pesar de que él declarara no sentir nada por ella, sus celos aparecían con toda claridad cada vez que Samantha miraba a Stephen más de la cuenta o ensalzaba su gran trabajo. La verdad era que se estaba divirtiendo de lo lindo observando el irracional comportamiento del irascible escritor ante las alabanzas que ella le dedicaba a su amigo. Tal vez Samantha nunca pudiese conseguir que Graham confesara lo que sentía por ella, pero sí podía ver muy de cerca las reacciones que demostraban cuánto le importaba.

Tras llenar un gran bol de palomitas, se dirigió al salón, donde los dos hombres ya habían tomado posiciones: cada uno en un extremo del sofá, indicando que ella debía colocarse en el medio. Ambos le dedicaron una ladina sonrisa, mientras le señalaban diligentemente su sitio.

Samantha no sabía lo que tenían en mente, pero por su parte vería una película y nada más. Después de que se sentara en medio de los dos atractivos amigos, Stephen dio comienzo a la película y ella disfrutó como nunca viendo aquella comedia que tanto le gustaba e ignorando por completo a los idiotas que, a su lado, comenzaban a dedicarse insultantes gestos.

Samantha fue paciente y no hizo caso de ninguna de sus estúpidas niñerías, tales como tirarse palomitas, dirigirse desafiantes y retadoras miradas o silenciosas amenazas que no llevaban a nada. Pero su paciencia tenía un límite y éste fue rebasado cuando cada uno de esos machos en celo comenzó a intentar llamar su atención con estúpidos gestos propios de adolescentes, como soplarle en la oreja, colocarle el brazo por encima de los hombros con gestos disimulados o intentar rozarle los pechos cuando cogían palomitas que simplemente desperdiciaban.

Saltó muy indignada, porque ella sólo quería ver una película que indudablemente disfrutaría mucho más sin la compañía de esos hombres, que, aunque los admiraba como las estrellas que eran en sus respectivas profesiones, en los demás aspectos eran unos auténticos cretinos.

—¡No sé qué narices pensáis que estáis haciendo, pero yo quiero ver la película tranquilamente! —los reprendió severa, arrebatándole bruscamente el mando a distancia a Stephen y, sacando el DVD del reproductor, se apoderó de él —. ¡Me voy a disfrutar de esta comedia y os dejo a solas! ¡Así podréis meteros mano entre vosotros y dejar de utilizarme como excusa en vuestras estúpidas riñas! —zanjó Samantha, quitándole el bol de palomitas a Graham y yendo hacia el estudio de éste, donde se encerraría para disfrutar finalmente de un poco de la paz y tranquilidad que deseaba.

* * *

—Creo que le gusto más en mis películas que en persona —se rio Stephen ante la sorprendente novedad de que sus encantos hubieran fallado con una de sus admiradoras.

—Sí, eso le pasa también con mis libros: no te imaginas cuánto adora a Miss Dorothy y cuánto detesta a Graham Johnson.

—Sabe que sois la misma persona, ¿verdad? —se burló Stephen ante aquella contradictoria mujer.

—Sí, y aun así nos separa. Dice que yo sólo soy un bruto, pero que en el fondo oculto a ese escritor al que ella ama.

—¡Vaya! Parece que esa chica te conoce mejor que nadie… Y la pregunta clave, amigo mío, es: ¿a ésta también la vas a dejar marchar? —quiso saber Stephen, preocupado por los verdaderos sentimientos de su solitario amigo.

—Stephen, ella quiere amor. Quiere ese estúpido cuento de las novelas románticas que tanto adora, y yo no puedo dárselo. Está mejor lejos de mí. En cuanto el libro esté terminado, la dejaré marchar.

—¿No puedes darle ese amor que ella busca, o más bien no quieres dárselo? —preguntó Stephen, profundizando en lo que por una vez su amigo comenzaba a sentir por una mujer.

—Eso no es de tu incumbencia —cortó Graham secamente, intentando acallar a su amigo, que se acercaba demasiado a la verdad.

—Ya veo… calladito estoy más guapo, ¿verdad? Porque con mis impertinentes preguntas, que tú no te atreverías a hacerte, te hago reflexionar sobre lo que empiezas a sentir por esa chica. Ella ha conseguido de ti lo que no hemos obtenido otros en años: que salgas de este recóndito lugar y vuelvas a escribir. ¿Y aún te preguntas si Samantha es especial? Amigo mío, más vale que te des cuenta de lo que tienes antes de que lo pierdas. Te lo digo por experiencia... —comentó Stephen, recordando un gran amor perdido de su pasado—. Cuando esa chica especial desaparezca de tu vida, sólo te quedará un gran vacío y una falsa sonrisa para aparentar que todo va bien y que nunca ha ocurrido nada. Y Graham, tú no sabes sonreír. Mucho menos aparentar que lo haces... —finalizó Stephen, saliendo al exterior para quedarse a solas con los dolorosos recuerdos de lo estúpido que había sido en el pasado, y deseando que su amigo no cometiera los mismos errores que tanto lo atormentaban a él.

CAPÍTULO 14

Mientras miraba emocionada la maravillosa historia de amor en la que los protagonistas conseguían hacer todos sus sueños realidad, Graham entró silenciosamente en el estudio y se sentó detrás de mí en el suelo enmoquetado, donde yo había decidido acomodarme para ver aquellas hermosas escenas. Me acogió entre sus brazos, abrazándome con ternura, y yo me pregunté qué le sucedía para que me mostrara sus sentimientos de una forma tan abierta, cuando en general apenas los revelaba.

—¿Qué tiene esa película de especial para que te guste tanto? —quiso saber, esperando atentamente mi respuesta.

—Es bonito ver una historia donde el amor lo consigue todo —respondí sin apartar los ojos de la pantalla, donde la pareja ahora se confesaba sus más profundos sentimientos.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que alguien te dedique embaucadoras palabras para llevarte a la cama? —preguntó cínicamente, sin ver en la pantalla lo mismo que yo estaba viendo.

—No, quiero que alguien me ame tanto que ese sentimiento lo lleve a hacer ese tipo de locuras y a pronunciar las palabras que demuestren su amor —dije, mirando sus profundos ojos castaños e ignorando las apasionadas palabras que los amantes se dedicaban en ese momento.

—¿Y si la persona de la que te enamoras no puede hacer lo que tú deseas? —preguntó él, confuso, mirándome a los ojos con determinación.

—Tendrá que demostrarme, a su manera, que me ama —declaré, sin poder resistirme más a sus palabras, que constituían toda una confesión en sí misma. Y acariciándole la cara con una mano, lo guie hacia mis labios, que habían añorado cada uno de sus besos.

Graham me acogió firmemente entre sus brazos y devoró mi boca como si fuera nuestro último beso. No permitió que me moviera del encierro de su cuerpo e hizo que mis manos se alzaran, sujetando su cabeza, mientras él me acariciaba, tras levantar el ancho jersey, bajo el que él sabía que me hallaba desnuda.

Acarició mis pechos con adoración, obteniendo algún que otro gemido de placer de mi parte cuando sus hábiles dedos jugaron con los enhiestos pezones, con suaves roces mezclados con algún que otro leve pellizco que me producía un tortuoso placer.

Mientras me deshacía en sus brazos, Graham no tardó en quitarme el jersey. Y después, a la vez que con una mano continuaba con las caricias sobre mis senos, bajó la otra atrevidamente por mi cintura hasta llegar al borde de mis pantalones, que abrió lentamente y, ante mi asombrada mirada, introdujo su ruda mano dentro de mi tanga, descubriendo que mi húmedo sexo lo reclamaba tras el simple roce de nuestros labios.

Trazó un camino de dulces besos a lo largo de mi cuello, mientras yo me dejaba llevar por sus caricias, enlazando las manos detrás de su nuca y gozando ante el placer que mi cuerpo exigía y que sabía que Graham nunca podría negarme.

Cuando metió uno de sus juguetones dedos en mi interior, gemí extasiada. Y en el momento en el que su mano comenzó a rozar mi clítoris al tiempo que invadía mi cuerpo, me retorcí entre sus brazos, reclamando sus caricias.

De repente, cuando estaba muy cerca de alcanzar la cúspide de mi placer, hizo que me moviera y, mientras hacía que me apoyase sobre los codos y las rodillas, me despojó del resto de la ropa, que estorbaba a sus propósitos.

Desnuda e indefensa ante sus caricias, comenzó a besarme la nuca y a descender lentamente, trazando un camino de delicados besos hasta llegar a mi trasero, que acarició sensualmente, mientras la otra mano me rozaba el clítoris, haciendo que yo me moviera desesperada buscando el placer que tanto necesitaba.

Mientras, noté como Graham retenía mis caderas, para, con una arrolladora embestida, introducirse en mi interior haciéndome gritar su nombre una y otra vez, al tiempo que se movía sin piedad dentro de mí, concediéndome todo lo que deseaba.

Mis senos rozaron la moqueta cuando me empujó hacia abajo, haciendo que mi rostro descansara contra el suelo, y cada uno de sus fuertes embates sólo conseguía que ese roce aumentara mi placer.

Una de sus traviesas manos continuó acariciando la parte más sensible de mi cuerpo, mientras la otra sujetaba mis caderas, hasta que finalmente no pude más y llegué al éxtasis mordiéndome los puños para no gritar demasiado,

haciéndoles saber a todos el delirante placer que podía hallar en los brazos de ese hombre.

Cuando me derrumbé sobre el suelo, extasiada, creí que había acabado conmigo, pero al darme la vuelta y enfrentarme a su maliciosa sonrisa y a su erecto miembro, supe que tan sólo había comenzado.

Acariciando mi cuerpo sólo con el suave y cálido aliento de su boca, y el delicado roce de sus labios, me hizo estremecer y desearlo de nuevo en mi interior. Cuando su experta lengua prosiguió con las caricias, temblé de placer. Pero cuando rozó mi sensible clítoris sin piedad, me convulsioné desesperada ante un nuevo orgasmo. Y antes de que éste finalizara, Graham invadió nuevamente mi cuerpo, penetrando en mí de una ruda embestida que me hizo retorcerme de placer, hasta que aumentó el ritmo de sus acometidas y se convulsionó contra mí, guiándome hacia un nuevo éxtasis en el que esta vez él me acompañó.

Cansados y saciados, Graham cubrió mi desnudez con el abrigado jersey y me retuvo contra su cálido cuerpo, del que no se había molestado en retirar ninguna prenda. Y de esta manera, los dos tumbados en el suelo, abrazados, al fin le prestamos atención a la película romántica que yo deseaba volver a ver. Y miramos esa comedia cada cual con pensamientos distintos, ya que yo quería que algo como aquello sucediera en mi vida, mientras que Graham sólo pensaba que él nunca sería tan estúpido como el protagonista. O por lo menos eso fue lo que me susurró al oído, antes de que yo cediera al cansancio y me quedara dormida entre sus brazos, que en esos momentos me mostraban más cariño de lo que lo hacían sus rudas palabras en el día a día, palabras que aún no sabían lo que era el amor.

—Tal vez, cuando te enamores, ya no te parezca tan estúpido —susurré, sin saber siquiera si Graham me habría oído, antes de dejarme llevar por un plácido sueño en el que todos mis deseos se cumplían y aquel hombre no tenía ningún reparo en confesarme sus sentimientos.

* * *

Por primera vez en mi vida no tuve prisa por alejarme de una mujer y soltarle el típico «ya te llamaré», cuando en verdad nunca volvería a pensar en ella. Aunque lo cierto es que tampoco podría deshacerme tan fácilmente de

aquella mujer en concreto que había decidido invadir mi vida, si no para siempre, sí al menos hasta que acabara la novela.

Abracé a Samantha con fuerza, acercándola a mí, y por miedo a despertarla de su apacible sueño, aguanté hasta el final aquella melosa película que detestaba. En mi mente no cabía la idea de que existiera un hombre tan estúpido como el protagonista, al que no le importaba hacer el idiota cuantas veces fuera necesario para recuperar a su amada.

¿Qué tenía de especial enamorarse si luego lo pasabas tan mal como aquel estúpido que ahora sonreía falsamente a la pantalla?

Me extrañaron las palabras con las que mi amigo Stephen me había reprendido sobre el amor. Al principio creía que sólo estaba repitiendo alguno de los guiones baratos que tenía que memorizar, pero tras percibir la seriedad que había tras ellas no tuve dudas de su sinceridad.

Stephen, que no paraba de bromear sobre las mujeres y todo lo que las rodeaba, se había llegado a enamorar, y por lo visto aún no había aprendido la lección, porque a pesar de haber salido dañado por ese necio sentimiento, todavía se lamentaba de no estar junto a ella.

Definitivamente, algunos hombres eran estúpidos.

Por lo que había podido descubrir de la mente femenina mientras escribía todas esas fantasiosas novelas de amor, las mujeres siempre pedían algo absurdo, algo que te dejaba en ridículo o algo que, sencillamente, era imposible de lograr. Por eso yo me negaba a rendirme a ese incoherente sentimiento en el que todos al final caían.

¿Qué tenía de especial pasar toda mi vida junto a una persona y compartir todas mis quejas, dudas y sentimientos con ella? Sin duda, la soledad era mucho más cómoda y no te hacía ningún reproche por ninguna de tus manías.

En mi vida ya había tenido más que suficiente conviviendo con cinco hermanas que no paraban de gritarme sus lamentaciones y recriminarme mis defectos… ¡Ni loco volvería a repetir esa pesadilla! Para mí, compartir uno de los cajones de la cómoda ya era demasiado, y no digamos una relación completa: era algo impensable. Simplemente, no me veía compartiendo mi día a día con nadie, cuando todos me estorbaban. Yo amaba la soledad y la paz de mi encierro.

En cuanto al sexo… eso era otra cuestión. Un hombre como yo, que no carecía de dinero ni atractivo, podía conseguir a quien quisiera y cuando quisiera. Para mi desgracia, mi entrepierna se había encaprichado de aquella delicada mujer que tenía entre los brazos y que, a pesar de no ser nada especial,

no podía borrar de mi mente. Y eso, definitivamente, se estaba convirtiendo en un problema, porque empezaba a sentir alguno de esos ñoños síntomas de lo que se conocía como «amor».

El primero, sin duda, eran esos celos irracionales que sentía cuando veía a otro hombre intentando conquistar lo que consideraba de mi propiedad. Nunca me había importado desechar rápidamente los encantos de una mujer cuando otro se interesaba por ella y le prometía ese «para siempre» que todas esperaban. Sin embargo, con Samantha todo era distinto: me negaba a apartarme de su lado a pesar de no poder decirle lo que quería escuchar de mis labios. No podía mentirle a alguien como ella, porque simplemente no se merecía a un canalla como yo, y, pese a saberlo, Samantha seguía cayendo en mis brazos y yo seguía intentando disfrutar del placer de tenerla entre ellos.

Cuando noté que empezaba a sentir el frío de la estancia, a pesar de tenerla abrazada, y ya pasaban lentamente ante mis ojos los créditos del final de la insustancial película que había mirado unos momentos, decidí trasladarla a un sitio más acogedor que la áspera alfombra que teníamos debajo.

Así que la levanté con cuidado, sin percatarme de que ese gesto era uno de los primeros que esos idiotas enamorados hacían, y la llevé hasta mi cálida habitación, donde ella siempre sería bienvenida. Mientras la acogía contra mi cuerpo, susurró mi nombre y se acurrucó amorosamente contra mi pecho. En mi rostro apareció una sonrisa llena de satisfacción al ver que pensaba en mí tanto como yo en ella.

Cuando levanté la cabeza para proseguir mi camino, vi a mi amigo con una burlona sonrisa en los labios, observando atentamente la empalagosa escena que yo estaba representando. La mía no tardó en desaparecer cuando de nuevo me sermoneó, intentando hacerme reflexionar sobre algo en lo que yo simplemente me negaba a pensar.

—¿Y aún te atreves a decir que no sientes algo por ella?

Ignorando sus palabras, y tras asegurarme de que la desnudez de Samantha permanecía oculta bajo el holgado jersey, pasé a su lado. Y sin decir nada me encerré en mi habitación, acogiendo entre mis sábanas a la musa que siempre volvía loca mi racional mente y que me incitaba a hacer los gestos más estúpidos, que había jurado no llevar a cabo nunca.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —le susurré al oído, para luego terminar compartiendo de nuevo la cama con ella y olvidar así a mi impertinente amigo, que siempre me fastidiaba. Y que ahora había encontrado una nueva razón para

meterse conmigo: la remota posibilidad de que lo que yo sintiera por Samantha pudiera ser amor, algo que cualquiera que me conociera habría descartado rápidamente, porque, como todos sabían, yo no tenía corazón.

* * *

Samantha se despertó algo confusa en una cama que, para su desgracia, no le era desconocida. ¿Cómo había sido capaz de caer otra vez en los brazos de aquel sujeto? Pero es que con él no tenía remedio y su cuerpo cedía continuamente a la tentación, a pesar de saber que Graham se negaba a convertirse en el hombre que ella necesitaba. De hecho, se negaba a cambiar en nada, mostrándoles a todos que su gruñón temperamento no variaba.

Samantha se puso un nuevo conjunto de ropa interior y rebuscó entre sus pertenencias otros vaqueros, ya que los que había llevado esa mañana, igual que casi toda su ropa, seguían en el estudio donde se había abandonado a las pecaminosas caricias de su embaucador escritor.

Luego salió de la habitación decidida a recoger su ropa antes de que Stephen James la encontrara y dedujera lo que habían hecho tras las puertas cerradas del refugio de Graham, donde, según él, buscaba inspiración. Aunque por las veces que lo había visto remoloneando ante su trabajo, más bien lo que hallaba allí eran distracciones para no hacer lo que debía.

Mientras salía del cuarto de Graham, vio la mirada burlona que le dirigía Stephen desde su cómoda postura en el amplio sofá; indudablemente ya sabía lo que habían estado haciendo en el estudio.

De repente sonó el tono de llamada de su móvil, que sólo podía significar que su padre estaba otra vez en problemas, y Samantha corrió hacia el estudio, donde había dejado olvidado aquel insufrible y viejo aparato que siempre llevaba consigo. Y mientras aceleraba su alocada carrera, cayendo en la cuenta de que Graham seguramente estaría encerrado en su estudio, creando otro de los capítulos de la novela que lo ponía de tan mal humor, Samantha rogó porque por una vez en su vida se comportara y no contestara su teléfono, metiéndola de ese modo en más problemas de los que en esos momentos podía abarcar.

Desgraciadamente, después de caerse en el barro esa misma mañana, Samantha sospechó que aquél era uno de esos días en los que todo le salía torcido, lo que confirmó al abrir la puerta del estudio y encontrar a Graham

distrayéndose nuevamente de sus responsabilidades como escritor, esta vez contestando la llamada de su padre, que exigía saber quién era el hombre que contestaba el teléfono de su adorada y sobreprotegida hija.

—¿Que quién soy yo? —preguntaba Graham en ese momento, con un hosco semblante, mientras respondía con su habitual tacto.

—No lo digas, no lo digas, no lo digas... —rogó Samantha, juntando las manos en gesto de súplica.

Y como era habitual en aquel malicioso hombre que sólo sabía meterla en problemas, Graham sonrió ladino mientras daba respuesta a esa pregunta.

—Me extraña que no lo sepa: yo soy Miss Dorothy —le dijo al padre de Samantha, que ahora se preguntaba qué clase de trabajo estaba haciendo su hija.

Ella consiguió arrebatarle el teléfono para calmar los ánimos de su padre que, con toda certeza, en esos momentos estaría haciendo cuentas para conseguir un billete de avión que lo llevara hacia donde se hallaba su querida hija. Jeremiah estaba bastante alterado, y repetía incansablemente sus sabios consejos sobre por qué no debía enredarse nunca con tipos como Graham.

«Si tú supieras...», pensó Samantha y suspiró resignada, poniendo los ojos en blanco, sin poder evitar susurrar un irónico y silencioso agradecimiento al individuo que se había reclinado en su asiento, para contemplar complacido el gran problema en el que la había metido con sus estúpidas palabras.

—Papá, papá… ¡cálmate! No es lo que tú crees… —intentó explicar Samantha.

—¿Como que ese hombre es Miss Dorothy? ¿No se supone que ibas a Escocia para ayudar a una pobre ancianita? ¿Dónde está esa anciana, y qué narices hace ese hombre ahí? ¡Samantha! ¿Qué te tengo dicho sobre los hombres?

—Que todos son unos cerdos... —recitó ella, repitiendo el mantra con el que su padre la había aleccionado desde pequeña y con el que pocas veces había estado de acuerdo. Hasta ese momento.

—¿Y qué más? —exigió Jeremiah White, haciendo que su hija recordara cada una de sus lecciones.

—Que los hombres sólo quieren una cosa de las mujeres… —continuó Samantha, mirando fijamente a su escritor y repitiendo las palabras que su padre le hacía recordar, como si las dirigiera al insufrible Graham Johnson, que la observaba con una perversa sonrisa desde la silla de detrás de su escritorio, disfrutando con su complicada situación.

—¿Y qué es lo que quieren los hombres? —exigió Jeremiah, dispuesto a que su hija rememorara cada una de sus lecciones, para que no cayera en las garras de algún despreciable tiparraco.

—Llevarlas a la cama... —finalizó Samantha, poniendo nuevamente los ojos en blanco, mientras su padre comenzaba a enumerar motivos por los que no debería acostarse con nadie hasta el matrimonio, cosa que Samantha hacía desde mucho tiempo atrás, aunque él se negara a admitirlo.

—Y después de eso…

—Se deshacen de ellas —completó Samantha, finalizando una vez más las palabras que su padre estaba dispuesto a grabar a fuego en su cabeza para toda la vida.

Graham se levantó de su silla pausadamente y caminó hacia Samantha. Cuando estuvo frente a ella, se agachó y le susurró al oído, antes de decidirse a abandonar la estancia:

—¿Por qué no le cuentas a tu padre que aún no hemos probado la cama? Puede que así se tranquilice...

Ella tapó el auricular con una mano mientras lo fulminaba con la mirada y le rogaba en silencio que la dejara solucionar sus problemas en paz.

—Y después de todo lo que has aprendido, ¿todavía crees en el amor? —preguntó cínicamente Graham, mientras se alejaba negando con la cabeza por lo irracionales que podían llegar a ser algunas mujeres.

En el momento en que volvió a prestar atención a las palabras de su padre, Samantha dio gracias de que su extenso monólogo sólo fuera por la mitad y Jeremiah no se hubiese percatado de la pausa que había hecho al enfrentarse a Graham. Mientras, pensaba cómo explicarle todo lo que le había ocurrido sin que su padre acabara presentándose en la puerta de Miss Dorothy con un coche provisto de un espacioso maletero y con algunas herramientas de su taller, como la amenazante pala que guardaba en al armario de su apartamento para espantar a sus citas.

La puerta del despacho volvió a abrirse y esta vez quien se adentró en la estancia no fue otro que Stephen James, su adorado actor, que, deleitándola con una de sus espectaculares sonrisas, le quitó el móvil y comenzó a representar a la perfección a la adorable Miss Dorothy, a la que todos amaban. Samantha se quedó asombrada ante las palabras que leía de un arrugado papel, con una voz de mujer anciana ante la que nadie dudaría.

—Siento la impertinencia de mi sobrino, pero él es quien espanta a las

molestas visitas que quieren irrumpir en mi merecido reposo, señor White. Lo ha confundido con una de ellas y de ahí su brusquedad. Su hija Samantha ha sido para mí una ayuda inestimable en mi enfermedad y espero que no le moleste el tiempo que pasa conmigo. Ahora lo tengo que dejar, es la hora de tomarme mis medicamentos —tras recitar esas frases, Stephen hizo una bola con el papel que tenía en la mano y le tendió el teléfono a Samantha, mientras desaparecía tan de repente como había aparecido, exigiendo su recompensa.

—¡Graham, me debes una cerveza! —gritó, a la vez que ella tapaba el teléfono para que su padre no oyera los gritos de un energúmeno que realmente era un maravilloso actor.

—Samantha, ahí pasa algo raro... No obstante, no voy a ir a buscarte. Pero recuerda cada una de mis palabras y llámame más a menudo, cariño —comentó finalmente su padre, que por lo visto no era tan idiota como los otros hombres que la rodeaban—. Y ahora, el problema importante por el que te he llamado es: ¿cómo se fríe un huevo? —preguntó Jeremiah, seriamente preocupado, intentando llevar a cabo otra de sus incursiones en la cocina.

—¡Papá! ¡Aléjate ahora mismo de la cocina! —gritó Samantha, sabiendo en lo que podía acabar aquello si no lo paraba en seco, ya que en sus últimos cuatro intentos, Jeremiah había acabado llamando a los bomberos.

—Tranquila, cariño, lo tengo todo controlado.

Y ésas eran las peores palabras que podía pronunciar Jeremiah White, porque, después de que cada uno de sus infructuosos intentos de aprender a cocinar acabara con un pequeño incendio, eso no era verdad en absoluto.

—He llamado a Raúl antes de hacer nada, como tú me pediste. He echado aceite en la sartén y ahora creo que tengo que romper el huevo y echarlo ahí, ¿verdad? —comentó Jeremiah, desoyendo las advertencias de su hija y llevando sus acciones a cabo.

—Papá, ¿cuánto aceite has echado? ¿Cuánto tiempo lo has dejado al fuego? ¡Papá, por Dios, espera a Raúl! ¡No te atrevas a…!

—¡Ya está hecho! ¿Ves? No soy un cocinero tan terrible y… pero ¿qué mierda es ésta? —exclamó Jeremiah, entre irritado y sorprendido.

Samantha comenzó a recorrer la estancia de arriba abajo llamando a su padre, tremendamente preocupada al no recibir respuesta de éste. Tras oír sólo alguno que otro de sus imaginativos insultos, dedujo que habría abandonado su

móvil en algún lado. Al fin suspiró aliviada al oír la voz de Raúl, que seguramente habría llegado a la carrera después de oír que su jefe quería experimentar de nuevo con la cocina.

—¡Joder, Jeremiah! ¡¿Qué cojones hace un huevo pegado en el techo de la cocina?! —gritó Raúl, dudando entre reírse a carcajadas o llorar, porque sería él quien tendría que limpiar todo ese desastre.

—Ni idea. Estoy esperando a que baje.

—¿Quieres quitar ese plato de ahí? ¡El huevo no va a bajar! —replicó Raúl, resignado, mientras se percataba de que Samantha estaba a la espera al otro lado del teléfono, al oírla gritar.

—¡Raúl! ¡Raúl!

Al fin su amigo atendió su llamada, y la calmó tras asegurarle que, después del último intento de su padre en la cocina, no tenía que llamar otra vez a los bomberos.

—Lo siento, Samantha, pero tenemos algunos problemas técnicos… Ya te volveremos a llamar —se despidió Raúl.

Y antes de que colgara, Samantha pudo oír las habituales riñas de su familia, a la que tanto añoraba en esos momentos:

—¿Lo ves? ¡Ha bajado! —señaló su padre.

—¡Ni se te ocurra comerte eso, Jeremiah! —lo reprendió de nuevo Raúl, posiblemente tan decidido como ella a que aquel hombre no volviera a pisar la cocina en su vida.

Samantha salió del estudio sonriendo con las locuras que sólo su padre era capaz de hacer, y por unos instantes olvidó todas sus preocupaciones: la impertinente editora que la había engañado, el obtuso escritor que se negaba a terminar su trabajo y el hombre del que comenzaba a enamorarse y que tal vez nunca le correspondería. Todo eso quedó recluido en un lugar de su mente, mientras recordaba lo mucho que echaba de menos su hogar y a los peculiares personajes que formaban su pequeña familia.

* * *

El día transcurrió deprisa. Los dos amigos no dejaron de recordar viejas anécdotas del pasado y finalmente, por la noche, ambos se sentaron en la cocina, disfrutando de unas cervezas, sin dejar de atosigar ni un instante a la interesante

mujer que se había ofrecido a hacerles la cena como agradecimiento por su ayuda con su padre, a pesar de que uno de ellos fuera el culpable de todos los problemas que enturbiaban su vida en esos momentos.

—¿Por qué tu padre es tan protector contigo? Con tu edad ya debería estar acostumbrado a que salieras con algún que otro hombre —preguntó Graham con curiosidad, ante la atenta mirada de su amigo, que observaba con gran interés su extraño comportamiento, ya que Graham Johnson nunca se interesaba por la vida de ninguna mujer.

—Mi padre y yo estamos muy unidos. Mi madre murió cuando yo tenía catorce años y desde entonces hemos cuidado el uno del otro. Yo me encargo de las labores de la casa, en las que él es un auténtico desastre, y él cuidaba de que ningún indeseable se acercara a mí.

—¿Aún vives con tu padre? No me extraña que no tengas vida... —se burló el amargo escritor.

—No. Yo vivo sola…

—Pero… —trató de replicar Graham, intuyendo que había alguna contradicción en las palabras de Samantha.

—Mi padre vive en un apartamento al lado del mío —suspiró Samantha, resignada a escuchar de nuevo las burlas de ese sujeto.

—Por tu respuesta, deduzco que no has tenido muchos novios —dijo Graham, buscando una respuesta que satisficiera su curiosidad.

—Por tu carácter, intuyo que ninguna mujer se ha quedado mucho tiempo a tu lado —contestó Samantha vengativa, molesta por la impertinente curiosidad respecto a su vida privada.

—Cariño, yo no las he dejado quedarse, que no es lo mismo. Y te informaré ahora mismo de que no quiero ninguna fémina en mi vida que amargue con sus múltiples quejas mi amada soledad.

—Algún día te enamorarás de alguien y espero que, cuando eso pase, hagas el idiota de una forma tan patética que hasta yo pueda reírme de ello —le advirtió Samantha, señalándolo con la cuchara de madera con la que removía la ensalada.

—Eso nunca pasará —negó firmemente Graham, acercando su rostro al de ella y brindando por su soledad con su amigo, que no podía apartarse ni un instante de la interesante conversación de aquella inusual pareja.

—¡Oh, lo dejo! ¡Los hombres sois imposibles...! —se quejó Samantha saliendo de la cocina con los platos, para poner la gran mesa del comedor, que en

aquella casa apenas utilizaban.

—¿Estás totalmente seguro de eso, Graham? —le preguntó Stephen cuando Samantha los dejó a solas, recibiendo como respuesta un único gruñido que lo hizo volver a reírse de la suerte que su amigo estaba teniendo en el amor, ya que había encontrado a su media naranja y todavía no comprendía cuánto estaba haciendo el idiota delante de ella.

* * *

Después de disfrutar de pollo frito y una ensalada, con un delicioso postre de natillas caseras, Samantha recogió la mesa y se mantuvo apartada de los dos chistosos amigos que continuamente se burlaban de ella. Mientras los observaba jugar a las cartas desde la esquina del sofá, ella apuntaba en su libreta notas para una nueva novela que estaba escribiendo, ya que, en algunas ocasiones, las palabras de aquel hombre merecían ser escuchadas.

Samantha había decidido rehacer su historia desde el principio. De vez en cuando, revisaba las anotaciones que Graham había añadido a los márgenes de su manuscrito, con el insultante rotulador rojo, haciéndole conocer su seria opinión sobre su novela. En ocasiones sus palabras la ofendían, pero otras la inspiraban a cambiar su historia y a seguir adelante. Así era Graham: toda una contradicción, que siempre se debatía entre lo más dulce y lo más amargo.

Cuando estaba revisando una de las escenas, Samantha se dio cuenta de que ya era un poco tarde y de que Stephen estaba un tanto achispado, demasiado como para conducir por esos escabrosos caminos hacia su lugar de descanso, así que, con delicadeza, hizo la pregunta que había dejado de lado durante todo el día.

—Graham, ¿Stephen se quedará a dormir? —preguntó, algo confusa al ver que Graham barajaba las cartas preparándose para una nueva partida.

—¡Pues claro! ¡Yo nunca permitiría que mi amigo durmiera en otro sitio que no fuera mi hogar! —respondió él, bastante ofendido.

—Ya veo… ¿Y se puede saber dónde dormirá? —volvió a preguntar, un poco desconcertada, ya que el número de personas no cuadraba con la cantidad de lugares de la casa donde se podía pasar la noche.

—¿No me habías comentado que tenías listo el cuarto de invitados? —le recordó Stephen a su amigo, sin comprender aún cuál era el problema, algo que Samantha no dudó en aclararle cuando le mostró la cama sin somier y sin

colchón, presentándole de este modo a Stephen el «agradable» lugar que Graham había dispuesto para su descanso.

—Aquí tienes tu cama, Stephen —anunció irónicamente, sin poder evitar sonreír ante la sorpresa de aquel sujeto que parecía no conocer lo suficiente a su amigo.

—¡Yo no puedo dormir ahí! —replicó indignado, mirando reprobadoramente a Graham.

—Ni tú ni nadie —apuntó Samantha, echándole en cara a Graham que ése fuera el cuarto que él le había asignado a ella en un primer momento.

—Bueno, pues entonces dormiré en el sofá —concluyó Stephen, pensando que al fin había solucionado su problema.

—¡El sofá es mío! —reclamó Samantha, dispuesta a defender su lugar de descanso con uñas y dientes, ya que no pensaba compartir de nuevo la cama con Graham y volver a caer tontamente en sus brazos.

—Bueno, solucionemos esto como personas civilizadas: quien gane esta partida elige. ¿Qué os parece? —sugirió Graham malicioso, retándola a seguirle el juego.

Por lo visto, aquellos niños mimados no sabían cómo se las gastaban las mujeres de Brooklyn cuando querían conseguir algo, pensó Samantha, mientras dejaba a un lado sus anotaciones y, con paso decidido, se unía a la partida.

Graham repartió las cartas de póquer, y si creyó por un momento que la baraja de insinuantes mujeres desnudas con la que estaban jugando la alteraría lo más mínimo, era que aún no la conocía lo suficiente. Como siempre que se encontraba en una situación peliaguda, Samantha hizo caso a otro de los sabios consejos que le había dado su padre: «Cuando juegues con un granuja… ¡haz trampas!».

CAPÍTULO 15

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi rostro mostraba una placentera sonrisa. Dormir en un inmenso lecho, cálido y confortable, era una delicia. Y que me pudiera tumbar a mis anchas en él suponía un gran privilegio del que pocas veces disfrutaba, ya que en mi adorado hogar de Brooklyn me esperaba una minúscula cama, que, sinceramente, ya era hora de que cambiara.

Pero lo que más me regocijaba ese día era el hecho de que había disfrutado de un merecido descanso gracias a dos idiotas que todavía se preguntaban cómo les había ganado si al principio de la partida apenas tenía una pareja de ases.

Aún recordaba sus asombrados rostros cuando se percataron de que yo me adueñaría de la única cama disponible y de que para ambos sólo quedaba un sofá que tendrían que compartir.

Como siempre, los hombres no se tomaban demasiado bien su derrota, y aquellos dos no fueron una excepción: protestaron incesantemente mientras me relataban sus múltiples quejas, que yo desoí. Y sin piedad alguna tomé posesión de mi preciado premio al final de la noche. Pero antes de que eso ocurriera, Graham y Stephen intentaron convencerme una y otra vez de que invitara a uno de ellos a compartir mi cama, cosa que nunca pasaría, porque, aunque Graham y yo no hubiéramos pasado ni una sola noche separados, eso era algo que no podía volver a ocurrir. Algo que yo estaba decidida a evitar a toda costa.

Mi admirado actor me deleitó con algunos de sus superficiales coqueteos y sus falsas sonrisas, mientras insinuaba el placer que podía llegar a obtener entre sus brazos. Por supuesto, a la vez que soltaba cada una de sus atrevidas proposiciones, era acribillado por la dura mirada de Graham, que le advertía de que eso nunca pasaría. Mi adorado escritor no se quedó atrás y echó a un lado a su amigo para simplemente susurrarme al oído algunas de sus maliciosas ofertas que tanto me atraían.

De nuevo me sentí tentada de caer en sus brazos, pero decidí mantenerme firme y, sonrojada, le mostré mi determinación mientras me encerraba en el cuarto, dispuesta a no ceder nunca más al pecado que él representaba.

A pesar de la confortable cama de la que disfrutaba, esa noche tardé varias horas en dormirme, porque no podía dejar de pensar en las palabras de Graham. Él simplemente se había limitado a describir en mi oído la forma en que nuestros cuerpos se habían amado esa tarde, haciéndome imposible negar sus palabras, porque era algo que ambos habíamos deseado y que siempre permanecería grabado en mi mente. Finalmente, cuando me quedé dormida, tuve algún que otro tórrido sueño con un sensual pelirrojo, un libro y unos ojos castaños que nunca dejaban de mostrarme su ardiente deseo.

Después de remolonear un poco en la cama, estirándome a mis anchas, decidí salir para preparar el desayuno, ya que posiblemente ni el actor de bella sonrisa ni el resentido escritor estarían de humor para entrar en la cocina.

La imagen que encontré en el salón me hizo reír a carcajadas y confirmar que era algo que ambos se tenían merecido por intentar engañar a una inocente chica de Brooklyn: en el sofá dormía el invitado. Mientras tanto, el dueño y señor de la casa había sido desterrado al duro suelo. Eso sí, en su camino había conseguido hacerse con las mantas, en las que estaba enrollado como un gusano, mientras su amigo tiritaba de frío.

Decidida a no regocijarme mucho más en mi victoria, preparé el desayuno y lo dejé en la pequeña mesa auxiliar cercana a ellos. Luego, cogí una cacerola y un gran cucharón y los desperté como hacía mi padre conmigo los días en que perezosamente no quería ir al colegio.

Nunca pensé que con el atronador ruido Stephen se caería del sofá, yendo a parar justo encima de Graham, que se despertó con el peor humor de todos los tiempos, maldiciendo incesantemente a todo y a todos, sin poder salir del encierro de sus mantas debido al peso de su amigo, que le impedía moverse. Esta divertida escena fue algo que no pude resistirme a guardar para la posteridad, de modo que, sacando mi móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros, los animé a sonreír. ¡Qué pena que ellos no estuvieran por la labor y tan sólo mostraran a la cámara gestos obscenos, mientras me gritaban algunas desagradables amenazas!

—Vamos, chicos, ¡sonreíd! —insistí, haciendo una nueva foto.

—¡Samantha, borra ahora mismo esa foto! —me ordenó Graham, consiguiendo al fin deshacerse del pesado bulto que tenía encima.

—Las estoy guardando para ponerlas en un álbum que diga «Visita de Stephen James a su adorada Miss Dorothy» —me burlé.

—¿En serio, preciosa? Si quieres una foto mía, te mandaré miles de ellas firmadas, pero ¡por favor, deshazte de esa imagen que podría dañar mi

reputación! Además, Graham nunca sale bien en las fotos, es muy poco fotogénico —añadió alegremente Stephen, mientras se sentaba en el suelo y comenzaba a degustar el delicioso desayuno.

—¡Tú calla! ¿Para qué narices iba a querer Samantha una foto tuya? —gruñó Graham, mostrando ante mí aquellos irracionales celos que siempre negaba.

—Porque soy famoso, y al contrario que lo que ocurre contigo, todo el mundo me conoce y admira —concluyó el actor, sin poder dejar de alabarse a sí mismo.

—Para tu información, yo soy mucho más conocido que tú —replicó Graham, olvidándose por completo de la denigrante foto y compitiendo de nuevo con su desesperante amigo.

Y tras estas palabras, Graham cogió su plato y se dirigió hacia el estudio, alejándose de Stephen, todavía molesto por su rudo despertar.

Esto habría sido todo si el ego del actor no se hubiera resentido por las palabras de Graham, haciendo que el nombre que más irritaba a su amigo saliera de su boca.

—Creo recordar que no es a ti a quien conocen, sino a la adorable Miss Dorothy —declaró Stephen, consiguiendo que la espalda de Graham se tensara y que su única respuesta fueran unos amargos gruñidos y un fuerte portazo antes de encerrarse en su estudio. Seguramente para escribir una de esas novelas de intriga que tanto le gustaban, donde una de sus víctimas con toda probabilidad sería un actor con demasiado tiempo libre que no sabía mantener la boca cerrada.

* * *

Durante toda la mañana, mientras yo intentaba escribir algo de mi rehecha novela para que Miss Dorothy se sintiera orgullosa de mí, Stephen no hizo otra cosa que incordiarme con estúpidas preguntas sobre la relación que mantenía con Graham, preguntas que yo eludía, ya que ni yo misma era capaz de definir el tipo de relación que tenía en realidad con ese irritante sujeto.

—¿Qué eres para mi amigo? —curioseó Stephen impertinente, sentándose a mi lado en el sofá, mientras yo le dirigía apenas una mirada para contestar esa estúpida pregunta.

—Según Graham, un molesto incordio.

—Te puedo decir que él no trata a las personas que lo incomodan como te trata a ti —manifestó amigablemente Stephen, intentando hacer de celestina entre mi irritable escritor y yo.

—Y yo te puedo asegurar que sé de primera mano cómo trata Graham a las personas que lo fastidian —contesté, molesta al recordar cada una de las jugarretas que me había gastado.

—Debes de quererlo mucho para continuar aún aquí —señaló Stephen sonriéndome burlón, mientras intentaba ver amor donde en verdad sólo había sexo.

—O estar muy desesperada por publicar mi novela... —declaré, dejando mis anotaciones a un lado para aclararle que lo que había entre Graham y yo nunca llegaría a ser amor. Aunque sólo fuera porque él no quería amarme… Pero eso nunca se lo confesaría a aquel entrometido y, sin duda, leal amigo.

—Sin embargo, cuando él está presente no hay nadie más para ti en la habitación. Y a pesar de saber lo cabrón que puede llegar a ser, todavía lo admiras. Si crees que negando lo que sientes vas a conseguir que ese sentimiento desaparezca, estás muy equivocada. Y como actriz eres pésima al tratar de ocultar que lo amas, aunque he de reconocerte que él es aún más nefasto que tú intentando esconder que te quiere.

—Graham nunca me dirá que me quiere —dije, tratando de esconder mis lágrimas por todos los ocultos sentimientos que Stephen me había hecho recordar.

—Que Graham no pronuncie un «te quiero» no significa que no lo sienta. Yo, al contrario que él, lo grito continuamente en la pantalla. Y pese a decirlo tanto, sólo lo sentí una vez y, como un idiota, la dejé escapar. No hagas tú lo mismo con Graham —me aconsejó Stephen, mostrándome una cara del actor que pocos veían, y haciéndome reflexionar sobre si necesitaba escuchar esas palabras para sentirme querida o en realidad no era más que un capricho para asegurarme de que en verdad era amada.

Después de sus sabias palabras, Stephen me dejó a solas con mis enredados pensamientos sobre aquel hombre que me volvía loca y con la historia de amor que yo estaba escribiendo, que ya no me parecía tan real como antes.

* * *

Tras apenas quince minutos de estar encerrado en su estudio, Graham salió. Y, declarando que estaba bloqueado, se fue con su amigo al pueblo para un merecido descanso. A Samantha le dieron ganas de gritarle que llevaba más de dos años de descanso y que eso sólo era una excusa barata para perder el tiempo haciendo de nuevo el vago, pero esta vez acompañado.

Se suponía que su tarde iba a ser tranquila. Y más aún después de que los dos amigos desaparecieran de su vista, concediéndole los momentos de paz que tanto necesitaba para concentrarse en su historia. Pero en medio de la redacción de uno de los primeros capítulos, le sonó el móvil.

Al pensar que serían aquel par de idiotas contándole alguna de las nuevas sandeces que habían planeado hacer en el pueblo, como comprarle ropa interior comestible o regalarle una película porno, Samantha se tomó su tiempo para contestar y cuando al fin lo hizo, deseó haber perdido el teléfono en algún recóndito hueco del sofá en el que estaba, para no tener que escuchar las exigencias de una mujer histérica que le pedía cosas imposibles, creyendo erróneamente que ella podía hacer milagros.

—¿Ha terminado Miss Dorothy ya su novela? —preguntó impaciente Natalie Wilson, cuestionando lo que estaba realmente haciendo Samantha si el trabajo de Graham no avanzaba.

—Está en ello —respondió ella desvergonzadamente, sin ningún remordimiento, ya que aquella mujer la había engañado desde el principio con gran descaro.

—Eso me dijiste la semana pasada y no veo que su novela haya avanzado demasiado —insistió Natalie impertinente, siendo ignorada por Samantha, que en esos momentos estaba ocupada tratando de descifrar qué quería decir una anotación de Graham en un margen del capítulo de su manuscrito.

—Ajá —contestó, demasiado perdida en sus cavilaciones como para prestar atención a las innumerables quejas de la editora.

—¿De verdad estás haciendo tu trabajo, Samantha, o sólo te estás divirtiendo, tomando tu deber como unas espléndidas vacaciones? —inquirió Natalie, consiguiendo que finalmente ella le prestara toda su atención.

¡Eso sí que no! ¡Después de todo lo que había aguantado, no pensaba permitir que nadie le dijera que no estaba haciendo su trabajo! Porque a pesar de todas las dificultades por las que había atravesado y las decenas de obstáculos

que Graham le había puesto en el camino, ella seguía allí, insistiendo una y otra vez en que la adorable Miss Dorothy, que nunca había sido tal, terminase al fin su esperada última novela.

Así que, dejando todas las distracciones de lado y cogiendo aire, se dispuso a enfrentarse a aquella mujer que aún no sabía lo que conllevaba tratar cara a cara con el insufrible Graham Johnson cuando éste estaba de mal humor.

—¡No te atrevas a decirme que no estoy haciendo mi trabajo! ¡He sido tratada como una criada para pagar mi manutención, abandonada en una gasolinera, abochornada en un bar, casi me muero de frío el primer día que pasé en esta casa… y qué decir de los halagadores insultos que he recibido de ese hombre, dirigidos tanto a mí como a mi manuscrito! Y a pesar de todo, sigo aquí, insistiéndole continuamente para que termine su novela. Si encuentras a alguien con más agallas que yo para aguantarlo, avísame para que renuncie, porque estaré más que encantada de dejar este trabajo. ¡Y ahora, déjame en paz, Natalie! Como tú y yo sabemos, Graham acabará ese libro cuando le dé la real gana, ¡ni un minuto antes ni uno después! —concluyó Samantha muy alterada, colgándole bruscamente el teléfono a su jefa, preguntándose si Natalie Wilson tendría lo que había que tener para enfrentarse con Graham y sustituirla en su deber, que básicamente consistía en ser la niñera de un vago que sólo sabía hacerle la vida imposible, mientras terminaba lo más despacio posible su estúpida novela.

* * *

Natalie Wilson miraba asombrada el teléfono que sostenía entre las manos sin llegar a creerse todavía que aquella dulce joven a la que le había encomendado la tarea, fuera la impertinente que le había colgado el teléfono en la cara. Después de pensarlo detenidamente, admitió que el encargo no era fácil, ya que ella misma, en dos años, no había conseguido ni una sola palabra de la endemoniada Miss Dorothy.

Tras repasar la decena de personas que había enviado en busca de ese libro y que habían vuelto con las manos vacías, recapacitó y llegó a la conclusión de que Samantha posiblemente se sintiera un poco agobiada. Aunque aún no comprendía cómo una persona como ella se atrevía a levantarle la voz a un superior, cuando su futuro pendía de un hilo del que ella podía tirar para que alguien leyera al fin su dichoso manuscrito.

Después de revisar su correo electrónico, un tanto agradecida por tener ya los primeros capítulos de esa novela que todo el mundo le reclamaba, Natalie decidió echar un vistazo al principio del libro antes de presentárselo a su jefe.

Cuando acabó de leer el primer capítulo, vio que la maliciosa Miss Dorothy, un tanto ultrajada por las airadas críticas a sus novelas debido a las numerosas escenas de sexo que incluía en ellas, se había entretenido en poner la obscena frase «y follaron para siempre» cada dos párrafos.

Así que si Natalie quería entregarle a su jefe algo que no le tirara a la cara después de señalarle la puerta, tendría que pasarse toda la noche eliminando esos gazapos. El resultado sería una entrega tardía del prometido adelanto, lo que le supondría gritos, regañinas y nuevas amenazas de perder su puesto de trabajo. Y todo gracias a la adorable Miss Dorothy y a una de sus nuevas jugarretas.

No le extrañaba que Samantha le hubiera gritado por teléfono. Definitivamente, cualquier persona que pasara más de unas pocas horas en compañía del autor de *Redes de amor* acabaría crispada y necesitando un psicólogo, como ese al que acudía ella todos los martes desde que tuvo la maravillosa idea de promocionar esos libros que le habían traído tanta fama, pero que ahora sólo constituían un gran dolor de cabeza.

Visto así, era de lo más normal que el dulce temperamento de aquella joven se hubiera agriado. Si para cuando terminase ese trabajo Samantha aún seguía cuerda, ella haría todo lo posible para que alguien leyera su obra. Después de todo, alguien tan responsable como esa chica, que no le acarreaba ningún problema, no merecía nada más que sus halagos aunque se hubiese vuelto un poquito insolente.

Cuando Natalie salió de la oficina, dispuesta a tomarse un merecido descanso tras ser reprendida severamente por su atrasado trabajo, se dirigió hacia su venerado coche deportivo, que se hallaba en un estacionamiento de la calle reservado para ella. En el momento en que llegara a casa se daría un relajante baño de espuma en su lujoso piso y luego se dedicaría a su ardua tarea con la novela de Miss Dorothy.

En el instante en que la puliera, quedaría perfecta y, tras entregársela a su jefe, no tendría que escuchar más de sus imaginativas quejas pronunciadas con aquel plural mayestático que tanto la molestaba. Al fin comenzaba a irle todo bien, o eso pensaba Natalie antes de ver a un atractivo hombre de profundos ojos

castaños y descuidados cabellos oscuros, más o menos de su edad, apoyado despreocupadamente en su coche, por lo que ella asumió que estaba esperando a alguien.

La editora estaba más que dispuesta a apartarlo de la lujosa carrocería de su vehículo con algún discreto coqueteo que no lo ofendiera demasiado, cuando el hombre la miró fijamente, le enseñó unos extraños cables que ella no tenía ni idea de para qué podrían servir, pero que estaba segura que pertenecían a su amado automóvil, y le habló con decisión:

—Usted y yo tenemos que hablar sobre el lugar a donde ha mandado a mi hija. Y lo más importante: me va a explicar detenidamente quién es Miss Dorothy...

«¡Mierda!», pensó Natalie, mientras observaba la empecinada mirada de aquel protector padre que estaba decidido a saber la verdad. ¿Y cómo le explicaba a un hombre como ése que había mandado a su inocente hija con un rudo pelirrojo de casi un metro noventa de estatura, un mal genio terrible y que escribía novelas eróticas bajo un ridículo seudónimo, simplemente porque estaba desesperada ante la idea de acabar en la calle?

«Muy simple, Natalie, haz como siempre: miente, miente mucho y miente más todavía», se dijo la editora, un tanto inquieta, dedicándole a aquel hombre su más falsa sonrisa. Algo que, a juzgar por el rudo gesto de él, no llegó a encandilarlo en absoluto.

* * *

Samantha disfrutaba de su merecido descanso en la amplia cama, cuando unos gritos de borracho la despertaron. Desde que Graham había decidido tomarse el día libre, no había vuelto a verlos ni a él ni a su amigo. Sospechando que ponerse al día de sus asuntos les llevaría toda la noche, Samantha había tomado de nuevo posesión de la cama y se entregó a un plácido sueño en el que todos sus deseos se cumplían, hasta que aquellos dos ineptos decidieron devolverla bruscamente a la realidad.

Intentó acallar sus voces, como toda persona racional hacía cuando tenía unos molestos vecinos y no quería abandonar su cálida cama: se acurrucó entre las sábanas y se tapó la cabeza con la almohada, y luego, al ver que eso no le servía para nada, hizo lo que toda chica de Brooklyn haría a las tres de la

madrugada en aquella situación: ir a buscar a sus escandalosos compañeros para hacerles entender con alguna que otra patada en el culo que esas horas eran para dormir.

Guiándose por los patéticos gritos, llegó hasta el estudio, donde los encontró sentados en la alfombra y comiendo palomitas acompañadas por algún fuerte licor de las Highlands, una nefasta combinación, sin duda, mientras veían *Sonríe, mi amor*.

En esa última película que Stephen había protagonizado, el actor representaba a un fotógrafo que se enamoraba de una de sus ayudantes, en vez de hacerlo de una de las modelos a las que fotografiaba. Se trataba de una divertida y enternecedora comedia romántica, que perdía todo su encanto cuando dos estúpidos le gritaban advertencias al protagonista a la vez que le arrojaban palomitas.

—¡No la creas! ¡Es todo mentira! ¡Sólo va contigo por tu dinero! —advertía Stephen, con animados gritos, a su otro yo de la pantalla.

—¡Escapa! ¡Huye ahora que aún estás a tiempo, antes de que se convierta en una bruja amargada! —añadía Graham, acompañando las delirantes palabras de su amigo.

Samantha carraspeó, intentando que le prestaran atención. Finalmente, harta de sus gritos, ella también alzó su voz a ver si así aquellos dos energúmenos la escuchaban.

—¿Se puede saber qué demonios estáis haciendo a las tres de la madrugada?

—¡Joder, la bruja! —dijo Graham, percatándose al fin de su presencia y haciendo que su amigo riera estruendosamente ante sus payasadas.

—¡Os vais a ir ahora mismo a dormir si no queréis que os patee el trasero! —ordenó Samantha. Y se quedó sorprendida ante su rápida obediencia, ya que apagaron el televisor y se levantaron del suelo.

Después de eso, Samantha pensó que estaban demasiado borrachos para su bien, cuando los vio jugar a piedra, papel y tijeras algo tambaleantes, negándose en redondo a moverse del sitio hasta que uno de ellos hubiera ganado el juego, al mejor de tres...

—¿Qué diablos estáis haciendo ahora? —preguntó Samantha, demasiado confusa y adormilada como para tener paciencia con ellos.

—Decidir quién comparte la cama contigo esta noche —contestaron los dos, inmersos en el juego y sin prestar atención a su encendido humor, que iba

caldeándose con cada palabra que salía de la boca de ellos.

—¡Ninguno! —gritó Samantha indignada, empujándolos hacia la habitación que compartirían, ya que si los volvía a dejar a sus anchas nadie dormiría esa noche.

—¡Pero yo quería compartir la cama contigo! —se quejó Graham como un niño mimado.

—Eso no volverá a pasar nunca —declaró Samantha, cerrando la puerta en las narices del tentador pelirrojo, totalmente decidida a cumplir su palabra. Luego se marchó hacia el sofá, donde al fin podría hacer sin interrupción lo que tanto deseaba en esos momentos: dormir a pierna suelta y disfrutar de un maravilloso sueño donde nadie la molestara.

* * *

A la mañana siguiente, Samantha se levantó temprano para terminar de ultimar el viaje que, según el programa de Payton, debería comenzar en una semana. Ella se había hecho cargo de supervisar cuánto tiempo estarían en cada ciudad, de organizar las breves pausas para las comidas y también de elegir la ruta más corta y fácil posible para llegar a cada destino.

Pero cuando intentó ocuparse de las reservas en hoteles o pensiones donde pasar las noches, Graham le aseguró que él se encargaría de todo. Algo que, de hecho, no la tranquilizó en absoluto, pues, conociéndolo como lo conocía ya, seguramente acabarían durmiendo en algún sitio extraño, acompañados de los amigos, aún más extraños, de ese hombre.

Pero como Samantha no pagaría nada, no podía protestar, así que simplemente cruzó los dedos para que los conocidos de Graham no fueran unos bichos raros y poder así dormir plácidamente en algún lugar adecuado a lo largo del intenso viaje, que duraría unos cuatro días.

Cuando concluyó con los datos que Payton le enviaba a su móvil, seguramente resuelto a no cruzar palabra alguna con Graham por si de repente éste decidía cambiar de opinión respecto a esa gira, decidió que ya era hora de despertar a aquellos dos personajes que la noche anterior se habían apropiado de la confortable cama que ella, tan orgullosa, había ganado con alguna que otra sutil trampa.

La sorprendió mucho la imagen que se encontró cuando abrió la puerta de la habitación. No pudo resistir la tentación de hacer una foto de tan conmovedora escena, para luego restregársela por las narices a sus protagonistas, mientras se burlaba de sus dos hombres favoritos: el actor playboy y el escritor amargado.

«¡Vaya mierda de gusto tengo para los hombres!», pensó resignada, al tiempo que dirigía su móvil hacia los dos y murmuraba irónicamente «Sonreíd», cuando sabía que en el profundo estado de somnolencia en el que se hallaban ambos bellos durmientes, ninguno podría hacerlo.

—¡Esto va directo a mi salvapantallas! —anunció alegremente, sin poder dejar de mirar a aquellos dos enormes y viriles especímenes masculinos, abrazados como dos quinceañeras tras una fiesta de pijamas.

Comenzó a alejarse con la idea de guardar su móvil, pero de repente recordó las maliciosas jugarretas que Raúl y ella se habían gastado desde siempre, cuando alguno de los dos se quedaba dormido en el taller. Y tras rememorar cada una de las humillaciones que había sufrido a manos de Graham, decidió que eso era lo menos que se merecía, por tratarla de esa manera.

Samantha corrió hacia su maleta, que se hallaba en un rincón de la estancia, y rebuscó silenciosamente hasta hallar la herramienta de su venganza. ¡Oh, cuánto se iba a divertir cuando ellos se despertaran!

En el momento en que finalizó su pequeña obra de arte, no pudo evitar hacer una foto para la posteridad.

—¡Oh, ésta es perfecta para fondo de pantalla de mi ordenador! —comentó maliciosamente, al tiempo que se alejaba hacia la cocina para disfrutar de un magnífico desayuno.

Mientras caminaba tan tranquila por el pasillo, oyó unos sorprendidos gritos y alguna que otra maldición, que le indicaron que los dos hombres finalmente habían descubierto lo artística que podía ser a aquellas horas de la mañana. Sobre todo cuando dos imbéciles interrumpían su sueño durante la noche anterior.

En el momento en que se sentó frente a su desayuno y empezó a disfrutarlo con una malvada sonrisa en la cara, sin poder dejar de jugar con un rotulador negro, oyó que Graham y Stephen discutían sobre quién entraría antes en el baño. Finalmente, como los inseparables amigos que eran, entraron juntos, y Samantha se preguntó cuánto tardarían en darse cuenta de que el rotulador que

había utilizado era indeleble. Y que la barba de chivo que les había dibujado, junto con los círculos negros que les rodeaban los ojos, tardarían un par de días en desaparecer.

Por los gritos indignados y furiosos que oyó, dedujo que no habían tardado mucho en darse cuenta de ello. Ahora sólo faltaba que aprendieran la lección y que ninguno de ellos volviera a robarle la cama a una adorable y dulce chica como ella.

* * *

Desde su lamentable primer encuentro con ese hombre, Natalie no podía más. Llevaba dos días esquivando al persistente sujeto, pero Jeremiah White tenía una forma muy particular de hacerse notar: a cada instante que pasaba sin recibir una respuesta satisfactoria sobre el paradero de su hija o sobre la desconocida Miss Dorothy, su adorado coche sufría un nuevo percance.

Era desquiciante no saber cuánto subiría en esa ocasión la abultada factura del taller, y Natalie no podía sobrevivir sin algún tipo de vehículo con el que desplazarse para acudir a tiempo a sus múltiples reuniones. Por culpa de ese hombre ya había llegado tarde a la cita con un nuevo autor, y a punto estuvo de perder la oportunidad de firmar con otro. Por no hablar de una importante reunión con su intransigente jefe, a la que había llegado por los pelos.

Finalmente, por tercera vez en esa semana, su coche estaba reparado y esperándola en la puerta de la editorial. O eso al menos era lo que le había dicho el joven del taller que le había entregado las llaves a la hora del almuerzo.

Cuando Natalie concluyó su jornada laboral y se dispuso a dirigirse a su dulce hogar, se encontró de nuevo con la presencia del dichoso sujeto junto a su vehículo. Con su fuerte físico y su atractivo porte podría parecer un sueño para cualquier mujer, pero para ella se estaba convirtiendo en una horrible pesadilla.

—Tenemos que hablar —dijo una vez más Jeremiah White, enseñándole una enorme llave inglesa que sólo podía significar que su coche de nuevo no funcionaba.

Natalie tomó aire, sonrió amigablemente y volvió a intentar que él creyera sus mentiras.

—Como ya le he explicado en varias ocasiones, señor White, su hija está en un agradable viaje de negocios, ayudando a nuestra adorada Miss Dorothy, que en estos momentos está bastante enferma. Si ya ha contactado con Samantha,

sabrá que está en perfectas condiciones y que su preocupación es superflua.

—Sé que mi hija está bien, eso no es lo que me preocupa. Lo que me mantiene despierto por las noches es la varonil voz que me contestó cuando la llamé, diciéndome que él era Miss Dorothy —comentó Jeremiah, cuestionando cada una de las falsas palabras de Natalie.

«¡Qué hijo de…!», maldijo mentalmente Natalie, pensando en aquel enervante autor, que, aunque estuviera a miles de kilómetros de distancia no dejaba de hacerle la vida imposible.

—Seguramente sería una estúpida broma de alguno de los ayudantes de Miss Dorothy.

—Sí, claro —replicó irónicamente Jeremiah, sin dejar de exigir una respuesta que no fueran un montón de patrañas.

—Para su tranquilidad, voy a llamar a Miss Dorothy y haré que su ayudante se disculpe por lo ocurrido y que le explique la situación —propuso sonriente Natalie, decidida a amenazar a Miss Dorothy con clavarle sus caros tacones de aguja en cierta zona sensible si hacía falta, con tal de deshacerse del acoso de aquel sobreprotector padre que tanto mal les hacía tanto a ella como a su coche.

—Bien, hágalo —contestó serio y muy decidido Jeremiah, cruzando los brazos frente a su pecho, a la vez que se acomodaba sobre la carrocería del lujoso deportivo, indicándole a Natalie que no se movería de allí hasta que hiciera esa llamada.

Ella marcó lentamente el número de teléfono de Graham y esperó a que atendiera su llamada. Como era habitual, él se estaba tomando su tiempo en contestar y Natalie, mientras tanto, sonreía como una idiota, mirando al amenazante hombre que tenía delante y que alzaba impertinente una ceja, llegando a la temible conclusión de que todas sus sospechas eran ciertas.

Al fin, como siempre que solía llamar a ese número, el buzón de voz saltó, con un inquietante mensaje:

—Estoy de viaje, lo que sólo puede significar que voy en busca de sexo, alcohol y mujeres. Si quiero contactar contigo, ya lo haré cuando vuelva. Y si eres Natalie Wilson, no te molestes en dejar ningún mensaje, ya que no te llamaré.»

—¡Cabrón! —susurró ella entre dientes, esperando sinceramente que Jeremiah no la hubiera oído.

—¿Y bien? —preguntó él impaciente.

—Por lo visto están de viaje por los alrededores, seguramente para

conseguir un poco de la inspiración que tanta falta les hace a los escritores —mintió Natalie, rogando porque esta vez él la creyera y decidiera dejarla en paz de una vez.

—Señorita Wilson, a pesar de lo que usted y mi hija crean, no soy idiota. Sé que algo raro pasa con la identidad de esa famosa escritora. Tenga presente una cosa: seguiré viniendo todos los días hasta que decida contarme la verdad. Hoy tampoco le aconsejo que coja su coche. Creo que el motor podría recalentarse un poco a mitad de camino —finalizó pendenciero, mientras se alejaba en su coche de segunda mano, que funcionaba mucho mejor que el nuevo y lujoso deportivo de Natalie, dejando así a la editora a la espera de un taxi y de una nueva factura del taller, que últimamente se estaba forrando a su costa.

Como siguiera así, su mecánico podría montar una nueva franquicia que llevara su nombre y una dedicatoria para ella: «A la encantadora pero poco afortunada conductora, que mejor haría en sacarse un abono para el bus».

Cuando Natalie subió al taxi, algo cansada, saludó amablemente al conductor, que era el mismo que la había recogido los dos últimos días y al que, para su desgracia, le encantaba hablar de los maravillosos libros de su autora preferida, que, por supuesto y como no podía ser de otro modo, era la persona que más detestaba Natalie.

—¡Jodida Miss Dorothy! —murmuró en voz baja, deseando una vez más no haber conocido jamás a Graham Johnson.

CAPÍTULO 16

La mañana en que debía comenzar el dichoso viaje que Payton me había organizado, me despedí de mi amigo Stephen, que desde su llegada sólo había sido un incordio. Por suerte, los últimos días se había preocupado más de cómo deshacerse de la bochornosa jugarreta de Samantha, que aún persistía en nuestros rostros, que de su último pasatiempo, que no era otro que aleccionarme sobre cómo debía llevar mi vida amorosa.

Empezaban a fastidiarme y mucho los consejos baratos que me ofrecían las personas de mi entorno, ya que hasta entonces yo carecía de ese tipo de engorrosas relaciones que todo el mundo me decía que tenía con Samantha. Algo del todo incomprensible, porque entre ella y yo tan sólo había una estrecha relación de negocios y sexo, e incluso esto último me era negado últimamente.

¿Por qué las mujeres se empeñaban siempre en darle un nombre a todo? Si nosotros disfrutábamos cada vez que nos acostábamos con alguien, si en ocasiones comenzábamos a pensar en ellas, o si incluso sentíamos celos… ¿por qué había que definirlo tan rápidamente como «amor»?

Las mujeres y sus melosos pensamientos me crispaban los nervios. Por eso me gustaba permanecer lo más lejos posible de ellas y verlas sólo cuando era absolutamente necesario. Por desgracia, eso no podía hacerlo con Samantha, ya que estaba pegada a mí hasta que concluyera la dichosa novela.

Mientras terminaba de darle algún retoque a la historia de Miss Dorothy antes de partir hacia mi viaje usando mi verdadera identidad, la del desconocido autor de novelas de intriga Graham Johnson, descubrí dos cosas que me dejaron impactado: la primera, que la novela que había evitado escribir durante dos años por miedo al fracaso ya estaba terminada; y la segunda, que aunque podría librarme en aquel mismo instante de la mujer que tanto me atormentaba, no lo haría, porque no quería poner fin a nuestra relación sin saber qué era lo que comenzaba a sentir por Samantha y si era lo que muchos llamaban «amor».

Archivé el documento en mi ordenador sin saber cuándo lo entregaría y guardé silencio sobre él, porque, por el momento, esa historia era lo único que nos unía a Samantha y a mí. Seguramente, el día que le entregara el final de la

novela, sería el último en que la vería, y aunque si ella pasaba más tiempo a mi lado podría cometer el error de enamorarse de un cabrón como yo, no podía evitar ser egoísta y querer seguir junto a la mujer a la que tanto deseaba.

Tras cerrar el archivo de la última parte de mi saga *Redes de amor*, mi editora, que parecía tener un sexto sentido para intuir cuándo finalizaba mis novelas, insistió con una de sus tormentosas llamadas. Esa vez decidí hablar con ella y contestar a todas sus engorrosas preguntas con la amabilidad que me caracterizaba, o sea, ninguna. Sobre todo, porque ya estaba más que harto de sus quejas, expresadas tan abiertamente en mi saturado buzón de voz.

—Al habla una desvalida y dulce ancianita... —respondí burlón, recordándole que mi *alter ego* y yo no nos parecíamos en nada, y sacando con ello a relucir el impertinente acoso al que siempre me sometía con sus llamadas.

—¿Me puedes decir por qué narices te vas de viaje? ¿Y también cómo es que Samantha lo ha permitido?

—Me voy para promocionar esas novelas de intriga que tan poco te interesan, Natalie. Y Samantha no ha podido hacer nada porque la he encerrado en el maletero —dije, mintiendo vilmente, sabiendo que si intentase hacer eso, ella no tardaría mucho en volver a desmontar mi coche como venganza.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que hice todo lo que pude para que tus novelas fueran aceptadas, pero que a mi jefe no le parecieron adecuadas para sacarlas al mercado? Sin duda lo estás haciendo para torturarme, ¿verdad? —me preguntó Natalie, algo histérica.

—Bueno, eso ya no importa. Como he encontrado otro editor que ha aceptado publicarlas de buena gana, comprenderás que mi tiempo no es sólo tuyo y de tu prestigiosa editorial.

—¿Qué tiempo ni qué narices, si apenas me dedicas unos segundos cuando hablo contigo, y eso siempre y cuando consigo localizarte?

—Bueno, pues aquí me tienes. Aprovecha, tienes treinta segundos para exponerme todas tus quejas antes de que decida colgarte —dije amablemente, concediéndole un poco más del tiempo que solía darle para que me comentara sus preocupaciones sobre el trabajo.

Desgraciadamente, Natalie decidió usarlo dejando caer alguna que otra maldición sobre mi comportamiento y su tiempo se agotó.

Cuando volví a revisar mi buzón de voz, me amenazaba con hacerse un collar con mis pelotas, algo que sin duda nunca quedaría bien en una mujer tan elegante como ella. Después presté atención a la petición que me hacía.

—¡Graham, ni se te ocurra jugar con esa inocente chica! ¡Tiene un padre terriblemente sobreprotector que me está haciendo la vida imposible, así que haz el favor de comportarte por una vez en tu vida!

Una petición bastante razonable que no tardé en descartar cuando el objeto de mis deseos entró en el estudio para avisarme de que era la hora de ponernos en marcha. «Lo siento, Natalie, no te puedo prometer nada», le escribí a mi editora en un mensaje de texto, mientras seguía a la mujer que estaría a mi lado durante todo ese largo viaje y que, sin ningún género de dudas, estaba más que decidido a volver a llevar a mi cama.

* * *

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Graham, contesta de una puta vez! —dejó Natalie Wilson por enésima vez en el buzón de voz de Miss Dorothy, tras recibir ese inquietante último mensaje.

¿Por qué ese hombre tenía que ser tan obtuso? ¿No podía comportarse por una vez en la vida como un ser racional? Y como siempre que tenía la desgracia de hablar con él, las cosas fueron de mal en peor cuando oyó detrás de ella la inoportuna voz que en los últimos días se le había hecho tan conocida.

—¿Quién es Graham? —se interesó Jeremiah White, que de nuevo la esperaba a la salida de su trabajo.

—Es… es mi impertinente sobrino —contestó Natalie dubitativa, pensando que si tuviera la desgracia de tener un sobrino como ése, ya haría años que se habría pegado un tiro.

Y como siempre hacía ese individuo del que últimamente no podía librarse, se apartó y, apoyándose en su caro descapotable, alzó una ceja, demostrándole que nunca se terminaba de creer ninguno de sus embustes.

—¿Quién es Miss Dorothy? —le preguntó una vez más Jeremiah White, como hacía siempre que la esperaba.

—Una adorable y noble ancianita —contestó Natalie por enésima vez, con una de sus más falsas sonrisas, rezando por que Jeremiah se tragara alguna de sus patrañas. Algo que, evidentemente, no ocurrió.

Cuando él se retiró de su automóvil, suspirando un tanto molesto, le enseñó una extraña y diminuta pieza que sin duda pertenecía a su coche, que, como todos los días, volvería a fallar e iría a parar al taller, donde últimamente el dueño la recibía con una resplandeciente sonrisa. Incluso le había dicho que

estaba decidido a ponerle su nombre a una de sus hijas, ya que como siguiera a ese ritmo, terminaría pagando los estudios universitarios de cada uno de sus vástagos.

Una vez que el molesto sujeto desapareció de su vista, Natalie se distrajo un poco buscando el número de su taxista habitual, que ese día parecía llegar tarde a su habitual ronda de «Voy a recoger a la idiota a la que siempre se le estropea el coche a esta hora».

Mientras Natalie reflexionaba sobre qué maldad le habría hecho nuevamente aquel vil mecánico a su descapotable, un joven algo desaliñado tropezó con ella. Natalie se apartó de su camino, pero el muchacho la observó atentamente. Al parecer, como muchos otros, la reconocía por haberla visto en esas dichosas revistas de mujeres emprendedoras, que le habían traído más desgracias que parabienes cuando todos los desconocidos escritores de Nueva York que encontraba a su paso le entregaban sus novelas.

Con la mirada perdida, el joven le puso un ajado manuscrito en las manos y le dijo:

—Mi novela es de lo mejor y sin duda usted estará encantada de leerla —casi ordenó el enfebrecido sujeto, apretando con fuerza las manos de Natalie sobre su obra, obligándola así a coger su libro.

—Señor, debería usted enviarla a la editorial. Sin duda, mis compañeros estarán encantados de leerla.

—No, no, no… Ya he recibido decenas de respuestas de ellos, todas negativas. ¡Y usted la va a leer sí o sí! —contestó el perturbado muchacho, perdido en su mundo, haciendo que Natalie empezara a temer por su seguridad.

—Bien, me la llevaré a casa y la leeré —asintió calmada, decidida a salir del aprieto como fuera y, dado que estaba habituada a mentir, una pequeña mentira más no le haría ningún daño.

Pero el joven no la creyó y esa vez la cogió con fuerza de un brazo, mientras intentaba arrastrarla hacia su coche.

—¡Estupendo! La llevaré a mi casa y la leeremos juntos...

Ni loca pensaba Natalie ir a casa de un pirado que a saber lo que habría escrito, así que plantando sus tacones de aguja firmemente en la acera, intentó deshacerse del sujeto y ya estaba a punto de gritar como una histérica pidiendo ayuda, cuando alguien agarró al chico apartándolo de su camino y empotrándolo contra el capó de su coche. Natalie no tuvo dudas acerca de quién era el que volvía a maltratar su descapotable, aunque esta vez fuese para ayudarla.

—¡Jeremiah, podrías tener un poco más de cuidado! —dijo preocupada por la pintura plateada de su coche.

—¿Con quién? ¿Con el coche o con este tipo? —preguntó él, sabiendo lo mucho que la editora adoraba su pequeño automóvil. Y antes de que Natalie contestara, estampó al individuo unas cuantas veces más contra el deportivo, con una maliciosa sonrisa.

—¡Con mi coche! —gritó ella finalmente, atrayendo algunas miradas hacia lo que estaba ocurriendo.

Jeremiah le dirigió una perversa sonrisa y soltó al pirado en mitad de la calle.

—¡Toma tu manuscrito! —le dijo, lanzándolo despectivamente hacia el apaleado joven, que no dejaba de sangrar por la nariz—. Ésa no es forma de tratar a una mujer. Con el acoso constante no vas a conseguir nada de nadie.

Irónica, Natalie alzó una ceja, mientras pensaba cómo el hombre que decía eso lo incumplía constantemente. Intentó hacerle ver que él también la estaba acosando a diario con sus múltiples jugarretas, pero antes de que pudiera decir nada, Jeremiah la acalló con unas bruscas palabras:

—A mí sí me está permitido acosarte —le dijo serio. Y después dirigió hacia el joven una amenazadora mirada, haciendo que éste huyera, dejando atrás su adorado manuscrito.

—Te acompañaré a casa —comentó luego Jeremiah, conduciendo a Natalie hacia su coche de segunda mano.

—¿No sería mejor que arreglaras el mío? —preguntó ella impertinente, intentando que se diera cuenta de lo estúpido de la situación.

—¿No sería mejor que me dijeras la verdad? —replicó Jeremiah, haciéndole ver que esa infantil situación persistiría hasta que le revelase lo que quería saber.

—¡Llévame a casa! —dijo Natalie finalmente, demasiado casada para discutir con aquel sobreprotector padre.

Y ésa fue la primera vez que, cuando un atractivo hombre la llevaba a su casa, Natalie pensó en deshacerse de él lo más pronto posible, porque con su atrevido comportamiento y sus profundos ojos castaños que tanto la atraían, habían empezado a peligrar tanto ella como su coche con la cercanía de ese sujeto.

* * *

El primer destino de Graham no se hallaba demasiado lejos del recogido pueblo donde vivía. En tan sólo dos horas llegamos a la ciudad de Oban. Se trataba de un lugar pequeño pero bastante ajetreado, en el centro de la zona norte del condado de Argyll. Según las guías turísticas que revisé antes de iniciar el viaje, Oban poseía el puerto de mayor extensión al noroeste de Escocia y era un punto principal para las partidas de ferrys en dirección a las Islas Hébridas, situadas más al oeste. No era de extrañar por tanto que esa ciudad fuera el centro del turismo del condado de Argyll, donde personas de todas las nacionalidades paraban para iniciar sus recorridos a lo largo de Escocia.

Esto me hizo creer erróneamente que la pequeña librería de la escondida pero transitada calle donde Graham firmaría sus novelas de intriga estaría llena de gente deseosa de adquirir los libros del excepcional, aunque desquiciante autor.

Cuando llegamos, Graham miró un tanto molesto la reducida mesa de madera, bastante destartalada, que el dueño había colocado en el exterior de la tienda, junto con algunos ejemplares de sus últimos libros. A los lados de la mesa había unas viejas cajas llenas de libros, más viejos aún, con un letrero de «saldos».

Después de ver el rostro enojado de Graham, creí que se marcharía antes de sentarse siquiera en el desvencijado taburete que el anciano librero le había dado tan alegremente a su querido escritor, pero me sorprendió cuando, tras echar un vistazo al humilde pero acogedor establecimiento que se hallaba detrás de él, decidió tomar asiento en el lugar que el hombre le señalaba.

Graham habló durante un largo rato con el dueño del pequeño comercio, firmó sus libros e incluso gastó alguna que otra broma sobre sus novelas. Pero a lo largo de la mañana se fue deprimiendo cuando los turistas pasaban junto a él haciendo alguna que otra rápida compra antes de tomar un ferry hacia su destino.

Después de horas de estar sentada junto a Graham observando cómo miraba las musarañas o dibujaba distraídamente unos garabatos en un post-it, me mandó a por un rápido almuerzo. Cuando volví, sonreí ante la imagen de un joven que hablaba bastante animadamente con él sobre el argumento de sus novelas. No me di cuenta hasta que estuve junto a ellos de que el característico mal humor de mi escritor estaba a punto de desbordarse, animándolo a hacer de nuevo una de las suyas.

El rostro de Graham empezaba a mostrar aquel aire malicioso que siempre tenía cuando planeaba dar una de sus irónicas, o directamente maleducadas y

groseras, contestaciones. No supe por qué hasta que presté atención a las palabras del joven, que convertían en aún más humillante el hecho de estar sentado junto a un viejo tablón que hacía las veces de mesa entre los olvidados libros de segunda mano.

—¡Me encantan sus novelas, las tengo todas! ¡Soy uno de sus mayores fans! Pero le tengo que decir que como son demasiado caras no he comprado ninguna, ¡me las he descargado todas de internet! —decía el joven tan contento, logrando que Graham gruñera en voz baja, seguramente resignado a que las personas hicieran eso y encima tuvieran la cara de comentarlo tan tranquilos con el escritor al que le habían robado una pequeña parte de su obra.

Me sentí orgullosa de él cuando se limitó a coger aire y contestó serio a las impertinencias del chico.

—Mis libros también están en versión digital y son más económicos que los de papel. Como mucho, cuestan un par de libras.

—Sí, pero… ¡gratis es mejor! —insistió el otro, sin percatarse del enfado que estaba provocando en Graham—. ¡Es un enorme placer conocerlo, señor Johnson! Me preguntaba si podría regalarme usted alguno de sus libros y dedicármelo. Después de todo, usted es escritor, así que tiene que estar forrado.

—¡Oh, no! —musité en voz baja, rogando porque Graham no hiciera una de las suyas.

Me acerqué a la mesa para intentar alejarlo de aquel joven impertinente, pero cuando llegué ya era demasiado tarde: Graham esbozaba una de sus maliciosas sonrisas, mientras garabateaba algo en uno de los post-it que había junto a él.

—No te voy a regalar un libro, pero… ¡mira por dónde, sí te voy a entregar una de mis dedicatorias!: «Con cariño para ti, de tu admirado autor. ¡Compra mis libros de una puta vez, pedazo de gorrón! Firmado: Graham Johnson».

Luego, ante mi asombro, se levantó de la silla y le pegó el post-it en la frente al lector caradura, pasó junto a mí y me arrebató la bolsa del almuerzo, mientras se adentraba en la tienda y me cerraba la puerta en las narices colocando en ella el cartel de «cerrado».

El joven, aún conmocionado, se quitó el insultante post-it de la frente y, tirándolo al suelo, juró no leer nunca más ninguno de esos libros que hasta entonces tanto le habían gustado.

—¿Es así como piensas vender tus libros? —reprendí severa a Graham entrando en la tienda, donde él charlaba animadamente con Angus, el anciano

dueño del establecimiento.

—Estoy en mi descanso. Además, ése no iba a comprar nada —respondió él, señalándome el cartel de «cerrado».

—¡Pero una mala crítica suya puede hacerte perder decenas de ventas! —contesté, intentando sin éxito hacerlo entrar en razón.

—Sí, ¡mira cómo se apilan mis fans en la puerta para comprar mis libros! —replicó irónico, indicándome la calle, donde en esos instantes sólo circulaba el polvo de las aceras.

—¡Te dejo, eres imposible! —grité, alzando las manos al cielo muy frustrada por su comportamiento.

Cuando salí de la tienda, estaba tan furiosa y resuelta a demostrarle que con un poco de esfuerzo podía conseguir que alguien le prestara atención, que cogí con fuerza algunos de sus libros y me dediqué a incordiar con ellos a todo el que pasara.

Increíblemente, yo con mi descaro conseguí más de lo que él había logrado en horas, y animé a algunos de los compradores a entrar en el local para que se los firmara tan maravilloso autor. Al contrario de lo que creía posible, los clientes salían de la pequeña librería con una sonrisa y hablando maravillas de aquel nuevo y prometedor escritor.

Al final del día no vendimos lo que esperábamos y las ganancias apenas nos dieron para cubrir los gastos del viaje, pero Graham mostraba una maravillosa sonrisa que hasta entonces nunca había tenido el placer de contemplar. Se despidió de Angus alegremente, prometiendo visitarlo en cuanto tuviera su próximo libro, y ambos nos dirigimos hacia nuestro lugar de descanso.

—No te preocupes, lo tengo todo solucionado —contestó Graham cuando le pregunté dónde dormiríamos, lo que no me tranquilizó en absoluto, porque conociéndolo como ya lo conocía, seguro que había planeado algo para que nunca pudiera olvidar nuestra primera noche lejos de su casa.

* * *

La elección de Graham para pasar la noche no disgustó mucho a Samantha en un principio, ya que se trataba de un pequeño hostal en una casa unifamiliar de estilo victoriano que conservaba muchas de las características del edificio original. La residencia era hermosa y acogedora; aparcaron en la entrada y fueron recibidos muy amablemente por la dueña, que los llevó a su habitación.

Cuando Samantha se percató de que dormirían juntos en una sola y minúscula habitación con una gran cama de matrimonio, exigió a Graham otro cuarto para ella. Algo que fue rápidamente rechazado por el persistente autor, que sólo quería llevársela de nuevo a la cama.

Samantha intentó comenzar una discusión en la que le expondría a Graham cada una de sus quejas y le explicaría por qué nunca en la vida volvería a acostarse con él, pero antes de que le diera tiempo a empezar su planeado discurso, él acalló sus reclamaciones con una seca frase que la hizo entrar en razón.

—Ésta es la única habitación que tiene baño propio. Si prefieres compartir uno… tú verás, pero yo no pienso pagarte la habitación —sentenció, señalándole despreocupadamente la puerta, por donde se podía marchar si ésa era su decisión.

—¡Oh, eres imposible! —cedió al fin Samantha, tomando posesión del baño en primer lugar.

Cuando salió, se dedicó a ignorar a Graham y, sentándose en un rincón de la cama con la única compañía de su libreta, comenzó a pensar nuevamente la trama de su novela, en la que los protagonistas habían decidido profundizar su relación, aunque la autora aún no sabía cómo hacerlo.

Su concentración se fue a pique en el momento en que un atractivo pelirrojo, con una toalla como única indumentaria y algunas gotitas de agua recorriendo su pecho, salió de la ducha. Como siempre, se sentó junto a ella para perturbarla, y sin preocuparse en absoluto de su desnudez, le arrebató la libreta para meter su curiosa nariz en la historia que Samantha estaba escribiendo.

Su seriedad mientras leía su vieja libreta hizo pensar a Samantha que por primera vez se tomaba la valoración de su manuscrito en serio. Luego habló y con eso le mostró lo equivocada que estaba.

—La trama parece más realista y la desarrollas bastante bien, pero las escenas de sexo siguen siendo pésimas. ¡Y yo que creía que todo lo que habíamos practicado te habría servido de inspiración! ¡En fin, qué se le va a hacer! ¡Tendremos que seguir practicando! —concluyó con picardía, tumbándose encima de ella y haciendo que notara lo emocionado que estaba ante esa perspectiva.

—¡No pienso volver a acostarme contigo, Graham! ¡Creía que eso entre nosotros ya había quedado claro! —replicó Samantha, alejándose de sus embaucadoras palabras.

—¿Cuándo? ¿En mi escritorio? ¿En el coche? ¿O en la alfombra de mi estudio? —inquirió él, recordando algunos de los lugares donde se habían rendido a un apasionado momento.

—Está muy claro que cada vez que nos acostamos lo sentimos de forma diferente y no estoy dispuesta a ser la única idiota que acabe con el corazón roto por tu culpa. ¡Así que procura mantenerte alejado de mí!

—¿Cómo de lejos? —ironizó Graham, señalándole la minúscula estancia.

—¡Tú en tu rincón y yo en el mío! —decretó Samantha, colocando una pila de almohadas como barrera entre ellos.

—¡Dios mío! Ésta va ser una noche muy larga… —masculló él, dejándose caer sobre la cama, mientras se tapaba el rostro un tanto frustrado—. Me castigas porque me niego a decir esas palabras que toda mujer quiere oír, ¿verdad? —preguntó luego, molesto por el estúpido empecinamiento de aquella mujer.

—No, Graham, me protejo de un hombre que nunca sabrá el significado de un «te quiero» y al que ni siquiera le importa averiguarlo —declaró Samantha, volviendo a coger su vieja libreta en la que sus protagonistas, al contrario que ella, sin duda habían encontrado el amor.

CAPÍTULO 17

Observé cómo Samantha intentaba ignorarnos a mí y a mi desnudez, ya que sólo llevaba una escueta toalla. Al ver que su nerviosismo aumentaba y su determinación se tambaleaba cada vez que dirigía alguna fugaz mirada a lo que se ocultaba impaciente bajo aquel trozo de tela, decidí quedarme un poco más de tiempo de esa manera, aunque ya comenzaba a sentir el frío de las Highlands.

Al morderse nerviosa el labio inferior, me hacía saber que yo no le era indiferente, y que la historia que desarrollaba en su ajada libreta apenas había avanzado desde que yo salí de la ducha y le expresé abiertamente mi deseo de estar con ella.

Aburrido de ser ignorado, comencé a cambiar los insulsos canales de la tele, ¡y sí señor, di con la programación adecuada para aumentar la tensión de ese incómodo momento! Al primer gemido de placer que emitió la exuberante morena de la pantalla, Samantha alzó la vista de su libreta y dejó caer su bolígrafo, dirigiéndome una mirada entre sorprendida y escandalizada que me hizo sonreír maliciosamente ante su respuesta a otra más de mis provocaciones.

—¿Qué pasa? Estoy viendo la tele... —dije, como si lo más normal para mí fuera ver una película pornográfica, algo que en verdad no hacía desde la adolescencia.

—¿No puedes poner otra cosa? Estoy intentando trabajar en mi novela —pidió Samantha, señalando ofendida la pantalla donde en esos momentos a la pareja protagonista de la escena se les unía una atractiva rubia.

—Puede que te sirva de inspiración —contesté, sabiendo que mis palabras la enojarían, ya que los escritores nunca trabajamos de esa absurda manera que algunos piensan, sino que simplemente utilizamos nuestra imaginación a la hora de crear esas entrañables y excitantes escenas en las que nuestros protagonistas expresan sus sentimientos a través de la unión de sus cuerpos.

Ella me miró un tanto disgustada con mi infantil comportamiento y me ordenó que terminara con ello. Una sugerencia razonable, que, por supuesto, ignoré por completo.

—¡Apaga eso y ponte a trabajar! —me ordenó, señalando el portátil que había llevado conmigo para simular que aún tenía trabajo que hacer, aunque éste estuviera terminado y yo sólo pensara dedicarme a hacer el vago.

—Es mi hora de descanso, me la merezco después de este desastroso día —me quejé, pensando que ni loco volvería a aceptar hacer otro de los viajes que me organizaba Payton.

—No ha sido para tanto: has firmado algunos ejemplares y te lo has pasado en grande hablando con los turistas a los que les gustan las novelas de intriga —me animó mi siempre optimista Samantha, haciéndome recordar que en algunos momentos en efecto me había divertido.

—Vale, no ha sido tan malo como esperaba —dije, dándole la razón—. Pero pienso ver esta película, así que no me distraigas o perderé el hilo del argumento —añadí, señalándole que ahora había también una pelirroja en pantalla.

—Pero ¿eso tiene argumento? —preguntó ella y yo acallé sus protestas subiendo el volumen de los gemidos procedentes de la orgía.

En realidad, no miré ni una sola escena de la película, sino que me dediqué todo el tiempo que duró a observar cómo Samantha se desconcentraba con cada grito que provenía de la pantalla o cómo daba un respingo ante las palabras obscenas que oía.

Finalmente, harta de todo, dejó su libreta a un lado y me arrebató el mando a distancia, poniendo fin a la inquietante programación que tanto la alteraba. Yo sonreí y me tumbé en la cama, viendo cómo se desarrollaba el proceso de creación de mi novata escritora: Samantha mordió el bolígrafo, inquieta, mientras le daba vueltas a cómo escribir ese tipo de escenas que siempre se le escapaban. Luego pasó a golpear el boli nerviosa contra su libreta y finalmente suspiró frustrada y apoyó la espalda contra el cabecero de la cama, sentada lo más lejos posible de mí.

—¿Qué te ocurre? —pregunté, decidido a ayudarla a hallar su inspiración, como ella había hecho conmigo.

—¡No me sale! ¡No sé cómo escribir ese tipo de escenas y me avergüenzo cada vez que pienso que esto puede leerlo alguien a quien conozco! ¿Qué pensarán de mí? —confesó inocentemente, de nuevo demasiado preocupada por

el qué dirán. Yo suspiré, resignado a darle uno de mis gratuitos consejos, que en ocasiones tenían algo de valor.

—Cuando escribes una historia, tú no eres Samantha White. Eres cada uno de tus personajes: la mujer desesperada por encontrar el amor, el hombre dubitativo, el rival celoso, el egoísta enemigo, la arpía deseosa de venganza… Y debes plasmar los sentimientos de cada uno de ellos en el papel sin importarte a quién ofendes o a quién avergüenzas, porque si no, no escribirías nada.

—Lo sé, pero aun así me cuesta trabajo escribir esta escena que no sé siquiera cómo empezar —declaró, desilusionada consigo misma.

Agarrándole repentinamente una mano, la hice caer encima de mi cuerpo. Y cuando intentó huir de nuestra cercanía, retuve sus manos entre las mías y enfrenté su decidida mirada, que me negaba el placer de su cuerpo.

Ella se irguió sobre mí y yo le hablé como nunca lo había hecho con una mujer. Por primera vez creí que era mi corazón el que hablaba, ya que yo nunca me habría atrevido a decir ninguna de las palabras que salieron de mi boca.

—Hazme a mí lo que tu protagonista haría con su amante. Conviértete por una vez en esa atrevida mujer de tu historia y déjame ser ese hombre que sabe amar tan intensamente como cualquiera de los que aparecen en esas tórridas novelas de amor. —Tras estas palabras, le coloqué las manos sobre mi pecho, donde mi corazón latía acelerado. Sólo por ella.

Cerré los ojos esperando su rechazo y los abrí sorprendido cuando sentí en mi pecho el dulce tacto de sus manos, que comenzaron a recorrer mi cuerpo mostrándome lo que tanto ella como su protagonista más deseaban.

Sin dejar de mirarme a los ojos un solo instante, Samantha se despojó del jersey y del sugerente sujetador. Yo mantuve mis manos en sus caderas, por miedo a asustarla una vez más con el apremiante deseo que me recorría cada vez que la tenía entre mis brazos.

Ella me acarició el pecho con suavidad y siguió con sus delicadas caricias por mi cuello hasta llegar a mi rostro. Las yemas de sus dedos rozaron mis párpados, mi incipiente barba y finalmente mis labios, que no pudieron resistirse a besar aquellas tentadoras manos que tanto amor me estaban demostrando.

Luego las bajó de nuevo por mi torso y se inclinó hacia mí con la promesa de un beso, algo que yo anhelaba desde que empezó a tocarme. Fue el beso más tierno que había recibido en mi vida. Sus labios, al principio, apenas tocaron los

míos con su cálido aliento. Luego me mordisqueó tentativamente la boca, haciéndome desearla aún más. Tras esto, me dio delicados besos allí donde sus dientes me habían torturado y al fin recibí el beso que tanto había deseado.

Su lengua buscó la mía en un ardiente juego en el que no pude evitar apretarla contra mi cuerpo, queriendo más de lo que sus caricias me ofrecían. Cuando Samantha se apartó de mí fue trazando un descendente camino de besos por todo mi cuerpo, y yo tuve que refrenarme para no colocarla debajo de mí y tomarla tan salvajemente como deseaba en esos instantes. Pero ése era su momento y yo no se lo arrebataría, así que me contuve y la dejé hacer.

No tardó mucho en apartar la toalla que me cubría y cuando sus labios tocaron mi hinchado miembro, no pude evitar gemir al imaginarme el placer que podían prodigarme. Un erótico sueño que se hizo realidad cuando Samantha acogió atrevidamente mi erección entre sus manos y me introdujo en su boca haciéndome delirar de placer.

Sin poder evitarlo, le agarré con fuerza los cabellos, marcando el ritmo que más deseaba. Samantha parecía dispuesta a darme todo lo que necesitaba, pero yo sólo la quería a ella, así que la aparté de mí y la despojé de sus ropas antes de alzarla sobre mi cuerpo y dejarla libre para que tomara el control del apasionado encuentro que ambos anhelábamos desde un principio.

Luego introdujo lentamente mi miembro en su interior y yo no pude resistirme a acariciar sus pechos con una mano mientras se movía despacio sobre mí, al tiempo que con la otra le acariciaba el clítoris.

Cuando Samantha comenzó a aumentar el ritmo de su cabalgada, probé sus senos con mi perversa boca hasta hacerla gritar mi nombre, y fue entonces cuando agarré con fuerza sus caderas para marcar el ritmo que nos llevaría a ambos hasta la cumbre del placer. Ella se convulsionó violentamente sobre mi cuerpo gritando de nuevo mi nombre, y yo llegué al clímax gritando el suyo, casi a la vez.

Después de nuestro orgasmo, nos derrumbamos el uno en brazos del otro, y ya que Samantha era lo único que deseaba en esos instantes, la estreché contra mi cuerpo mientras nos arropábamos bajo las mantas, deseando que el tiempo no pasara, porque a la mañana siguiente yo sería otra vez un hombre que no sabía amar y ella una mujer que evitaba enamorarse de la persona equivocada.

* * *

La siguiente parada obligatoria, según el desordenado itinerario elaborado por Payton, nos obligó a Graham y a mí a dirigirnos al noreste de Oban. Debíamos buscar una pequeña comunidad llamada Strathdon, dejada de la mano de Dios, en el extremo noreste del Parque Nacional Cairngorms, a unas cuatro horas de camino, donde, según el engañoso editor, del que ya no me creía ni una sola palabra, habían organizado una feria literaria en la que Graham podría conseguir mucha atención para sus libros.

Aunque me levanté con algún que otro remordimiento al recordar la forma en que me había aprovechado de él la noche anterior para que me sirviera de inspiración para mi novela, mi arrepentimiento cesó cuando vi que se sentaba en el coche cediéndome las llaves con una sonrisa. Ocultó sus hermosos ojos castaños con unas caras gafas de sol y me ordenó conducir mientras él se echaba una siesta.

Como el GPS y yo definitivamente no nos llevábamos bien, tardé algo más de lo previsto en hallar el lugar de encuentro, y un viaje que según ese estúpido trasto debía haberse realizado en tres horas y cuarenta y cinco minutos, se convirtió en una odisea de cinco interminables horas, que me llevó al límite de mi paciencia. Sobre todo en el instante en que mi desesperante escritor me preguntó por enésima vez si habíamos llegado ya.

Cuando conseguí aparcar en una gran explanada destinada a ese menester, salí del coche para tomar aire fresco y desentumecer mi agarrotado cuerpo después del extenuante viaje. Aunque en realidad lo único que deseaba era apartarme unos minutos del hombre que me había vuelto loca durante todo el trayecto con sus sonoros ronquidos y sus frustrantes quejas e insinuaciones cuando se despertó de su apacible sueño, algo que yo también necesitaba en esos momentos.

En el instante en que Graham salió del coche, dirigió una mirada al bonito ambiente que nos rodeaba, con luminosas e inmensas carpas blancas llenas de distintos alimentos y bebidas típicas del lugar, todo ello expuesto sobre una espléndida extensión verde rodeada por una exuberante y hermosa naturaleza. Y como siempre hacía, Graham me estropeó ese idílico momento con una de sus bruscas maldiciones.

—¡Será cabrón! ¡No pienso ir a ninguno más de sus viajes! ¡Y cuando vuelva, definitivamente le voy a obligar a comerse esta mierda de itinerario! —gritó bastante irritado.

Y como Graham sólo desplegaba sus mejores encantos con las personas

más cercanas a él, no tuve dudas de que estaba intentando hablar con su editor cuando sacó su móvil del bolsillo y comenzó a dejar un insultante e interminable mensaje en el buzón de voz.

No comprendí por qué lo molestaba tanto el bello entorno que nos rodeaba. Aunque tras mirar más detenidamente el desfile de hombres tocando una singular melodía con aquellas maravillosas gaitas, uniformados con los típicos *kilts* de los clanes, pude observar los elaborados puestos donde se vendían diversos productos artesanales, desde ropa a comida, así como unos extraños juegos preparados en una gran pista. Llegué a la conclusión de que el terrible humor de Graham se debía a que aquello no era en absoluto una feria literaria.

Después de que él pagara su frustración con el desastroso hombre que parecía esquivarlo, dejándole más de una decena de mensajes repletos de originales maldiciones, sacó del maletero de su coche, aún bastante furioso, una gran y pesada caja que seguramente contenía los libros que quería vender. Y como Payton no estaba allí para que pudiera amargarle la vida, mi adorado escritor decidió pagarla conmigo, ya que yo había tenido la brillante idea de animarlo a hacer ese viaje que por el momento sólo estaba siendo un gran desperdicio de tiempo y de dinero.

Sin una sola palabra, y tras dirigirme una de sus furiosas miradas, colocó la pesada caja en mis manos, cogió una extraña bolsa de lona, sobre la que yo me pregunté con curiosidad qué guardaría, y nos adentramos en aquel maravilloso evento al que yo aún no sabía qué nombre darle.

Justo cuando finalizaba el discurso de los organizadores, tras el armonioso desfile, empezaron a repartir muestras gratuitas de un fuerte whisky escocés, bromeando con los turistas sobre quién sería capaz de aguantar el fuerte brebaje de las Highlands. Graham cogió rápidamente un vaso de una de las bandejas que pasaban por su lado y tras dejarlo vacío de un trago, anunció:

—¡Bienvenida a los juegos de las Highlands!

* * *

El puesto asignado a Graham Johnson era una pequeña carpa que se encontraba junto a una exposición de vacas peludas, unos animales típicos de las Highlands, de grandes cuernos y largo pelaje, que en nada se parecían a las vacas que Samantha había visto en las excursiones que su colegio de Brooklyn organizaba en alguna que otra ocasión.

El puesto que se hallaba a su derecha era una cervecería donde servían distintos tipos de bebidas artesanas, ofreciendo muestras gratuitas a todo el que quisiera deleitarse con la cerveza de las Tierras Altas de Escocia, aunque normalmente los extranjeros la engullían de un solo trago, sin molestarse en paladear los distintos y refrescantes sabores que en ella se podían encontrar.

El ceño fruncido de Graham al ver su puesto, reveló todo lo que pensaba del organizador del festejo y de su editor en esos momentos. Y más aún cuando una vaca comenzó a vaciar el contenido de su estómago muy cerca del montón de libros que Graham apilaba contra la mesa. Por supuesto, para agravar la situación siempre estaba el típico listillo que cuando veía una gracia la tenía que señalar.

—¡Mira esa vaca! ¡Ya te ha dicho lo que opina de tus libros! —se rio un joven algo bebido, señalando al furioso escritor.

Por suerte, Graham se contuvo, tomó aire y tan sólo apretó con fuerza los puños antes de tomar asiento. Luego adoptó una airada expresión, lo que no animó a nadie a acercarse a su tenderete, dado que todos los asistentes sólo buscaban momentos de diversión y algo de entretenimiento con los que relajarse y disfrutar de aquel singular festejo que se realizaba una vez al año en diferentes lugares de las Highlands.

Después de un rápido almuerzo con las muestras de las típicas comidas escocesas que el organizador les brindó, sin duda para intentar calmar al temperamental escritor y borrar su molesto ceño fruncido, que tanto destacaba en medio de aquel jolgorio, algunos turistas se acercaron a Graham y se interesaron por sus libros. Él les explicaba encantado la trama de uno de ellos a un grupo de personas, cuando el molesto y embriagado joven que antes lo había insultado, pasó de nuevo por allí, sólo para provocarlo.

—¡Tus libros apestan! —dijo el borrachuzo, refiriéndose a la situación anterior, ya que Graham dudaba que ese joven hubiera tenido alguna vez un libro entre las manos.

Él lo ignoró y reanudó sus explicaciones, molesto por la persistencia de aquel idiota. Por desgracia, el muchacho siguió insistiendo y acabó espantando a casi todos los curiosos que se habían reunido junto al novedoso escritor de las Highlands.

A lo largo de la tarde, el joven volvió a aparecer una decena de veces, repitiendo siempre la misma estúpida frase y por último, cuando volvió a presentarse frente a Graham, ataviado con un *kilt* e intentando hacerle un

estúpido bailecito que en nada se parecía a los bailes escoceses, Graham no pudo más, y su característico mal carácter, que hasta entonces había logrado contener, salió a relucir cuando el joven, al repetir una y otra vez aquella necia frase, acabó con toda su paciencia.

Ante el asombro de Samantha y del organizador del evento, que en esos momentos charlaba con ella sobre los juegos que se celebrarían en breve, Graham abrió la extraña bolsa de lona por la que Samantha había sentido tanta curiosidad y sacó un pelota antiestrés, que arrojó al molesto chaval dándole en mitad de la frente y haciendo que perdiera el equilibrio en mitad de su bailecito, cayéndose de culo en el frío césped. Sin saber cómo había acabado allí, el joven se incorporó y vio junto a él la pelota antiestrés que había sido utilizada como arma arrojadiza. Se apoderó rápidamente de ella y, señalando algo molesto a Graham, declaró:

—¡Volveré!

Ante esa amenaza, él simplemente se carcajeó y le enseñó la bolsa de lona, que contenía una montaña de esas pelotas.

—¡Estaré preparado! —contestó, sonriendo con malicia.

Tras esta brusca y temperamental acción, Samantha lo reprendió, convencida de que los echarían del evento.

—Creo que no es así como se utilizan esos artefactos —comentó cruzando los brazos, enfadada por el grosero comportamiento de Graham.

—¿Y qué quieres? No sé de qué otra forma utilizar estos estúpidos regalos que siempre me hacen mis hermanas y, además, en esta ocasión ha funcionado. Ha acabado con todo mi estrés —concluyó con una gran sonrisa llena de satisfacción.

Cuando el organizador de los juegos, Ramsay Campbell, se acercó a ellos todavía algo sorprendido, Samantha pensó que los obligaría a recoger sus cosas y marcharse, pero el jubiloso hombre de mediana edad que siempre parecía tener en los labios una sonrisa, se rio mientras golpeaba amigablemente la espalda de Graham y lo invitó a participar en los juegos que iban a empezar.

Él aceptó la amable invitación, apuntándose sólo a algunos de ellos y aprovechando el resto del tiempo para promocionar su novela, que aunque no parecía tener cabida en esa feria, estaba teniendo algo de aceptación entre todos los que lo habían visto silenciar de una manera tan contundente a aquel turista grosero, algo que más de uno había tenido ganas de hacer alguna vez.

Antes de que los juegos empezaran, el joven, tal como había prometido,

volvió. Esta vez acompañado por algunos de sus amigos. Graham se levantó bruscamente de su silla, dispuesto a presentar batalla si hacía falta y darles a aquellos imberbes jovenzuelos una lección. Pero ellos se limitaron a mirarlo fijamente y soltar un estúpido grito de guerra, sin duda imitando alguna necia película, luego le dieron la espalda y, ante su asombro, se levantaron los *kilts* y le enseñaron sus relucientes y blancos traseros.

Samantha se dio la vuelta, sorprendida, apartando la mirada de los atrevidos muchachos, que ahora comenzaban a entonar una canción escocesa un tanto subida de tono mientras meneaban el trasero.

Graham se rio a carcajadas señalando a su sonrojada compañera y, sin poder evitarlo, se desternilló a su costa.

—¡Y luego me regañas por utilizar de forma inadecuada una simple pelota antiestrés! Te informaré, por si no lo sabías, que ésa tampoco es la forma adecuada de lucir un *kilt*. —Graham señaló a los jóvenes, que ante el asombro de todos continuaban con su exhibición.

Cuando Ramsay llegó para notificarle a Graham que era la hora de poner a prueba sus habilidades en algún juego, simplemente ignoró a los muchachos mientras le tendía a él un *kilt* y le explicaba a Samantha que ninguno de los jugadores podía participar si no llevaba la adecuada indumentaria de las Highlands.

—No te preocupes… esto sí sé utilizarlo —susurró Graham al oído de Samantha con una sonrisa, antes de seguir a Ramsay hacia la pista de juegos y ver cómo los muchachos huían cobardemente ante su cercanía.

Samantha, después de esto, corrió a hacerse un hueco entre la multitud para no perderse aquellos inusuales juegos de habilidad, tales como lanzamiento de troncos, en el que los participantes debían voltear sobre su eje de mayor longitud un tronquito de nada de unos siete metros de altura y ochenta kilos de peso. Algo que a primera vista parecía imposible, pero que muchos de aquellos aguerridos hombres lograron; otra disciplina era el lanzamiento de martillo, en la que se lanzaba una bola de metal de unos diez kilos sin moverse del sitio, o también un divertido juego en el que dos grupos de personas tiraban de los extremos de una larga cuerda y ganaba el equipo que conseguía llevar al otro a su terreno.

Pero lo que más le gustó a Samantha de todo el maravilloso espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos fue cómo le quedaba aquella especie de faldita escocesa a su atractivo escritor, al que estaba más que dispuesta a sacarle alguna

que otra foto para no olvidar nunca ninguno de los divertidos momentos del viaje, intentando evitar preguntarse qué pasaría cuando éste hubiera finalizado.

* * *

—Jeremiah, me parece muy bien que me acompañes todos los días para asegurarte de que no me persigue ningún acosador, pero ¿me puedes explicar por qué una mujer tan ocupada como yo tiene que prepararte la cena? —preguntó Natalie Wilson, molesta por la persistencia de aquel sujeto que ahora, además de estropearle el coche, se atrevía a invadir su lujoso apartamento y, más concretamente, su cocina.

—Si lo prefieres, puedo prepararla yo —comentó Jeremiah sentado en uno de los taburetes que había junto a la barra de la ordenada y moderna cocina de Natalie.

—¡Ni de coña vuelvo a dejarte intentarlo de nuevo! Por poco me incendias la casa, y eso que sólo tocaste el microondas para calentar la comida. ¿Por qué mejor no haces como cualquier hombre razonable y te vas a tu casa a fastidiar a tu mujer? —añadió Natalie impertinente, dispuesta a deshacerse de él, pues se estaba convirtiendo en un problema que últimamente la tentaba demasiado.

—No tengo mujer a la que fastidiar. Y la única que cuidaba de mí se halla ahora mismo a miles de kilómetros de distancia, con una tal Miss Dorothy que aún no tengo muy claro si es un hombre o una mujer. Pero eso será algo que muy pronto me aclarará su editora. Por ese motivo estoy aquí —contestó Jeremiah decidido, sin dejar de observar cómo aquella elegante mujer no perdía ni una chispa de su atractivo mientras se ponía un delantal sobre sus caras ropas y removía un guiso casero como los que a él le gustaban.

—¿Se puede saber cuándo me podré deshacer de ti? ¿Cuántas veces tengo que decirte que Miss Dorothy es sólo una noble ancianita? No me extraña que tu mujer te abandonara si para todo eres igual de cabezota —dedujo erróneamente Natalie.

—Dafne no me abandonó… murió cuando Samantha tenía catorce años. Y le encantaba mi cabezonería. En cuanto a cuándo dejaré de molestarte, te informo de que eso ocurrirá en el preciso instante en que te decidas a revelarme la verdad —añadió Jeremiah, que después de haber observado detenidamente a

Natalie era capaz de adivinar cuándo ésta mentía, ya que tenía el imprudente hábito de mirarse una y otra vez sus uñas de porcelana cuando quería engañar a alguien.

—Lo siento… no era mi intención ofenderte, tan sólo… —intentó excusarse Natalie de la brusquedad de sus palabras ante un tema tan delicado como era perder a un ser querido.

—No te disculpes. No podías saberlo —replicó él, silenciando sus labios con un dedo—. Además, ya hace mucho tiempo de aquello. —Sonrió falsamente, mostrando el dolor que aún sentía ante el recuerdo del pasado.

—¿La querías mucho? —preguntó ella, sorprendida de que un amor así existiera, porque, aunque en su trabajo leía todo el rato sobre ello, pocas veces había tenido el privilegio de ver a un hombre verdaderamente enamorado.

—La amé con locura. Pero no soy uno de esos que creen que el amor sólo aparece una vez en esta vida. A Dafne no le gustaba pensar que cuando ella no estuviera aquí todo habría acabado para mí, así que me hizo prometerle que buscaría a otra mujer digna de mí y me casaría con ella.

—Entonces, ¿por qué estás solo? —preguntó Natalie, poniéndole un plato de su guiso delante.

—Porque aún estoy buscando a la mujer adecuada —contestó Jeremiah, sin apartar su mirada de la de ella, diciéndole con los ojos más de lo que debería—. ¿Y tú? ¿Por qué estás sola? —preguntó a su vez, bastante interesado en su respuesta.

—¿Qué te hace pensar que en estos momentos no tengo ninguna relación? —preguntó la famosa editora, algo molesta por su insolente pregunta.

—Muy fácil —respondió él, después de deleitarse con el primer bocado de aquel exquisito plato—. Ningún hombre te recoge a la salida de tu trabajo y nadie me ha echado aún de tu piso. Si tienes un novio, o es muy desconsiderado o te mereces algo mejor.

—No tengo a nadie, ¡pero no porque no pueda! —dijo Natalie, dándole a entender que no le gustaba que se inmiscuyera en su vida privada—. Sino porque no he encontrado a la persona adecuada para mí.

—¿Y qué buscas en un hombre? —quiso saber él, mostrando demasiado interés por su respuesta.

—Jeremiah, definitivamente, tú no eres el tipo de hombre con el que yo saldría —se burló Natalie, intentando evitar la realidad de que él, con su ternura, su insistencia y su valentía al defenderla comenzaba a atraerla como ningún otro.

—Bueno, entonces tendremos que conformarnos con ser amigos —replicó él, besando con delicadeza la mano de Natalie como todo un caballero.

Natalie se quedó hechizada con ese gesto tan romántico, que siempre había creído que sólo se podía ver en las novelas de amor que tanto adoraba. Hasta que él alzó su mirada y, con una pícara sonrisa, le soltó la mano y dijo:

—Tienes razón, lo nuestro no funcionaría porque nunca he podido soportar las mentiras. —Y terminó de engullir su comida, ya que sabía que después de su impertinente afirmación, ella no tardaría en echarlo de su apartamento, a pesar de que cada una de sus palabras fuese cierta.

—¡Fuera! —gritó Natalie indignada, indicándole la salida y deseando que, por una vez, le hiciera caso y se alejara de ella.

Jeremiah, obediente, alejó de sí el plato ahora vacío, se levantó de su asiento y sin más se dirigió hacia la salida, no sin antes dirigirle una de aquellas ladinas sonrisas que tanto la disgustaban.

Para asegurarse de que abandonaba su hogar lo más rápido posible, Natalie salió de la cocina y, con la única idea de darle con la puerta en las narices, aceleró el ritmo de sus pasos por el salón. Justo cuando pensaba hacer una triunfal despedida, quedando como una altiva diva ante ese insensato, tropezó con la alfombra nueva que había junto a la entrada, yendo a parar directamente a los fuertes brazos de Jeremiah, que no dudó en acogerla con una atrevida sonrisa.

—Recuérdame por qué nunca funcionaría algo entre tú y yo —susurró Jeremiah, con sus labios muy cerca de la tentadora boca de la única mujer que había empezado a interesarle desde la muerte de su esposa.

—Se me ha olvidado... —contestó con un hilo de voz Natalie, olvidándose de todo lo que no fueran los fuertes brazos que la acogían y lo mucho que le gustaba estar entre ellos.

Y sin darse tiempo para pensar en otra cosa que no fuera el deseo que los embargaba, atrajo a Jeremiah hacia ella y él devoró su boca con un arrebatador beso. Luego, sin separarse de la miel de sus labios, ese hombre, que era más romántico de lo que debería serlo un simple mecánico de Brooklyn, la cogió en brazos como a una princesa y se dirigió con ella hacia su habitación, donde se abandonaron a un apasionado momento, olvidando que entre los dos todavía había demasiadas mentiras y secretos. Tal vez más de los aconsejables para comenzar una relación, porque sin duda, cuando todo saliera a la luz, un montón de problemas los separarían.

Entre ellos uno muy grande y pelirrojo llamado Miss Dorothy, que siempre atormentaba a su editora y al que había tenido la brillante idea de mandarle una inocente joven, una joven de la que Natalie dudaba en esos momentos si sería lo suficientemente sensata como para no involucrarse con ese insufrible hombre que tenía un carácter de mil demonios, pero que podía llegar a ser un temible embaucador con cada una de sus palabras.

Después de todo, por algo era un excelente escritor.

CAPÍTULO 18

Cuando Natalie se despertó junto a un hombre desnudo, tuvo dos reacciones: la primera fue pensar sobre lo que había hecho y sentirse un tanto culpable por ello, aunque su culpa se mitigó al mirar la fuerte espalda de Jeremiah, que aún escondía su rostro bajo la almohada, y los arañazos que le habían dejado sus uñas de porcelana. Al recordar la apasionada e inigualable noche que había pasado junto a él, no pudo evitar esbozar una de esas estúpidas sonrisitas del día después, llena de dicha y satisfacción.

La segunda reacción, cuando vio que eran las doce del mediodía y que su despertador no había sonado, fue maldecir su suerte, que últimamente era pésima, y correr desnuda hacia su móvil para revisar los mensajes que su jefe había comenzado a dejarle desde las diez de la mañana. Para su desgracia, llegó al teléfono justo cuando éste comenzaba a sonar de nuevo, y como era una mujer de negocios responsable, no pudo evitar contestar la llamada, aunque ya sospechaba lo que se le venía encima.

—¿Sí? Al habla Natalie Wilson —contestó, simulando una voz ronca, acompañada de unas cuantas toses, para ver si colaba la vieja excusa de que estaba enferma y así tal vez librarse de uno de aquellos sermones en plural mayestático que tanto odiaba.

—Señorita Wilson, quisiéramos saber… por qué no ha acudido esta mañana a trabajar —dijo la siempre imperturbable voz de su jefe.

Natalie tomó aire, decidida a contestar lo más formalmente posible; por desgracia, el hombre desnudo que se hallaba en su cama eligió ese preciso momento para despertarse y, al darse cuenta de que ella también estaba desnuda, lo tomó como una invitación.

—Verá, señor Reed, anoche me acosté con un resfriado bastante fuerte y… —empezó Natalie entrecortadamente, mientras las manos de Jeremiah la encerraban repentinamente en un cariñoso abrazo, juntando su espalda con un robusto pecho y una prominente erección, a la vez que le susurraba atrevidas palabras al oído.

—¿Así que ahora soy un resfriado? —murmuró juguetón—. Aunque no me gusten tus mentiras, he de admitir que hay algo de verdad en ellas. Sin duda, ayer había algo bastante grande en tu cama, que sigue aquí esta mañana... —apuntó alegremente su amante, haciéndole notar la evidencia de su deseo.

—Como le iba diciendo, tomé un medicamento para el resfriado y me he quedado dormida —concluyó Natalie, deshaciéndose del abrazo de aquel tentador hombre y señalándole un lugar que lo mantuviera alejado de su persona. Desafortunadamente, lo que señaló fue la cama, y cuando una mujer desnuda hace eso, los hombres suelen malinterpretarlo, así que Jeremiah se tumbó allí a la espera de una repetición de la pasada noche.

—Señorita Wilson, tenemos que hablar sobre un gasto un tanto extraño que hay en los nuevos informes de este mes. Según eso, usted ha contratado a una joven sin experiencia como… ¿relaciones públicas?… para tratar con Miss Dorothy. ¿Desde cuándo contrata a otros para hacer su trabajo, señorita Wilson?

A ella le dieron ganas de contestar: «Desde que tengo que tratar con un irritante escritor que siempre me hace la vida imposible y que en dos años no había escrito ni el título de su novela hasta que llegó Samantha». Pero guardándose las ganas de decir lo que pensaba, simplemente explicó:

—Samantha es una mujer muy profesional en su trabajo y, como puede ver por los primeros capítulos de la nueva novela, está consiguiendo que la inspiración vuelva a Miss Dorothy.

—Sí y también está consiguiendo elevar los gastos de nuestra autora, ya que Miss Dorothy nos está agobiando con extrañas reclamaciones: nos ha hecho llegar un abultado sobre repleto de facturas entre las que hay desde decenas de tickets de compra en diversos establecimientos, hasta cuentas de cenas en restaurantes y pubs y alguna que otra estrambótica adquisición que se señala en su factura como «uniforme», al parecer comprado en un *sex-shop*… Finalmente, todo esto está englobado bajo el concepto «manutención de la niñera». ¿Se puede saber qué significa, señorita Wilson? —gritó airadamente Brandon Reed, ya que por lo visto él tampoco les veía ninguna gracia a las bromas de la autora a la que representaban.

—Seguramente sólo es una broma de Miss Dorothy, señor Reed —contestó Natalie más falsamente que nunca, poniéndose la bata que había a los pies de la cama e indicándole con esto a su amante que los calenturientos momentos de la

pasada noche habían finalizado y no se iban a repetir.

—Nos cuesta mucho digerir este tipo de bromas, señorita Wilson, así que a partir de mañana despejará su agenda y en una semana como mucho irá en busca de esa novela. Traerá de vuelta a su inusual empleada y de paso le comunicará a Miss Dorothy que no pensamos hacernos cargo de ninguno de sus absurdos dispendios. Mientras no tenga ese libro en sus manos, no se moleste en volver a estas oficinas. Y ahora esperamos que tenga un agradable descanso de su supuesto… resfriado —finalizó escéptico Brandon Reed antes de colgar con brusquedad el teléfono, dejando caer su frío ultimátum sobre la cabeza de Natalie, que en esos momentos pendía de un hilo muy fino.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —gritó después de escuchar las exigencias de su jefe—. ¡Maldita Miss Dorothy, maldito Graham Johnson y malditos todos los puñeteros escritores que se creen estrellas! —exclamó airada, arrojando su móvil al suelo con rabia.

En su enfado, Natalie no se percató de que los suspicaces oídos de Jeremiah finalmente habían captado la verdad, hasta que, bastante enfadado, la hizo volverse hacia él y, aunque apenas llevaba una sábana como única indumentaria, su frío rostro no mostraba indicio alguno de los atrevidos coqueteos de hacía tan sólo unos segundos.

Esta vez, Jeremiah no preguntó, simplemente afirmó una verdad que las maldiciones de Natalie le habían confirmado.

—Ese tal Graham Johnson es Miss Dorothy, ¿verdad? —exigió saber, insistiendo en que Natalie le confirmara la veracidad de esas palabras.

La mentira que a ella nunca le había costado pronunciar se le atragantó en la garganta cuando se vio obligada a repetirla de nuevo ante el hombre por el que había comenzado a sentir algo, así que permaneció en silencio.

—¡Dime la verdad de una puta vez! —reclamó un enfadado Jeremiah, sujetándola con fuerza de los hombros y obligándola a enfrentarse a sus ojos, que solamente querían una respuesta.

Natalie se negó a contar el secreto que tan bien había guardado durante todos esos años, pero la dura mirada de él, preocupado por el bienestar de su hija, la llevó a hacer un pequeño asentimiento con la cabeza. Jeremiah la soltó de golpe y la miró con desprecio.

—¿Sabes por qué no me gustan las mentiras, Natalie? ¡Porque siempre hacen daño a alguien! ¡Y tú me has hecho mucho daño!

Tras estas palabras, Jeremiah se vistió, mientras Natalie miraba asombrada

cómo sus mentiras lo estaban apartando de su lado.

Cuando él pasó junto a ella, Natalie lo miró con ojos arrepentidos.

—Traeré a Samantha de vuelta… —prometió, haciendo que Jeremiah le dedicara una fría mirada.

—¿Sabes qué, Natalie? Ya no me creo ni una sola de tus palabras, pero te diré una cosa: más vale que mi hija no haya sufrido ningún daño a manos de ese tipo, o todo el mundo sabrá lo mentirosa que puedes llegar a ser.

Después de esas palabras, que en nada se parecían a las dulces bromas o las tentadoras proposiciones que había recibido de él, Natalie vio cómo se alejaba sin volver la vista atrás para observar cómo la habían afectado sus amenazas. Si hubiera girado su rostro un instante, tal vez habría visto que la mujer imperturbable que siempre estaba demasiado ocupada como para preocuparse por nadie que no fuera ella, en esos momentos lloraba en silencio por haberle hecho daño al hombre que quería, y porque el destino no les había dado la oportunidad de intentar ser algo más que meros amantes de una noche, a pesar de que sus corazones reclamaran más.

* * *

Tras terminar los juegos de Strathdon, en los que Graham se divirtió como un niño, recogimos los libros que quedaron y nos dirigimos hacia una posada que Ramsay Campbell nos recomendó. Ésta se encontraba en Aviemore, a apenas una hora de distancia de donde nos hallábamos, así que no fue muy difícil dar con su ubicación.

De nuevo, Graham se negó a reservar dos habitaciones y acabamos compartiendo una minúscula estancia en la que apenas cabía algo más que una enorme cama. Mi atrevido escritor intentó volver a conquistarme con sus indecorosas insinuaciones, pero esta vez me negué en redondo a caer otra vez entre sus apasionados brazos, algo que me resultó muy difícil, cuando mi corazón se aceleraba con cada una de sus palabras, confirmándome que había cometido el error de enamorarme de él.

Por poco no caí ante sus persuasivas caricias, hasta que tuvo el atrevimiento de darme un insultante regalo que me había comprado en los juegos de las Highlands. Cuando lo desenvolví, ilusionada porque era el primer obsequio que recibía de su parte, sin contar con el exótico «uniforme» que trató de endosarme, vi un bonito *kilt* de cuadritos azules y negros.

Hubiera sido perfecto como recuerdo, de no ser porque la talla era demasiado pequeña para una mujer como yo. Sin duda, aquel fastidioso hombre había comprado una talla de niña sólo para ver mi reacción, algo que no tardó en averiguar, en el instante en que coloqué una barrera en mitad de la cama entre él y yo, construida con algo que nunca se atrevería a arrojar a un lado: todos los libros que aún nos quedaban por vender.

Apenas dormimos en toda la noche, ya que Graham no paraba de moverse en la cama, inquieto. Cuando me levanté, muy temprano, después de haber dormido sólo unas tres horas, tuve el detalle de dejarlo descansar un poco más, mientras pedía que nos llevaran el desayuno a la habitación.

Creía que Graham valoraría mis esfuerzos, pero como siempre, me equivocaba, ya que tras engullir su desayuno y parte del mío, me informó que no iría al siguiente lugar de reunión, ya que después de los juegos estaba demasiado cansado como para hacer otra cosa que no fuera dormir.

Me dieron ganas de aporrearle la cabeza con cada una de las novelas que ya había empaquetado, pero eso no fue todo. Además, me comunicó que, dado que yo era su ayudante y como con mi trabajo aún no había pagado ni una décima parte de mi viaje, me tocaba trabajar. Y debía llevar yo sola las novelas a la librería de nuestro siguiente destino, en la ciudad de Perth, situada a casi dos horas de distancia, al sur de Aviemore.

En esos momentos deseé matarlo lentamente y deleitarme con ello, como hacían los asesinos de algunas de sus novelas de intriga. Pero como sabía que si me quedaba con él todo sería peor, porque tendría que oír sus quejas sobre aquel desastrosamente mal organizado viaje que, por el momento, no había sido para nada tan perfecto y bonito como Payton había dicho, cogí decidida la pesada caja con sus novelas y me dirigí hacia el cuatro por cuatro.

Antes de que saliera por la puerta, Graham me detuvo. Yo creía que habría entrado en razón, hasta que se tumbó en la cama ocupando el mayor espacio posible y, colocándose los brazos detrás de la cabeza y con una maliciosa sonrisa en la cara, me dijo:

—No te preocupes, yo cubriré todos los gastos de tu viaje. A no ser, claro está, que quieras quedarte conmigo descansando en esta confortable cama...

Por como sus ávidos ojos devoraron mi cuerpo supe que si me metía de nuevo en esa cama, definitivamente, no dormiría. Así que mi respuesta fue darle la espalda y marcharme hacia un trabajo que no era mi responsabilidad, pero que por lo visto tendría que hacer si quería cubrir el maldito itinerario del viaje.

Antes de ponerme en marcha, me surtí de una gran cantidad de refrescos con cafeína para no quedarme dormida. Estaba tan exhausta que por descuido compré incluso una cerveza, que dejé aparte en un lado de la bolsa que tenía en el asiento del copiloto, donde debería estar Graham en esos momentos.

Mientras me dirigía hacia la ciudad de Perth, situada justo en el centro de Escocia y construida a orillas del río Tay, no pude evitar reprenderlo mentalmente. Graham estaba perdiendo una gran oportunidad de darse a conocer, ya que en el centro de la ciudad había una gran zona comercial llena de tiendas, restaurantes y pubs, donde sin duda la gente pasaría constantemente y él podría vender muchos libros.

¡Pero no! Aquel cabezota e irracional pelirrojo tenía que elegir quedarse en la cama y pasar el tiempo entre las cálidas y suaves sábanas que yo comenzaba a añorar en esos momentos. Por suerte, la ciudad estaba tan sólo a unas dos horas de viaje y seguro que si tomaba suficiente cafeína y ponía la música a todo volumen no me quedaría dormida al volante.

Después de unos minutos conduciendo, mi móvil comenzó a sonar. Pensé en ignorar la llamada, pero por desgracia el tono, similar al arranque de un motor, pertenecía exclusivamente a mi adorado padre. Así que, con algo de dificultad, contesté a la llamada preguntándome si esta vez habría conseguido quemar su apartamento entero con uno de sus experimentos culinarios y no sólo parte de la cocina.

—Papá, aléjate de la cocina... —contesté, acostumbrada a los desastres de los que era capaz.

—Samantha, no estoy en la cocina, sino en el taller. Y me pregunto por qué razón mi hija no me ha contado que Miss Dorothy es el seudónimo que usa un hombre, algo de lo que me he tenido que enterar por terceras personas... —dijo, bastante enfadado, mi sobreprotector padre, al que nunca le habían gustado las mentiras.

—¡Papá! No te dije nada porque no lo sabía hasta que llegué, y una vez aquí tenía prohibido hablar de mi trabajo. ¿Cómo te has enterado? —pregunté confusa, sabiendo que muy pocos sabían la verdad, y sin duda esos pocos nunca le revelarían a nadie que Miss Dorothy no era quien todos creían.

—Eso no importa en estos momentos. ¡Lo que me interesa de esta gran mentira es saber qué demonios estás haciendo en compañía de ese hombre y por qué has de ser tú la que haga ese trabajo, que, por cierto, todavía ignoro en qué

narices consiste! —me reprendió severo, exigiéndome implícitamente con ello que volviera a casa. Pero yo aún no estaba preparada para dejar a mi adorado escritor.

—Papá, sólo lo estoy ayudando a escribir su novela. Soy una especie de niñera que le impide que se distraiga de su deber de terminar esa historia, y por ahora hemos avanzado mucho. —Una verdad a medias, ya que en todo el tiempo que llevábamos juntos, Graham apenas había entregado a la editorial dos miserables capítulos.

—¿Y cuándo terminará ese hombre su maldito libro? —preguntó mi padre, exaltado.

—No lo sé, papá… ¿cuando le venga la inspiración? —dejé caer, sabiendo cuales serían sus siguientes palabras.

—Te doy una semana para que ese hombre termine su trabajo. ¡Si dentro de una semana no está finalizado, pienso ir a por ti! ¡Y me importa un bledo lo rico que sea ese tal Miss Dorothy o lo famosos que sean tanto él como su editorial, ya que cuando esté allí pienso cantarle las cuarenta sobre su irresponsable comportamiento!

—¡Pero papá! Escribir un libro lleva su tiempo y…

—¡Llevas cerca de dos meses fuera de casa! Si no es tiempo suficiente para que termine su novela, lo siento mucho por él, ¡pero como que me llamo Jeremiah White que tú vuelves a casa en una semana! —declaró mi padre con contundencia y, conociéndolo como lo conocía, sin duda si dentro de una semana no estaba en casa, vendría a buscarme con toda seguridad.

—¡Papá! ¡No puedo dejar un trabajo a medias, eso me haría quedar como una irresponsable y me perjudicaría en el futuro! —intenté razonar con él, pero como siempre pasaba con un padre tan protector como el mío, ignoró mis justificaciones.

—Por eso no te preocupes, ya me encargaré yo de esa editora que no sabe decir otra cosa que mentiras —replicó con un tono extraño, que me hizo pensar que entre él y Natalie había ocurrido algo, aunque eso era del todo imposible, porque una mujer tan elegante y exitosa como Natalie Wilson nunca miraría dos veces a un mecánico de Brooklyn, a no ser que fuera para reprenderlo por algún daño causado a su adorado automóvil.

—Papá, volveré a casa cuando termine mi trabajo. ¡Ésta es una oportunidad que no puedo desperdiciar! Además, estoy aprendiendo mucho de ese hombre: es un magnífico escritor.

—No me interesa cómo escribe, Samantha, sino cómo es la persona que se esconde tras el nombre de una venerable anciana —comentó él.

—Es como cualquier autor, papá, un hombre algo irascible, que en ocasiones me saca de quicio, mientras que en otras no puedo evitar admirar su brillantez. Es mi adorada Miss Dorothy y el desquiciante Graham Johnson. Es simplemente… —En ese momento interrumpí la explicación que estaba dándole a mi padre, porque mis siguientes palabras iban a expresar la verdad que intentaba negarme a mí misma: que Graham Johnson se había convertido en el hombre al que amaba.

Mi padre, que no era idiota, comprendió cuáles eran las palabras que faltaban en mi imprecisa explicación y, como era habitual en él, me dio uno de sus habituales consejos:

—No permitas que ningún hombre te haga daño, Samantha.

—No, papá, no le dejaré —contesté un tanto apenada, porque cada vez que Graham se negaba a decirme que me amaba, me infligía una pequeña herida.

Salí de mis tristes pensamientos cuando un repentino flash me avisó de que uno de esos radares colocados estratégicamente en el camino había sacado una maravillosa foto del coche de Graham. Maldije mientras colgaba la llamada, tras recibir una de sus reprimendas por hablar por teléfono mientras conducía.

Tras pensar cómo le explicaría a Graham mi descuido, llegué a la conclusión de que esa multa era lo mínimo que se merecía por estar vagueando mientras yo hacía su trabajo. Y luego recordé las últimas palabras que me había dicho antes de despedirme con una sonrisa: si él cubría todos los gastos de mi viaje… ¿por qué no hacerlo más interesante?

Así que, decidida a hacerle pagar por el nefasto día que me esperaba, localicé todos los radares que había en mi camino hacia Perth. Algo muy sencillo, ya que el navegador GPS del coche me suministraba esa información, y, por otro lado, los radares escoceses consistían en unas inmensas cajas amarillas situadas en grandes postes a un lado de la carretera. Me entretuve, sobre todo, en hallar los que estaban dotados de un gran objetivo y que tomaban una foto directa del conductor, además de la matrícula del vehículo, y posé ante todos ellos, antes de acelerar para que las fotografías de las multas que recibiría Graham salieran con mi imagen muy clara y definida, ofreciéndole así un caro recuerdo a mi amado escritor.

En la primera le dediqué unos morritos y un gesto obsceno con el dedo corazón; en la siguiente me tapé la cara con uno de sus libros, haciendo como

que leía mientras conducía, y coloqué a mi lado la cerveza, bien puesta para que se viera hasta la marca de la misma. Y así sucesivamente hasta llegar a la hermosa ciudad de Perth, donde nadie me esperaba…

* * *

Cuando Samantha llegó a una gran librería del centro de la ciudad de Perth, donde los dueños habían preparado una mesa para Graham Johnson, que incluía caras botellas de agua en envases de cristal, hermosas copas, bolígrafos de marca e incluso un cartel gigante donde anunciaban su último libro, ella tuvo ganas de patearle el trasero a ese idiota que estaba desaprovechando la que podía ser una gran oportunidad.

Ella intentó excusarse ante los organizadores del evento, que la miraron con muy mala cara en cuanto les comunicó que el autor no asistiría. Por supuesto, Samantha se inventó un supuesto malestar, ya que no quería ofender a aquellas personas que tanto trabajo se habían tomado para organizarlo todo.

Cuando Samantha apiló los libros en la mesa y se sentó como representante del vago escritor, todos los que se acercaban interesados por la obra preguntaban lo mismo: ¿por qué la foto de la contraportada era la de un ceñudo pelirrojo si la que estaba sentada a la mesa era una mujer castaña?

A ella le dieron ganas de contestarle a más de un curioso que se había operado y que antes era un hombre. Quizá, si se difundían esos rumores, aquel obtuso sujeto al fin aprendería a hacer su trabajo. Pero finalmente, como la mujer sensata que era, desistió de esa jugarreta.

A la hora del almuerzo, contactó con Graham y le dejó un amenazante mensaje en el buzón de voz, dispuesta a ir en su busca si hacía falta, con tal de que cumpliera la promesa que le había hecho antes de comenzar ese viaje, sobre que seguiría paso a paso cada una de las paradas del pésimo itinerario elaborado por Payton.

Mientras lo amenazaba con hacer una hoguera con sus libros en medio de la ciudad y bailar alrededor de ella la danza de la victoria, sintió que una mano se posaba en su hombro. Samantha se volvió, decidida a insultar al viandante que había osado interrumpir su perorata cuando estaba en medio de una violenta reprimenda a aquel irresponsable sujeto, hasta que vio asombrada que quien

estaba ante ella no era otro que el mismo al que estaba dejándole el mensaje, así que colgó y cogió aire antes de comenzar a decirle a la cara todo lo que opinaba de él.

—¿Ya ha descansado su alteza? —ironizó, haciéndole una burlona reverencia.

—Sí, la verdad es que he dormido como un bebé —contestó Graham, sin que sus palabras lo perturbaran y mostrando una satisfecha sonrisa que sugería que nada de lo que ella le dijera podría afectar a su buen humor.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Samantha algo confusa, ya que ella se había llevado el coche, dejándolo a él en la posada.

—Me he encontrado con Ramsay Campbell en el bar de la posada y se ha ofrecido amablemente a traerme a la ciudad. En serio, nunca creí que te tomarías mis palabras al pie de la letra. Cuando te fuiste aún te estaba esperando en la cama con ese *kilt* que sigo decidido a ponerte.

—¡Pues claro que me he marchado! ¡Yo, al contrario que tú, me tomo mi trabajo muy en serio! ¿Sabes lo amables que han sido los organizadores de este evento? ¿Y sabes lo desilusionados que estaban al no verte aquí? —lo reprendió ella severamente, intentando hacerlo recapacitar y que comprendiera que sus egoístas acciones siempre afectaban a otros.

—Bueno, ahora estoy aquí —replicó Graham, como si nada hubiera pasado durante aquellas tristes horas en las que Samantha no había vendido ni un solo libro a los curiosos del lugar.

—Sí, ahora… Pero ¿te imaginas el bochorno que he tenido que pasar intentando explicar por qué estaba yo sentada a esa mesa y no el pelirrojo que aparecía en la contraportada? —preguntó ella, que, sulfurada y harta de su despreocupado comportamiento, dejó caer una pequeña mentira—: Gracias a Dios que cuando les he dicho que antes era una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre, todos me han comprendido. —Y sonrió malévola.

Graham se quedó mudo de asombro ante la idea de que alguien lo hubiese confundido con una mujer. Aunque Samantha no comprendía de qué se sorprendía: después de todo, él era Miss Dorothy.

—Eso es mentira, ¿verdad? —quiso saber él, preocupado por su impertinente afirmación.

—¿Tú qué crees? —preguntó irónica, sin contestar a su pregunta.

Después de eso, Samantha se marchó hacia la librería, sin esperar a que Graham siguiera sus pasos hacia el lugar donde el adorable matrimonio que

regentaba el negocio la esperaba con una sonrisa.

Asombrosamente, él al fin decidió hacer su trabajo y la siguió hacia el interior del establecimiento, disculpándose debidamente con los organizadores, mientras esbozaba una de aquellas falsas sonrisas que nunca revelaban nada a nadie y que para Samantha sólo podía significar que sus siguientes palabras meterían a alguien en problemas. Y dado que ella era la que tenía más a mano, sospechó que Graham se vengaría de su imaginativa afirmación anterior, que él sabía sin duda que era mentira.

—Perdonen mi tardanza, pero mi secretaria se ha olvidado de despertarme y se ha apoderado de nuestro único coche para venir aquí —dijo, deformando la verdad y haciendo que los dueños de la librería miraran a Samantha con rencor.

Todo podría haber acabado ahí de no ser porque aquel hombre era ruin y vengativo y no pudo evitar acentuar el resentimiento que aquella pareja estaban comenzando a mostrar a Samantha por su fallido evento.

—¿Saben?, Samantha también está escribiendo un libro. Yo la estoy ayudando a pulir su estilo, pero en ocasiones no está de acuerdo con mis consejos, a pesar de que yo tengo más experiencia que ella como escritor. Se toma las críticas muy a pecho —comentó Graham, como insistiendo en que la culpa de que hubiese llegado tarde era sólo de ella. En cuanto a sus críticas… ¿qué escritor no se ofendería si tirasen su manuscrito a la basura?

Por supuesto, tras estas palabras de Graham, con las que Samantha quedó como una escritora rencorosa y envidiosa que quería hacerse sitio pisoteando a otros, la pareja que minutos antes la había recibido con unas alegres sonrisas, la fulminó con la mirada, considerándola finalmente la culpable de todo lo ocurrido.

—¡Pero gracias a Dios que al fin estás aquí! —exclamó ella, mostrándose incluso más falsa que él al darle un amigable abrazo.

Luego lo condujo hacia la mesa y le mostró su sitio. A pesar de que todos los que habían oído la conversación la mirasen despectivos, Samantha no borró de su rostro aquella falsa sonrisa. Y cuando Graham tomó su lugar, ella salió por la puerta, dejándolo tan distraído charlando amablemente con sus lectores, que no se percató de su ausencia mientras dedicaba a todos una amigable sonrisa.

—Veamos cuánto te dura esa sonrisa —susurró Samantha alejándose con las llaves del coche de Graham en una mano y su cartera, de la que había conseguido adueñarse en mitad del afectuoso abrazo, en la otra. Mientras se iba,

agradeció mentalmente la práctica que tenía en esos estúpidos juegos de niños y que había adquirido en el taller, robándole alguna herramienta a su amigo Raúl. Una broma que le había servido para algo.

Tras echar un vistazo al abarrotado local donde se hallaba Graham, decidió que ya era hora de que ella se tomara un merecido descanso, así que desconectó el móvil para que nadie pudiera molestarla y se fue en busca de un buen hotel, donde por fin pudiera hacer lo que había estado deseando durante todo aquel nefasto día: dormir, dormir y dormir.

No se olvidó de reservar en esta ocasión dos habitaciones, y antes de silenciar por completo todo lo que pudiera perturbar su sueño, Samantha volvió a encender su teléfono móvil para dejar un único mensaje.

«¿Te falta algo?», preguntó irónica en un mensaje de texto a su fastidioso escritor. Luego, como la profesional que era, no pudo evitar añadir el nombre del hotel en el que se encontraba y el número de la habitación reservada para él. Después, apagó el teléfono y se sumió en el profundo sueño que tanto necesitaba.

CAPÍTULO 19

Al fin llegó el día de nuestra última parada antes de volver a casa y descansar de aquel ajetreado viaje que me había hecho darme cuenta de muchas cosas que tenía que analizar. Como qué hacer con los sentimientos que tenía por Graham y cómo sobrellevar mis días junto a él hasta que terminara su novela.

Desde la pasada tarde, en la que había cogido dos habitaciones y dormido como un bebé, no había visto a Graham, y encontrar su fruncido ceño a la hora del desayuno no fue una señal muy alentadora para el viaje. Por lo visto, a él no le había sentado muy bien que alguien le hubiera tomado la delantera y le hubiera hecho pagar con creces su mal comportamiento, y eso que aún no había recibido las abultadas multas de tráfico que se sumarían a sus gastos.

Esa mañana, después de desayunar, saldríamos hacia la décima feria del libro que se celebraba en la ciudad de Inverness. Ese año, el acto tendría lugar en el Eden Court Theatre, un magnífico y moderno edificio situado junto al río Ness, donde durante cinco días se disfrutaría de un ambiente único para la literatura.

Los asistentes, además de estar rodeados de libros de los más diversos géneros, podrían asistir a diferentes eventos, como lectura de narraciones y poemas, talleres de escritura, entrevistas y tomar partido en los debates con alguno de los autores invitados. Como no me imaginaba a Graham con la suficiente paciencia como para enseñarle a alguien a escribir, o para leer fragmentos de su libro, supuse que Payton habría hecho bien su trabajo por una vez y habría conseguido que fuera entrevistado, junto con otros autores, sobre su última publicación.

Eso me gustó, porque cuando Graham comenzaba a hablar sobre sus obras se perdía en ellas y hacía que los que lo rodeaban se interesaran rápidamente por la trama de sus novelas. Por otro lado, la parte en la que el público podía mantener un debate con los autores me preocupó bastante, porque ya me imaginaba cómo podían ser algunas de las respuestas de Graham cuando alguna

pregunta lo ofendiera, así que decidí que, en cuanto terminara de hablar de su libro y de hacerse con algún que otro interesado lector, lo sacaría del acto, antes de que su mal genio le hiciera perder lo poco que había conseguido en ese viaje.

Revisé una vez más el folleto que tenía en las manos y lo estudié con detenimiento, percatándome de que nosotros seríamos los primeros en hablar en la mesa que nos correspondía, así que terminé de engullir mi desayuno y le metí a él un poco de prisa. Para desgracia de todos, Graham se había levantado de un humor de perros y eso sólo podía significar que cualquier cosa podía pasar cuando llegara a la mesa de debates, desde que esbozara una falsa sonrisa hasta que diera una de sus burdas contestaciones que siempre asombraban a todos por su grosería.

Crucé los dedos para que esta vez su humor se decantara por las falsas sonrisas y me dirigí con él hacia el coche. Nos aguardaban más de dos horas de trayecto hacia una ciudad que apenas comenzaba a despertarse.

Me pregunté, mientras caminaba hacia allá, por qué persistía el mal genio de Graham, si normalmente después de un plácido sueño éste solía desaparecer. Y antes de que llegáramos a su vehículo me sacó de dudas cuando me agarró de un brazo y, deteniendo mis pasos, me susurró al oído unas palabras que nunca hubiera creído que él pudiera pronunciar.

—Te eché de menos ayer. Apenas pude dormir sin tu presencia en mi cama, ¡no vuelvas a dejarme solo! —me rogó, confesando con sus palabras más de lo que quería admitir.

Y tras mirar sus suplicantes ojos que me exigían una respuesta, no puede evitar decirle una mentira.

—No lo haré —contesté, sabiendo que muy pronto el destino nos separaría, porque la historia de amor que él estaba escribiendo ya casi estaba terminada.

Y cuando ésta llegara a su fin, no habría nada que nos uniera, porque, aunque yo lo amara, no estaba dispuesta a seguir con un hombre que nunca podría corresponderme diciéndome «te quiero».

Él se durmió durante todo el viaje hacia la ciudad, y yo, de vez en cuando, pude admirar su rostro, que cuando dormía perdía todo rastro de hosquedad y parecía tan relajado que incluso podía llegar a confundirse con un ángel. Un calificativo que definitivamente nunca se le podría aplicar mientras estaba despierto, ya que con su atrevida sonrisa y sus maliciosas palabras sería considerado más bien un temible diablo. Aunque para mí siempre sería mi amado escritor.

* * *

Cuando Samantha y Graham llegaron a la feria del libro de Inverness, les entregaron sus respectivas acreditaciones y fueron conducidos hacia la gran sala del teatro por uno de los organizadores. Les explicaron que allí se haría el acto en el que los distintos autores hablarían de su difícil día a día como escritores y de sus duros principios, luego comentarían sus últimas obras, dándose a conocer más ante el mundo, y por último contestarían las preguntas del público.

Ante esta última información, Graham frunció el ceño, y con la excusa de coger algo del coche, dejó a Samantha a solas preparando la mesa en la que colocarían algunos de sus libros para que los asistentes los vieran antes de comenzar la charla. Otros tres autores acompañaban a Graham en la mesa: una mujer que destacaba en el género romántico y con la que Samantha pudo conversar ampliamente, porque a ella también le gustaban los libros de Miss Dorothy; un joven muy simpático que escribía ciencia-ficción, y otro escritor de intriga, bastante arrogante, que se creía el mejor, aunque nadie hubiera oído hablar de él en la vida.

Samantha procuró que Graham estuviera sentado lo más lejos posible de este último y, sabiendo lo mucho que lo molestaban las fans de Miss Dorothy, acabó ubicando a su irascible pelirrojo en una esquina de la mesa, junto al joven escritor de ciencia-ficción.

Tras mirar el reloj un tanto preocupada, se preguntó qué narices estaría haciendo Graham para tardar tanto, cuando el evento comenzaría en breve. Al fin, él se decidió a entrar por la puerta y, ante el asombro de Samantha, vio que no se le había ocurrido otra cosa que coger aquella molesta bolsa de lona llena de pelotitas antiestrés.

Ya se disponía a arrebatársela, antes de que él y su mal genio hicieran algo que todos pudieran llegar a lamentar, cuando un hombre la condujo a su asiento, comunicándole que el evento iba a empezar. Samantha, desde su sitio en primera fila, no pudo hacer otra cosa que advertirle a Graham con una severa mirada que no hiciera alguna de las suyas, mientras él se limitaba a colocar la bolsa a sus pies y le dedicaba una maliciosa sonrisa que no presagiaba nada bueno.

El principio de la charla fue bastante bien. Cada uno de los autores habló de la difícil vida de escritor cuando no se tenía el respaldo de una gran editorial, de todos los eventos a los que tenían que asistir para promocionarse, cuyo coste

salía de sus propios bolsillos, y de que, a pesar de que no ganaran mucho con eso, todos estaban muy contentos haciendo lo que más les gustaba: escribir.

Con algunas de las anécdotas de su último viaje, Graham hizo reír al público, y con sus palabras les hizo tomar conciencia de que la vida de un escritor no era tan fácil como parecía. El público acabó adorándolo tanto como la misma Samantha.

Después de esto, cada autor habló de sus libros, hasta que le llegó el turno a Graham, que ya estaba a punto de comenzar su apasionado discurso, cuando un espontáneo del público se levantó y, diciendo que él también era escritor, comenzó a hablar de su libro, que aún no había sido publicado.

Graham comenzó a fruncir el ceño un tanto molesto, pero respiró resignado, concediéndole algo de tiempo al hombre. Pero cuando el intruso repitió una y otra vez las mismas palabras, decidido a que su discurso no tuviera fin, Graham empezó a tantear la bolsa de lona que tenía en sus pies con una única idea en la cabeza: acallar a aquel sujeto que ya le estaba tocando las narices con su brusca interrupción.

Samantha, desde su asiento y sin poder hacer nada, veía cómo acercaba la mano solapadamente a la bolsa de lona, mientras el molesto individuo que había interrumpido a los autores no paraba de hablar, acabando con la poca paciencia que el pelirrojo podía tener, y haciendo que su malicioso carácter asomara.

—No lo hagas, no lo hagas, no lo… —susurraba Samantha, viendo que había conseguido sacar con disimulo una de aquellas molestas pelotitas antiestrés de las que pensaba deshacerse en cuanto llegaran a casa.

Rezó por que ocurriera un milagro y que Graham no noqueara al charlatán con aquel juguete que en sus manos podía llegar a ser tan peligroso.

Y por una vez sus ruegos fueron atendidos, ya que una chica bastante bien dotada se levantó de su asiento y se alzó la camiseta para mostrarles a todos el mensaje «¡No a la tala indiscriminada de árboles!» pintado en su cuerpo. De esta guisa, recorrió la sala de arriba abajo, anunciando su reivindicación. Por supuesto, sus dos poderosas razones llamaron mucho más la atención de todos que las del ahora mudo espontáneo, que acabó sentándose bastante indignado por haber sido interrumpido tan bruscamente.

Mientras un hombre de seguridad se llevaba a la chica ecologista de la sala, la conferencia volvió a la vida cuando Graham, con una ladina sonrisa, dijo ante el micro:

—¡Mira tú por dónde, este tipo de interrupción no me molesta en absoluto!

Y entre las risas del público, comenzó a hablar de sus libros, a la vez que apretaba con fuerza la pelota antiestrés en una mano, pelota que al fin había aprendido a utilizar correctamente después de todo. Aunque a Samantha no la tranquilizó demasiado que siguiera en sus manos todo el día, porque con Graham Johnson nunca se sabía lo que podía pasar.

* * *

Mientras Graham hablaba animado con el público, Samantha recibió una llamada de la siempre insistente Natalie que, increíblemente y por una vez, no le reclamó la dichosa novela, pero sí la informó de que lo que tanto temía estaba a punto de suceder y que su tiempo junto a Graham se acababa.

—Samantha, soy yo, Natalie Wilson. Dentro de una o dos semanas estaré allí y esté terminada o no esa novela, te traeré de vuelta conmigo. Graham ha tenido suficiente tiempo para hacer el vago. Si no quiere escribir, que no lo haga. Ya me inventaré cualquier cosa para salir del paso, como al fin y al cabo hago siempre.

—Creo que en esta ocasión se está esforzando, Natalie —dijo Samantha, mirando desde la puerta de la sala como, a lo lejos, él los convencía a todos para que compraran sus novelas.

—Sí, claro, lo creeré cuando lo vea —replicó escéptica Natalie ante las afirmaciones de Samantha, que no terminaba de creerse.

—Puede que necesite algo más de tiempo… —comentó Samantha, sin saber si se refería a Graham o a ella.

—Samantha, el tiempo se ha terminado —dijo severamente Natalie, percatándose de lo que la chica había empezado a sentir por ese hombre.

—Pero yo…

—¡Por favor, Samantha! No cometas el error de enamorarte de Graham: él no es el tipo de hombre que se enamora —la advirtió Natalie, compadeciéndose de la inocente joven que comenzaba a mostrar todos los síntomas de querer a aquel irritante escritor, algo que sólo podía ser una gran equivocación.

—Pero tal vez con un poco más de tiempo…

—Él no cambiará —concluyó Natalie, que lo conocía desde hacía años y estaba familiarizada con todos sus defectos.

—Lo sé, pero estoy dispuesta a intentarlo —declaró ella, decidida a aprovechar todo el tiempo que le quedara junto a Graham para demostrarle cuánto lo amaba.

—Pues buena suerte, Samantha. Ojalá seas la mujer que lo haga cambiar de opinión. Pero cuando yo vaya a buscarte, si Graham aún no ha cambiado, no te aferres a él, a un hombre que sólo te hará sufrir —le aconsejó Natalie, preocupándose por una vez por algo que no fuera la entrega de ese dichoso libro y su extravagante escritor.

—Gracias, Natalie —respondió Samantha, antes de finalizar la llamada y marchar decidida hacia donde se hallaba el hombre del que se había enamorado aun antes de conocerlo. Porque cada una de las palabras de los libros de Miss Dorothy siempre serían él.

* * *

Cuando por fin llegamos a casa, noté a Samantha diferente. Más distraída de lo normal, apenas me reprendió por la bolsa de lona que me negué a tirar y no insistió tanto como antes en que trabajara en mi novela. Era como si ya no le importara ese libro y sólo quisiera pasar algún tiempo conmigo.

Hice cosas que nunca antes había hecho por una mujer, como cocinar para ella, deseando que probara mi comida en vez de que se atragantara con ésta, como solía hacer con mis hermanas. O ver una estúpida película de esas que me producen somnolencia. Nos acurrucamos en el estrecho sofá y, antes de que la melosa pareja volviera a unirse tras la típica pelea de rigor que siempre tienen lugar en ese tipo de películas, fue Samantha la que finalmente cayó en un plácido sueño. Entonces la cogí en brazos y la llevé a la cama, donde la dejé con cuidado y me dispuse a cambiar sus incómodas ropas por un pijama.

Por una vez no quise jugar con ella, aunque su cuerpo, aun en la inconsciencia del sueño, me tentaba. Pero en esos momentos sólo quería que descansara del ajetreado viaje que habíamos hecho a lo largo de aquellos interminables cuatro días, unos momentos que nunca olvidaría, porque había disfrutado junto a ella cada uno de ellos, guardándolos como preciados recuerdos para cuando Samantha ya no estuviera a mi lado.

Ya había comenzado a desabrocharle los pequeños botones del jersey, cuando ella abrió los ojos. Esperé, preparándome para recibir alguna de sus reprimendas por intentar aprovecharme de ella mientras estaba dormida, pero

Samantha simplemente me miró como si lo único que necesitara en esos instantes fuera a mí, y me atrajo hacia ella, exigiéndome con sus labios un beso que yo nunca le negaría.

Nuestras bocas se unieron con ternura, deleitándonos cada uno con el sabor del otro, pero también con desesperación, como si ambos supiéramos que el tiempo de estar juntos se nos acababa. Cogí sus cabellos entre mis manos y jugué con su perturbadora lengua, que me exigía que le demostrara la pasión que siempre había entre nosotros.

Ella me despojó del jersey, arrojándolo despreocupadamente a un lado, y yo le bajé el sujetador, sin molestarme siquiera en quitárselo, para admirar aquellos pequeños senos que tanto me fascinaban. Los devoré, excitando sus erectos pezones. Y regocijándome con cada uno de los gemidos de placer que salían de su boca, continúe con mi asalto a su deseable cuerpo.

Las delicadas manos que me acariciaban me distraían demasiado, así que, bajándole un poco el jersey, se las retuve a los costados, haciéndole imposible acariciarme. Protestó, pero sus quejas cesaron cuando mis labios comenzaron a descender por ella y la despojé del resto de su ropa, dejando un reguero de besos en cada parte de su piel que dejaba expuesta.

Le quité los vaqueros con rapidez, y mis delicados y ardientes besos recorrieron sus piernas, haciendo que Samantha se estremeciera ante el placer de mis caricias. La ropa interior me llevó más tiempo, ya que me entretuve acariciándola lentamente por encima del delicado tanga, hasta notar la humedad que revelaba su necesidad. Luego, con la punta de los dedos, le acaricié el clítoris, incitándola al deseo. Y finalmente, cuando usé la lengua por encima de la escueta prenda que la cubría, ella se removió exigiéndome más de ese placer que tanto añoraba.

No le quité la ropa interior, sino que la eché a un lado mientras mi lengua se deleitaba dándole lo que tanto necesitaba en esos instantes. Sus caderas reclamaron mis labios y sus manos se movieron inquietas a ambos lados de su cuerpo por el deseo de tocarme, pero yo no se lo permitiría, porque siempre que estaba junto a ella sentía demasiado y no hubiera aguantado mucho antes de dejarme ir.

Subí una mano despacio por su suave piel hacia sus senos y jugueteé con ellos, dedicando leves caricias y sensuales pellizcos a sus henchidos pezones. Me deleité con cada uno de sus gemidos y quise que llegara al éxtasis una vez

más entre mis brazos, que gritara de nuevo mi nombre, como siempre hacía cuando el placer la embargaba, y que no olvidara que yo era el único que podía hacerla sentir así.

Metí un dedo en su interior sin que mi lengua dejara de acariciar la parte más sensible de su cuerpo. Ella gimió y dijo mi nombre, reclamando que la dejara llegar a la cumbre del éxtasis. Pero mi egoísta persona no la dejó ir todavía y sólo cuando ella rogaba entre mis brazos que cesara esa tortura, me desprendí de mi ropa y, penetrándola de una profunda embestida, la dejé al fin llegar a la cima del placer mientras gritaba mi nombre, que, con mis caricias, yo estaba grabando poco a poco en su piel. Quería hacerla mía de todas las maneras posibles, para que nunca pudiera olvidarme, porque sentía que entre nosotros todo estaba a punto de terminar.

Alzando sus piernas tras mi espalda, marqué un ritmo en mis acometidas que nos satisficiera a ambos, y cuando Samantha comenzó a disfrutar de nuevo del placer del orgasmo, yo la acompañé gritando su nombre, que nunca olvidaría, porque ella era la única mujer que me había amado.

Al terminar me derrumbé exhausto sobre ella y sonreí al darme cuenta de que al fin habíamos utilizado la cama. Samantha se quejó, porque sus brazos aún seguían atrapados a los lados de su cuerpo y eso sólo sirvió para que yo esbozara una ladina sonrisa, pensando que tenía toda la noche para demostrarle que no era un error amarme, aunque yo no fuera de los que se enamoran.

Tras quitarle el jersey que retenía sus brazos y besar una vez más sus labios, Samantha me dejó helado al coger mi rostro entre sus manos para evitar que yo huyera de sus sentimientos y me confesó las palabras que yo siempre le había advertido que nunca debía decirle a un hombre tan egoísta como yo:

—Te quiero —declaró, y sin esperar una respuesta que yo nunca le daría, acalló mis labios con un beso.

Yo me perdí nuevamente en el deseo que dominaba nuestros cuerpos y le mostré con mis caricias que nunca querría separarme de ella. Sus palabras quedaron grabadas en mi alma, haciendo que me cuestionara qué era lo que sentía por aquella mujer de la que no podía alejarme.

Tal vez algún tiempo a su lado me daría al fin la respuesta que tanto necesitaba para saber si lo que había entre nosotros era ese confuso sentimiento que algunos llamaban amor. Pero ¿cuánto tiempo juntos nos depararía el destino? Eso era algo que nadie podía saber, aunque mientras la abrazaba con

fuerza entre mis brazos después de que nuestros cuerpos quedaran saciados, comencé a sentir que ese poco tiempo que nos quedaba se estaba escapando lentamente sin que yo pudiera hacer nada para remediarlo.

* * *

En los días que siguieron a esa maravillosa noche en la que los dos mostraron con sus cuerpos sus más profundas emociones, Samantha y Graham llegaron a un acuerdo tácito de que nada se interpondría entre ellos. No hablaban de un mañana que no sabían si tendrían; no se exigían más que aquellos simples momentos, y las novelas sin terminar, las molestas editoras, los sobreprotectores padres o los cotillas amigos fueron apartados a un lado, en busca de esos felices instantes en los que nada podía separarlos.

Pasaban el día hablando de sus vidas, comentando divertidas anécdotas de sus familias o alegres momentos pasados en compañía de sus amigos. Por la mañana se distraían haciendo juntos cosas tan simples como cocinar, y por la tarde Graham se sentaba junto al fuego y ayudaba a Samantha con su manuscrito, mostrándole con su habitual tacto todos sus fallos, algo que entre dos irascibles autores siempre acababa en una acalorada discusión que finalmente los llevaba a caer de nuevo el uno en brazos del otro, compartiendo esa pasión que siempre embargaba sus cuerpos en cuanto se tocaban.

Al final de la segunda semana, esa paz, que tanto les había costado lograr, se rompió cuando una impertinente visita los devolvió a la realidad. Por la mañana, demasiado temprano para el gusto de la pareja que aún retozaba en la cama, alguien llamó a la puerta de la aislada casa.

Como muy pocos tenían la dirección de ese lugar y Graham estaba seguro de que debía de ser uno de sus molestos amigos, se dispuso a dejarlo en la puerta durante un par de horas, para disfrutar un rato más del placer del delicioso cuerpo que tenía a su lado. Pero fue bruscamente informado por su amante de que debía recibir de inmediato a su visita.

Para que le quedara más claro que iba en serio, Samantha se tapó con las sábanas y lo echó de la cama con alguna que otra molesta patadita, que, aunque nunca le harían daño a un tipo tan grande como él, sí eran un tanto cargantes.

A fin de que la visita no tuviera dudas de que en esos momentos no era bienvenida en la casa, Graham decidió ir desnudo a recibirla. A pesar de lo mucho que Samantha le insistió en que se tapara, él la ignoró y finalmente salió

a abrir la puerta como le dio la gana.

Dejó a Samantha en su cálida cama, mientras ella se debatía entre un repentino enfado por el comportamiento de Graham y la risa al imaginar la sorpresa que se llevaría la visita al ver a Miss Dorothy en todo su esplendor.

Finalmente, el molesto invitado no era otro que el inoportuno Liam, que acostumbrado a las excentricidades de Graham, apenas alzó una ceja al verlo desnudo, mientras le tendía un sobre y le preguntaba:

—¿Demasiado ocupado para atender a las visitas?

La respuesta del irascible escritor fue un simple gruñido y cerrarle la puerta bruscamente en las narices, algo que Liam no se tomó demasiado mal al parecer, ya que desde fuera, Graham solamente oyó unas estruendosas carcajadas antes de que su amigo decidiera que en esos momentos su presencia lo molestaba demasiado.

Abrió con curiosidad el enorme sobre que tenía entre las manos y en su rostro apareció una irónica sonrisa cuando se dio cuenta de que, una vez más, Samantha le había devuelto una de las fastidiosas jugarretas que él le había hecho durante el viaje. Una jugarreta que, por lo visto y según lo que tenía en sus manos, había costado más de lo que debía.

Graham guardó las multas en el sobre y fue en busca de su maliciosa malhechora, a la que halló acurrucada tiernamente en la cama. Pero después de lo que acababa de ver, no dudó de que la dulzura de su apariencia era una gran mentira. Así que, dispuesto a darle una lección, se la cargó al hombro junto con las sábanas que la cubrían y la llevó al estudio para mostrarle que los maliciosos chicos ingleses con sangre escocesa también sabían hacer de las suyas.

Entre gritos de protesta de ella, Graham abrió la puerta con una sola mano, mientras con la otra reprendía suavemente su impertinente trasero, la llevó hacia su escritorio y se sentó en la gran silla, con Samantha encima. A continuación, encendió su ordenador y, mientras, fue depositando sobre el regazo de Samantha cada una de las fotos que le habían hecho los radares de control de tráfico.

—He de admitir que en ésta sales muy mona... —dijo, observando con detenimiento la foto en la que Samantha dirigía un guiño seductor a la cámara del radar, mientras enseñaba un hombro desnudo—. Pero si crees que me escandalizaré por algo como esto, es que aún no me conoces —añadió, abriendo uno de los archivos de su ordenador—. Créeme, cariño, yo soy peor que tú —añadió, mostrándole las escandalosas fotos que guardaba en su ordenador.

Mientras Samantha observaba, anonadada, las barbaridades que aquel

hombre era capaz de hacer al volante, Graham simplemente contemplaba su reacción con una satisfecha sonrisa.

En la primera de las fotografías que las cámaras de tráfico le habían hecho, se veía a un Graham Johnson mucho más joven, conduciendo un caro deportivo. Sin duda, en aquellos momentos estaba disfrutando de lo inmensamente rico que lo hizo la saga de libros de Miss Dorothy. Pero si lo más escandaloso de esa foto fuera el llamativo coche o la enorme jarra de cerveza, llena, que aparecía en una de las manos de Graham, tal vez Samantha no se habría asombrado tanto. Pero cuando observó que la cabeza de una muñeca hinchable descansaba en su regazo, mientras el resto del cuerpo sobresalía por la ventana con las piernas hacia arriba, lo miró desconcertada sin saber en verdad qué pensar de él.

—Ahí todavía era muy joven. Creo que ésa fue mi fase rebelde —explicó Graham, pasando a la siguiente foto, que no era mucho mejor que la anterior.

En esa nueva imagen se podía ver a unos cuantos amigos en una destartalada furgoneta. En la cabina, en la que sólo cabían dos pasajeros, había un hombre que parecía Stephen, disfrazado de mago, y a su lado otro hombre de pequeña estatura, disfrazado de enano. En la parte trasera de la camioneta, un lugar indudablemente habilitado sólo para la carga y no para transportar personas a pesar de estar descubierto, se veía a Graham de pie junto a otro individuo que tocaba la gaita. El pelirrojo lucía todo un elaborado atuendo escocés, mientras agitaba una gran espada claymore, al parecer pronunciando algún estúpido grito de guerra, ya que tenía la cara pintada para la batalla y un gesto feroz.

—Esto fue para un concurso de disfraces. Quedamos segundos. Algo injusto, la verdad —bromeó Graham, pasando a la siguiente imagen.

En ella se podía ver la misma destartalada furgoneta que en la foto anterior. Stephen y Graham en la cabina, con unas enormes cervezas, vestidos con alguna que otra prenda verde. Podía haber sido la foto menos escandalosa de todas de no ser porque su amigo de reducida estatura iba disfrazado de duende y amarrado al techo del coche. Por fuera.

—Creo que en ésta hubo un desacuerdo entre nosotros que ahora mismo no recuerdo. Sin duda por culpa de toda la cerveza que engullimos ese día de San Patricio. ¿Quieres ver alguna más? —propuso atrevido, mostrándole lo malicioso que podía llegar a ser en algunas ocasiones, algo que Samantha ya sabía desde el momento en que lo conoció.

—No —contestó ella, con una pícara sonrisa, mientras se levantaba de su regazo y se acomodaba la sábana que cubría su desnudez—. Yo me vuelvo a la

cama. Y sólo tengo una cosa que decirte —le dijo atrevida, moviendo las caderas sensualmente hacia la salida—. Que prometiste pagar todos los gastos del viaje y las multas son uno de ellos —concluyó, señalando el sobre que Graham tenía entre las manos.

Después de estas palabras, se fue de la estancia y Graham, con una estúpida sonrisa, pensó que aquél era uno de los gastos que no le importaría pagar. Después de todo, gracias a ese viaje Samantha había acabado al fin en el lugar en el que siempre debería estar: su cama. Un sitio al que se disponía a volver en esos momentos para disfrutar placenteramente de todo el tiempo del que aún disponían.

* * *

—¡Quiero que traigas a mi hija de vuelta en este mismo instante! —dijo airadamente Jeremiah, en cuanto Natalie abrió la puerta de su apartamento.

—Hola a ti también, Jeremiah —contestó la editora, molesta con las exigencias de ese hombre que no le había llamado una sola vez en los últimos días. Aunque después de todo lo que ella le había hecho, era algo totalmente razonable—. En estos momentos estoy demasiado ocupada como para atender tus quejas, así que si quieres reclamarme algo tendrás que esperar —replicó, dejándolo entrar en su hogar, para luego despreocuparse de él, pues aún le quedaba mucho por hacer antes de emprender su viaje.

—¡Mi hija se ha enamorado de ese sujeto! —declaró Jeremiah, siguiendo a Natalie por todo el apartamento con cada una de sus quejas.

—Siento decirte que tu hija se había enamorado de ese hombre mucho antes de conocerlo. ¿O acaso no veías la fascinación que sentía por Miss Dorothy?

—¡Se suponía que Miss Dorothy era una anciana! —replicó Jeremiah, señalándole una de las mayores mentiras que formaban parte de su vida.

—Sí y también se supone que mi peluquera era rubia natural… ¡A ver cuándo te enteras de que la vida está llena de pequeñas mentiras, Jeremiah White! —contestó Natalie con fastidio, intentando hacer que en su maleta entraran más prendas de las aconsejables para un equipaje de mano.

—No me gustan las mentiras.

—Y a mí no me gusta engañar a la gente, pero es algo que en ocasiones tengo que hacer para conservar mi trabajo.

—¿Y no te parece demasiado pesado estar mintiendo siempre a todo el mundo? —quiso saber Jeremiah, intentando comprender a aquella mujer por la que sentía algo más de lo que sería sensato.

—Sí, pero así es mi trabajo: pesado, agobiante y a veces algo desquiciante. Pero adoro hacer lo que me gusta. De todas las mentiras que he dicho, sólo lamento las que te dije a ti, porque tú no te lo mereces, Jeremiah. Y en cuanto a lo de traer a tu hija de vuelta, ¿qué narices crees que estoy haciendo en estos momentos, sino preparándome para ir a ese recóndito lugar de Escocia a buscarla?

—¿Crees que Samantha estará bien? —se preocupó él, sin saber si el primer hombre que significaba tanto para su hija estaría dispuesto a hacerla feliz o, por el contrario, le rompería el corazón.

Natalie dejó su exasperante maleta y miró los desolados ojos de aquel hombre que se sentía impotente al estar tan lejos de su querida hija.

—Sé que Samantha es una mujer muy fuerte. De hecho, ha sido la única persona capaz de hacer que Graham Johnson le preste atención. También sé que es una luchadora y que si está enamorada intentará salvar el amor que siente por él hasta el final.

—¿Y si ese hombre no la ama? —preguntó Jeremiah, más preocupado que nunca por el corazón de su pequeña.

—Pues hará lo que cualquier mujer hace ante una relación fallida: abrirá los ojos a la verdad e intentará olvidar a quien no la quiere —respondió Natalie, refiriéndose con sus sabias palabra tanto a Samantha como a ella misma.

—¿Y lo conseguirá? —preguntó Jeremiah, intuyendo que esas palabras también se referían a él.

Mientras Natalie pasaba a su lado en busca de algo más para la maleta, él la retuvo por un brazo para que ella finalmente le hiciera frente y contestara a esa pregunta que aún flotaba entre los dos.

—El tiempo todo lo cura... —contestó la editora, apartándolo de su vida tan ligeramente como él había hecho con ella.

Jeremiah se marchó al fin un poco más tranquilo, sabiendo que Natalie haría todo lo posible por traer de vuelta a su pequeña. Y mientras caminaba hacia el exterior de aquel lujoso edificio, no pudo evitar esbozar una estúpida sonrisa al recordar que Natalie todavía no había aprendido a mentirle a él, y sin duda,

todavía no había conseguido olvidarlo, como él tampoco podía borrar de su mente la noche en que la tuvo entre sus brazos. Una noche en la que, por una vez, de los labios de ella no salió ni una sola mentira.

CAPÍTULO 20

Samantha estaba más que decidida a llevarse las fotos de sus multas, junto con las de las locuras que Graham había hecho al volante, como recuerdo. Así que aprovechó el momento en que el pelirrojo dormía plácidamente en su cama, para entrar a escondidas en su estudio y escanear las pruebas de sus atrevidas acciones. Luego buscó el archivo que Graham le había mostrado y copió sus propias imágenes en él.

Mientras curioseaba en su ordenador, plagado de estúpidos juegos infantiles, dio con el borrador de la última novela de Miss Dorothy y como era una cotilla consumada e incorregible, además de una gran admiradora de todo lo que Graham escribía, no pudo resistir la tentación de echarle un vistazo.

La asombró el tamaño del archivo, cuando Graham apenas les había mostrado a ella y a Natalie dos capítulos de esa historia. Pero cuando lo observó más detenidamente, se dio cuenta de que la novela en la que tanto había insistido ya estaba terminada.

En un primer momento pensó que Graham la habría acabado en los últimos días y se había olvidado de comunicarle esa espléndida noticia. Pero al mirar la fecha de la última modificación del archivo, supo que había acabado de escribirla antes de que partieran a su viaje por las Highlands.

¿Por qué motivo no le había dicho que su novela estaba terminada? ¿Por qué guardaba silencio si sabía lo importante que era para ella acabar ese trabajo? Cuando ya pensaba ir a hablar con él para resolver estas dudas, la respuesta que acudió a su mente no le gustó en absoluto: dedujo que, mientras Graham se divirtiera con ella, trataría de guardar silencio para usarla como un juguete para su mero entretenimiento.

Salió airada del estudio, decidida a enfrentarse con él y no pudo evitar derramar alguna lágrima de impotencia. Había sido una estúpida y una ingenua al creer que ese hombre pudiese tener algo tan impropio de él como un corazón.

Cuando entró en la habitación, Graham había comenzado a despertarse y, asombrado por su extraño comportamiento, se sentó de golpe en la cama en busca de una respuesta.

—¿Qué te ocurre Samantha? —preguntó algo confuso, alzando las manos para secar las lágrimas que nuevamente habían comenzado a formarse en los ojos de Samantha.

Ella lo rechazó, apartando su rostro del calor de sus manos, y luego, enfrentándose airada a él, le exigió una aclaración.

—¿Por qué no me contaste que ya habías terminado la novela de Miss Dorothy? —preguntó, queriendo oír la verdad que ya intuía, directamente de los labios del hombre que había jugado con ella.

—Quise decírtelo, pero entre una cosa y otra al final se me olvidó —contestó Graham, esquivando su mirada.

—¡Mientes! —afirmó Samantha, reconociendo para sí lo estúpida que había sido al confiar en él.

—Vale, sí… la acabé antes de que nos fuéramos de viaje. Pero ¿qué importa eso ahora?

—¡Sabes lo importante que era para mí que la terminases, y aun así, cuando lo hiciste no me dijiste nada! ¿Por qué? —exigió nuevamente Samantha, y ante la falta de respuesta, sacó su maleta del rincón donde estaba y empezó a recoger sus cosas.

—¿Qué haces? —inquirió Graham saltando de la cama y poniéndose unos vaqueros para intentar detenerla.

—¡Marcharme! Mi trabajo aquí ya ha terminado.

—¡No! ¡No puedes hacerme eso! —exclamó él desesperado, mientras sacaba de la maleta cada prenda que Samantha tenía la osadía de guardar en su interior.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella de nuevo, reclamando la verdad.

—¡Por esto, joder, por esto! —gritó Graham, señalando la maleta que tenía delante. Luego, frustrado, se revolvió el pelo, mientras se sentaba en la cama viendo cómo Samantha finalmente se alejaba de él.

—Dime por qué quieres que me quede... —exigió ella, a la espera de unas palabras con las que siempre había soñado.

—¿No te sirve saber que no quiero que te vayas? —preguntó Graham, sabiendo que todo estaba perdido si no era capaz de decir esas palabras que se resistía a pronunciar.

—No —negó Samantha cerrando su maleta, que en esos momentos le parecía más pesada que nunca.

—¿Qué mentira quieres que te diga para que permanezcas a mi lado? —exclamó Graham, sujetándola por un brazo, antes de que se alejara de él para siempre.

—Ése es el problema entre nosotros: yo no quiero que me mientas, sino que simplemente deseo que me digas lo que sientes por mí.

—¿Por qué? ¿Por qué son tan necesarias esas palabras que no llevan a ningún lado? —insistió él, molesto con las exigencias que esa mujer se atrevía a imponerle.

—Porque sin ellas no sé lo que soy para ti y me siento como un juguete con el que sólo te diviertes —declaró Samantha, zafándose de su agarre y yendo hacia la salida.

—¡Joder, Samantha, para mí no eres un juguete! —rugió Graham, siguiéndola por toda la casa, resistiéndose a dejarla salir de su vida.

—Entonces dime qué soy para ti… —rogó ella, con su mano en la manija de la puerta a la espera de su decisión, que significaría permanecer allí o alejarse de aquella casa en la que había vivido tan buenos y tan malos momentos.

—Yo… para mí… ¡Joder, Samantha! ¡Quédate! —exigió Graham, tan egoísta como siempre, sin poder conceder la menor muestra de cariño a la mujer a la que tanto deseaba.

Tras escuchar eso, Samantha abrió la puerta. Y si él pensó que aún tenía un poco de tiempo antes de que ella se marchara, pronto vio lo equivocado que estaba con esas vanas esperanzas cuando Natalie Wilson apareció en el umbral de su hogar.

Natalie miró la maleta de Samantha y la desaliñada apariencia del escritor, que en esos momentos parecía más un hombre abatido que el insufrible autor que siempre la atormentaba. Y la editora se apartó a un lado, sabiendo que entre esa pareja todavía había muchas cosas que decir.

—Te quiero, Graham —dijo Samantha, dándole una última oportunidad de retenerla a su lado.

Pero él simplemente guardó silencio y ella se alejó, no sin antes finalizar su trabajo.

—Hola, Natalie, Miss Dorothy ha terminado ya su novela. De modo que ya no hay nada que me retenga aquí —anunció Samantha mirando a Graham con gran decepción. A continuación, montó en su coche y se alejó hacia la ciudad.

Graham miraba atónito cómo partía dejándolo solo, sin creerse aún que aquello fuera verdad y sintiéndose impotente al no haber podido retenerla con

unas simples palabras.

El contundente mensaje que salió de la boca de la impertinente editora, que lo miraba incrédula, sólo ahondó más sus heridas cuando ella le dijo con desprecio:

—Tú eres idiota... —Después, Natalie se marchó sin preocuparse de reclamar esa novela por la que siempre se interesaba.

Tras la marcha de las dos mujeres, Graham quedó sumido en la soledad que tanto le gustaba. Pero esta vez le faltaba algo, ya que esa soledad no le parecía tan atractiva como siempre, y su corazón echó de menos algo que tal vez había perdido sin remedio. A lo mejor era cierto que era idiota y que se había enamorado, dándose cuenta demasiado tarde de lo que era ese estúpido sentimiento que muchos llamaban amor.

* * *

Pasaron varios días en los que Graham no hizo otra cosa que compadecerse de sí mismo. Desde la partida de Samantha toda su vida era un desastre. Ya no podía concentrarse en nada, mucho menos en escribir. Todo lo que había en aquella casa le recordaba a ella: la cama, donde habían hecho el amor. El sofá, donde se habían acurrucado delante del fuego. El estudio, donde la había seducido varias veces. El pequeño y limpio cuarto de invitados que ella había conseguido dejar habitable contra todo pronóstico… Graham apenas podía soportar estar en su hogar sin que el recuerdo de Samantha invadiera su mente y le hiciera evocar cómo la había perdido sin poder hacer nada para recuperarla, ya que él nunca antes se había enamorado.

El primer día después de su partida, se emborrachó hasta caer inconsciente al suelo, para darse cuenta demasiado tarde de que ni el fuerte licor de las Highlands podría sacarle a esa mujer de la cabeza. El segundo día intentó seducir a otra, pero finalmente sólo acabó siendo otro deprimido parroquiano que bebía a solas en un bar, ya que el pensamiento de estar con una mujer que no fuera Samantha se le hacía imposible.

El tercer día despotricó airado contra las mujeres y sus estúpidas exigencias y rompió furioso algún mueble, desahogando al fin todo su mal humor. Al cuarto, la soledad no le parecía tan atractiva como siempre. Y finalmente, cuando al quinto día tras la marcha de Samantha recibió una llamada de casa de

sus padres, invitándolo a celebrar una de sus dichosas reuniones familiares que Graham siempre evitaba como la peste, no pudo rechazarla, porque por una vez necesitaba el consejo de sus fastidiosas hermanas.

Tal vez ellas supieran qué le estaba pasando y pudieran indicarle cuál era la mejor solución para dejar de pensar en aquella mujer que lo hacía sufrir más con su ausencia que cuando estaba a su lado decidida a fastidiarlo. Después de confirmarle a su incrédulo padre que esa vez asistiría, hizo su maleta y salió de su encierro más que resuelto a hacer lo que hiciera falta para que el dolor que sentía por el abandono de Samantha desapareciera y, de este modo, él pudiera volver a ser el despreocupado hombre al que nada le importaba.

* * *

—Papá, ¿no crees que deberías darle una oportunidad a esa mujer? —preguntó Samantha divertida, mientras veía a su padre recibir en su viejo taller, otra vez, un ramo de las rosas más caras del mercado.

—Sí… O la perdonas o pones una floristería… —apuntó jocosamente Raúl, saliendo de debajo del coche que estaba revisando en esos momentos, a la vez que señalaba las decenas de ramos de rosas que había por todos los rincones del destartalado lugar.

—Esa mujer es una mentirosa. Y además le hizo daño a mi niña. ¡Eso es algo que nunca le perdonaré!

—Papá, fue Graham quien me hizo daño. Natalie sólo me dio un trabajo.

—Sí, pero si no hubieras aceptado ese trabajo, nunca habrías conocido a ese tipo y ahora no andarías por ahí con el corazón roto —contestó Jeremiah, muy reacio a perdonar a la mujer que le había mentido con tanta facilidad.

—Papá, no me arrepiento de haber conocido a Graham. Lo único que me duele es que él no tuviera el valor suficiente para decirme lo que sentía —declaró Samantha, limpiándose apenada las manos, mientras buscaba un nuevo lugar para las rosas. Un presente que su padre despreciaba delante ellos, pero Samantha lo había pillado mirándolas con una anhelante sonrisa que demostraba cuánto añoraba a Natalie.

—Seguro que ese tal Graham no era la mitad de hombre que yo —dijo alegremente Raúl, saliendo de nuevo de debajo del coche e intentando marcar algún que otro músculo, de los que sin duda carecía.

—Era un pelirrojo de metro noventa más o menos. Bastante fuerte y con muy mala leche —replicó ella, siguiendo las jocosas bromas de su amigo.

—¡Joder, Samantha! ¡Hay que ver los gustos tan raros que tienes! Mira que buscarte un pelirrojo cuando aquí tienes un moreno la mar de atractivo esperándote... —apuntó Raúl socarrón, levantándose las solapas de su mono de mecánico para parecer un poco más varonil.

—Raúl, ¿qué puedo decirte? Una nunca puede elegir de quién se enamora —dijo ella, dirigiéndole una indirecta a su padre mientras olía las rosas que llevaba hacia el despacho de su adorado progenitor para que éste no pudiera olvidar que aquella mujer seguía allí, esperándolo a él y una respuesta a sus insistentes disculpas, lo que sólo podía significar que Natalie Wilson se había enamorado.

Tras dejar las rosas en un rincón del despacho, Samantha al fin permitió que su estúpida y falsa sonrisa desapareciera de su rostro. Y pensando que Graham nunca sería capaz de tener con ella un detalle como ése, acarició las rosas y susurró unas palabras de anhelo antes de volver a la farsa con la que trataba de fingir que su corazón no estaba roto por un hombre al que por desgracia todavía amaba.

—Seguro que ya me has olvidado... —susurró, recordándose que sólo había sido una mera distracción en la ajetreada vida del escritor.

* * *

—Y por más que lo intento no puedo olvidarla. ¿Qué creéis que me pasa? —pregunté preocupado, exponiéndoles mi grave problema a mis cinco hermanas.

Y, como era de esperar, todas me miraron detenidamente, un tanto asombradas con mi relato, me dedicaron una de esas miradas que indicaban que había sido un estúpido y luego, sin más dilación, cada una me dio una colleja mientras me gritaban al unísono:

—¡Pero tú eres tonto!

Yo me acaricié la dolorida cabeza, preguntándome de nuevo cómo podían ponerse todas de acuerdo para pegarme a la vez si nunca coincidían en nada, y mientras mi confusa y lastimada cabeza se recuperaba, mis hermanas comenzaron a referirme todos y cada uno de los necios errores que había cometido con Samantha.

—¡No puedo creer que escribas continuamente sobre ello y que no te des cuenta de que te has enamorado! —me gritó Megan, la mayor, que estaba felizmente casada y a la que siempre le encantaba presumir de ello.

—Y lo que te pidió Samantha era razonable —me aleccionó Leslie, tentada de darme otra colleja.

—¿Crees que alguna mujer se quedaría al lado de un hombre que no es capaz de amarla? —preguntó escandalizada Nerys, a pesar de que ya debería estar acostumbrada a mi rudo comportamiento.

—Y después de cómo la has tratado y todo lo que ha aguantado de ti, ¡ni siquiera sé cómo pudo decirte que te quería! —exclamó Aila, convirtiéndose en una acérrima defensora de Samantha.

—Lo que todavía no entiendo es por qué no pudiste decirle que la querías —intervino Nessie, la más tranquila de mis alborotadoras hermanas.

—No quería mentirle. Me negué a pronunciar esas palabras cuando mis sentimientos aún eran demasiado confusos para mí.

—¡Y una mierda! ¡Lo que tú querías era tenerlo todo: una mujer que te amara sin que tú tuvieras que arriesgar tu corazón diciéndole «te quiero»! —me regañó Megan, haciéndome ver la verdad de mi egoísmo.

—Espero que, ahora que la has perdido, te sientas igual de mal que los protagonistas de tus novelas —me increpó Aila, saliendo bruscamente de la habitación, bastante molesta conmigo.

—¿Y ahora qué puedo hacer? —pregunté a las que quedaban, dándome cuenta al fin de toda la verdad: de los necios y ciegos personajes que había en mis historias de amor, yo era el peor. Y ahora era cuando me percataba de ello.

—Eres escritor, ¿no? ¡Pues escribe un final para esta historia! —me propuso Nerys, sin duda la más lista de mis hermanas.

—¡Y uno en el que hagas bastante el idiota o ella no te perdonará! —exigió Leslie.

—Pero sobre todo, tienes que explicarle todo lo que sientes —apuntó sabiamente Nessie, haciéndome reflexionar.

—Supongo que con decirle que la quiero no bastará esta vez… —reflexioné en voz alta, mientras en mi mente comenzaba a formarse una idea para intentar recuperar el amor que había perdido por mi soberana estupidez.

—¡No! —contestaron todas a la vez, dándome sin saberlo la respuesta a cómo debían comenzar esas palabras de amor que Samantha siempre me había pedido.

—¡Papel y lápiz! —les exigí, sumido en el principio de mi historia.

—Conozco esa cara y, o bien está estreñido, o tiene una idea brillante —dijo burlona Leslie buscando una libreta.

—Sin duda se trata de una buena idea —me sonrió feliz Megan, dándome un bolígrafo.

Y poco a poco mis hermanas fueron abandonando la estancia donde estábamos reunidos, que no era otra que la bulliciosa cocina de mi madre. Mis palabras surgieron ligeras sobre el papel y a través de ellas comencé a describir todo lo que sentía por Samantha, lo confuso que había estado, mis miedos respecto a ese nuevo sentimiento y cómo ante su marcha mis ojos al fin se habían abierto a la verdad, mostrándome que sin duda estaba enamorado. No me bastó una carta. Una libreta entera me parecía insuficiente… así que decidí que ella recibiría todas las palabras de amor que nunca habían salido de mi boca.

Aunque tal vez eso me llevara algún tiempo…

* * *

Habían pasado dos meses desde que Natalie regresó de las Highlands con Samantha y con la noticia del final de la esperadísima última novela de la saga de Miss Dorothy. Desde ese maldito día en que Graham había dejado marchar a la mujer de su vida sin decirle lo que sentía, la desesperante Miss Dorothy no hacía más que eludir las llamadas de su editora.

El irritante pelirrojo se había negado en redondo a entregarle el archivo que Natalie necesitaba para aplacar a su jefe que, aunque la había perdonado, todavía seguía algo molesto por la contratación de una persona ajena a la editorial, lo que podía haber puesto en peligro la identidad de la noble ancianita a la que todo el mundo adoraba.

Pero al fin, hacía tan sólo una semana, había conseguido el dichoso manuscrito, que Graham, ante su persistente insistencia, le había enviado a su correo electrónico con el impertinente mensaje de «No me molestes más».

Natalie había estado tan distraída intentando arreglar su vida amorosa que ni siquiera se había dado cuenta de que la jodida Miss Dorothy había vuelto a hacer de las suyas y, aunque estaba segura de que la novela estaba totalmente acabada, tal como Samantha le había asegurado, en realidad le faltaban los dos últimos capítulos. Y sin eso no podía trabajar.

Desde el momento en que Natalie se percató de que el tiempo se agotaba, había intentado por todos los medios contactar con el maldito escritor, cuyo *hobby* favorito al parecer era fastidiarle la vida. Pero todo era inútil: parecía como si Graham Johnson hubiera desaparecido para el mundo. Aunque lo más probable era que estuviera en algún rincón, compadeciéndose de sí mismo por lo idiota que había sido.

Natalie todavía no se podía creer que ante una confesión tan valiente y sincera como la que había hecho la joven Samantha, él se hubiera limitado a permanecer en silencio. Pero es que algunos hombres eran estúpidos. Un ejemplo muy cercano era el de su cabezota mecánico, que se negaba a perdonarle sus pequeñas mentiras, cuando ella no era la responsable de que Samantha se hubiera enamorado y menos aún de que le hubieran roto el corazón.

Intentó seguir el ejemplo de la joven y confesarse a Jeremiah, algo del todo imposible cuando el susodicho se negaba a atender sus llamadas y no hacía ni puñetero caso de sus regalos. Natalie estaba decidida a pasar página en esa relación sin futuro, pero sentía que no podía hacerlo sin decirle a él lo que sentía. Así que, como último recurso para verlo, hizo algo que siempre lamentaría: sacrificó la hermosa pintura de su amado descapotable, rayando las puertas con las llaves. En algunas ocasiones, las mujeres tenían que hacer un esfuerzo para ganarse al hombre de su vida, pensaba.

Tras cometer ese crimen, recordó que de todos modos tenía que llevar el automóvil al taller para hacerle una puesta a punto, con lo que se habría librado de dañar a su bebé. Tras golpearse la cabeza contra el volante al pensar lo estúpida que había sido, pensó que el amor hacía que tanto las mujeres como los hombres se comportasen como idiotas cuando buscaban una respuesta a sus locos sentimientos.

Resignada a perder tanto su empleo, si no lograba localizar a Graham en los próximos días, como su coche, tras dejarlo nuevamente en el taller, Natalie se dirigió hacia ese pequeño y recóndito lugar de Brooklyn donde se hallaba el hombre de su vida, que se negaba a escuchar un «te quiero» de sus labios. Seguramente creyendo que era una nueva mentira.

* * *

—¡Tienes visita, papá! —anunció Samantha, reconociendo el coche de Natalie y sonriendo.

—Sí… la princesa ha venido a recogerte, Jeremiah, y en una cara carroza. ¡Así que viste tus mejores galas y sal a recibirla! —lo animó Raúl.

Jeremiah se limpió las manos y salió en busca de aquella insistente mujer a la que aún no estaba muy seguro de poder perdonar. Mientras se alejaba hacia la entrada de su garaje, no pudo evitar comprobar que estaba totalmente presentable, usando uno de los espejos retrovisores de los desastrosos coches que ocupaban su taller. Después de todo, ningún hombre querría tener mal aspecto ante alguien tan impresionante como Natalie Wilson, a la que se le hacía muy difícil olvidar tras aquella noche que recordaba en cada uno de sus sueños.

Natalie bajó de su descapotable con su habitual elegancia. El ceñido traje de marca hacía resaltar, como siempre, sus infinitas curvas, lo que le permitía recordar qué se perdía Jeremiah con sus negativas. Sin duda ésa habría sido la idea de la editora cuando se había vestido así la mañana de un simple viernes.

Su melena rubia brillaba más que nunca y las largas y disti=b

orgullo por los desplantes de aquel hombre que tanto daño le hacían.

—Un incordio que no sabe captar las indirectas —replicó él, molesto con la presencia de esa mujer a la que tanto deseaba, pero a la que todavía no había aprendido a perdonar.

—¿Y cuáles son esas indirectas, Jeremiah? Porque tus señales son muy confusas... —replicó Natalie con una triunfante sonrisa, señalándole cómo los ramos de rosas que le había mandado adornaban los rincones de su taller.

—Eso es cosa de mi hija —contestó él, evitando su mirada.

—Sí, ya veo —dijo irónicamente Natalie, dejando que entre ellos se estableciera un incómodo silencio que ninguno de los dos supo cómo romper.

—Veo que han arañado tu coche. No te preocupes, te lo dejaremos como nuevo —intervino Samantha, interrumpiendo a la indecisa pareja.

—¿Alguien te está molestando de nuevo? —preguntó Jeremiah, abandonando su despreocupada apariencia e interesándose por el bienestar de aquella mujer que en realidad nunca podría negar que le importaba.

—Al parecer eso no es de tu incumbencia, ya que has decidido apartarme de tu vida. Sin embargo, te diré una cosa, Jeremiah White: venía decidida a confesarte que te quiero y lo mucho que te echo de menos, pero como parece que no me valoras ni me aprecias en absoluto, te diré en cambio otra: ¡tú te lo pierdes! —exclamó Natalie con la misma arrogancia de siempre.

Y con sus elegantes andares desapareció rápidamente de la vista de Jeremiah, llevándose con ella su lujoso vehículo, que no tenía cabida en su pequeño taller, y dejando en su rostro una sonrisa llena de optimismo ante las locuras de aquella mujer que lo amaba.

—¡Papá! ¡Se te ha declarado! —señaló alegremente Samantha.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Raúl intrigado.

Y Jeremiah, ante la expectación de todos por su vida amorosa, sólo pudo decir:

—En estos instantes, beberme una cerveza...

Tras esto, se encerró en su despacho, tomándose el descanso que necesitaba para pensar sobre lo que haría con aquella desesperante mujer que lo traía de cabeza, pero a la que no podía negar que amaba.

Y como les había dicho a su hija y a su empleado, disfrutó de su cerveza, que se bebió de un solo trago mientras brindaba ante la foto de su difunta esposa, recordándole la extraña promesa que le había hecho, creyendo que el milagro de encontrar a alguien adecuado nunca se volvería a repetir.

—Dafne, al fin la he encontrado. Ahora solamente falta saber cómo narices la voy a conquistar. Sobre todo, después de comportarme como un gilipollas...

* * *

Mientras conducía su caro coche, dañado irremediablemente para nada, Natalie se preguntaba qué opinaría Jeremiah de su confesión. Al final, nerviosa y ofuscada por sus desplantes le había soltado todos sus sentimientos de golpe. Y sin esperar contestación, se había marchado enfadada, tanto con el arrogante individuo que no la quería en su taller como con ella misma, por haber sido tan bocazas y estropearlo todo.

Se suponía que su declaración tenía que ser tan dulce y romántica como la de esas novelas que leía, pero siendo realista, ella no era dulce. Además, un taller de coches tampoco era el escenario más romántico para pronunciar unas palabras de amor.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Por qué no salía nunca nada como en los libros? Estaba a punto de perder su empleo; su galardonada e idolatrada escritora, una ancianita a la que todos adoraban, era en realidad un irritante pelirrojo con un humor de mil diablos y peor que un grano en el culo; y, para rizar el rizo, el hombre del que al fin se había enamorado no era un rico y poderoso millonario, sino un simple mecánico con un pequeño taller, demasiado rencoroso como para aceptar una disculpa y mucho menos un «te quiero».

Resignada a que su vida fuera un desastre, Natalie puso rumbo a su trabajo, intentando decidir cuál sería la mejor forma de decirle a su jefe que, después de todo lo que había pasado, aún no tenía la dichosa novela de Miss Dorothy. O, por lo menos, no la tenía completa.

Se sintió tentada de inventarse el final para no tener que escuchar sus gritos, pero definitivamente, ella carecía del talento de Graham para la escritura, así que desistió.

Tras estacionar su vehículo en su lugar habitual cerca de la editorial, se dispuso a entrar en el vestíbulo, cuando su móvil comenzó a sonar con un tono que nunca había oído. Natalie les ponía una melodía característica y diferente a cada uno de sus escritores, e intentó recordar a cuál de ellos le había asignado ese aterrador grito que no cesaba de sonar. Contestó rápidamente, antes de

quedar más en ridículo ante todos los viandantes que la miraban un tanto molestos, pensando que estaba loca al atreverse a poner ese escandaloso tono de llamada.

—¿Diga? —contestó confusa, sin fijarse siquiera en que el número que estaba atendiendo era uno que había memorizado, muy a su pesar, de tanto haberlo usado.

—Hola, Natalie, soy yo, Miss Dorothy —replicó una varonil voz.

Ella estaba dispuesta a descargar todo su mal humor con ese malicioso autor, que, sin duda, era el culpable de todos sus males, cuando sus siguientes palabras la dejaron sin habla:

—Estoy enamorado de Samantha —dijo decidido, aunque a la persona equivocada.

—Enhorabuena… pero ¿no deberías decírselo a ella?

—Eso es lo que quiero, pero para ello necesito tu ayuda. Sé que parece algo imposible, pero estoy convencido de que mi editora puede conseguir todo lo que se proponga. Tengo fe en ti.

Y cuando Graham Johnson comenzaba con los halagos, eso sólo podía significar una cosa: que un gran cúmulo de problemas se le venía encima.

—¿Y por qué supones que te voy a ayudar? —preguntó Natalie, regodeándose con la idea de que ese individuo que tanto la había hecho sufrir suplicara finalmente su ayuda.

—¿No te has dado cuenta de que a mi última novela le falta algo? No sé… ¿tal vez el final de la historia? —preguntó Graham deleitándose con su jugada.

—¡Eres un cabrón! —gritó Natalie, de nuevo molesta con el hombre que siempre conseguía sacar lo peor de ella.

—¿Lo dudabas? —se rio Graham abiertamente.

—¿No se supone que los hombres cambian cuando se enamoran? —inquirió ella, ahora totalmente escéptica con el final de algunas de sus novelas.

—Y he cambiado: ahora soy más cabrón que antes —respondió él, terminando con sus dudas. Definitivamente, esos amorosos finales eran una gran mentira—. Te diré lo que quiero que hagas y para cuándo lo quiero y si cumples con ello, te entregaré el final de la novela.

Cuando Graham le contó lo que tenía que hacer, a Natalie le pareció algo bastante extraño. Y se trataba de un gesto tan inusual en alguien como él, que supo que realmente Samantha lo había cambiado. Pero cuando Graham la avisó

del tiempo de que disponía para llevar a cabo la tarea, Natalie soltó algún que otro original insulto a través de su móvil, consciente de que por unos momentos él la había engañado y que nunca cambiaría.

Por desgracia para Natalie, Graham ya estaba habituado a todo su repertorio de maldiciones, así que simplemente se aburrió mientras le recordaba una de las peticiones que le había hecho ella como su editora a lo largo de los años.

—¿De qué te quejas? Al final he hecho lo que siempre me pedías: te he llamado.

Al escuchar esta frase y recordar lo mucho que le había rogado que mantuviera más contacto con su editorial, Natalie colgó el teléfono, rogando para que, definitivamente, Graham Johnson perdiera su maldito número de móvil para siempre.

Después de pensar en las cosas positivas que le habían pasado ese día, o sea, ninguna, la emprendedora editora tomó aire y se adentró en su edificio, dispuesta a hacer de puñetera hada madrina de ese escritor, mientras no cesaba de repetir el mantra que tantas veces la había ayudado a sobrellevar los peores días de su vida:

—¡Te odio, Miss Dorothy! ¡Te odio, Miss Dorothy! —repitió en voz baja una y otra vez entre dientes, tomando precauciones para que ninguna de las fervorosas fans de la escritora la oyera y ella acabara apaleada por la muchedumbre, que era lo único que le faltaba para terminar ese maravilloso día en el que no debería haberse levantado de la cama para ir en busca de algo llamado amor, de cuya existencia realmente dudaba.

CAPÍTULO 21

Cuando al fin conseguí expresar todo lo que sentía por Samantha, el resultado fue un gran libro con nuestra historia de amor.

En él mostraba lo estúpido que había sido al no confesar antes mis sentimientos a pesar de estar enamorado de ella prácticamente desde el mismo instante en que la conocí. Narraba lo mal que me había portado con la única mujer que había conseguido conocer de verdad al extraño escritor que para muchos era Miss Dorothy. Relataba su atrevimiento al devolverme cada uno de mis maliciosos juegos con una atrevida respuesta, y describía cómo, poco a poco, fui sintiendo algo por ella. Algo a lo que neciamente me negué a darle un nombre sin darme cuenta de que en realidad ya lo tenía.

Nunca creí que un hombre como yo se enamorara y se me hacía difícil comprender que mi mundo sin ella era demasiado insulso y vacío, por lo que egoístamente quería tenerla de vuelta a mi lado. Había hecho todo lo posible para que Samantha comprendiera cómo me sentía y lo idiota que había sido. Le había escrito una disculpa de más de trescientas páginas y esperaba sinceramente que, tras leerla, me perdonara.

El trabajo de escribirlo no fue tan arduo como el de convencer a mi editora de que lo publicara. Por suerte, el viejo método del chantaje nunca fallaba.

Natalie insistió en cambiar los nombres de los personajes, e incluso el seudónimo de Miss Dorothy, para que las personas que lo compraran no conocieran la verdadera identidad de esa noble viejecita que se había convertido en mi *alter ego*. Pero la verdad, a esas alturas me importaba muy poco que el mundo entero se enterara de mi engaño.

Como ella me presionó bastante con ese absurdo detalle, le sugerí que colocara mi libro en el género de ficción y que me dejara en paz. Me negaba a cambiar el nombre de ninguno de los personajes de mi historia, ya que no quería que Samantha tuviera la menor duda de que la mujer a la que amaba siempre sería ella. Además, siendo realista: ¿quién creería que la bondadosa y anciana escritora Miss Dorothy fuera en realidad un pelirrojo de metro ochenta y siete

con mucha mala leche? Sin duda, todos los aficionados a los libros románticos que seguían mis novelas pensarían que se trataba de otra ficticia historia de amor con unos personajes muy bien elaborados.

Me importaba muy poco vender cientos, miles o uno solo de esos dichosos libros. Lo único que quería era que Samantha me perdonara y volviera a mi lado. Y si para ello tenía que confesarle al mundo entero lo idiota que era, eso sólo sería un pequeño sacrificio con tal de tenerla nuevamente entre mis brazos. El lugar que, sin ninguna duda, nunca debería haber abandonado.

Faltaban unos días para que ese libro con mi confesión de amor saliera a la venta. Los anuncios del evento estaban por toda la ciudad. Seguramente, Samantha, como la ávida lectora que era de todas mis novelas, ya lo habría reservado. Pero yo estaba decidido a llevárselo en persona y, mientras ponía mi muestra de amor en sus manos, le diría esas palabras que de forma estúpida guardé para mí y me negué a revelar cuando ella tanto las necesitaba.

Tras obtener por parte de una editora un tanto reticente la dirección del taller en el que mi escritora novata trabajaba, me dirigí hacia allí directamente desde el aeropuerto de Nueva York, tras un interminable vuelo de ocho horas.

Tal vez llegaba un poco tarde para confesar mis sentimientos, ya que habían pasado casi cuatro meses desde que Samantha se marchó de mi lado, pero pensé que sin las palabras adecuadas era inútil volver junto a ella. Durante todo ese tiempo en el que había estado perdido para el mundo, mi escondite no fue otro que la vieja casa de mis padres y su destartalado desván, donde mis hermanas se habían encargado de que no me distrajera de mi decisión de volver con Samantha, regalándome algunas de sus amorosas collejas cuando no sabía cómo continuar con mi historia. Lo que me había ocurrido muy a menudo, ya que mi musa hacía mucho tiempo que se había alejado de mí, privándome de la poca inspiración que me quedaba.

Cada vez que me ofuscaba sin saber cómo expresar alguno de mis indecisos sentimientos, sólo tenía que dedicar unos segundos a mirar aquellas insultantes fotos que ella había dejado en mi ordenador, para recordar lo mucho que la amaba. De hecho, una de ellas la había impreso y la llevaba ahora mismo en el bolsillo de la chaqueta, junto a mi corazón, para recordarme que Samantha siempre estaría allí.

Cuando por fin llegué a la dirección indicada, aparqué junto a la puerta, salí del coche y golpeé nerviosamente el bolsillo donde guardaba su foto, para darme ánimos, mientras con paso firme y mi próximo libro entre las manos, fui a su

encuentro.

El taller era tan pequeño y grato como Samantha me había descrito en más de una ocasión. Lo recorrí con una rápida mirada y, al no verla allí, me dispuse a preguntarle por su paradero a un hombre de unos cuarenta y tantos años que me miraba con el ceño fruncido. Con toda certeza se trataba de mi futuro suegro y por la furibunda mirada que me dirigía en esos momentos no tenía la menor duda de que Samantha le había hablado de la turbulenta relación que habíamos tenido.

Tomé aire y me dispuse a enfrentarme a uno más de los obstáculos que últimamente parecían interponerse en mi camino, cuando yo sólo quería una cosa: recuperar a la mujer a la que amaba.

—Buenos días, estoy buscando a Samantha White —anuncié sin amilanarme ante aquel hombre que, a pesar de ser unos diez centímetros más bajo que yo, intentaba intimidarme.

—¿Y se puede saber quién la busca? —preguntó un joven mecánico de la edad de Samantha que salió de debajo de un coche, uniéndose al desalentador recibimiento del padre de ella, que parecía cada vez más enfadado conmigo, pese a que yo aún no había dicho nada ofensivo.

—¡Pero hombre! ¿No lo reconoces, Raúl? Éste no puede ser otro más que la famosa Miss Dorothy —contestó el padre de Samantha intentando burlarse de mí.

Qué pena para él que mi carácter no fuera de los que se dejaran avasallar, aunque estuviera enamorado.

—Sí, señor, la bondadosa ancianita en persona… ¿quiere un autógrafo? —le contesté insolente, a lo que él respondió con un sonoro gruñido—. ¿Podría decirle a Samantha que estoy aquí? Tengo algo importante que decirle —añadí mirando mi libro, cada vez más nervioso por el momento de volver a verla.

—Samantha no está aquí y si estuviera, estoy seguro de que no querría volver a verte —intervino el impertinente joven, al que me estaban dando ganas de golpear con mi libro.

—¿Cuándo volverá? Necesito decirle algo.

—No creo que mi hija quiera volver a verlo. En estos momentos está intentando pasar página de una estúpida relación fallida con un arrogante escritor y lo último que necesita es volver a ver a ese hombre que, indudablemente, no le conviene.

—Me gustaría aclarar eso con Samantha en persona y no a través de terceros —repliqué, cada vez más decidido a que nada más se interpusiera entre

nosotros.

—Pues esto es lo que hay: ¡tú le has hecho daño a mi niña y yo no voy a permitir que te acerques a ella! —exclamó el obtuso hombre, decidido a darme una lección.

—Además, Samantha está saliendo ahora conmigo —añadió el joven, algo que estaba seguro de que era una mentira, ya que Samantha me había contado que su compañero de taller, con el que compartía muchas anécdotas, sólo era un gran amigo.

Pero por si acaso, y para dejarles muy claro a esos dos lo decidido que estaba a recuperarla, cogí al impertinente chaval por las solapas levantadas del cuello de su mono de mecánico y, empotrándolo con una sola mano contra el coche que tenía más cercano, le advertí:

—¡Espero por tu bien que eso sea mentira! —Luego coloqué mi libro violentamente contra su estómago y le ordené con voz amenazante—: ¡Dile a Samantha que lea mi libro!

Sin esperar su reacción, me marché del taller antes de que ellos decidieran echarme. Y mientras iba hacia mi coche, pensé que probablemente necesitaría mandarle más de una copia de mi libro a Samantha si quería que éste al final llegara a sus manos.

* * *

¡¡Cien libros!!

Definitivamente, Graham se había vuelto loco. Hacía dos semanas que había salido a la venta la nueva novela de Miss Dorothy y desde ese mismo día no habían dejado de llegar mensajeros a su taller con cajas llenas de decenas de ejemplares del maldito libro.

Samantha se había negado rotundamente a comprarlo, ya que sólo quería olvidarse de Graham, y aún menos leerlo, para evitar que cada una de sus palabras le recordaran a él. Pero a pesar de haber puesto distancia entre ellos y de que en su breve relación todo estuviera dicho, él insistía una y otra vez en que leyera su novela.

El motivo de esa insistencia era algo que ella no llegaba a comprender. Tal vez Graham quisiera agradecerle su éxito, o quizá restregarle su talento. O puede que simplemente pretendiera disculparse por todo lo que le había hecho pasar. No obstante, Samantha no se sentía con fuerzas para volver a leer ninguna de las

palabras de su adorado autor sin volver a llorar como una idiota por lo que había perdido, así que se mantenía lejos de la novela o de cualquier comentario que la gente hiciera sobre ésta.

Después de recibir esa montaña de libros, cada uno con un mensaje en su interior que iban desde un dulce «Léeme, por favor» a un impertinente «¿Por qué no me has leído aún?», Samantha decidió que lo mejor sería regalárselo a las mujeres que acudiesen a su taller a hacer alguna reparación.

La verdad es que su idea fue una buena publicidad y muchas mujeres acudieron rápidamente a poner a punto sus vehículos, sobre todo las que no habían podido conseguir un ejemplar de esa novela que se estaba convirtiendo en otro éxito para Miss Dorothy.

Su padre y Raúl la miraban de una manera extraña desde hacía algunos días y cada vez que ella recibía alguno de esos presentes del famoso escritor, se miraban entre sí como si le estuvieran ocultando algo.

Si el comportamiento de su sobreprotector padre hacia su adorado escritor era un tanto inaudito, ya que no dejaba de gruñir bastante molesto cada vez que oía el nombre de Miss Dorothy, el de Raúl era todavía más ridículo, especialmente cuando no dejaba de evitarla a todas horas como la peste, cuando habían sido fantásticos amigos desde siempre.

Mientras guardaba una vez más los engorrosos libros en el despacho de su padre, Samantha cogió uno de ellos y, tras mirar el título, se sintió tentada de leerlo, pero luego decidió que recordar a Graham aún era demasiado doloroso para ella, así que lo volvió a meter en la caja y les dio de nuevo la espalda a sus historias de amor. Historias que él nunca estaría dispuesto a representar.

Y mientras salía del despacho de su padre, se secó algunas lágrimas un tanto apenada, preguntándose por qué el verdadero amor no era nunca como en las novelas. Ojalá los hombres que hacían esos estúpidos gestos de amor existieran… pero aunque eso pasara, sin duda Graham nunca sería uno de ellos.

* * *

Natalie estaba más que decidida. ¡Ésa sería la última oportunidad que le concedería a Jeremiah para que se diera cuenta de que ella era la mujer que necesitaba! Al fin tenía entre las manos la esperadísima novela de Miss Dorothy, la última parte de *Redes de amor*, que, aunque saldría un poco más tarde de lo previsto, era de lo mejor. Por otra parte, la repentina novela que había tenido que

sacar antes de ésa, por estricta exigencia de Graham Johnson, había resultado ser un gran éxito por el que su jefe le había dado la enhorabuena, convirtiéndola en la mujer más feliz del mundo cuando le había asegurado su puesto de trabajo. Además, su coche estaba impecable y en esta ocasión, en vez de maltratarlo, simplemente lo llevaría para una revisión.

A pesar de lo feliz que se sentía, Natalie no podía dejar de compadecerse del pobre escritor que había puesto su alma en ese libro sin conseguir ser escuchado todavía. Después de leer sus palabras, no le quedaba ninguna duda de que Graham se había enamorado. De hecho, a ninguna persona que lo hubiera leído le quedaría duda alguna acerca de sus sentimientos, por eso Natalie intuía que Samantha aún no había abierto ni la primera página de ese dichoso libro.

Si pudiera hacer que esa joven leyera la novela… Tal vez su historia acabara pareciéndose al final de ese libro y no al tremendo fracaso en el que se estaba convirtiendo. Pero no: Natalie tenía que concentrarse en sus problemas amorosos y no en los de otras personas.

Ése tenía que ser el día en el que todo saldría a la perfección.

Cuando Natalie bajó de su coche, decidida a todo, se dirigió con paso ligero hacia el taller. Increíblemente, Jeremiah fue a su encuentro y, antes de que ella pudiera abrir la boca para recitarle su memorizado discurso sobre por qué deberían estar juntos, él la atrajo hacia sus brazos y acalló sus palabras con el ardiente beso que ella tanto había añorado. Después de eso no la dejó decir ni una sola palabra, sino que simplemente la estrechó con fuerza contra su cuerpo, mientras le decía unas palabras que Natalie nunca hubiera esperado escuchar.

—Te quiero… pero no me mientas más —dijo Jeremiah, uniendo un «te quiero» y un reproche en la misma frase.

Ella sonrió satisfecha e importándole muy poco el grasiento mono de su adorado mecánico, disfrutó de los cariñosos brazos que había echado de menos.

Mientras se regocijaba en su dicha, no pudo evitar ver a lo lejos a una distraída Samantha que no parecía la misma alegre joven que había conocido. La muchacha se había enamorado del irritante escritor y seguro que todavía no sabía que sus sentimientos eran correspondidos.

Natalie coqueteó un rato con Jeremiah y quedaron para cenar. Mientras disfrutaba de los amorosos susurros de él y de sus atrevidas palabras, desterró muy fácilmente a la dichosa Miss Dorothy de su cabeza, pero cuando Jeremiah puso alegremente uno de los libros de Graham en sus manos, anunciándole que regalaban uno con cada reparación, no pudo evitar comentar lo que pensaba, a

pesar de que la mera mención del nombre del pelirrojo pusiera en riesgo su relación. Después de todo, Jeremiah le había exigido que le dijera la verdad y eso era lo que le estaba ofreciendo con cada una de sus sinceras palabras. Que le gustara escucharlas era otra cuestión.

—¿Has leído este libro? —le preguntó, haciendo que la jovial sonrisa de Jeremiah se convirtiera en un arisco ceño fruncido.

—No… ¡ni pienso hacerlo! —replicó bruscamente Jeremiah, olvidándose de que estaba hablando con la mujer a la que hacía tan sólo unos instantes susurraba dulces palabras.

—Si eres tan buen padre como dices, deberías leerlo... —le aconsejó, devolviéndole bruscamente el libro.

—¡Después de lo que le ha hecho Graham Johnson a mi pequeña no pienso leer nada escrito por ese tipejo!

—Ese tipejo ha sido más rápido que tú al darse cuenta de su error y sólo está intentando confesarse a su manera.

—Sí, seguro... —comentó Jeremiah escéptico, mirando con desprecio el libro que tenía entre las manos.

—Tú te has confesado con unas pocas palabras a la mujer que quieres. Graham ha escrito todo un libro para la que él ama y ha tenido el valor de gritarlo ante todo el mundo. Creo que merece ser escuchado —opinó Natalie, volviendo a poner el libro en las manos de Jeremiah, que rápidamente lo había descartado devolviéndoselo a ella.

—Tal vez debería haberlas dicho en su momento y así no habría necesitado esto —replicó él, señalando el libro del que aún recelaba tanto como de su autor.

—¿Qué habrías hecho si yo no hubiera venido? ¿Y si yo no hubiera querido oír tus palabras? Él por lo menos se merece ser escuchado —manifestó Natalie, haciendo que Jeremiah se sintiera un poco culpable por haber echado a Graham del taller sin saber qué había ido a hacer el día que fue en busca de Samantha.

—¿No dices que quieres saber siempre la verdad? ¡Pues afronta de una vez que ese hombre ama a tu hija! —dijo finalmente Natalie, saliéndose con la suya cuando Jeremiah miró un tanto receloso la novela, pero esta vez sin apartarla de su lado.

—Si después de leerla te quedas tan convencido como yo de que Graham la ama, deberías intentar que Samantha la leyera, porque, sinceramente, creo que merecen ser tan felices como nosotros.

—Tan manipuladora como siempre... —contestó Jeremiah, a la vez que la

abrazaba una vez más y se despedía de ella con un beso y la promesa de muchos más. Mientras, miraba el libro todavía indeciso sobre si debería leerlo o simplemente dejarlo de nuevo de lado en el estante de su despacho.

Después de que Jeremiah se alejase de ella de vuelta a su trabajo, Natalie disfrutaba de su dichoso día de buena suerte y de la buena acción que había hecho al defender a Graham, lo que sin duda le traería otras agradables noticias a su vida. O por lo menos eso decían algunos de los fanáticos defensores de las teorías del karma: que cada buena acción es recompensada con otra.

Natalie conducía un tanto distraída, pensando en la agradable noche que la esperaba junto a su atractivo mecánico, cuando en el fondo de su bolso comenzaron a sonar unos característicos chillidos de terror, que no significaba otra cosa más que Graham Johnson la estaba llamando, algo que nunca podía ser bueno.

Tal vez debería ignorarlo, pero como el contrato de su última novela aún no estaba firmado y ése era su día de suerte y buenas acciones, Natalie estacionó el coche y cogió el teléfono, decidida a enfrentarse a su irascible autor, que ahora que andaba decaído y que al fin ella tenía sus novelas en sus manos, no podría montar mucho revuelo en su vida. O eso era lo que Natalie creía antes de contestar al teléfono.

Atendió la llamada con una sonrisa, que se fue borrando de su rostro a medida que Graham le iba relatando lo que estaba decidido a hacer para que Samantha escuchara su confesión. En ese momento, Natalie comprendió que su día de buena suerte había finalizado y que lo del karma era una vil patraña que alguien se había inventado sin duda para reírse de crédulos incautos como ella.

Y no le quedó ninguna duda de que la paciencia de Graham se había esfumado y no estaba dispuesto a ser ignorado para siempre.

—¡Pero tú estás loco! ¡Si haces eso te vas a arruinar, vas a acabar con tu carrera y, de paso, con la mía! —le gritó Natalie histérica a su maldito e insoportable escritor.

—Si no me ayudas, lo haré yo solo y será mucho peor... —amenazó él, dispuesto como siempre a salirse como la suya.

—¡No me jodas, Graham! ¡Estaba teniendo un maravilloso día hasta que me has llamado!

—Sí, eso suele pasarle a la gente que habla conmigo —replicó el pelirrojo, antes de añadir—: ¿Y bien? ¿Me vas a ayudar o no?

¿Y qué hace una editora cuando su irracional, pero mejor autor, dice que se

tira de cabeza al vacío con ella o sin ella? Pues simplemente tirarse detrás de él y, mientras cae, rezar para no darse de bruces contra el suelo.

—¿Has pensado seriamente en todas las consecuencias que esa acción va a traer consigo? —quiso asegurarse Natalie, intentando hacerlo entrar en razón.

—Sí, y voy a hacerlo. Ya es hora de que Samantha me escuche y me dé una respuesta.

—Ahora ya sabes cómo se sentía ella.

—Sí y no pasa un día sin que me arrepienta de ello…

Y fueron estas últimas palabras las que finalmente convencieron a Natalie de que no cambiaría de opinión. Así que se preparó una vez más para que su vida se convirtiera en un desastre, su trabajo pendiera de un hilo y el escándalo la persiguiera allá donde fuera. Pero antes de que todo eso ocurriera, decidió disfrutar de su caída y hacerlo de una manera tan elegante que nadie pudiera olvidarse de ello jamás.

—Creo que tengo el lugar perfecto para la aparición de Miss Dorothy —comentó, dando finalmente la conformidad para esa locura, mientras recordaba con una maliciosa sonrisa la impertinente entrevista de una atrevida presentadora. Sin duda, los sabios budistas se habían equivocado y lo que venía a decir el karma era «donde las dan las toman».

CAPÍTULO 22

Natalie, entre bastidores y desde un rincón algo alejado, observaba sonriente cómo se preparaban todos los del programa para recibir a Miss Dorothy.

Mientras que sentía algo de lástima por la gente del público, que estaban muy ilusionados ante la primera aparición de la noble anciana, no tenía ningún remordimiento por lo que le esperaba a la presentadora, que al parecer no era una gran fan de Miss Dorothy, ya que hasta le había preparado alguna broma pesada, como haber hecho disfrazarse a algunos de los cómicos de su programa con la ropa de los personajes del último libro de la famosa escritora, otorgándoles una apariencia un tanto grotesca. Seguro que, junto a esta pesada broma, la joven April Davis también tendría pensada alguna impertinente pregunta con la que pensaba dejar en ridículo a una inocente anciana con tal de subir la audiencia de su programa.

«Buena suerte», pensó Natalie al imaginarse que esa arpía al fin quedaría en ridículo cuando se enfrentara a la verdadera Miss Dorothy, porque el pelirrojo que se dirigía decididamente hacia el plató, más que dispuesto a lanzar su mensaje, no era alguien que se dejara pisotear.

Además, Natalie dudaba que la presentadora realmente pudiera formular ni una sola pregunta cuando la mandíbula se le desencajara por el asombro de ver en persona a la verdadera Miss Dorothy. Pero si por un casual decidía intentar llevar a cabo la entrevista, con preguntas que quizá pudieran intimidar a una anciana, pero nunca a Graham Johnson, era cuestión de dejarlo en manos de su amable escritor. Seguro que con el tacto y delicadeza de los que Graham carecía la pondría rápidamente en su lugar.

Conseguir que en el programa le hicieran un hueco a Miss Dorothy había sido tan fácil como Natalie pensaba que sería: tras poner el caramelo de la famosa escritora delante de las narices de aquella ambiciosa mujer, no había tardado mucho en recibir su llamada. Luego, ella sólo tuvo que asegurarse de que el anuncio de la aparición de la octogenaria que todo el mundo quería conocer no se hacía público hasta el último momento, evitando así las posibles acciones de su jefe para impedirlo.

Con este gesto, Natalie había cavado sin ninguna duda su propia tumba, pero ¿qué podía hacer si había sido imposible razonar con Graham Johnson, y menos aún estando éste enamorado?

Natalie llegó al plató dispuesta a realizar su trabajo con la misma eficiencia de siempre. Sobre todo, porque seguramente después de que la bomba del secreto de Miss Dorothy estallara, ése sería el último día de su carrera profesional. Organizó la recepción de la escritora de forma impecable e hizo todos los preparativos necesarios para que el equipo de seguridad no impidiera la entrada de Graham en ningún momento. Lo ideó todo astutamente para que su aparición aconteciera segundos después de que la presentadora dijera el nombre que figuraba en los libros que todo el mundo adoraba.

La presentadora apenas se molestó en saludarla cuando la vio. Tan sólo recomponía su estirado aspecto una y otra vez, mientras preguntaba incesantemente por Miss Dorothy.

«Pobrecita», pensaba Natalie, dedicándole una de sus más falsas sonrisas y regocijándose con la idea de que en cuanto Miss Dorothy le dirigiera alguna de sus amables palabras, April Davis desearía no haberla conocido jamás.

Como todo ese teatro era inútil si Samantha no veía el programa, Natalie se había asegurado también de llamar a Jeremiah para que le prometiera que encendería el pequeño y cochambroso televisor de su taller y haría que su hija viera la entrevista. Al principio, su amante se mostró muy reticente ante esa idea, pero tras hablarle Natalie de lo incómodo que podía ser su sofá y recordarle que se lo debía por todas las malas pasadas que le había hecho a su coche, consiguió a través del chantaje y el remordimiento que Jeremiah accediera a sus peticiones. Tal vez fuera algo sucio, pero indudablemente necesario, ya que si iba perder su amado puesto de trabajo que al menos se garantizase que esa dichosa pareja, de la que tal vez ella fuera un poquito responsable, finalmente estuvieran juntos.

—Estás segura de que vendrá, ¿verdad? —preguntó April Davis, algo molesta con el retraso de su estrella invitada.

—Te puedo asegurar que la persona que escribe esos libros estará esta tarde en tu plató y saldrá justo después de que pronuncies su nombre —comentó despreocupadamente Natalie, revisando su móvil para asegurarse de que tenía suficiente memoria como para hacerle alguna que otra foto a la impertinente presentadora cuando recibiera su inesperada sorpresa.

—Más vale que esta vez la presencia de Miss Dorothy en mi programa sea cierta, porque si no, ten por seguro que arruinaré tu reputación y la de tu editorial... —amenazó la altiva mujer, intentando hacerse la importante.

—Ésa es una amenaza totalmente innecesaria —replicó Natalie sin dar importancia a sus arrogantes palabras, ya que ella misma se bastaba y se sobraba para arruinar su propia vida. De hecho, ya lo estaba haciendo en esos instantes.

—Pues quedas advertida. Y espero que esa anciana sea capaz de aguantar hasta el final y responder a todas mis preguntas, porque de lo contrario no sabes de lo que soy capaz —advirtió de nuevo April, tocándole cada vez más las narices a Natalie.

Si Miss Dorothy hubiera sido realmente la dulce ancianita que todos esperaban, su editora no habría dudado a la hora de salir en su defensa, pero como se trataba de un pelirrojo con un genio de mil demonios, lo dejó todo en sus manos y contestó:

—No te preocupes, Miss Dorothy contestará a todas tus preguntas.

A Natalie le dieron ganas de añadir «si después de conocerlo todavía tienes lo que hay que tener para hacerle alguna», pero se contuvo con un gran esfuerzo de voluntad.

Al final, el programa comenzó y la molesta presentadora dejó de incordiarla con sus estúpidas y vanas amenazas. Natalie siguió atentamente todo lo que pasaba en el plató y le mandó un mensaje a Graham avisándolo de que muy pronto sería el momento de hacer su entrada. Y justo como le había prometido a April Davis, en cuanto ésta se dispuso a anunciar a Miss Dorothy, un imponente pelirrojo de casi un metro noventa de estatura y gesto imperturbable se colocó al lado de su editora, preguntándole por una vez lo que tenía que hacer.

—¡Ahora! —murmuró Natalie decidida, justo después de que en el plató se hiciera un silencio expectante ante el anuncio de la primera y, hasta el momento, única aparición pública de Miss Dorothy.

Fue todo un éxito, como le demostró a Natalie el anonadado rostro de la presentadora y el asombro del público. Y, sin duda, el mensaje que Graham pronunció ante las cámaras fue la guinda del pastel. Ahora sólo había que esperar a que todos se percatasen de quién era él, así como esquivar alguna que otra molesta llamada, pensó Natalie, mientras le colgaba una vez más a su insistente jefe, que al parecer también era uno de los seguidores del programa. Luego, simplemente apagó su teléfono y se despidió de su ajetreada vida laboral.

—Buena suerte, Graham —susurró, mientras se alejaba para siempre del

incordio que había sido ese autor para ella, pero por el que finalmente no había podido evitar sentir algo de cariño. Después de todo, él había sido en parte responsable de que ella encontrara finalmente el amor en el lugar más inesperado: un viejo taller mecánico de Brooklyn, donde un hombre había reparado su corazón y le había demostrado que, en algunas ocasiones, los finales felices no estaban sólo en las novelas, sino que también existían en la realidad.

* * *

Mi padre llevaba unos días de lo más raro. Mientras antes habría sido el primero en quemar los libros del hombre que tanto daño me había hecho y del que aún me era imposible olvidarme, ahora no podía separarse ni un solo instante de una de sus novelas. A veces, mientras estaba trabajando, lo pillaba mirando ese libro con un mal gesto. Luego lo cerraba enfadado y lo castigaba en un rincón, pero siempre volvía para continuar con su lectura. En algunos momentos me miraba intrigado y luego proseguía con su libro. Su extraña actitud me picó la curiosidad y acabé preguntándome si no debería rendirme y leerlo yo también.

Sin saber por qué, Graham había decidido publicar otro libro distinto al que iba a ser el esperado final de su exitosa saga. Yo intentaba no escuchar los comentarios de la gente que paseaba a mi alrededor alabando una historia que parecía tan real y tan inverosímil a la vez. Me negaba a caer rendida de nuevo ante las palabras de mi autor, como hacían todas las mujeres que compraban sus libros, y evité leer críticas, resúmenes o reseñas de esa historia que no me interesaba conocer, porque seguramente sus protagonistas tendrían un bonito final. Un final que yo ya no esperaba para mi historia de amor, ya que si algo había aprendido de Graham era que los finales felices no existen y que la realidad es que algunas personas nunca serán capaces de decir «te quiero».

Las lágrimas comenzaban a inundar de nuevo mis ojos con el recuerdo de lo que nunca tendría, cuando de repente mi padre me miró decidido y, tras cerrar bruscamente el libro que había terminado de leer, encendió el destartalado televisor del taller para invitarme a ver, junto con él, un programa de entretenimiento del que nunca lo había visto disfrutar.

Pensé que se habría compadecido de mi llanto y querría alejarme de mis tareas antes de que cometiera algún error, así que me senté en el desvencijado taburete de madera y miré el programa, que no me despertó demasiado interés,

hasta que la presentadora pronunció inesperadamente ese nombre que yo quería olvidar...

En el momento en que anunciaron que Miss Dorothy aparecería ante las cámaras para dar un mensaje, creí que, como siempre, sería Natalie ofreciendo alguna disculpa ante la ausencia de la pobre y anciana escritora, así que hice ademán de levantarme para evitar oír las falsas palabras que siempre rodearían a Graham, cuando las manos de mi padre me empujaron hacia mi asiento.

Y cuando yo lo miré confusa exigiendo una explicación, él me señaló la pantalla, en la que, para mi descomunal asombro, apareció el loco pelirrojo del que me había enamorado, exponiendo ante el mundo la realidad que se ocultaba detrás de esa gran mentira que era Miss Dorothy. Creí que el mensaje sería para sus lectores. Tal vez una disculpa o alguna explicación de su engaño. Pero tras escucharlo no tuve dudas de que era para mí.

Como siempre, ese bruto no podía ser dulce ni amable. Y aún menos limitarse a dedicarme unas palabras llenas de cariño. No… Graham Johnson tenía que aparecer en la televisión para ordenarme leer el estúpido libro que yo evitaba:

—¡Lee el libro de una puta vez! —me exigió furiosamente, dirigiéndose a la cámara.

—Deberías leerlo... —me animó mi padre ante mi estupefacción, poniendo el libro entre mis manos.

—Es una bonita historia entre una mecánica de Brooklyn que quiere ser escritora y un autor con muy mal carácter llamado Miss Dorothy. ¿Te suena de algo? —me preguntó, sin que yo terminase de creerme que Graham hubiera escrito nuestra historia.

—No me interesa… Ya sé cómo termina, papá… —contesté, devolviéndole el libro, que seguramente contenía un triste final.

—No lo creo. ¡No lo has leído! —dijo él, insistiendo en que leyera el final.

—¿Sabes?, el escritor que protagoniza esta novela es un hombre muy estúpido, que se niega a decirle a la mujer que ama un «te quiero». Así que ella desaparece de su vida. ¿Te imaginas lo que se le ocurre hacer para tratar de recuperarla? —me preguntó mi padre, despertando finalmente mi interés por esa historia antes de continuar—: Escribir todo un libro donde le confiesa su amor —explicó, indicándome que en ese libro que yo tenía entre las manos estaban todas las palabras de amor que siempre le había exigido a Graham.

—Si me quería tanto, ¿por qué no ha venido antes a ofrecerme su confesión

de amor? —repliqué, negándome a creer que lo que decía mi padre fuese cierto.

—Vino a verte trayendo ese libro, pero yo lo eché de aquí. En esos momentos no sabía lo mucho que te quería y, si lo lees, sin duda tú misma lo sabrás.

Finalmente abrí ese libro que había evitado hasta entonces y vi entre sus páginas algunos de los momentos que habíamos pasado juntos. Cuando leí lo que él sentía cuando me hacía el amor, sus irracionales celos o su miedo a perderme, sentí lo mucho que Graham me había amado. Y cuando llegué a la parte en la que se desesperaba por mi abandono, no pude evitar que de mis ojos saliera alguna que otra lágrima, porque yo había sentido lo mismo ante la idea de no verlo más.

Podía leer esa novela desde el principio y no sólo algunas páginas al azar, pero no tenía tiempo, ya que Graham estaba esperando mi respuesta y yo estaba decidida a dársela en ese mismo momento. Por lo que me quité rápidamente el grasiento mono de mecánico, me adecenté un poco y salí del taller con el libro entre las manos, sin duda la carta de amor más larga que cualquier hombre le había dedicado a una mujer.

Sabiendo que no estaba en condiciones de conducir, llamé a un taxi y le di la dirección del plató donde Graham se encontraba. Mientras le metía prisa al atareado taxista, no pude evitar seguir leyendo la historia que él había escrito para mí.

Recordé que en más de una ocasión había deseado que tuviera conmigo algún gesto romántico, que hiciera alguna locura declarándome su amor, y finalmente Graham había gritado ese «te quiero» que siempre había querido escuchar de sus labios delante de todo el mundo de la única manera que sabía hacer un buen escritor. Y yo, como una idiota, me había negado a escucharlo.

Cada palabra que leía sólo me hacía estar más segura de lo que sentía por mí y cuando llegué a mi destino, cerré la novela decidida a crear mi propio final. Corrí hacia la dirección que mi padre me había dado antes de que saliera del taller, tan convencido como yo de que Graham me amaba, y rogué porque aún estuviera esperando la respuesta que merecía una confesión como la que me había regalado.

* * *

Bueno, pues allí estaba yo, ante un centenar de personas que se preguntaban quién coño era aquel tipo y qué narices hacía allí, si todos ellos esperaban ver a una delicada ancianita. Tras pronunciar mi mensaje para la irracional mujer que se había negado durante todo ese tiempo a leer mi libro, me senté en el sillón de invitados y vi cómo la desencajada mandíbula de la presentadora casi caía al suelo ante la imponente y poco imaginable presencia de Miss Dorothy.

Sonreí malicioso, esperando la reacción de todos cuando se dieran cuenta de que yo era la esperada Miss Dorothy y que la historia de amor que había escrito era la mía.

Algunos del público fueron más rápidos en captar la verdad que la congelada presentadora, que todavía continuaba sin saber qué hacer ante mi presencia. La joven quiso dar paso a publicidad, quizá para echarme del plató, pero el director del programa, oliendo mi momento de darme a conocer como una primicia escandalosa, no lo permitió.

Yo, como siempre, permanecí imperturbable, ya que nada de lo que allí ocurriera me importaba. Que mi carrera se fuera a pique, que mi fama se esfumara o que yo perdiera todo lo que había ganado Miss Dorothy a lo largo de los años eran sólo simples y pequeños contratiempos que no me afectaban. Lo único que me importaba en esos momentos era que Samantha me diera una respuesta, que al fin comprendiera lo necio que había sido y entendiera que mis palabras de amor eran sinceras.

Cuando la impertinente arpía contra la que ya me había advertido Natalie despertó de su asombro, intentó valientemente hacerme algunas de las insultantes preguntas de la entrevista que había preparado para la escritora que se suponía que estaría en ese asiento en ese preciso instante. ¡Qué pena para ella que yo no fuera un hombre con paciencia ni tampoco la inocente anciana que todos creían!

—¿Quién es usted? —comenzó bastante confusa, intentando salir del aprieto.

—Miss Dorothy, por supuesto —contesté amablemente, acomodándome en el sillón, dispuesto a hacer tiempo hasta que Samantha apareciera.

—Se supone que usted debería ser una delicada y amable anciana, ¡y sin embargo veo a un hombre ante mí! —exclamó la joven, irritada por la jugada de Natalie.

—¡Vaya! Se ha dado cuenta usted también, ¿verdad? —dije irónicamente, a la espera de una de las impertinentes preguntas típicas de ese programa.

—Entonces, ¿está usted confesando que es el autor de todas las novelas de Miss Dorothy y que ha estado engañando a sus lectores durante años?

—Sí —contesté sin excusarme de ningún modo, porque era la simple verdad.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó ella, mostrándose falsamente apenada intentando con ello ponerlos a todos en mi contra.

—Por dinero, claro. Al fin y al cabo, ¿no trabajamos todos para eso?

—Parece que finalmente la vil Miss Dorothy ha sido descubierta y nos está mostrando que ha jugado con todos nosotros para… —El envenenado discurso de la presentadora, como yo esperaba, fue interrumpido por una de las entusiastas lectoras de mis libros, a la que no le importó mucho que mi nombre fuera otro o que yo no fuera una desvalida viejecita.

—¿Dónde está Samantha? —preguntó mi fanática seguidora, a la espera de mi respuesta, dándose finalmente cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—La estoy esperando. —Sonreí ladino, mientras observaba cómo la presentadora era ignorada por el público, que empezaron a hacerme incesantes preguntas, emocionados con la idea que la historia que tenían en sus manos fuera real.

—Entonces, ¿ella existe? —se animó otro de los presentes a expresar en voz alta sus dudas.

—Una mujer como Samantha nunca podría ser una invención —contesté, exponiendo la verdad de mis pensamientos, algo que por lo visto les encantó, ya que comenzaron a suspirar y a hacerme todo tipo de molestas preguntas sobre mis sentimientos, cosa que, claro estaba, yo sólo estaba dispuesto a hablar con Samantha.

De repente, el plató se quedó en silencio. Y en ese momento supe que ella estaba allí para darme su respuesta. Me puse de pie y, como en todas las empalagosas películas románticas, abrí mis brazos para que ella corriera hacia mí. Y Samantha, con su dulce carácter, no me decepcionó en absoluto: lo hizo, corrió hacia mí y, cuando se halló a mi lado, me soltó una sonora bofetada que resonó por todo el plató.

—¡Cuatro meses sin llamarme o tener noticias tuyas, sin saber si me amabas y sufriendo por lo idiota que había sido al haberme enamorado de un hombre como tú! ¿Qué pretendes ahora? —me reprendió, mirándome muy molesta y enfadada.

—Pensé que un simple «te quiero» no bastaría, por lo que decidí escribirte

una carta. Pero cuando empecé a explicar lo que sentía por ti, acabé escribiendo un libro. ¿Lo has leído? —pregunté, decidido a hacer que entendiera mis sentimientos.

—Aún no, ¿por qué crees que debería hacerlo? —preguntó Samantha, mirándome con firmeza y dispuesta a escucharme. Por lo visto, con ella un libro no bastaba.

—Porque en él están todas las palabras de amor que siempre me has reclamado y que yo callé, porque explica todas las veces que guardé silencio ante tus palabras de amor y también las veces que intenté negar que te amaba mintiéndome a mí mismo sobre lo que sentía. Samantha, necesito que lo leas, porque ese libro cuenta lo estúpido y necio que he sido y finalmente quiero que lo leas porque es nuestra historia de amor.

Cuando terminé mi confesión, oí a mis espaldas más de un mocoso llanto, probablemente proveniente de algunas de mis lectoras entre el público, pero yo sólo tenía ojos para la mujer que tenía ante mí. A sus ojos asomaron algunas lágrimas, y esta vez fue ella la que abrió sus brazos y yo quien acudió a ellos. La levanté por los aires con alegría y, abrazándola con fuerza, no pude evitar besar los labios que tanto había añorado. Ella me devolvió el beso, confirmándome que aún me amaba, y me susurró al oído las palabras que más había querido volver a escuchar:

—¡Te quiero! —declaró Samantha, haciéndome el hombre más feliz del mundo.

—Te quiero, Samantha —repetí yo, dando gracias porque finalmente hubiera escuchado de mis labios esas palabras que tanto me había costado pronunciar.

Mientras nos alejábamos de las llorosas fans y de la anonadada presentadora, el libro que había sido mi confesión cayó al suelo. En su última página, Samantha pudo ver que un enorme «te quiero» era el punto final de esa novela, un libro que significaría el principio de nuestra historia de amor.

Lo recogí del suelo y se lo entregué, mientras le recordaba unas palabras que a partir de entonces nunca osaría olvidar:

—¡Te quiero!

EPÍLOGO

Un año después…

Finalmente las cosas no habían salido tan mal como Natalie se temió en un principio. La sorprendente revelación de la verdadera identidad de Miss Dorothy sólo había conseguido atraer más atención sobre sus libros. Y ante la verdadera y emocionante culminación de su historia de amor, de la que todos fueron testigos a través de la televisión, Graham fue perdonado por completo por sus admiradoras. Increíblemente, su peculiar carácter lo volvía incluso más atractivo para el público.

A pesar de que Miss Dorothy hubiera continuado siendo la famosa escritora de siempre, pero esta vez con el nombre de Graham Johnson en lugar de su seudónimo, su jefe se empeñó en que lo mejor para la editorial era despedir a Natalie. Algo que molestó bastante a su malicioso autor.

Así que, tras ser despedida por su jefe, y creer que al fin se habría librado para siempre de la pesadilla de ser la editora del insufrible pelirrojo, Brandon Reed no había tardado mucho en volver a contratarla. Por lo visto, su jefe no tenía la suficiente paciencia como para vérselas con el irascible Graham Johnson.

Al parecer, ante la imperiosa exigencia de una nueva novela por parte del señor Reed, el autor envió a la editorial un documento de doscientas cincuenta páginas…. todas ellas fotocopias de su trasero. Y ése fue el momento preciso en que Brandon decidió que tratar con ese individuo era un trabajo que definitivamente no podía hacer, por lo que le ofreció de nuevo su antiguo puesto a Natalie. Algo que ella aprovechó con creces, pidiendo un aumento de sueldo y una mayor libertad a la hora de contratar a nuevos escritores.

Después de unos meses de convivir con Jeremiah, Natalie finalmente se casó con él, tras lo que ambos se mudaron a su apartamento. Desgraciadamente, Samantha también recibió una proposición de matrimonio, y aunque se merecía

algo mejor, se casó con su testarudo escritor, y no tuvo mejor idea que mudarse con su nuevo y flamante marido al apartamento que había justo encima de donde vivían ellos…

Lo positivo de ese cambio de domicilio era que Natalie siempre sabría dónde encontrar a su esquivo escritor. Lo negativo, que ahora nunca podría librarse de él. Y Graham siempre disfrutaba recordándole que ahora formaba parte de su familia.

—Pásame un poco más de ese puré, suegra —pidió él con una maliciosa sonrisa, remarcando bien la palabra «suegra», ante la perspectiva de fastidiar un poco más a su editora en esa cena familiar.

—¡Te he dicho mil veces que no me llames así, Graham! —gritó airada Natalie, amenazándolo con la cuchara.

—¿Por qué no, si es la verdad? —contestó él, sonriendo pérfidamente.

—¡Porque no y punto!

—Vale, pues mamá entonces… —dijo Graham, arrancando algún que otro gruñido de Natalie.

—Cambiando de tema, ¿se puede saber por qué no me has entregado todavía tu nueva novela, si Samantha ya me ha informado de que está terminada? —exigió Natalie, volviendo a su papel de editora.

Tras dirigirle a su mujer una mirada que la condenaba por haber dicho algo que no debía, Graham se enfrentó a Natalie y, como era habitual en él desde hacía años, esquivó una y otra vez sus insistentes peticiones.

—No he tenido tiempo de contactar contigo… además, estás demasiado lejos.

—¡No me fastidies, Graham, si sólo tienes que bajar un piso! No me puedo creer que seas tan vago, ¡seguro que vuelves a estar enganchado a uno de esos jueguecitos de internet! —le recriminó Natalie, sin duda acertando de lleno, ya que Samantha puso los ojos en blanco ante la acusación.

—No sé por qué te exaltas si ya sabes que soy un autor responsable y que tendrás tu novela en la fecha de entrega acordada —ironizó él, ya que todos los allí reunidos sabían que eso nunca sería cierto.

—¡Sí, claro! ¡Si no me entregas la novela en unos días, juro que subo y te pego el trasero a la silla de tu estudio si hace falta hasta que me la des! —lo amenazó Natalie, mostrándole cuán peligrosa podía ser una mujer estresada.

La continua batalla de esos dos singulares personajes fue interrumpida por una llamada telefónica que Samantha contestó. Se emocionó con la fantástica

noticia que le dieron y que no pudo evitar comunicar de inmediato y con gran alegría a todos.

—¡He ganado un concurso de novelas cortas y mi historia va a ser publicada! —anunció a sus familiares tras colgar el móvil.

—¡Felicidades, cariño! ¡Sabía que lo conseguirías! —la felicitó su padre, dándole un gran abrazo.

—Te dije que esa novela valía, a pesar de que los quisquillosos de mi editorial la hubieran rechazado —dijo Natalie, sintiéndose feliz porque Samantha al fin viera cumplido su sueño.

—¿Qué novela fue? —preguntó Graham, que últimamente siempre la ayudaba con sus escritos.

—¡La de intriga! ¡Dicen que seré la nueva promesa de este género! ¡Sam Johnson, escritora profesional de novelas de intriga y misterio! ¿Qué te parece!

—Con ese nombre tan confuso sin duda te confundirán con un hombre —comentó él, frunciendo el ceño ante esa perspectiva—. No sé si me gustará acostarme todas las noches con ese tal Sam Johnson.

—¿De qué te quejas? Para mí fue peor: yo me acosté con una viejecita llamada Miss Dorothy —replicó burlona Samantha, mientras besaba el fruncido ceño de su esposo.

—Si Miss Dorothy no hubiera existido, nosotros nunca nos habríamos conocido —le recordó Graham a su impertinente mujer.

—Creo que si nunca hubiera existido Miss Dorothy, de un modo u otro nuestras vidas se habrían cruzado —dijo fantasiosamente Samantha, recordando los finales felices de las novelas de amor que tanto le gustaban.

—Y en el mismo momento en que te hubiera visto por primera vez no te habría dejado marchar... —continuó Graham la historia que había comenzado su mujer, estrechándola con fuerza entre sus brazos.

—Pero como siempre, te habrías dado cuenta demasiado tarde de que me amabas...

—¿Y eso por qué? —preguntó él suspicaz.

—Porque siempre te retrasas en las fechas de entrega, querido —se rio Samantha.

—No sabía que el amor tuviera una. Pero si el retraso de la última novela de *Redes de amor* fue lo que me llevó a conocerte, nunca me arrepentiré de ello.

—Te creo. Después de todo, me escribiste todo un libro diciéndome lo mucho que me amas.

—Sí. Y ése, amor mío, es el único libro que entregué a tiempo en toda mi vida, porque en esos momentos necesitaba que supieras cuanto antes lo mucho que te amaba.

—*Amor con fecha de entrega…* ¿No crees que es el nombre perfecto para una novela? —bromeó Samantha con su adorado escritor.

—Sin duda es el adecuado para nuestra hermosa historia de amor —declaró Graham, recordándole cuál había sido el título de su mayor muestra de cariño.

Una que nunca podrían olvidar, ya que consistía en todo un libro a través del cual, desde que encontró a la mujer adecuada, expresar esas palabras que siempre se le habían resistido ahora le resultaban fáciles de pronunciar:

—¡TE QUIERO!

BIOGRAFÍA

Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

New York, New York, ℗© 2015 Universal Music Enterprises, interpretada por Frank Sinatra. *(N. de la e.)*

Amor con fecha de entrega
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta © de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17614-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!